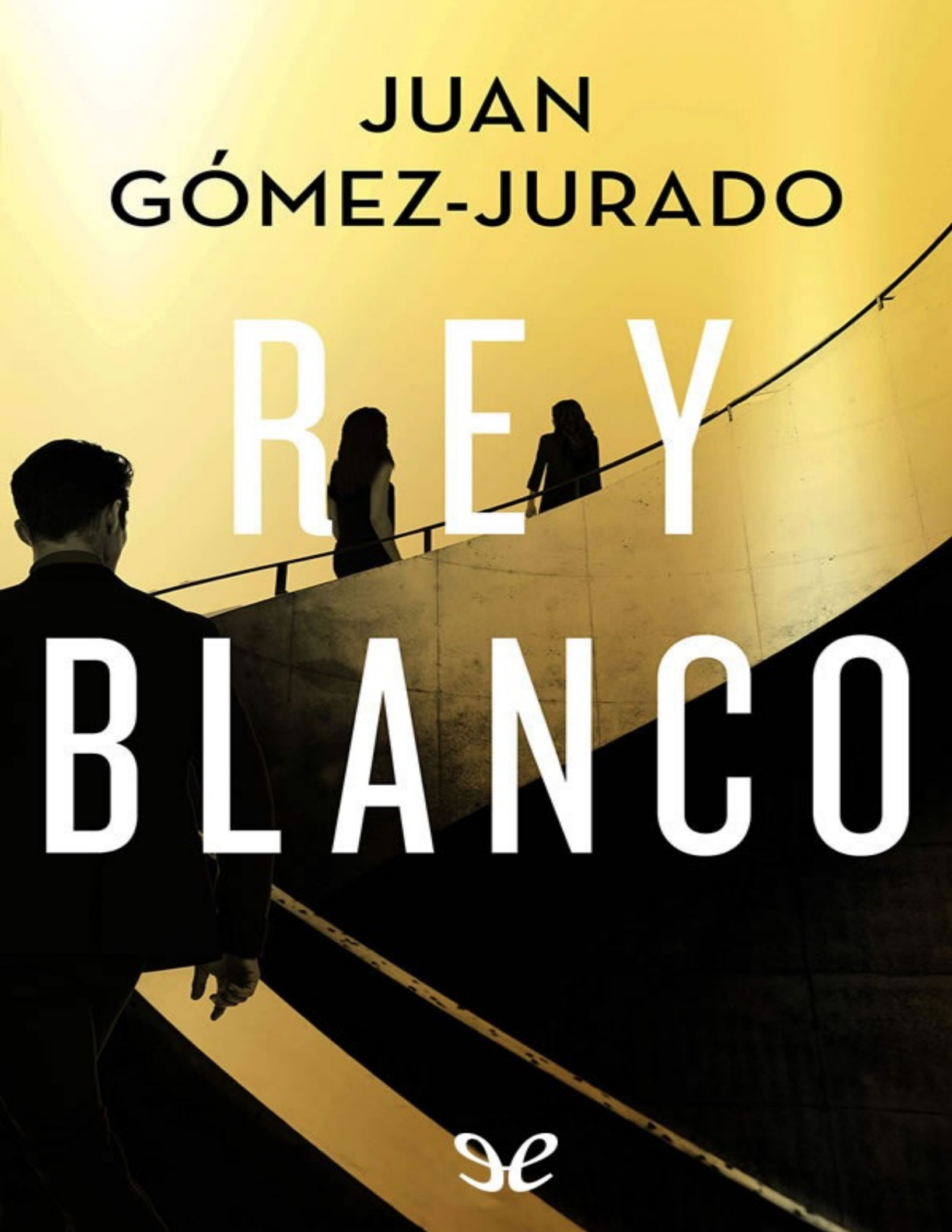
JUAN GÓMEZ-JURADO

REY BLANCO



Espero que no te hayas olvidado de mí. ¿Jugamos?

Cuando Antonia Scott recibe este mensaje, sabe muy bien quién se lo envía. También sabe que ese juego es casi imposible de ganar. Pero a Antonia no le gusta perder.

Después de todo este tiempo huyendo, la realidad ha acabado alcanzándola. Antonia es cinturón negro en mentirse a sí misma, pero ahora tiene claro que si pierde esta batalla, las habrá perdido todas.

—La reina es la figura más poderosa del tablero —dice el Rey Blanco—. Pero por poderosa que sea una pieza de ajedrez, nunca debe olvidar que hay una mano que la mueve.

—Eso ya lo veremos, —responde Antonia.

El final es solo el principio.



Juan Gómez-Jurado

Rey Blanco

Antonia Scott & Jon Gutiérrez - 3

ePub r1.5
Titivillus 15.11.2022

Título original: *Rey Blanco*
Juan Gómez-Jurado, 2020
Ilustraciones: Fran Ferriz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Babs.
porque la amo

Para Carmen.
por la lealtad

Para Antonia,
por prestarme el nombre

Un final

Antonia Scott no tiene ni siquiera tres minutos.

Para otras personas, tres minutos pueden ser un período minúsculo.

No para Antonia. Diríamos que su mente es capaz de almacenar ingentes cantidades de datos, pero la cabeza de Antonia no es un disco duro. Diríamos que es capaz de visualizar con nitidez el callejero completo de Madrid, pero la cabeza de Antonia no es un GPS.

La mente de Antonia Scott es más bien como una jungla, una jungla llena de monos que saltan a toda velocidad de liana en liana llevando cosas. Muchos monos y muchas cosas, cruzándose en el aire y enseñándose los colmillos.

Salvo que Antonia ha aprendido a domarlos.

Falta le hace. Porque Antonia Scott no tiene tres minutos. Dos hombres con pasamontañas —y una mujer de rostro amable— se acaban de llevar a su compañero, el inspector de policía Jon Gutiérrez.

Antonia Scott no corre detrás de la furgoneta. No grita pidiendo ayuda. No llama, desesperada, a la policía.

Antonia Scott no hace ninguna de esas cosas, porque Antonia Scott no es como cualquiera de nosotros.

Lo que hace es detenerse.

Diez segundos. Eso es todo lo que se concede.

En diez segundos —con los ojos cerrados y las manos apoyadas contra la pared de un edificio, para controlar la ansiedad—, Antonia es capaz de:

– Calcular las tres rutas más probables de salida del casco urbano.

– Recuperar mentalmente todos los detalles de la furgoneta y los secuestradores.

– Decidir un curso de acción para salvar la vida de Jon.

Abre los ojos.

Marca un número de teléfono especial. Uno que le hace saber a Mentor que no tiene que decir nada al descolgar. Tan solo escuchar y obedecer.

Antonia le dicta las palabras exactas que debe emitir en la alerta (10-00 Inspector Gutiérrez, 10-37 Mercedes Vito, máxima prioridad), la matrícula del vehículo (9344 FSY), y el color (por supuesto, blanco). Y luego elige una ruta de las tres posibles. Una sola salida, a la que ordenar que converjan los coches patrulla.

Pirámides, Madrid Río, Legazpi.

De esas tres, la más difícil, la lenta, la más improbable, es Madrid Río. El paseo de Santa María de la Cabeza está siempre congestionado. Y, junto a la salida, hay una comisaría de la Policía Municipal.

Antonia la descarta enseguida.

Quedan Legazpi y Pirámides.

Elige Pirámides. La ruta más corta, la más rápida, la más obvia.

No es fácil. Se juega la vida del inspector Gutiérrez. Cuando una tiene en sus manos la piel de una de las tres personas que más le importan en el mundo, debería poder tomar una decisión racional.

Esta no lo es. Es una moneda al aire.

Y eso no le gusta en absoluto.

Una alerta

Ruano pone el intermitente en el último momento. En lugar de doblar hacia la comisaría, gira en sentido contrario.

—Una vuelta más. ¿Te importa?

Su compañero mira el reloj, mosqueado. Es tarde, su turno ha acabado hace once minutos, y quiere volver a casa con la parienta. Pero Osorio es comprensivo con el novato. Es final de mes. No es que Ruano vaya retrasado con las multas. Eso de que los municipales tienen un cupo que cumplir no es más que una leyenda urbana, por supuesto.

—¿Cuántas te quedan?

—Quince.

—No es para tanto. Solo en *doblefileros* en Carlos V nos lo hacemos mañana, hombre.

No es buena idea aparcar «un momentito de nada» frente a El Brillante. Para los *munipas* rezagados con su cuota, es como pescar peces en un barril. Dos vueltas a la rotonda, identificar el coche abandonado, saludar al incauto hambriento cuando regresa. De su muñeca cuelga, siempre, una bolsa de plástico blanca con un bocadillo de calamares cuidadosamente envuelto en papel de aluminio. El olor inefable que desprende hace rugir el estómago de cualquier madrileño que se precie. Pero al incauto, en cuanto el municipal le alarga la receta, se le pasa el hambre. El olor, de pronto, se revela como lo que es: una peste a rebozo y grasuza que le acaba de costar doscientos euros.

En una tarde tonta, el agente avispado se pone al día con sus cupos.

Pero eso a Ruano no le gusta. El chaval ha salido idealista. Soñador. Gilipollas, vamos. A lo mejor tiene que ver con su antiguo trabajo. O, simplemente, porque es joven. Ya se le pasará en cuanto acumule grasa en el culo y sensatez en el cerebro.

A Ruano lo que le gusta es ganarse el sueldo. Dar vueltas y coger a infractores *de verdad*. Los que van a toda leche por calles estrechas, los que pasan maría en las esquinas. Si quisiera coger a los infractores *de verdad* me habría hecho policía *de verdad*, le dice Osorio.

Ruano le mira y se ríe, cada vez que oye eso. Una risa pasota, de millennial convencido. A Ruano todo le hace gracia.

—Verás cuando llegues a viejo como yo, verás.

—Tienes treinta y siete años, Osorio.

—Y aquí sigo dando vueltas en el coche con los novatos.

—A lo mejor si no hicieras el mínimo…

—A lo mejor si te fueras a la mierda…

Donde va Ruano es en dirección noreste. Gira de memoria, al tacto. Se saben ese triángulo a la perfección. Al día pueden recorrerlo una decena de veces. Al año, incalculables. Serían más, si Santa María de la Cabeza no fuese tan lenta. A todas horas, y a esa, más.

A la altura de la calle Arquitectura, escuchan la alarma por la radio. Osorio enarca una ceja, a Ruano se le ensombrece la cara. Un inspector de policía. Secuestrado. A bordo de una furgoneta blanca. Abre la boca para decir algo, pero un sonido insistente le interrumpe.

Pripripri, pripriri.

El monitor del salpicadero desprende un resplandor naranja presidiario. Unos caracteres parpadean, en el centro.

9344 FSY

El coche patrulla está equipado con un sistema OCR. Varias cámaras situadas en el techo, en el salpicadero y el guardabarros, escanean las matrículas de los coches con los que se encuentran, y las cotejan con las bases de datos del CISEVI. Por si acaso. No vaya a ser.

El sistema es imperfecto, pero a veces salta un aviso. Un número de matrícula, y una causa por la que parar a ese coche. Que si lo han robado, que si debe mil euros en multas, que si dentro va un inspector de policía secuestrado.

—No entiendo nada —se extraña Osorio—. El OCR dice «Megane amarillo». Pero es por la alerta 10-00 de antes.

—¿No era una furgoneta blanca? —dice Ruano, con los ojos clavados en el retrovisor.

Osorio se gira en el asiento. Acaban de cruzarse con una Vito hace un par de calles. Puede verla, entre el tráfico, parada frente al semáforo de Peñuelas. Desde aquí no se ve la matrícula.

—Avisa por radio —dice Ruano.

Mientras Osorio habla, el tráfico se pone en marcha de nuevo. Pero el novato no continúa. Uno de los conductores pita, pero el coche patrulla no se mueve.

—Voy a seguirles.

—No puedes saltarte la mediana. Es muy alta.

Ruano tamborilea con los dedos en el volante. No hay una apertura en la mediana hasta ciento y pico metros más allá. Demasiado lejos.

Unidad M58, confirme contacto visual con vehículo sospechoso, cambio. Pide la operadora por la radio.

—Se van a ir.

La furgoneta desaparece en el retrovisor, y Ruano no se lo piensa más. Maniobra, enfilando la mediana, y pisa a fondo. El parachoques del Nissan Leaf se desgaja, salpicando de trozos de plástico blanco el parterre, y provocando aún más pitidos de protesta de los coches que les siguen, pero consigue salvar el obstáculo y pasarse al carril contrario.

—Unidad M58, en dirección suroeste por Santa María de la Cabeza. Perseguimos Mercedes Vito involucrada en 10-00 —dice Osorio, por la radio. Suelta el botón y mira a Ruano, con preocupación—. Estás completamente loco, chaval.

—Se iban a ir —dice Ruano, estirando el cuello.

Enciende las luces, pero no la sirena. Lo justo para que los coches que van delante se aparten, dejándoles hueco. El atasco es considerable, pero los dos carriles ayudan. Y el miedo a las multas, también. Que el madrileño se aparta el doble de rápido cuando ve los infames cuadros azules y blancos de los *munipas* que ante una ambulancia o los nacionales.

Unos segundos más tarde consiguen volver a ver el techo blanco de la furgoneta.

—Si se meten por el túnel de Acacias, están jodidos. Damos aviso, y listo. Los nacionales les pillarán al otro lado.

—Si cruzan el puente, ni aviso ni leches —dice Ruano, mordiéndose el labio inferior.

Osorio resopla. El novato tiene razón. Al otro lado del puente, las opciones para la furgoneta se multiplican. Pueden perderse en Usera, o en Opañel. Una

infinidad de calles laberínticas a ambos lados, y muchas carreteras que salen de Madrid. Demasiadas.

Unidad M58, no intervenga, repito, no intervenga. Estamos enviando zetas desde Pirámides. Tiempo de llegada, cuatro minutos.

—Un poco tarde para eso, central —dice Osorio a la radio. Con aire distante, casi como para sí mismo.

En la intersección de Esperanza con Santa María de la Cabeza el último semáforo se acaba de poner en rojo. La furgoneta es el tercero de los vehículos esperando en la fila.

Unidad M58, repito, no intervenga. No delate su posición a los sospechosos.

Un poco tarde para eso, también. Las luces del coche patrulla, que les han abierto el camino hasta la furgoneta, están ahora mismo arrancando reflejos azules de la carrocería de la Mercedes. Solo un coche se interpone entre los municipales y ellos.

Los silbidos del semáforo se espacian, avisando de que la luz va a cambiar. El último peatón pone el pie en la otra acera. El primer coche arranca.

La furgoneta no se mueve.

El coche que hay delante de Ruano y Osorio pita, y acaba dando un volantazo para incorporarse al otro carril. Los demás vehículos siguen su camino, algunos pitando, otros bajando las ventanillas y dando voces a la furgoneta, que sigue inmóvil.

Ruano mira a Osorio y aprieta los dientes.

—¿Qué hacemos?

—Dale un aviso, a ver qué hacen.

Ruano aprieta y suelta el botón de la sirena. El aullido, breve y seco, muere sin respuesta.

—Venga ya, no me jodas —dice Osorio, abriendo la puerta del copiloto.

—¿Adónde vas? —le sujeta Ruano. Se inclina sobre el asiento, agarrándole por la cazadora.

—A ningún lado, como no me sueltes.

El novato mira a su compañero con extrañeza. No es esa la actitud a la que le tiene acostumbrado. Pero esto no es un aviso normal. Ruano echa una ojeada a la furgoneta inmóvil. Quizás dentro de ella haya un inspector de policía retenido contra su voluntad.

—Nos han dicho que no intervengamos.

Osorio chasquea la lengua con fastidio.

—No voy a intervenir, no me pagan bastante para eso. Solo voy a asegurarme de que no se mueven del sitio mientras vienen los…

Ruano abre los dedos, un poco. Lo justo para que Osorio ponga un pie en la acera. La bota hace un sonido acuoso al entrar en contacto con el asfalto. Un ruido que debería ser casi imperceptible, pero que resuena en los oídos de Ruano, que se multiplica con un eco persistente y mordaz. Que llega a ahogar el ronquido metálico de la puerta lateral de la Vito, abriéndose. Que aún sigue rebotando en su cabeza, cuando los primeros disparos comienzan a estallar.

Ruano no los escucha.

Siente los puñetazos del plomo sobre la carrocería, el olor del aceite y la grasa del motor, cosido a balazos, que le protege de los proyectiles.

Siente el aire entrando a través de la puerta abierta del copiloto, formando una corriente con el que entra a través del parabrisas destrozado.

Nota fragmentos de cristal cayendo sobre su cabeza, introduciéndose en su uniforme, arañándole la piel.

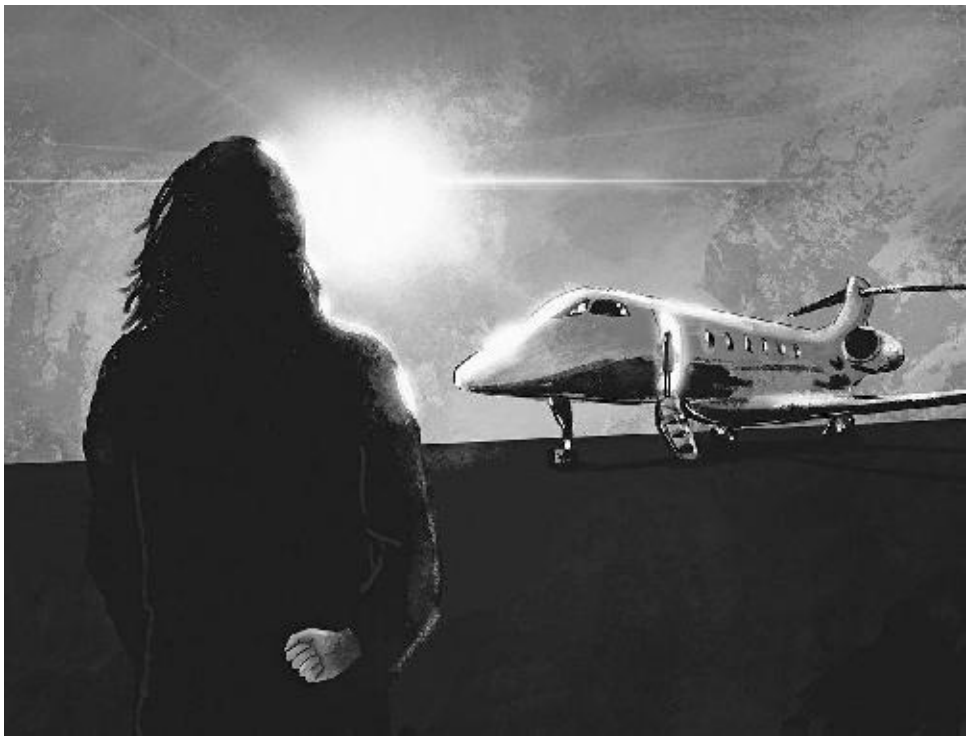
De Osorio, de su compañero, del hombre que hace unas semanas le invitó a pasar la Navidad con ellos —*no va a estar solo, mujer, pobrecito, donde caben cuatro*…—, del gruñón dejado y simpático que está tocándole las pelotas buena parte de su tiempo, apenas ve nada. Solo un hombro, derrengado sobre el ángulo antinatural de la puerta desgajada.

Ruano no escucha los disparos, ni los gritos de terror de la gente, ni el chirrido de los neumáticos de la furgoneta alejándose a toda velocidad. El eco de la bota de Osorio poniendo un pie en el suelo se extingue después de que lo haga el propio Osorio, que muere sin acabar la frase.

PRIMERA PARTE
ANTONIA

¿*Quién vigila a los vigilantes*?

JUVENAL



1
Un avión

Es solo un punto en el cielo de la mañana.

Aún no ha amanecido cuando el Bombardier Global Express 7000 inicia el descenso por el oeste, sin tener que esperar turno para recibir el vector de aproximación. El aeródromo de Cuatro Vientos ha sido cerrado al tráfico, con la única excepción de este aparato.

Antonia Scott no le quita los ojos de encima mientras toma tierra. Aguarda, sentada en el capó del coche, ajena al relente de la madrugada, hasta que el avión se detiene junto a ellos.

La puerta del Bombardier se abre, y una figura conocida se recorta en el rectángulo de luz. Antonia se baja del capó y camina hacia ella, una mano en la espalda, ignorando los calambres en las piernas entumecidas.

—Llegas tarde —dice.

—Tuvimos problemas para salir de Gloucester —responde la sombra, desde el rectángulo de luz.

Antonia no retira la mano de la espalda mientras sube, despacio, los ocho escalones. Solo cuando está segura de que la mujer es a quien ella esperaba, afloja los dedos de la culata de la Sig Sauer P290 que lleva enganchada al cinturón.

—Te has cambiado el pelo.

—Este es mi color. Me cansé del rubio.

Carla Ortiz sonríe con calidez, a pesar del cansancio y del miedo que se asoma a sus enormes ojos marrones. Extiende la mano para saludarla, pero la retira en el último instante.

—No… no me gusta el contacto físico —se disculpa Antonia.

—Lo sé. Me han informado. De eso y de más cosas.

—Vergonzosas, supongo.

—Supones bien, niña —dice una voz en inglés, desde el interior del aparato.

Antonia entra y se arrodilla junto al primer asiento. Unas manos nudosas y enjoyadas, gélidas como las sábanas en invierno, le revuelven el pelo con ternura.

—Estás horrible —dice la abuela Scott, señalando las ojeras violáceas en el rostro de su nieta.

—Y tú estás… —responde Antonia, intentando contener la emoción que le produce la caricia.

La abuela y Marcos eran las dos únicas personas cuyo contacto anhelaba. Su marido acaba de morir hace unas horas, desconectado de las máquinas de soporte vital por decisión de Antonia, después de años de insensata espera. Y a la abuela Scott no le queda mucho. Este viaje sorpresivo en mitad de la noche no ayuda en absoluto.

Antonia contempla el manojo de huesos cubiertos por un vestido de lunares. Con la mano que no acaricia a su nieta, rodea un vaso con un dedo de whisky.

Antonia percibe enseguida la ausencia de marcas de labios en el borde del vaso, la ausencia de olor en su aliento, y comprende que ya no puede mover el brazo izquierdo. Abre la boca para preguntarle por ello, pero un pensamiento cruza por su cabeza. Un pensamiento con acento vasco y voz gruesa, que no gorda.

Se ha tomado muchas molestias para ocultártelo. Déjala creer que lo ha conseguido.

—… más guapa que nunca —termina diciendo, con un esfuerzo.

—Voy para el siglo, niña. Hace décadas que eso dejó de ser cierto.

Antonia mira a los ojos azul desleído de la abuela, y siente que el corazón se le desgarra. Quizás sea la última vez que puedan mirarse cara a cara. Quiere inclinarse sobre ella y abrazarla, lo desea con todas sus fuerzas, pero no es capaz.

—Vamos, niña —le disculpa la abuela, con una última caricia de despedida —. Ve a hacer lo tuyo. Y cuéntamelo después.

Antonia asiente, y se levanta. Repasa la cabina del avión durante largos minutos, desoyendo los intentos de Carla de entablar conversación, y notando cómo su ansiedad va creciendo. Finalmente, da por bueno el examen, por más superficial que sea.

No hay tiempo para más.

Se acerca a Carla.

—¿Alguna noticia del inspector Gutiérrez? —pregunta la empresaria.

—La furgoneta escapó. Por ahora no sabemos nada.

Carla duda, tiene miedo, pero finalmente se atreve.

—Ella… ella estaba ahí, ¿verdad?

Antonia asiente. Hay un silencio incómodo, de esos que, en el pasado, se veía obligada a rellenar con promesas. Promesas grandes, tranquilizadoras. Para otras personas, vacías.

Para otras personas, una promesa hecha en un momento como este, no son más que palabras.

No para Antonia Scott.

Para Antonia Scott, una promesa es un contrato. Un contrato, que, si no cumple, acaba pagando igualmente. En culpa y remordimiento, moneda inflacionaria.

Por eso, en estos momentos Antonia no rellena el silencio con palabras como *encontraré al inspector Gutiérrez* o *capturaré a la mujer que te secuestró y torturó*. No, Antonia ha aprendido algo en los últimos meses sobre las promesas.

Por eso, lo que le dice a Carla es:

—Lamento lo de tu padre.

Una sombra cruza el rostro de la joven, que aparta la mirada.

—Era muy mayor.

—¿Pudiste hablar con él? Antes de…

Esos puntos suspensivos entierran enciclopedias enteras.

—Yo no quería, y él no podía —dice Carla, encogiéndose de hombros.

Carla

El ictus que golpeó a Ramón Ortiz unos meses atrás le había dejado reducido a un despojo babeante. La muerte no excluye a nadie de su lista, ni siquiera al hombre más rico del mundo. Todo el poder y la fortuna del empresario tan solo habían mejorado el lugar de su fallecimiento, pero no lo habían evitado.

La rica heredera se había transformado durante el tiempo en el que había estado secuestrada por Ezequiel.

Había emergido del pozo distinta. Todo lo que quedaba de ella de veleidad y capricho había ardido sin llama en la oscuridad del encierro. Donde antes había egoísmo y necesidad de validación había ahora generosidad y una seguridad en sí misma oscuras y desconcertantes. Sonreía menos, pero cuando lo hacía era de verdad.

Y no, nunca llegó a reconciliarse con su padre. El empresario estaba esperándola al borde de la alcantarilla, en la calle Jorge Juan, en mitad de una nube de fotógrafos y periodistas. Ella rechazó la mano que le tendía, y eligió apoyarse en el inspector Gutiérrez, el hombre que había afrontado un túnel lleno de explosivos y recibido un disparo para salvarla. No respondió al abrazo que le dio Ramón, ni sonrió, ni vertió una sola lágrima. Después, se apartó de él y se dirigió a los periodistas. Con voz sorprendentemente clara, les dio las gracias por su interés, y dijo encontrarse perfectamente, lista para regresar al trabajo. El mundo entero escuchó sus palabras serenas en las noticias de la mañana, y las acciones de la empresa subieron un seis por ciento.

A Ramón no volvió a dirigirle la palabra en privado. Lo intentó en ocasiones. Quiso preguntarle un centenar de veces por qué la había dejado abandonada a su suerte. Por qué no había cedido al chantaje de Ezequiel, como hubiera hecho ella sin dudar un instante si hubiese sido su propio hijo quien estuviese en peligro.

Su hijo, que ahora dormía en uno de los sofás de la zona central del *jet* privado, tapado con una manta, era todo lo que importaba. Nada más. Volver a abrazarle era lo único que había deseado mientras estaba secuestrada. Por él lo cambiaría todo. Hasta el último de los miles de millones de euros que poseía, y la calderilla del bolsillo, si se la pidieran también.

Solo cuando murió Ramón —a las tres de un sábado, en mitad de los titulares del telediario—, ella lo comprendió todo. Estaba en la cama del hospital, mirando la televisión, cabeceando ligeramente, como si se quedara dormido. Y de pronto, murió. Sin hacer ruido, simplemente se fue. Todo esto se lo contó la enfermera privada, una de las cuatro que le cuidaban día y noche. Carla cogió el teléfono a las 15:08, sabiendo de antemano —esas cosas se saben siempre— que su padre acababa de morir. Y tan pronto colgó, miró a su vez el telediario, sin prestar atención al desfile de sucesos banales, ni a la ironía cruel de que ambos hubieran estado viendo exactamente lo mismo a ocho kilómetros de distancia.

Acababa de heredar un imperio de doce cifras. Un uno seguido de once ceros. Una cantidad imposible, absurda, a la que en vida de Ramón Ortiz había prestado tan poca atención como al telediario ahora mismo. Al igual que esas imágenes, era algo simplemente que estaba ahí. Que pasaba, fuera de su ámbito de responsabilidad e influencia.

Sí, ella se había dejado el alma en la empresa, echando horas como si las llevara en un saco. Pero lo había hecho para ganarse lo único que no podía poseer. El respeto de su padre.

Casi pudo ver en el enorme televisor de cien pulgadas las imágenes del telediario del día siguiente. Casi, que el televisor era caro, pero no tanto. Pudo verse a sí misma, vestida de negro, recibiendo en el tanatorio a los invitados. Los reyes, seguro, el presidente del Gobierno, algún ministro. Y también gente importante, como Laura Trueba o Bill Gates. De pronto ella era algo distinto. Un volquete de responsabilidad le acababa de caer encima. Las vidas de cientos de miles de empleados y las inversiones de millones de personas dependían, desde aquel instante, de cada uno de sus gestos. Una inflexión, una sílaba a destiempo, podía arruinarlo todo.

Fue entonces cuando comprendió la traición de su padre. Fue entonces cuando quiso llamarle, decirle que le entendía. Que no le perdonaba —le resultaría imposible—, pero que le entendía.

Porque, junto con aquella cifra exorbitada, junto con aquellos once ceros, había heredado una verdad, acerada y luminosa, en tan solo seis palabras.

No se los había ganado ella.

2
Un cubo

—Vamos a repasar el plan —dice Antonia, moviéndose hacia la parte delantera del avión.

Mirando a aquella mujer menuda, casi un palmo más baja que ella, Carla Ortiz siente una extraña envidia. Antonia Scott no es fea, pero tampoco una belleza. No es eso, ni siquiera su intelecto lo que Carla envidia. Es su determinación inquebrantable. Le salvó la vida en los túneles de Goya Bis, y por tanto adquirió una deuda perpetua.

Cuando Antonia la llamó, tan solo unas semanas atrás, Carla esperaba una petición. Un pago, de alguna clase. Estaba dispuesta a dárselo, claro. Deseosa, incluso.

No hay favor más barato que el que puedes rescindir con dinero.

En lugar de eso, Antonia Scott le contó una historia, una historia que le revolvió el estómago y le robó el sueño. La historia de cómo una mujer desconocida, a la que llamaremos Sandra Fajardo, a falta de mejor nombre, manipuló a un enfermo mental para hacerle creer que era su hija. De cómo ambos la habían secuestrado para, supuestamente, chantajear a su padre. De cómo el cadáver de la falsa Sandra nunca había aparecido.

De cómo todo lo que creían saber era una inmensa mentira.

—No lo comprendo. ¿El chantaje a mi padre no fue real?

—No fue más que una elaborada farsa —respondió Antonia—. De alguna forma que desconozco, todo esto tiene que ver conmigo.

Le habló entonces del elusivo y misterioso señor White. El hombre que tiraba de los hilos de Sandra Fajardo.

—No puedo creerlo. Todos aquellos policías que murieron intentando salvarme. La mujer en el colegio de tu hijo. ¿Cuántas vidas se han perdido por esta farsa, como la has llamado?

—Ocho, que sepamos.

—Creía… que había terminado —dijo Carla, con la voz anegada por el miedo. Aguarda, en vano, una respuesta tranquilizadora de Antonia. Que no llega.

Entonces el recuerdo la alcanzó.

El desvío.

El hombre del cuchillo.

La persecución en el bosque.

El pinchazo en el cuello, cuando ella se había rendido.

Y después la batalla desesperada con la oscuridad. La voz amable que había resultado ser su torturadora.

—¿Sabes…? ¿Sabes qué es lo que quiere?

—No lo sé. Pero lo sabré.

Antes de colgar, le había dado a Carla instrucciones muy claras sobre lo que tenía que hacer si alguna vez se cumplía la peor de sus pesadillas.

Diez horas antes, sucedió.

El mensaje de Antonia decía solo:

HA VUELTO

Pero eso fue todo lo que necesitó Carla. Se levantó en mitad de una cena con unos socios comerciales, murmurando una excusa, y se subió al coche, al tiempo que daba instrucciones a la niñera para que sacara a su hijo de la cama.

El vuelo desde La Coruña hasta Gloucester para recoger a la abuela Scott les había llevado dos horas. Salir del aeropuerto, otras cuatro. Pero allí estaban, por fin.

Según el plan.

—Nada de teléfonos móviles. Ningún dispositivo electrónico. Tampoco búsquedas en internet sobre mí, ni sobre noticias de España. Ningún acceso a mis cuentas de correo, ningún contacto con nadie —recita Carla.

—Dame tu cartera —pide Antonia.

Carla rebusca en el bolso y se la alarga, con un mohín de disgusto. Antonia saca las tarjetas de crédito, el DNI, incluso el carnet de descuento del Sephora, lo arroja en una bolsita para el mareo y esta a su vez en una papelera. De su bandolera saca un mechero y un bote de fluido para encendedor, y convierte la vida de Carla en un charco pestilente en pocos instantes. Tan solo salva un rectángulo negro y metálico que se guarda en el bolsillo.

—Ten cuidado con esa tarjeta, Antonia. No tiene límite de crédito.

—No soy de gastos exagerados. Tú necesitarás dinero.

—Esa maleta está preparada desde hace semanas —dice Carla, señalando una enorme Samsonite.

Antonia no se molesta en abrirla. Sabe lo que contiene.

—¿En dólares?

—Y yenes, euros y libras.

Antonia asiente con aprobación.

—¿Dónde debemos ir?

—Si lo supiera, os pondría en peligro. No debes tomar ninguna decisión basada en la lógica. Pero voy a darte algo que te ayudará.

Antonia deposita en la mano de Carla un cubo de plástico de veinte milímetros de arista. En cada una de sus caras hay grabados unos puntos, de tal manera que las caras opuestas suman siete.

Carla observa perpleja el dado, durante un instante, hasta que comprende que es lo que quiere Antonia.

—Cada decisión, una tirada de dados. Cambia de avión en tu siguiente destino. Y vuelve a hacerlo en el siguiente a ese. Después desplázate por tierra al menos seiscientos kilómetros y toma un vuelo comercial. Después un nuevo desplazamiento por tierra en dirección contraria. Será duro —concluye, asomándose por encima del hombro de Carla.

Ella sigue su mirada hasta la abuela Scott, que parece haberse dormido.

—Tranquila. Nos enterrará a todos.

—No veo cómo debería tranquilizarme eso. Es una posibilidad muy real —dice Antonia.

Solo la expresión horrorizada de Carla le revela que ha vuelto a caer en las trampas del lenguaje figurado. Si Jon estuviese aquí haría algún comentario que hiciera más llevadera la situación, pero no es el caso. Antonia tampoco se disculpa. Primero, porque no sabe poner paños calientes. Ni siquiera sabe lo que significa la expresión. Y segundo, porque el peligro es, efectivamente, muy real.

Ahora que Sandra ha regresado, nadie está a salvo. Y Carla, uno de los trofeos que se le escapó de entre los dedos, menos que nadie.

—Tenemos que irnos —dice la empresaria, retorciéndose las manos con ansiedad.

Antonia comprende que no puede retrasarlo más.

3
Un bulto

Antonia se asoma a la puerta del avión y hace una señal. Del coche —un Rolls Royce Phantom, recientemente restaurado— desciende un hombre alto, delgado, de pómulos hundidos. Trajeado, con el nudo de la corbata impecable, a pesar de llevar horas aguardando en el asiento trasero. En brazos lleva un bulto valiosísimo. El otro trofeo que se le escapó de entre los dedos a Sandra Fajardo.

—¿Cuánto va a durar esto? —pregunta el recién llegado.

Para ser diplomático nunca ha sido demasiado amigo de la flexibilidad propia, más bien de la ajena. Por otro lado, *sir* Peter Scott, embajador del Reino Unido en España, es un varón inglés rico de mediana edad, así que la prepotencia es casi obligatoria.

El relente de la madrugada y haber pasado la noche en un coche no están ayudando a sus modales, tampoco. Alza la barbilla y mira inquisitivamente a la empresaria.

—Disculpe, creo que no nos han presentado —dice Carla.

—Sabe muy bien quién soy, y yo sé muy bien quién es usted. Y ahora, si no le importa, me gustaría una respuesta.

Antonia menea la cabeza. Carla no dice nada.

—Durará lo que tenga que durar —interviene una voz aguardentosa a su espalda.

El embajador se da la vuelta, y se encuentra con la mirada severa de la abuela Scott. Es posible que trague un poco de saliva, discretamente.

—Disculpa, madre. No te he visto al entrar.

—Claro que no. Estabas muy ocupado siendo un maleducado. ¿Cuándo fue la última vez que me llamaste?

—Las responsabilidades de mi cargo…

—Son más importantes que tu madre. Lo has dejado perfectamente claro. Ahora acércate y déjame que vea a mi bisnieto.

Jorge Losada Scott lleva horas roncando, ajeno al drama que se desarrolla a su alrededor. Envuelto en una manta de cuadros y en un pijama de Baby Yoda, no se despierta ni siquiera cuando la abuela Scott le descubre el rostro. Tiene las mejillas de un rojo encendido, y los labios entreabiertos.

—Tiene tu nariz, Peter.

—Es cierto —dice el embajador con una sonrisa.

—Afortunadamente, el resto es de Antonia. Y ahora acuéstale en el sofá antes de que te salga otra hernia, muchacho.

Sir Peter Scott obedece. El asiento de piel de potro cruje cuando deja a Jorge al lado del hijo de Carla Ortiz. Los bultos son casi del mismo tamaño, pues ambos se llevan pocos meses.

—Todo irá bien —dice Carla.

—No puede garantizar eso.

—Por el amor del cielo, Peter —le regaña la abuela Scott—. Esta mujer te está diciendo que hará todo lo que esté en su mano. Si quieres garantía, cómprate una tostadora.

El embajador cambia el peso de un pie a otro, la mirada entre su nieto y la abuela Scott. Finalmente inclina la cabeza en dirección a la anciana y abandona el avión a grandes zancadas, sin mirar atrás.

Antonia se reúne con él junto al coche al cabo de un par de minutos, tras una despedida y alguna instrucción final. El avión comienza a rodar por la pista antes de que ella alcance a su padre.

—No me habías dicho que estaría tu abuela —dice *sir* Peter.

—También es un objetivo.

—Me habría gustado saber que estaría, Antonia.

—Deberías ir con ellos.

—Tu abuela y yo metidos en un espacio reducido durante horas. Qué idea tan pintoresca. No necesitaríamos de ningún psicópata que nos asesinara.

—Estarías más seguro.

—¿Más seguro dando tumbos por sabe Dios dónde que en la embajada, protegido por un destacamento de SAS? —replica *sir* Peter—. No sé ni por qué permito que Jorge…

—Sandra Fajardo ya le secuestró una vez, a plena luz del día y de un lugar que creíamos seguro. ¿De verdad quieres correr el riesgo?

El embajador chasquea los labios con frustración. Hace tan solo unas horas, su hija le había llamado para que le ayudara en la difícil tarea de despedirse de su marido para siempre. Había acudido a su lado enseguida, como era su deber. Lo que estaba sucediendo era un paso en la dirección correcta, en la ansiada reconciliación con su hija. Decir adiós a Marcos era el primer paso para recobrar parte de la humanidad que Antonia había perdido. Durante un instante fugaz, junto al monitor de frecuencia cardíaca que emitía pitidos cada vez más lentos, *sir* Peter había visto el reflejo de la niña sonriente y feliz que alborotaba los pasillos del consulado en Barcelona cuando no era mucho mayor que Jorge. De la niña sonriente y feliz que podría haber sido, de llevar otra vida.

No hay nada de aquella niña en la mujer menuda que está de pie junto a él en la pista de aterrizaje. Sus ojos son dos piezas de obsidiana.

Y, lo que es más aterrador, piensa el embajador, *lo que acaba de decirme es cierto*.

—Supongo que no quiero correr el riesgo —admite.

—Deberías ir con ellos —insiste Antonia.

—El avión ya ha despegado.

—Podemos hacer que vuelvan.

—Eres tú quien debería subir a ese aparato.

—Sé cuidarme sola.

De las sombras, donde ha estado aguardando, surge uno de los guardaespaldas de su padre. Antonia le recuerda bien. Es el que la sacó a rastras de la habitación de Marcos. Metro noventa, ochenta y siete kilos, y no demasiada simpatía por Antonia. Un muro de ladrillos con traje, entrenamiento de élite, oficial del SAS.

El embajador le señala el mostrenco a Antonia, cuando este le abre la puerta del coche.

—Gracias, Noah.

Y luego la señala a ella. Tan pequeña, tan sola.

—Yo tengo quién me proteja, Antonia. Día y noche. Tú no.

4
Un mostrador

Sola en mitad de la pista de aterrizaje, mientras ve alejarse el coche de su padre, Antonia piensa en la última frase que le ha dicho.

—Yo tengo quién me proteja. Tú no.

Que Antonia traduce como:

Raksakuduha.

En télugu, lengua dravídica que hablan setenta y cuatro millones de personas, el protector sin armadura. Aquel que salta desnudo en la trayectoria de la flecha.

Antonia tenía a alguien así. Y ahora ya no. White se lo ha arrebatado, sin explicación alguna. Solo un mensaje que decía:

ESPERO QUE NO TE HAYAS OLVIDADO DE MÍ.
¿JUGAMOS?
W.

Un Audi A8 negro con las lunas tintadas se acerca a ella. La puerta del copiloto se abre, invitándola a entrar. Por un momento Antonia —contra toda lógica, lo cual es extremadamente inusual en ella— espera que al volante vaya el inspector Jon Gutiérrez. Unos breves instantes de pensamiento mágico, de cruzar los dedos muy fuerte y desear, desear, desear que pase. El universo devuelve a Antonia la respuesta habitual. Salvo que, en el caso de Antonia, además viene con un extra de vergüenza por haber cedido a semejante vulgaridad.

Con un gesto de fastidio, Antonia abre la puerta trasera y se derrumba en el asiento.

—¿Ahora soy tu chófer, Scott?

—Necesito cerrar los ojos un momento.

—El asiento de delante es completamente reclinable.

—Ya, pero aquí atrás estoy sola.

El hombre que va al volante se da la vuelta. Moreno, de entradas pronunciadas, bigote recortado fino y ojos de muñeca, que parecen más pintados que reales. Abrigo corto, color camel. Caro.

—Ten cuidado con dónde pones los pies. Ahí atrás hay una Chéjov —dice Mentor.

Al igual que Antonia, ha estado muchas horas cubriendo el acceso a la pista de aterrizaje.

—No es un Chéjov. Es un Remington 870 —dice Antonia, abriendo un ojo y dándole con la punta de las zapatillas de deporte.

—Es una escopeta cargada —dice Mentor, nervioso, revolviéndose en el asiento para alcanzarla y apartarla de los pies de Antonia—. Y ya sabes lo que dijo Chéjov sobre las escopetas.

—No tengo ni idea.

—Que si enseñas una en el primer acto, tienes que dispararla en el tercero.

—Estamos en el tercer acto.

—Ahí quería yo llegar, Scott.

Tras una breve pelea con el cinturón de seguridad, Mentor logra agarrar el arma y colocarla en el asiento a su lado.

—¿Cómo ha ido la cosa con tu padre?

—Tan bien como cabía esperar.

—Así de mal, ¿eh?

Antonia no responde, solo clava la mirada en la ventanilla. Un trueno suena a lo lejos, coincidiendo con el ronroneo del Audi cuando Mentor lo pone en marcha. Las gotas de lluvia se vuelven pequeños cometas efímeros que se persiguen por el cristal.

En la M40, a la altura de la salida de Plenilunio, el tráfico les hace avanzar muy despacio. Antonia se fija en el coche del carril vecino. Una furgoneta blanca, de la misma marca que la que se llevó a Jon. Distinto modelo. En el asiento de en medio viajan dos niños pequeños, que se arrojan un juguete. En otro tiempo había sido un dinosaurio y ahora es una masa informe de color verde recubierta de mordiscos. La madre se gira y les dice algo, con tono serio, a juzgar por la expresión, pero no está realmente enfadada.

Tan solo una familia normal, de camino a pasar un día anodino en el centro comercial junto a otras familias normales. Antonia se pregunta qué han hecho ellos para obtener aquella vida y qué ha hecho ella para merecerse la que lleva. No halla respuesta, por supuesto. Solo…

Pothos.

En griego, el deseo de lo inalcanzable.

Antonia desea, no por primera vez, tener una familia en la que refugiarse, un lugar en el que esconderse. Pero no hay nada, más que el feroz chillido de los monos en las profundidades de su mente. Con tan cuestionable arrullo, se queda dormida.

Cuando despierta, el sol está bien alto en el cielo.

Baja del coche, frotándose los ojos, con la vejiga repleta y la lengua pastosa. Están en el aparcamiento de una nave industrial anodina en mitad de un barrio anodino. Rejas, al sur del aeropuerto Adolfo Suarez Madrid Barajas, es un rectángulo desconocido, el último borrón que los viajeros ven antes de que el taxista les avise de que son treinta euros, muchas gracias. Cierto, millones de personas visitan Plenilunio cada año, es el centro comercial más grande de la ciudad. Pero ninguno se aventura más allá del aparcamiento. En las cercanías hay un barrio relativamente consolidado. Pero en el lado este, a un par de kilómetros, el panorama se transforma. Los edificios medianamente ordenados dejan sitio al caos. Naves vacías al lado de viviendas unifamiliares destartaladas, huertas con caballos, edificios de oficinas a medio construir. Solares en cuyas vallas cuelga un SE VENDE, carteles de los que el sol ha devorado el rojo y el negro, para vomitar un rosa pálido y un gris pretérito. Carteles en los que ya no se lee el teléfono. Pero, si se leyera, se vería que tiene solo siete cifras.

Un lugar dejado de la mano de Dios y de sus superiores directos, los concejales de Urbanismo.

Un puñado de calles con nombres de meses, en los que agosto y diciembre se parecen demasiado.

No hay camino que llegue hasta aquí y luego pretenda salir, y por eso fue el lugar que Mentor eligió para erigir el cuartel general del proyecto Reina Roja en España.

Desde fuera solo es una nave industrial más, con un aparcamiento vallado, un nombre respetable de una empresa de fabricación de áridos, un edificio de aluminio arriba y cemento abajo.

Mentor está sentado en las escaleras de cemento del edificio, apurando un cigarro. A juzgar por la altura de la montaña que han hecho las colillas entre sus pies, no se ha movido de ahí desde hace horas.

—Estás fumando demasiado —dice Antonia, mientras recorre la distancia entre el coche que le ha servido de cama y los escalones que le han servido a Mentor de sala de espera.

—Mi mujer opina lo mismo. Pero nunca es buen momento para dejarlo.

—¿Por qué no me has despertado?

—Ya sabes por qué. Acabas de volver de una misión larga. Y te has pasado la noche en vela.

—No tenemos tiempo que perder.

—Cuando no duermes te pones irritable y consentida.

Antonia protestaría y daría una patada en el suelo, pero ha podido dormir lo suficiente como para limitarse a respirar fuerte y subir en dos zancadas las escaleras.

Al otro lado de una puerta de cristal —sin cerradura ni nada— hay un mostrador de melamina descascarillado, un suelo de linóleo, una zona de espera con dos butacas que dejan ver el relleno y unas cuantas revistas sobre áridos, incluyendo los últimos números de *ANEFA*, la revista oficial del ramo. En el número de este mes, ¡*todo sobre las arenas silíceas*!

—Identificación, por favor —dice un joven, desde detrás del mostrador.

Antonia mira a Mentor con hastío. Mentor se encoge de hombros.

—El chico es nuevo.

—El chico es obediente —dice el chico.

—No puedo relajar las costumbres. Además, hace mucho que no vienes por aquí. Tiene que comprobar que eres tú.

Antonia cede y se acerca a lo que parece la carcasa sucia y remendada con celofán de una webcam que ya era vieja antes de que Zuckerberg fundase Facebook.

En su interior, por supuesto, se esconde un escáner retinal de última generación, que hace que suene un pitido en la pantalla oculta tras el mostrador.

—Todo listo, señor.

—Gracias, agente. Vamos, Scott —dice Mentor, señalando la puerta. Ella le mira, sin moverse del sitio.

—¿Has acabado con las lecciones?

—No sé de qué me hablas.

Con un gesto de fastidio, Antonia sigue a Mentor hasta una puerta metálica, que se desbloquea con un zumbido. Mentor tira de la manija, pero Antonia agarra la puerta, impidiéndole abrir.

—Me has dejado dormir cuatro horas en el coche. Ahora, el numerito de la entrada. Intentas decirme algo, eso no se me escapa.

—Scott, realmente te hemos echado de menos.

—Ahorraríamos tiempo si me dijeras directamente qué es.

Mentor se muerde el labio inferior, intentando reunir paciencia.

—El mensaje es que no estás sola en esto y que tenemos que tener más cuidado que nunca.

—Mensaje recibido. Y ahora, si no te importa, tenemos que empezar a buscar a Jon Gutiérrez.

—¿Qué te crees que hacíamos mientras dormías? —dice Mentor, abriendo la puerta, por fin.

Antonia contiene la respiración al entrar. Casi había olvidado lo imponente que es el lugar.

Casi, porque Antonia no olvida nada.

5
Un cuartel

La recepción cochambrosa con muebles de los años noventa da paso a un espacio abierto y diáfano de seis metros de alto. Del techo cuelgan potentes focos de 1250 vatios, que iluminan una serie de estructuras interconectadas, fabricadas en hormigón y fijadas al suelo con vigas de acero, un pueblo en miniatura. Una zona a la entrada sirve de parking para los Audi A8 modificados. De las cuatro plazas, solo una está ocupada. Sobre el resto, alguien ha pegado en el suelo fotos a tamaño DIN A3 de los sucesivos siniestros.

Antonia se permite una media sonrisa al ver las imágenes. A Mentor no se le escapa el gesto.

—No tiene gracia. Habéis mandado al desguace trescientos mil euros en menos de un año.

—Yo solo cien mil. Los otros se los cobras a Jon.

—Me estoy pensando lo de rescatarle.

El primero de los módulos de cemento junto al que pasan es una estructura cúbica con una ventana enorme en uno de sus lados. El interior está a oscuras, pero Antonia no necesita luz para saber lo que hay dentro. Conoce de memoria hasta el último centímetro de la sala de entrenamiento. Y no son recuerdos felices.

Aparta la mirada y aprieta el paso. Delante del laboratorio de la doctora Aguado está aparcado el MobLab, y más allá el bloque que contiene la sala de reuniones. Un espacio abierto con una gran mesa en el centro, y una docena de monitores de treinta pulgadas fijados a la pared.

Nadie ha dedicado ni un minuto, ni una gota de pintura a adecentar el cuartel general del proyecto Reina Roja. No hay ni un solo elemento en el lugar que no sea funcional o que no parezca comprado en la ferretería de *Blade Runner*. Quizás por eso a Antonia le resulta tan hermoso.

Y a pesar de ello no ha entrado en esa sala de reuniones desde hace casi cuatro años.

Mentor se hace a un lado, para permitirle el paso. Pero, al fijarse en su mirada, en sus puños apretados, se lo piensa dos veces.

—Cuando estés lista, Scott.

No parece que eso vaya a suceder pronto.

El corazón de Antonia está acelerado, el aliento entrecortado. Ahora que Jon depende de ella, el pánico la invade. O quizás —más bien— es que ella permite al pánico entrar porque ya no le quedan excusas.

Después de todo este tiempo huyendo de lo que es, de lo que puede hacer, la realidad ha acabado alcanzándola. Antonia es cinturón negro en mentirse a sí misma, pero incluso ella es capaz de reconocer que desea tanto como teme cruzar la puerta y entrar de nuevo en esa habitación.

Aunque no sea una buena idea.

Aunque el hombre al que le hizo la promesa de no regresar jamás a esa sala, esté ahora en una funeraria, sin nadie para velarle.

Aunque un peso plomizo en la boca del estómago le pida darse la vuelta y huir de la jaula de cemento. Del lugar que la transformó para siempre en algo infinitamente mejor, infinitamente más odioso.

Entonces mira a través del hueco de la puerta, y ve que todas las pantallas se han unido para ofrecer una única imagen fragmentada. El rostro del inspector Jon Gutiérrez. Con su pelo ondulado tirando a pelirrojo, su barba espesa, tirando a cana. Con esa mandíbula cuadrada del tamaño de un diccionario. Los ojos, entrecerrados por el resplandor del flash.

Incluso en su estado alterado, Antonia percibe el truco sucio de Mentor. Le enfurece la capacidad que tiene para manipularla.

—Tómate tu tiempo —susurra la voz de Mentor, junto a su oído.

Antonia abre la boca para hablar, pero él la interrumpe, desde más cerca. Sus labios casi llegan a tocarla. Su aliento caliente y amargo de fumador le eriza la piel.

—Si lo siguiente que me vas a decir es que no puedes, ahórratelo. Sea lo que sea lo que esté pasando en tu cabeza, supéralo. Te he dejado una noche para poner a salvo a tu familia y una mañana para que descanses. Eso es todo. Porque ese hombre cuyo rostro estás mirando te ha salvado la vida más veces de las que puedes contar.

Al oír esto, a Antonia le invade una repentina certeza.

El peso en el pecho se aligera, la respiración se ralentiza. Los monos de su cabeza gritan un poco más bajo. Eso es lo hermoso de las certezas. Nos nutren

con un cierto alivio.

Antonia exhala el aire que había estado reteniendo y se vuelve hacia Mentor.

—Sí que puedo.

—Esta es mi chica.

—No me has entendido. Sí que puedo contarlas. Son siete —dice Antonia, entrando en la sala.

6
Una pregunta

La doctora Aguado se levanta al ver entrar a Antonia. Rondará los cuarenta. Pestañas largas, maquillaje desvaído, *piercing* en la nariz, una pícara languidez en la mirada. Ahora con una chispa de miedo.

—No sabe cómo lamento lo de…

Aguado se detiene, porque en realidad no sabe ni por dónde empezar. Antonia asiente, con respeto. Se alegra de verla allí.

—Vamos a trabajar.

—Por supuesto. Ah, casi me olvido —dice la doctora, alargándole un vaso con agua y otro, más pequeño y de plástico, que contiene una cápsula roja.

Antonia menea la cabeza, intentando que los ojos no se le cuelen dentro del segundo vaso.

La forense mira a Mentor, extrañada, pero este le hace un gesto, y Aguado retira la pastilla de encima. Solo entonces Antonia se sienta, en su sitio de siempre, frente a las pantallas. Las ruedas de la silla, una Herman Miller Aeron (de la talla más pequeña, para que no le cuelguen los pies), hacen un característico sonido metálico sobre el cemento cuando se aproxima a la mesa.

—¿Qué tenemos?

—Todo eso —dice Mentor, señalando frente a ella.

La superficie de cristal de la mesa está cubierta por decenas de informes y fotografías. Antonia se inclina un poco, apoya los codos en la mesa y comienza a recorrer con los ojos cada uno de los documentos. Cincuenta segundos después, alza la cabeza de nuevo.

—O sea, nada.

—La matrícula de la furgoneta era falsa, pero eso ya lo sabes.

—El número era el mismo que el del coche en el que se suicidó la auténtica Sandra Fajardo —interviene Aguado.

—¿Una broma macabra, Scott?

—Nos deja su firma. Como si no estuviera por todas partes.

Antonia aún recuerda cómo se había parado a saludarla antes de subir a la furgoneta en la que se llevaban a Jon. Una mujer elegante, de rostro amable.

Un rostro amable que nadie más que ella ha visto.

—¿Hay alguna cámara de seguridad? ¿Tráfico? ¿Algo?

Mentor menea la cabeza. Antonia ya sabe la respuesta a la pregunta. De haberla, estaría en la mesa frente a ella.

—Podemos hacer un retrato robot a raíz de tu descripción. Podría estar dentro de media hora en todos los telediarios. Pero…

—Pero —dice Antonia, golpeando la mesa con irritación.

Mientras Jon Gutiérrez esté en poder de Sandra, no pueden hacer ningún movimiento de ese tipo. No pueden hacer mucho.

—Tengo a todo el personal intentando seguir la pista de la furgoneta por Usera. Los seis novatos de apoyo flotante que nos dejan los nacionales, el equipo de informática…

—Incluso mi propia ayudante —tercia Aguado.

—Todos con sus coches particulares, preguntando si alguien ha visto la furgoneta.

—Es una posibilidad bastante remota.

—No tenemos ninguna otra, Scott. No hay fotos de Fajardo, no hay pistas, no tenemos nada. Solo un municipal muerto y otro sedado en el hospital.

Los dos que intentaron detener la Mercedes antes de que cruzara el Manzanares. Se les avisó de que no intervinieran. Buscaban una medalla y se llevaron cien tiros de regalo.

—Ya ha visto el informe de balística —dice Aguado, señalando un folio frente a Antonia.

—Munición *5,56 3 45 OTAN* —responde Antonia, sin mirar—. Extremadamente común. Prácticamente cualquier soldado de la Unión Europea la ha usado alguna vez en las últimas décadas. Y miles de policías.

Un ruido de fricción se revela en el silencio posterior. Aguado y Mentor observan cómo la mano izquierda de Antonia vuelve a agitarse, sacudiendo los papeles.

Aguado busca en el bolsillo de su bata la caja donde ha guardado la pastilla roja de Antonia. Mentor alza un poco las cejas y menea la cabeza muy despacio.

Antonia, por fin, parece darse cuenta del movimiento, y se sujeta la muñeca con la mano derecha. Sus labios dibujan una mentira inaudible.

—Estoy bien.

A una pregunta que nadie ha formulado.

Y luego, más alto:

—Estamos perdiendo el tiempo. No vamos a encontrar a Jon con nada de esto —dice, empujando los papeles delatores hacia el centro de la mesa, fuera del alcance de sus manos temblorosas.

—¿Alguna idea mejor? —dice Mentor.

—Tenemos que comprender qué está pasando. Tienes que contarme por qué fuiste a Bruselas.

Lo que pasó en Bruselas

Mentor se rinde a la petición de Antonia, y le hace un gesto a Aguado, que manda desde su portátil una señal a los monitores.

—Esto ocurrió hace nueve días. Cuando estabais viajando hacia Málaga, en busca de Lola Moreno.

Las imágenes muestran una habitación de hotel. Lujosa. Un hombre, desnudo, sobre una cama de dos metros. Las sábanas están revueltas. Tiene el cuerpo lleno de cuchilladas. En la foto se ven cuatro pies. Los que cuelgan de la cama, pertenecientes al acuchillado, y los que cuelgan a ochenta centímetros por encima de ella. La siguiente foto muestra al dueño del segundo par, ahorcado del ventilador. Sus ojos se salen de las órbitas, el rostro desencajado, la lengua atrapada entre los dientes.

—Es Inglaterra.

—¿Cómo le has reconocido? Dudo que su propia madre pudiera.

—No le he reconocido a él. La marca del ventilador —dice Antonia, señalando un minúsculo logotipo en la base del aparato—. Es un modelo que solo se vende en el Reino Unido.

—Callum Davis, Reina Roja en Inglaterra —confirma Mentor, apuntando al ahorcado—. Y Rhys Byrne, su escudero.

—¿Amantes?

—Está prohibido, Scott.

—No has…

—Sí que he contestado, en realidad. Sí, lo eran. No abiertamente, pero hay pocos secretos dentro de nuestros equipos —dice Mentor, mirándola fijamente.

Antonia hace enormes e infructuosos esfuerzos por no mirar al bulto que forma la caja de píldoras rojas en la bata de Aguado.

—Callum y Byrne estaban en una misión bastante peligrosa. Unos contrabandistas de diamantes en Glasgow, gente peligrosa, con conexiones con la mafia. Creíamos que habían sido ellos.

—El equipo forense examinó la escena —interviene Aguado— y descubrió que la verdad era mucho peor.

Antonia se pone en pie y se acerca a la imagen de su homólogo inglés, entrecerrando los ojos. Hace un movimiento ascendente y repetitivo con el brazo, unos cálculos mentales, y luego vuelve a mirar.

—Le mató él, y luego se colgó.

—¿Cómo…?

—Las retrosalpicaduras de sangre en la camisa. Esta forma semiesférica casi perfecta, rodeando a otras más pequeñas. Solo pueden producirse si el que empuñaba el cuchillo era Callum.

Aguado se aclara la garganta, incómoda, y mira a Mentor.

—Es cierto —corrobora este—. Nos llevó un poco más que a ti, Scott. El cuchillo no estaba en la escena del crimen. Apareció horas más tarde, en el jardín del hotel. Pero para entonces la cosa había enloquecido.

Nuevas fotos aparecen en los monitores. Muestran un Audi A8 aparcado encima de una acera de un área residencial. Esta vez Antonia no tiene que adivinar. La cinta roja y blanca con la leyenda POLITIE, NIET BETREDEN le ahorra el esfuerzo.

En uno de los monitores comienza a reproducirse un vídeo, grabado con un teléfono móvil. En el asiento del copiloto del Audi ven el cadáver de una mujer vestida con chaqueta gris y falda de tubo a juego. El agujero de entrada de la bala es pequeño, del tamaño de una moneda. El contraste con el destrozo que ha hecho al salir es enorme. La ventanilla es un cuadro abstracto. Una composición en rojo con una hendidura en el centro, el lugar donde la cabeza agrietó el cristal sin llegar a romperlo.

—Lotte Janssen, Reina Roja de Holanda. Encontraron el coche frente a su casa de Rotterdam. A su escudero lo detuvieron a menos de doscientos metros. Iba vagando sin rumbo por la calle, con la pistola en la mano, en estado catatónico.

—Fue entonces cuando comprendisteis que algo no iba bien.

—Una reina que mata a un escudero, un escudero que mata a una reina. Todo en pocas horas. Sí, incluso los simples mortales fuimos capaces de sumar dos y dos, Scott.

—No lo hagas.

—¿El qué?

—El papel de Jon. No te queda bien.

Mentor saca un cigarro del bolsillo, y se lo enciende.

—Yo también le echo de menos, Scott. Pero tenemos que estar listos para lo peor.

Antonia medita durante unos segundos esas palabras. Después da la única respuesta posible.

—No.

—Las posibilidades… —comienza Aguado.

—¿Qué pasó cuando descubristeis lo de Holanda? —la interrumpe Antonia.

—Los jefes de equipo nos reunimos en Bruselas. Sabíamos que pasaba algo, pero no teníamos ninguna información. Hubo gritos, mucha tensión. Estábamos viviendo nuestro propio 11S. Nadie sabía qué hacer. Teníamos en custodia al escudero de Holanda, pero no había dicho ni una sola palabra. Entonces…

Mentor se calla, baja la cabeza. Aguado desvía la mirada.

—Y entonces hubo otro —susurra Antonia.

En la pantalla aparece una foto. Entre el humo y los escombros, Antonia alcanza a distinguir una sillería elaborada, imágenes de santos esculpidos en piedra, y una puerta repujada en bronce. Tarda un poco en reconocerla. El arte no es lo suyo, y el gótico menos. Pero acaba encajando lo que ve con un viejo recuerdo del instituto. Una lección aburrida de viernes por la tarde, las persianas de la clase echadas, el sopor y el calor de finales de la primavera en Barcelona. Y, en el retroproyector de la clase, la imagen de una catedral alemana de siete siglos de antigüedad.

—Colonia.

—Hubo una explosión —dice Mentor—. Seis heridos graves. Dos muertos.

Hay un silencio, que rompe la forense.

—Los muertos eran…

—Ya sé quienes eran, doctora.

Antonia parece a punto de echarse a llorar. O quizás de liarse a puñetazos con alguien. No hay forma de reconocer la diferencia.

—Nos está cazando —dice, con la voz sobrecogida por la rabia—. Uno por uno. Todos los miembros del proyecto Reina Roja. Cinco muertos en tan solo dos días. Inglaterra, Holanda, Alemania. ¿Qué hay de los demás?

—El escudero de Holanda sigue bajo arresto. Isabelle Bourdeau, en Francia, ha desaparecido, junto con su reina. Paola Dicanti estaba junto con su reina, camino de una localización segura en Florencia, pero perdimos el contacto ayer por la noche, creemos que por voluntad propia.

Hace una pausa. Más bien larga. Se masajea la frente con las yemas de los

dedos, como si quisiera invocar el conocimiento, o quizás ahuyentar la desesperanza. No parece que sirva de mucho.

—Eso es todo lo que sé —concluye.

—No, no es verdad.

Mentor se incorpora un poco, extrañado.

—Te he dicho todo lo que…

Antonia levanta un dedo para hacerle callar.

—Anoche, cuando me llamaste, me dijiste que sabías lo que había sucedido en Inglaterra y Holanda. Que mi fantasma era muy real.

Mentor le sostiene la mirada, sin parpadear.

—Con estas pruebas que me has enseñado —continúa Antonia— no puedes llegar a esa conclusión.

—No sé si me gusta tu tono, Scott.

—Cuatro años. Cuatro años desde que ese monstruo irrumpió en mi casa, cuatro años he estado hablándote de él. Cuatro años en los que lo único que he recibido por tu parte han sido sonrisas indulgentes, cuando no la insinuación de que había perdido la cabeza.

—Después de lo de Marcos…

—«Tráeme una prueba. Una prueba y creeré que ese asesino tuyo existe». ¿Cuantas veces habré escuchado eso?

—No tenías más que rumores, habladurías, Scott.

—¿Y qué tienes tú esta vez?

—El *modus operandi*…

—No hay *modus operandi* en esas fotos. Solo violencia y muerte aleatorias.

No es cierto que en un duelo de miradas pierda el primero que la aparte. Quien pierde es el que, ante la inmediatez de su derrota, aparta la vista para impedir que su adversario la vea reflejada en sus ojos.

—Doctora, ¿le importaría darnos unos minutos? —pide Mentor.

Antonia hace un leve gesto de asentimiento a la forense cuando esta pasa por detrás de su silla. Espera hasta que oye la puerta cerrarse tras ella.

—Y ahora… ¿vas a decirme lo que de verdad pasó en Bruselas?

Lo que de verdad pasó en Bruselas

Mentor se afloja la corbata, alarga la mano para coger su portátil, se enciende otro cigarro, despacio, intentando ganar tiempo. Cuando exhala el humo de la primera calada, se queda sin excusas para seguir en silencio.

—El escudero de Holanda… habló.

—Dijiste que estaba catatónico.

—Durante unas horas. Acabó saliendo del *shock*. Pero seguía sin querer hablar.

Mentor aprieta una tecla en su portátil y una imagen sustituye a las del atentado en Alemania. Un hombre de piel oscura y rasgos marcados. En la cincuentena, pero conservando su fuerza.

—Michael Seedorf. Nacido en Surinam. Ex policía militar, en la reserva. Lo reclutamos en un momento particularmente bajo de su vida.

—El procedimiento habitual.

—Acababa de perder a su hija. La chica era genetista, con un expediente brillante y un futuro increíble. La atropelló un coche.

—Y ahí entrasteis vosotros.

—Yo no tuve nada que ver. Pero mi colega holandés hizo un excelente trabajo. Modeló una relación perfecta entre Seedorf y su reina. La quería como a una hija. Llevaban trabajando juntos desde el principio. Resolvieron algunos casos muy jodidos.

—He oído que era muy buena.

—No tanto como tú, pero sí. Lo era.

Antonia aguarda, mordiéndose el labio inferior, a que Mentor continúe. Este aprieta un botón, dejando la pantalla de los monitores en negro.

—Tienes que comprender que necesitábamos que hablase, Scott.

Antonia respira hondo y cierra los ojos.

—¿Qué hicisteis?

—Hubo grandes discusiones entre todos los jefes de equipo. La decisión tenía que ser unánime.

—¿Qué hicisteis?

—La decisión…

Antonia formula la pregunta una tercera vez.

Mentor se pone en pie, se frota las manos, se recuesta en la pared de cemento.

—Interrogatorio extremo —dice, finalmente.

Antonia abre los ojos.

Lo que hay en ellos es exactamente lo que Mentor estaba temiendo encontrar. Se ha parapetado detrás del eufemismo, pero de poco sirve eso con una filóloga que ama, por encima de todo, la precisión en el lenguaje.

—Torturaste a uno de los nuestros —dice Antonia, incrédula.

—Hicimos lo que debíamos, Scott. Estamos siendo atacados.

—Lo que debíamos —repite Antonia, con una carcajada seca, sin rastro de humor.

Hace una pausa, de esas suyas.

—Justo antes de volver de Málaga, Jon me dijo algo que me hizo pensar. Acerca de nuestro trabajo. Acerca de lo que hacemos. Sobre los desvíos que habíamos tomado, intentando hacer lo que debíamos. ¿Adivinas lo que le dije yo?

Mentor no contesta.

—*Caminando en línea recta no puede uno llegar muy lejos*. Eso le dije. ¿Sabes de quién es esa frase?

Claro que lo sabe. Pero no va a admitirlo.

—Tuya, Mentor. Esa frase es tuya. Una de esas con las que excusamos actos de los que no estamos particularmente orgullosos. Nuestras mentiras, nuestros engaños, nuestros atajos.

—¿No crees que Jon…?

Antonia alza un dedo.

—Ni se te ocurra. Ni se te ocurra volver a usar el nombre de la persona más honesta y buena que he conocido para justificar lo que has hecho.

—Teníamos que averiguar qué había ocurrido, Antonia. Había matado a su compañera. Eso no viene de la nada.

—Está bien. Cuéntamelo todo.

—No puedo decirte más, Scott.

—¿No puedes, o no quieres?

Mentor se cruza de brazos. Lo que le queda aún de dignidad, no va a consumirlo de una sentada. Pretende dejarse algo para después.

—No puedo, y no quiero.

Pero Antonia aún sigue con hambre.

—Déjame que te cuente yo qué es lo que sucedió, a ver si soy capaz. Tú limítate a asentir, si es que acierto. ¿De acuerdo?

Mentor duda, pero sabe que está acorralado, y que la única manera de salir del rincón en el que él mismo se ha encerrado es hacia delante.

Así que, asiente.

—Los jefes de equipo os pusisteis de acuerdo después del atentado de Colonia en que había una amenaza externa que justificaba la tortura de un miembro del proyecto Reina Roja que no colaboraba.

Asentimiento.

—Ninguno de vosotros os atreveríais a hacer algo así personalmente —sigue Antonia, hablando despacio, camuflando el interrogatorio de pensamiento en voz alta—. Quizás se lo encargaste a alguien.

No hay asentimiento.

—Quizás alguien te lo encargó a ti.

La cabeza de Mentor sigue quieta. Gracias al cielo por los pequeños favores.

—Ocurrió, sin más. No es que importe —miente Antonia, no demasiado bien —. Alguien lo hizo. Supongo que nada demasiado brutal. No somos unos salvajes. Tampoco nada demasiado lento, vamos con prisa. Nada de terapia de insensibilización, privación de sueño… ¿Holandés errante? ¿Suspensión boca abajo? ¿*Waterboarding*?

Antonia recita hasta que uno de los nombres provoca una reacción mínima en las pupilas de Mentor.

—*Waterboarding*. Un clásico, casi infalible. Dime una cosa, ¿lo viste?

No hay asentimiento.

—No, claro que no. No es tu estilo. Delegar y esperar resultados es tu estilo. Bueno, pues déjame que te refresque el procedimiento. Se introduce al sujeto en una bañera llena hasta la barbilla. Se le coloca una toalla sobre la cara. Después se vierte agua sobre la toalla.

Mentor se enciende otro cigarro, pretendiendo aparentar indiferencia, o quizás distancia. Antonia no olvida que fue él quien le enseñó las técnicas básicas de interrogatorio.

Pero ella, a su vez, ha aprendido unas pocas.

—A través de la tela, el líquido comienza a inundar la nariz y la tráquea del sujeto. El cerebro cree que está sumergido por completo en el agua, así que

vienen espasmos incontrolables, vómitos. El sufrimiento es atroz, porque el sujeto está en el umbral de la muerte, pero sin cruzarlo en ningún momento. Un minuto entero muriendo. Sesenta segundos completos.

Mentor continúa con el cigarro en la mano, pero la mano no viaja a la boca. El fuego va transformando el papel y el tabaco en un irregular cilindro de ceniza que amenaza colapsar sobre el cristal.

—El sujeto se derrumba en menos de un minuto. Nadie resiste más. Muchos se hacen todo encima. Cuando les quitan la toalla de la boca, cuentan todo lo que saben, sin importar las consecuencias.

—No se le puede mentir al agua —dice Mentor, ausente. Sin darse cuenta de que la brasa del cigarro está a punto de quemarle la falange del dedo.

—No se puede. Así que Seedorf habló. A ver si adivino lo que os contó: un hombre había contactado con él. Quizás primero por mensaje, después por teléfono. Probablemente acompañaría el primer contacto con una demostración de fuerza. Una foto, un dedo arrancado.

—Un pañuelo manchado de sangre —reconoce Mentor, dándose cuenta por fin de que el fuego le ha alcanzado. Apaga el pitillo sin mirar.

—De un familiar de Seedorf. ¿La esposa?

—La madre.

—Y unas instrucciones claras. Tenía que matar a su Reina Roja, la mujer a la que había jurado proteger, para salvar a la mujer que le había dado la vida.

Asentimiento.

—Tampoco podía deciros nada. Se suponía que debía suicidarse después. Era el modo de salvarla.

Asentimiento.

—Vosotros le robasteis incluso ese consuelo. ¿Aún sigue vivo?

Asentimiento.

—¿Y su madre?

La cabeza de Mentor no se mueve.

La de Antonia da vueltas.

Se toma unos instantes para digerir todo aquello. No demasiados. No puede permitírselo, o dejará que la furia y la indignación se apoderen de ella. En ese momento, para ella, los sentimientos son un objeto de lujo al otro lado de un grueso escaparate.

—Intuyo que antes de que obtuvierais esa información, White no era sospechoso.

Asentimiento.

—Porque nadie consideraría sospechoso a un fantasma. A un invento de la española rarita. La desquiciada inestable que perdió el asidero de la realidad. Tus compañeros me habían puesto algún mote, ¿verdad?

No hay asentimiento. No hay nada. Lo cual termina de confirmar las sospechas a Antonia.

—Dime una cosa… ¿Habías mencionado a White a los demás jefes de equipo, una sola vez? ¿Aunque fuese solo para reírte de mí?

Mentor, que ya ha logrado recomponer un poco su dignidad ante sí mismo, dice una verdad, para variar.

—No —admite.

Antonia menea la cabeza. Lo que siente no es dolor. Ni siquiera decepción.

Lo que siente es *åselichibå*. En oromo, lengua hablada por cuarenta millones de personas en el cuerno de África, el lago de aburrimiento que produce la estupidez ajena.

Un enorme, angustioso hastío. Un mar de tedio en el que ahogarse, en el que dejarse ir. Cuando la más digna acción del ánimo no es alzar los brazos, sino bajarlos.

Quizás en otras circunstancias Antonia se habría limitado a marcharse. A levantarse e irse, sin mirar atrás.

Pero no puede hacerle eso a Jon.

Ni a Marcos. Ni a Carla.

Ni a ella misma.

Así que respira hondo, se levanta de la mesa y se acerca a Mentor.

—Torturaste a un hombre para que te dijese algo que ya sabías. Te lo dije yo, hace años. Si entonces me hubierais apoyado, si me hubierais ayudado a encontrar a White, ahora tú y yo no estaríamos aquí.

Antonia le arrebata el ordenador, y vuelve a encender las pantallas.

Comienza a apretar teclas a toda velocidad, recuperando las imágenes de la base de datos, acumulándolas en los monitores, acorralándole poco a poco.

Las fotos de la escena del crimen de La Finca. Un niño desangrado, el primer asesinato de Sandra Fajardo.

—No habrían muerto inocentes.

El desastroso resultado de la intervención de la USE en casa de Nicolás

Fajardo, cuando Sandra hizo detonar dos bombas consecutivas.

—No habrían muerto policías.

Las recientes muertes de Holanda, Inglaterra, Alemania.

—No habrían muerto nuestros compañeros.

Antonia cierra el portátil, con manos temblorosas. Las pantallas están inundadas de los pecados de Mentor, de los pecados por omisión, de los que ella, por supuesto, se siente igualmente responsable.

—Ya es suficiente, Scott —dice Mentor, con la voz rota.

—No. Falta lo más importante. Falta que me digas cómo, cuando logre recuperar a Jon, voy a ser capaz de pedirle que vuelva. Sabiendo que algún día tú podrías justificar su tortura.

Mentor abre la boca para contestar, pero nunca llega a hacerlo. Porque en ese momento suena el móvil de Antonia.

Dos pitidos, vibración.

Ella lo saca del bolsillo.

Lee el mensaje.

Echa a correr.

7
Una puerta de garaje

Desoye los gritos de Mentor a su espalda. Ignora la cara de sorpresa de Aguado cuando pasa corriendo a su lado. No tiene tiempo para nada de eso.

El Audi A8 está abierto, y la llave puesta. No se pone el cinturón de seguridad, ni ajusta el asiento, configurado para alguien treinta y cinco centímetros más alto que ella. Tampoco hay tiempo para eso.

El mensaje no le deja mucho margen. Contiene una localización, y cuatro palabras.

OCHO MINUTOS.
TÚ SOLA.

Así que Antonia pone el motor en marcha y se dirige hacia la puerta del parking, que permanece firmemente cerrada. Antonia rebusca por el coche, pero el mando a distancia no aparece. Y los segundos corren.

El teléfono de Antonia, entretanto, se ha emparejado automáticamente con el manos libres del Audi, y la voz de Mentor suena por los altavoces.

—Espero que tengas una buena explicación.

—Claro que la tengo.

El silencio posterior aclara que no piensa darla.

—Te ha llamado él, ¿verdad? Dame la dirección, puedo montar un operativo.

Antonia se muerde un labio mientras considera las opciones. El lugar de la cita es enorme, el tiempo del que disponen es mínimo. No es una buena idea.

—No es una buena idea —dice, en un ejercicio de coherencia—. Abre la puerta.

—Scott…

—Habrá pensado en todo. Y es la vida de Jon lo que nos estamos jugando. Por una vez en tu vida, déjame hacer las cosas a mi modo.

—La excepción será cuando eso no suceda —dice Mentor.

—Sin que protestes —aclara Antonia.

Aclara tarde, porque Mentor ya ha colgado. El sonido de la llamada terminando coincide con el zumbido metálico de la puerta del parking abriéndose.

Antonia pisa a fondo, y el bastidor del coche suelta chispas cuando roza con la rampa al salir.

8
Una excepción

Mentor reflexiona unos instantes sobre la situación, con el puño apoyado contra la pared, la frente sobre el puño, los ojos cerrados. Su cuerpo forma un juego de contrapesos.

Hay demasiado en juego, concluye, *como para confiar en que Antonia Scott haga las cosas a su modo*.

Con esta decisión, su anatomía parece recuperar el equilibrio.

—Envíe un mensaje a los demás. Que vuelvan inmediatamente. Y no la pierda de vista —ordena a la doctora Aguado, que ya está de nuevo en la sala de reuniones, sentada frente al portátil. En las pantallas se ve un mapa en el que la localización del Audi A8 se muestra como un punto rojo en movimiento.

9
Una cita

El puntito rojo en movimiento va a setenta kilómetros por hora, doblando esquinas de calles con nombres de mes. Pasa por Febrero, Marzo y Diciembre, recorre una manzana en contradirección y toca el claxon repetidas veces cuando alguien tiene la inoportuna idea de cruzarse en su camino. Para Antonia Scott las normas de tráfico son más bien sugerencias, recordatorios bienintencionados a los que hacer caso tan solo cuando no tienes nada mejor que hacer, como cuando Facebook te notifica el cumpleaños de un primo.

Así llega a la avenida Invierno, con su límite de velocidad de treinta, a unos considerables ochenta kilómetros por hora. Hay varios autobuses aparcados, pero las cosas solo se ponen complicadas cuando llega a la calle de Samaniego. Que es de doble sentido, y está completamente atascada.

Antonia maniobra, sube las ruedas derechas a la acera. Conduce así durante quinientos metros más, entre los pitidos cabreados —y más de una mirada de envidia— de los padres de familia que hacen cola, con los coches repletos de niños con vejigas repletas, para entrar en el parking del centro comercial.

Antonia no puede hacer la cola, ni quiere dejar el coche abandonado en mitad de la calle, porque no sabe si lo va a necesitar después. Así que pega un volantazo y enfila el parking del Aldi que hay frente al centro comercial. Hay una barrera de esas que te hacen aguardar a que cojas un tíquet, pero Antonia la ignora (su infracción grave número treinta y seis en los últimos siete minutos), y se limita a apretar el acelerador. La barrera metálica deja una preciosa raya triple al arrastrarse sobre el capó antes de partirse contra el parabrisas.

Milagrosamente, la plaza de minusválidos junto a la entrada no ha sido malocupada aún por ningún imbécil, así que Antonia se echa a la espalda la tarea.

Cuando cruza las puertas del centro comercial, once segundos más tarde, llega casi un minuto tarde. Las escaleras mecánicas que conducen a la segunda planta están llenas de gente de la peor clase, de esa que olvida que la escalera es

una ayuda, no una excusa para rendirse y desplomarse sobre el pasamanos hasta que su cuerpo exánime emerja al otro lado. Antonia se abre paso entre las masas de carne, usando codos y rodillas.

El Moran Cafe está al final de un largo pasillo, en un lugar algo más solitario. Muchas de las franquicias de la segunda planta, poseídas por particulares, tuvieron que cerrar tras la crisis del año anterior. Los esqueletos abandonados de hamburgueserías y pizzerías con nombre extranjero yacen inertes, como los hielos sucios en el fondo de un vaso que un día contuvo un refresco. Los clientes comen en las más baratas del primer piso, cerca de las tiendas de ropa y de los infectos parques de bolas.

El Moran Cafe, sin embargo, está lleno. Seis mesas, con la clientela habitual en este tipo de establecimientos. Antonia la cataloga en décimas de segundo, mientras intenta recuperar algo de aliento antes de entrar.

Tres parejas que fingen prestarse atención mientras miran su Instagram, dos hipsters haciendo como que escriben una novela en sus MacBooks, un asesino psicópata. Al último es más fácil reconocerle, es el único que, en lugar de un dispositivo electrónico, tiene un libro de papel en la mano.

Cuando alza la cabeza y sus miradas se cruzan, el estómago de Antonia se encoge. Alguien como ella ha visto mucha muerte, muchos cadáveres. En la escena del crimen o en la mesa de acero de la sala de autopsias. En todos y cada uno esos ojos apagados había más vida que en las dos piedras azules, frías y brillantes que la acechan desde el fondo del local.

Es una trampa, por supuesto. Pero no tiene elección. Y lo público del lugar ofrece cierta protección, deduce Antonia, dando un paso hacia el interior del café, en dirección al hombre más peligroso que ha existido nunca.

Este se levanta cuando Antonia se acerca, pero no hace ademán de estrecharle la mano. En lugar de ello, señala con una elegante floritura la silla vacía frente a él.

—Por favor, tome asiento, señora Scott —le dice, en inglés—. Espero que no le haya costado demasiado encontrar el sitio.

Antonia se sienta, despacio. Ambos se dedican unos instantes a estudiarse mutuamente en silencio.

El hombre contará unos cuatro años más que ella. Tiene el pelo rubio y ondulado, y la piel blanca y suave. Los rasgos de su cara parecen cincelados en mármol, y sobre su mandíbula podrían partirse nueces. Lleva un traje azul marino de tres piezas, camisa blanca, sin corbata, en el que parece tan cómodo

como si pudiera usarlo como pijama. Por cómo le cae en los hombros parece hecho a medida, y debe de haberle costado lo que un coche pequeño.

—Tenía las coordenadas. El margen de tiempo ha complicado un poco las cosas.

—Ah, sí. El inevitable reloj en contra. Me temo que era una medida imprescindible. Ahora mismo, mientras hablamos, sus colegas están preparando un operativo para capturarme.

—He dado instrucciones de que no lo hicieran —dice Antonia, enarcando una ceja.

—Instrucciones que su empleador, su Mentor, ha ignorado por completo. Calculo que tenemos unos…

Dobla el brazo para consultar su muñeca. Cuando Antonia ve encogerse la tela y escucha el suave murmullo de la camisa, cambia de opinión sobre el precio. Hay todoterrenos más baratos que ese traje. Contrasta con la fealdad del reloj, una correa de plástico transparente.

—… diecisiete minutos antes de que consigan organizarse de manera efectiva para rodear un lugar de dimensiones tan considerables como este.

El acento de colegio inglés y su gramática son inmutables. Antonia apenas puede creer que este hombre sea el mismo que le disparó a ella, que dejó en coma a Marcos, que ha secuestrado a Jon. El hombre al que ella lleva buscando desde hace años, y que de repente se ha materializado frente a ella.

Ha ensayado mentalmente qué le diría, y qué le haría, cuando llegara este momento. Lo ha ensayado una y otra vez, durante noches interminables. Decenas de líneas de diálogo, centenares de variantes.

Y, ¿ahora que ha llegado el momento?

Se ha quedado en blanco.

Está confusa, pero también furiosa. Siente el impulso irresistible de tocarse la cicatriz del hombro izquierdo. Una estrella irregular de cinco brazos, retorcidos, en el lugar donde la bala de White abandonó su cuerpo.

No lo hace, para no mostrar debilidad.

Aprieta los puños con fuerza bajo la mesa.

—Me he tomado la libertad de pedir por usted —dice el hombre, cuando el camarero se acerca con las infusiones. Aparta el libro para hacer sitio a un té verde. Es un ejemplar antiguo, del siglo XIX, encuadernado en piel. El título, repujado en oro, es *Dinámica de un asteroide*. El autor, ilegible.

Una taza de café aparece frente a Antonia.

Ella la observa con suspicacia durante un instante, pero deduce enseguida de que el riesgo de que esté envenenada es inexistente. Le da un sorbo al café, intentando ordenar sus pensamientos, calmar a los monos, impedir que la rabia la desborde, decidir una estrategia.

—Largo de leche, corto de café, como a usted le gusta —dice el hombre.

—Parece saber muchas cosas de mí.

—Son ya años de estudiarnos en silencio, en la distancia, señora Scott.

—Con resultados desiguales.

—No sea modesta, señora. El hecho de que dedujera mi existencia es un logro considerable.

Por ahora, la única estrategia que a Antonia Scott le viene a la cabeza consiste en:

a) estrellar el plato bajo su taza contra el borde de la mesa,
b) coger uno de los trozos afilados de cerámica resultantes, y
c) rajarle la garganta a ese arrogante y condescendiente imbécil.

Según sus cálculos, la probabilidad de que Jon Gutiérrez sobreviviera a ese curso de acción es del cero por ciento. Así que se contiene.

—No parece un logro tan grande. Ni siquiera sé su nombre.

—Señor White está bien —zanja él, abanicando el aire con la mano.

—Apasionado del anonimato.

—Apasionado de la libertad.

—Han pasado trescientos once segundos desde que he entrado por esa puerta. Si quiere mantener esa libertad, será mejor que vaya al grano.

White arquea una ceja ante la precisión. Comprueba el dato en su reloj, y esboza una sonrisa extraña, de dientes blanquísimos y perfectos. No es una sonrisa real. No hay luz ni sentimiento en ella, tan solo músculos cambiando de postura sobre la cara.

—Es cierto lo que dicen sobre usted. Realmente es extraordinaria.

De alguna forma, el halago de aquel monstruo le resulta a Antonia más terrorífico que cualquier otra cosa que haya dicho antes. Siente un escalofrío, y mira de reojo a su alrededor, instintivamente.

—Ah, tiene usted razón. Demasiada gente, ¿verdad? —aprecia White.

Alza la cucharilla, la agita brevemente en el aire, como un director de orquesta, y la golpea cuatro veces contra la taza. Despacio.

Clin.

Clin.

Clin.

Clin.

Antes de que el último de los sonidos se haya extinguido, todos los ocupantes del café se han puesto en pie y se dirigen hacia la puerta, dejando atrás hasta la última de sus pertenencias. Incluido el camarero. El movimiento es tan repentino, tan breve, tan fantasmagórico e irreal, que cuando todos se han ido es como si nunca hubieran estado ahí.

Mirando al local desierto, Antonia siente, al mismo tiempo, miedo y otra cosa.

Una punzada de admiración, por ponerle un nombre.

Surge desde la parte más racional de su cerebro, la parte más grande y presente. La parte que comprende la enorme energía y habilidad que ha desplegado un truco como el que acaba de presenciar. Y, por esa punzada de admiración, se cuela un resquicio de reconocimiento.

Es mejor que ese hombre crea que le tiene miedo. Dejar que la parte atávica de su cerebro, la más pequeña y escondida, pase a un primer plano, se asome a sus ojos y tiña su voz del ocre desvaído de la angustia.

No le cuesta demasiado.

—De acuerdo, White. Lo ha dejado muy claro. Usted tiene el control.

La sonrisa de White se hace un diente más ancha, un diente más cruel. Es una sonrisa mucho más fea, pero infinitamente más real que la anterior.

—Al fin se ha dado cuenta.

Antonia intenta rehacerse, ganar tiempo.

—No voy a matar para usted.

—¿Le he pedido yo eso?

—Entonces, ¿que es lo que quiere?

—Muy sencillo. Quiero que haga lo que mejor sabe hacer. Quiero que resuelva tres crímenes y que haga justicia.

10
Un encargo

Antonia se queda paralizada. Aquella petición era lo último que habría podido esperarse.

—¿Por qué quiere que resuelva crímenes?

—¿No es eso lo que usted hace?

—Exacto. Y lo contrario de lo que hace usted.

White parece reflexionar durante unos segundos, mirándose las uñas de perfecta manicura, al extremo de unos dedos largos y delicados.

No puede evitar pensar en las manos de Marcos, que sostuvo entre las suyas por última vez no hace muchas horas. Dedos nudosos, palmas cuadradas. Manos de hombre, manos de escultor. Manos que habían perdido la fuerza y la vitalidad por culpa de esas otras.

Si hubiera unas manos más opuestas en el mundo a las de Marcos, serían estas, piensa Antonia, asqueada.

—Me temo que se ha formado una opinión muy equivocada de mí, señora Scott.

—Usted es un asesino a sueldo que chantajea a inocentes para que le hagan el trabajo sucio.

White menea la cabeza y chasquea los labios, como si el apelativo le resultara ofensivo.

—Confunde los medios con el fin.

—Pues sáqueme de mi error.

—Saldrá usted sola, muy pronto. Ahora me temo que nuestro tiempo está acabándose —dice, consultando de nuevo su reloj—. Esta misma noche recibirá un mensaje con las instrucciones sobre su primer encargo.

—Supongo que lo siguiente que me dirá es que si hago todo lo que me pide, me devolverá intacto a mi compañero.

—Suena a que no confía en mí.

—¿Lo haría usted?

White se queda mirando a Antonia, muy fijamente. Sus pupilas minúsculas, como dos cabezas de alfiler, ejercen un efecto hipnótico. Antonia experimenta en sus propias carnes lo que debe sentir un ratón frente a una víbora.

No intuye el peligro que se le aproxima por detrás hasta que es demasiado tarde.

Hasta que siente el cañón de la pistola entre los omoplatos, y un aliento cálido y seco en el cuello. Escucha una aspiración lenta, prolongada.

—Hueles distinto cuando duermes —susurra Sandra junto a su oreja.

Antonia siente un peso en las tripas, una bola gélida compuesta de asco y odio. Lo que siente por White palidece frente a la reacción primaria que le provoca la mujer que secuestró a su hijo. Permanece muy quieta, recta, mientras Sandra rodea la mesa con elegancia y se coloca junto a White, que ya se ha puesto en pie.

De cerca, y a la luz de los focos del café, el rostro de Sandra no le parece tan amable.

Lleva el pelo oscuro salpicado de gris aquí y allá, recogido hacia atrás con tanta presión como los grilletes de un asesino.

El cañón de la pistola sigue apuntándola.

—Es la hora —le dice a White.

El otro le dedica una mirada exasperada, y se vuelve hacia Antonia.

—Mi querida señora, pronto recibirá el mensaje con mi encargo. Debo avisarle, naturalmente, de que no debe intentar seguirnos, ni hacer una llamada advirtiendo de nuestra posición. Dentro de diez minutos podrá usted abandonar el local. Ni un segundo antes.

White hace ademán de marcharse, pero luego añade, como si se le acabase de ocurrir.

—Una cosa más. Para asegurarme de que afronta mi encargo en las mejores condiciones, me gustaría hacerle un regalo de despedida.

Antonia se gira, en la dirección en la que señala el dedo de White.

Y no puede creer lo que ve.

Desmadejada sobre una silla de ruedas hay una figura que reconoce enseguida. A pesar de que lleva la cabeza tapada por una capucha de tela, el volumen torácico de su dueño es inconfundible. No es que esté gordo.

Su sorpresa es tan grande que apenas presta atención a la última frase de White, antes de que su dueño desaparezca en la trastienda.

—Porque… ¿Qué sería Antonia Scott sin Jon Gutiérrez?

SEGUNDA PARTE
JON

—Al menos murió haciendo algo que amaba.
—Preferiría morir haciendo algo que odio.

JERRY SEINFELD



1
Una silla

A Jon Gutiérrez no le gustan los secuestros.

No es una cuestión de estética. Por regla general, los secuestros conllevan menos sangre y violencia que los asesinatos, al menos en su fase inicial. Un secuestro es una ausencia, en su mayor parte.

Está, por supuesto, la violencia que sufre la víctima, recluida contra su voluntad en un lugar oscuro y estrecho. Y el dolor que sienten los que aguardan al ausente. Cada instante de espera, cada segundo transcurrido, va encogiéndoles más y más, hasta transformar su ansiedad y su miedo en un único punto candente. Un agujero negro de angustia y desesperación, que devora todo.

Nada de todo eso molesta a Jon de los secuestros, porque está acostumbrado a lidiar con las ausencias (su padre les abandonó siendo niño), con los lugares estrechos (es gay) y con el drama de los familiares (es inspector de policía).

Lo que a Jon Gutiérrez le jode de los secuestros es que lo secuestren a él.

Ya no puede uno andar por la calle sin que le metan en un coche con una bolsa en la cabeza, piensa Jon. *Esto en Bilbao ya no pasa*.

Lo piensa tirando a despacio, porque todavía está despertándose. Su cuerpo está tardando en eliminar el anestésico. Escucha voces a tres millones de años luz —la oscuridad en torno como un túnel—, intenta moverse, pero nada le responde. Tiene miedo, pero es un miedo ajeno, como de prestado. Un miedo de alquiler, igual que el que se siente él ahora mismo dentro de su propio cuerpo. La garganta irritada, con textura de *after hour*, y la vejiga a reventar.

De pronto, la tela que le cubre el rostro desaparece. El telón de arpillera es sustituido por una cara borrosa pero bastante familiar.

—¿Me has echado de menos?

—De sobra sabes que eres la primera —responde Jon, entre toses, intentando meter aire de nuevo en sus pulmones.

Incluso en los márgenes de su borrachera de Propofol y Fentanilo, el inspector Gutiérrez aprecia un hecho, incontrovertible y sereno. Jamás en la vida

se había alegrado tanto de escuchar una voz como se alegra ahora de escuchar a Antonia Scott.

Ella observa a Jon con preocupación. Su desorientación, las pupilas contraídas y la ataxia son compatibles con la intoxicación por anestésicos, pero también con una conmoción cerebral y otro par de cosas más, potencialmente letales.

—¿Cuántos dedos ves? —dice ella, alzando la mano.

—Quince o veinte.

Antonia encoge tres dedos y deduce que el margen de error de trece a diecisiete es demasiado exagerado como para deberse a fallos neuronales. Lo achaca, por tanto, al humor, señal de que su compañero está lo suficientemente bien como para que ella continúe con su trabajo.

Se lleva la mano al bolsillo, en busca de su teléfono.

—Tengo que avisar a Mentor. Aún estamos a tiempo de coger a este…

Jon se inclina hacia ella. Intenta agarrarla por el antebrazo, pero falla la primera vez. A la segunda, consigue ponerle encima una mano del tamaño, forma y peso de una paella rellena de piedras.

—No… no llames.

Antonia le mira sin comprender.

—¿Has perdido el juicio?

El inspector Gutiérrez menea la cabeza.

—Será mejor que me des una buena razón.

Jon abre la boca, con un esfuerzo extremo. Siente el cuello como si fuese de plastilina, incapaz de sostener una cabeza que, de normal, ya tiene una densidad considerable.

—Bomba —consigue decir.

Ella parpadea cinco veces, a toda velocidad.

—Esa es, efectivamente, una buena razón —dice.

Pero Jon no puede oírla. Se ha desmayado.

Antonia se agacha bajo la silla. Es un modelo corriente, plegable, de tela. De los que se puede comprar en cualquier farmacia o tienda de ortopedia por menos de cien euros, o robar de cualquier pasillo de hospital a un coste aún menor.

No hay nada debajo del asiento, ni pegado al respaldo.

No parece que en los tubos de aluminio haya demasiado sitio para esconder

nada.

Así que vuelve su atención al propio inspector Gutiérrez. Su traje de Tom Ford favorito —solapas de pico, bolsillo con ribete en el pecho, bolsillo con solapa en la parte delantera, corte recto, negro, de lana— está arrugado y sucio. La camisa de algodón egipcio, antes blanca, es ahora de un gris desvaído. Antonia palpa el pecho, pero a través del tejido no encuentra otra cosa que la dureza de sus enormes músculos, bajo una capa exterior más bien mullida.

Es como tocar acero recubierto de neopreno, piensa Antonia, en una analogía inútil.

Se inclina sobre él, prosiguiendo el examen, rodeándole con los brazos, haciendo fuerza con las piernas para poder mover el peso muerto y alcanzar la espalda y el cuello. Es entonces cuando las yemas de sus dedos notan la humedad, viscosa y caliente. Y debajo, algo que no debería estar ahí.

Es como tocar una bayeta empapada en aceite, piensa Antonia, en una analogía bastante más esclarecedora. Tiene el brazo atrapado, pero ya sabe lo que va a encontrarse cuando logre retirarlo.

Un instante después, tras un tirón final, lo comprueba. Sus dedos están teñidos de rojo oscuro.

Con una mueca de horror, Antonia comprende lo que aquellos animales han hecho con su compañero.

Aun así, el debate interno aún no ha concluido. Mira su móvil. Un aviso ahora aún le daría tiempo a Mentor a intentar localizar la salida más cercana, una ruta de huida.

Después vuelve a mirar los dedos manchados de sangre.

Vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo, lentamente, como si estuviese realizando un esfuerzo que va más allá de lo razonable.

Y algo de eso hay.

2
Un reconocimiento

El inspector Gutiérrez está tumbado, boca abajo, en la camilla del módulo médico del cuartel. Bastante desnudo. Antonia y Mentor han tenido el buen detalle de darle un poco de espacio y han salido de la habitación. Ahora observan todo desde el otro lado del enorme ventanal abierto en el hormigón. El hecho de que la cara interior del ventanal sea un espejo no mejora las cosas. Tan solo le da a Jon una información muy concreta acerca de la imagen que están viendo ahí fuera.

—Sabéis que sé que estáis ahí, ¿no? Estoy con el culo al aire —suena la voz de Jon a través del intercomunicador.

Antonia, algo cohibida, no sabe qué contestar. Nunca se ha llevado bien con determinadas situaciones sociales que requieren de una fineza especial, como ceder asientos en los autobuses, hacer cola en un baño público o hablar con tu compañero desnudo mientras le examinan porque tiene una bomba cosida debajo de la piel.

Los primeros años de su vida fueron un desierto árido. Cuando conoció a Marcos, él se había convertido en su apoyo, en su fuerza, en una especie de traductor Humanos/Antonia. Incluso cuando estaba en coma, ella le hablaba (bajito, despacio, cuando no estaban las enfermeras), le contaba sus problemas de conexión. El simple hecho de mencionarlos en voz alta servía como punto de partida para encontrar una solución.

Jon se había ido ganando gradualmente ese papel, pero ahora no servía de gran cosa. Así que Antonia se vuelve hacia Mentor.

—¿Qué se dice en estos casos?

Él, muy serio, le da instrucciones precisas.

—Pero no es cierto —dice Antonia.

Para qué preguntas qué haría yo si vas a seguir siendo tú, le dice el encogimiento de hombros de Mentor, así que Antonia aprieta el botón del intercomunicador y repite lo que le ha dicho Mentor.

—Tienes un culo precioso.

Jon suelta una carcajada de sorpresa.

Breve, seca.

Casi un aullido de dolor.

Que es en lo que se convierte el aire al final, cuando el diafragma, el serrato y los intercostales agitan la piel de su espalda, que protesta en los puntos en los que ha sido desgarrada.

No hay una, sino dos heridas en la epidermis del inspector Gutiérrez. Una en el cuello, en el punto en el que este se une con la espalda. Otra, en la espalda, cuatro dedos por encima del lugar donde Jon se abrocha el cinturón.

Cuatro cortes rectos, precisos, con forma de cruz. De unos ocho centímetros la primera, algo mayor la segunda. Los cortes han sido cosidos con hilo negro, grueso, que se ha abierto en varios puntos. Los nudos sobresalen de las líneas rojas de las heridas como larvas surgiendo de la tierra, boqueando en busca de aire.

Sobre ellas se cierne una plataforma metálica, movida por un brazo articulado. Este se mueve y zumba alrededor de los cortes del inspector Gutiérrez, que se agita, incómodo.

—Si no se está quieto, tardaremos más.

Aguado está concluyendo el examen radiológico, usando un equipo portátil que emplea nanotubos de carbono.

—Cuesta más de cien mil euros —le había dicho Mentor a Aguado cuando se lo pidió.

—Si Scott se rompe un hueso, ¿vamos a apuntarla a la lista de espera en Radiología en La Paz?

Mentor no contestó. Como buen funcionario, se limitó a comprar el cacharro. A modo de pequeño y mezquino desquite, eligió el modelo pediátrico, idéntico en todo al normal, pero que venía con un vinilo con coloridos animalitos en la base del equipo. Aguado, que es de una sobriedad patológica, torció un tanto el gesto al verlo, pero no dijo nada.

Hasta ahora nadie se había roto ningún hueso, pero hoy por fin el desembolso parecía empezar a justificarse.

Cuando acaba el examen, Aguado rocía la espalda del inspector con clorhexidina alcohólica, y después emplea una aguja finísima para inyectarle un antibiótico.

—No tengo buenas noticias —dice, dándole una bata para que pueda cubrirse.

Hace un gesto hacia el espejo. Al cabo de un instante, entran Mentor y Antonia.

Jon aguarda, sentado en la camilla.

—¿Cómo está, doctora? —pregunta Mentor.

—Físicamente, muy bien, dadas las circunstancias. No hay conmoción, ni pérdida de sangre significativa.

—¿Y las malas noticias?

Aguado reproduce las radiografías que le ha tomado a Jon en un monitor que cuelga de la pared.

—El campo de visión de este equipo es más pequeño que una radiografía convencional, pero creo que nos haremos todos una idea.

En la imagen se muestra la zona superior de la columna vertebral del inspector Gutiérrez. La poderosa estructura ósea del vasco emerge, tras colisionar con los fotones emitidos en el frenado de los electrones libres, como en un tenebroso negativo fotográfico. Los huesos se muestran delicados, casi fantasmales. Un soplo podría disolverlos en nada.

En contraste con ellos, la estructura metálica fijada a sus cervicales parece nítida, rotunda, amenazadora.

—Como ven —dice Aguado, señalando con el bolígrafo— hay dos piezas de fijación visible y cuatro tornillos, entre la C3 y la C6. No parece que haya habido daños en la columna o en los nervios. Es un trabajo tosco, pero limpio.

Aunque los tornillos no son el problema, como saben todos. Soportada sobre los tornillos hay una estructura metálica, plana, no muy grande. Soldada de forma irregular, y con pequeños paneles que sobresalen. En una de las imágenes llega a intuirse un cable, que pasa por debajo y llega a la parte inferior del dispositivo.

—Lo que nos muestran los rayos equis no es gran cosa. La superficie es pequeña, y las piezas están encajadas dentro de un panel casi en su totalidad. Tornillos y unas piezas de acero comunes. Nada de titanio, ni materiales de los que se usan en medicina. Esas piezas son rastreables.

—¿Qué es lo que puede decirnos, doctora? —pregunta Mentor, que no deja de cambiar el peso de un pie a otro, fruto de la tensión.

—No soy una experta en artefactos explosivos. Pero soy capaz de reconocer, o intuir, varias cosas. Esto de aquí podría ser una antena GPS —dice, señalando el cable visible, que conduce hasta un cuadrado en la cara exterior—. El extremo es muy característico. Además, ha dejado a la vista el modelo —les muestra unos números impresos.

—Es decir, que White tiene acceso al dispositivo desde cualquier parte —dice Mentor.

—Y quería que lo tuviéramos claro —dice Antonia, señalando los números —. O hubiera tapado esto.

—¿Podemos sacar algo en claro del modelo?

—Cuesta ochenta céntimos en Aliexpress —dice Antonia, que lo acaba de comprobar en su iPad—. Y hay cientos de proveedores.

—No me puedo creer que…

—Antes de que continúes —le interrumpe ella—, debes saber que esta pieza es exactamente la misma que hay en los modelos de móviles de alta gama. Tan solo la están vendiendo a su precio, sin pegarle una manzana.

Mentor se calla. Aguado corrobora lo que ha dicho Antonia, muy seria, y continúa con la explicación.

—Esta parte de aquí, más opaca y densa, es sin duda la carga explosiva. Está conectada a algo que no puedo ver, que hará las veces de detonador.

—¿Qué hay de la… potencia?

Mentor no lo dice, pero no hace falta. Se mantiene a una distancia prudencial de Jon. Bastante prudencial.

—No mucha, con ese tamaño. Quienquiera que diseñase esto, lo ha hecho para que, si explota, haya una sola víctima.

Antonia no lo dice, pero piensa en cómo los sistemas complejos se reajustan. La escalada. La policía compra semiautomáticas, los criminales compran automáticas. Se ponen chalecos antibalas, ellos usan balas perforadoras. Pones a toda tu familia y tus seres queridos a salvo, y ellos les taladran bombas a los huesos.

—¿Podemos desactivarla?

La forense mira al inspector, que no ha dicho ni una sola palabra desde que los demás han entrado en la sala. Se limita a mirar la pantalla con rostro inexpresivo.

—Quizás sería mejor que…

—Hable —dice él.

Aguado se vuelve hacia Mentor, y entonces Jon la agarra del brazo.

—Quiero saber cuáles son mis opciones.

Mentor le da permiso a la forense con un gesto. Ella les muestra la imagen del segundo dispositivo, el que tiene Jon en la parte baja de la espalda.

—Parecen casi idénticos, pero hay diferencias. Estoy segura de que esto es un sensor fotoeléctrico —dice Aguado, señalando una de las piezas visibles—. Y esto otro un módulo Bluetooth.

—En cristiano, doctora —pide Mentor.

—Lo que está diciendo —interviene Antonia, incapaz de resistirse— es que, si intenta operarle para extraer cualquiera de los dos dispositivos, el sensor fotoeléctrico podría activarse. Y el Bluetooth funciona emitiendo una señal de radio por proximidad. Con un alcance de unos quince metros.

—Creo que están emparejadas —aventura Aguado—. Si intentamos tocar una, la otra, o las dos, se activarán.

En ese momento, Jon se pone en pie. Sus pies descalzos hacen un ruido seco contra el suelo de cemento. Sin decir una palabra, sale de la habitación.

Antonia va a ir tras él, pero Mentor se interpone en su camino.

—Dale unos minutos, Scott.

Ella le mira sin entender. Está claro que Jon se encuentra angustiado, y ella solo quiere ofrecerle su apoyo. Intenta rodear a Mentor, pero este sigue taponándole el paso.

—Lo que tiene que hacer ahora, debe hacerlo solo.

3
Una ducha

Lo que tiene que hacer Jon Gutiérrez es llorar.

Puede que Jon sea sensible y dulce por dentro, con el interior relleno con un suave acolchado con estampado de caballitos poni, pero por fuera sigue siendo un policía vasco. Y los policías vascos no lloran delante de extraños. Ni de propios, si nos ponemos. *Que hay cosas que son como son y no son de otra manera, hostias*.

Así que Jon se mete en el módulo de vestuarios, que está vacío, y va derecho a las duchas del fondo. El proceso de desnudarse consiste en dejar caer al suelo la bata de hospital que le ha prestado Aguado. Dejar caer la amenaza debajo de la piel es más difícil, así que Jon se conforma con dejar salir el agua hirviendo, al máximo, apoyar las manos contra la pared, y dejar salir las lágrimas después. El llanto es un perro inmenso, que va mordiendo por dentro mientras no sale, y deja vacíos detrás, abismos de llenado incierto.

Pasan varios meses, o quizás media hora, mientras el chorro cae sobre su cuello y su espalda, golpeando contra los puntos de sutura, en los lugares donde alguien le ha insertado la muerte. Jon comprende que ya no le quedan lágrimas cuando a estas las sustituye la rabia, y comprende que esto pasa porque cuando quiere darse cuenta está aporreando el lateral del cubículo con todas sus fuerzas. Por suerte para sus nudillos, los herrajes que sostienen el fenólico no resisten más que tres embates antes de que los puñetazos los arranquen de la pared.

Pasa la rabia, o quizás solo el ímpetu que ayuda a que se manifieste, y queda el estupor. Jon se descubre a sí mismo desnudo, empapado, con sangre en las manos y la nariz llena de mocos. Frota las zonas críticas bajo el chorro, intentando arreglar el estropicio.

Cuando cierra el grifo y se da la vuelta, ve a Antonia.

Está sentada en el banco del vestuario, de lado, con la vista clavada en las taquillas. Con la actitud del sacristán cuando pasa la cesta en misa, o del

camarero cuando te pide que pongas el número secreto de tu tarjeta de crédito. Esa actitud que uno tiene cuando quiere dejar claro que no está mirando.

Jon se envuelve en una toalla y se acerca a ella.

Pasan unos minutos, en los que ninguno de los dos dice nada. El foco del vestuario se refleja en los hombros de Jon, blancos y recubiertos de pecas anaranjadas, como el pelirrojo cabal que es. Antonia mira por encima de ellos, reprimiendo el deseo de arrancar del cuerpo de su compañero aquellos dos bultos que le sobresalen de la espalda.

—Aguado me ha dado esto para ti —le dice, enseñándole un móvil—. Y yo he ido a buscar esto a tu casa.

Jon ahoga un suspiro de agradecimiento y luego —con algo más de esfuerzo — uno de frustración, cuando saca el traje. Lo alza a la luz.

—Mi Dolce Gabbana verde petróleo —entona, con la voz más neutra de la que es capaz.

—No te lo había visto nunca.

—Porque no es un traje para trabajar, cari.

Antonia le mira, extrañada.

—¿Para qué tienes un traje que no es para trabajar?

Jon pone los ojos en blanco, recordando lo importante que es tener paciencia con Antonia, que viste como si hiciera la compra en un contenedor. Luego se pelea con la ropa. Cuando llega a la camisa, logra pasar un brazo por la manga antes de encontrarse en problemas. La maniobra para introducir el otro es complicada. Los puntos le tiran, y el dolor que le producen es poca cosa en comparación con el miedo.

Antonia, que sigue observando con su actitud de no hacerlo, comprende la situación enseguida. Se pone en pie, y se sube al banco.

—Ten cuidado. Te vas a escoñar, y para qué queremos más.

Sin hacerle caso, ella le sostiene la manga para que pueda vestirse. Repiten la operación con el chaleco, ven que no hay forma de colocar la corbata con el bulto en el cuello, terminan con la chaqueta. Antonia, pensando en la última vez que hizo algo así. Con su hijo, hace unas semanas. Jon, en algo muy distinto.

—Menudo escudero estoy hecho.

—No querría otro —responde ella, mientras acaba de ajustarle la solapa de la chaqueta.

—Tampoco es que estén haciendo cola en tu puerta, cari.

—Es algo incomprensible.

—A lo mejor es por la compañía.

—Tampoco estoy tan mal —dice ella. Y no es una afirmación.

Jon piensa, muy muy despacio, que el problema no es ella, que el problema es lo que hace. Y el caos que genera a su alrededor. Dicen los científicos que en la Tierra un hombre es alcanzado por un rayo cada diecinueve minutos. Jon sospecha que ese hombre es cualquiera que esté a menos de diez metros de Antonia Scott.

Piensa todo eso, pero en realidad dice:

—No, no estás tan mal.

Y eso zanja todo el agradecimiento o el consuelo que él es capaz de ofrecer, al menos por el momento. Por el rescate, y por esto. Que viene a ser lo mismo.

—¿Cómo te sientes?

El inspector Gutiérrez hace inventario: náuseas fuertes; un dolor sordo y persistente en la espalda a pesar del cóctel de antiinflamatorios y analgésicos que le ha metido la doctora; las piernas endebles como un mueble de Ikea.

—No estoy muy católico —resume.

—Es por tu nivel de azúcar en sangre. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Jon se acuerda perfectamente. Salía de casa, en dirección al *wok* de la calle del Olivar. La que iba a ser su última cena en Madrid.

Y al final, no.

4
Un kebab

Si el mundo se hubiese convertido en un desierto postapocalíptico en el que se hubiesen extinguido todas las vacas, y los cocineros del Etxebarri hubiesen convertido sus parrillas en espadas, incluso entonces Jon Gutiérrez se lo hubiese pensado dos veces antes de entrar en el local frente al que Antonia aparca el Audi A8.

—¿Kebab? Una polla me voy a comer yo un kebab.

—Es el sitio más cercano. Baja del coche, es una orden.

—No eres mi jefa. He dimitido.

—Que te bajes.

A Jon no le quedan fuerzas. Ni para discutir, ni de ningún otro tipo. Así que entra, jurándose que no va a probar bocado. Desde que era poco más que un adolescente y abrieron el Turkistan II —del I nunca hubo noticias— en Santutxu, Jon ha sentido un tremendo repelús ante aquella masa informe de carne semicocinada y giratoria. Solía hacer bromas con su cuadrilla sobre ello. Era agradable tener algo sobre lo que hacer bromas, ya que por lo general el objeto de broma era él. El marica fornido. Sin embargo, no le duró demasiado. En cuanto sus amigos tuvieron edad para emborracharse, el kebab pasó a ser el oasis salvador de la madrugada. O te mantenía todo dentro, o te ayudaba a sacarlo.

Para Jon, por tanto, el kebab era algo que se veía desde fuera o que potabas entre dos contenedores. Hasta que Antonia pone sobre la mesa —una de esas de color plateado a cuadraditos que siempre están cojas— dos platos de cartón y dos cocacolas. La lata ni la roza, para todo hay límites. Pero el rollo de carne con lechuga y salsa de color indeterminado desprende un olor que desmiente su aspecto, y Jon se descubre pegándole un primer y desconfiado mordisco. Treinta segundos después, el kebab ha desaparecido en el interior del inspector Gutiérrez.

—Tenías hambre —celebra Antonia, que sigue dándole pequeños mordiscos de pájaro al suyo.

—¿Qué era esta maravilla?

—Una mezcla de cordero, pollo y salsa de yogur, creo.

Jon agria el gesto, aunque solo un poco.

—Tenemos que hablar sobre tu alimentación.

—Comida es comida.

—Si te oyera la *amatxo*, te ibas a enterar, cari. Madre mía, tengo que llamarla y explicarle…

Algo. No mucho. Lo suficiente. O mejor, nada, piensa Jon.

—No puedes hablar con ella.

—Tienes razón. Se pondría hecha un manojo de nervios, la pobre.

Antonia le da un sorbo a su refresco.

—No, digo que no puedes hablar con ella, literalmente. La hemos puesto a salvo.

—¿Qué dices?

—Un contacto de Mentor la ha recogido hace unos minutos. Se han subido a un coche y estarán unos días fuera de circulación, hasta que las cosas se aclaren.

Jon se pone en pie, alterado —y aún bastante torpe— y echa mano del flamante móvil que le ha dado Aguado. Por supuesto, al otro lado de la línea no responde nadie, aunque Antonia tiene dudas sobre si los gritos que pega no se oirán en la margen izquierda del Nervión sin necesidad de teléfono.

Cuando vuelve a entrar en el restaurante, ella tiene que hacer uso de toda su capacidad de persuasión para impedir que Jon le arrebate las llaves del Audi y se plante en Bilbao.

—Cálmate —dice—. Era necesario. Yo también he hecho lo mismo con mi familia.

Al oír aquello, Jon consigue calmarse un poco.

Antonia le explica cómo ha enviado lejos a la abuela Scott y al pequeño Jorge. Jon atiende solo a medias, como si alguien le estuviese narrando unos sucesos completamente ficticios en una galaxia muy, muy lejana.

—¿No tienes miedo de que estén por ahí, sin poder comunicarse contigo, sin saber dónde están?

Antonia medita la respuesta mientras se termina el kebab. Porque la pregunta es de esas que hay que pesar, medir, hacerles el carbono 14 y usar el escalímetro.

—Sí que lo tengo. Pero tendría mucho más si estuviesen aquí, al alcance de ese psicópata sin escrúpulos. Sandra ya se llevó a Jorge una vez, y volvería a hacerlo.

—Aún no me puedo creer que se llevara al crío —dice Jon, meneando la cabeza. Unas visiones muy oscuras de la estación abandonada de Goya Bis vienen a su memoria. Visiones de él mismo intentando no saltar por los aires en un túnel plagado de trampas, mientras procuraba rescatar al hijo de Antonia. Las despacha con un resoplido. Al fin y al cabo tiene otros explosivos de los que preocuparse, mucho más cerca.

—Ese es su sistema. Encuentra la vulnerabilidad de una persona, y la utiliza en su propio beneficio.

—No es muy diferente de un extorsionador barato, entonces. En Otxarkoaga hay un tipo al que los polis conocemos bien. Le llaman el Banano. El cabrón tiene un método. Te roba el coche, y te llama por teléfono. Si no te presentas en tal sitio con quinientos euros en menos de una hora, le prende fuego al coche.

Antonia sonríe de medio lado.

—¿Cuál es tu plato favorito, Jon?

—Toma, esa es fácil. Las *kokotxas* de la *ama*.

—Tu Banano se parece a White como ese kebab a las *kokotxas*.

Jon se limpia —es un decir— la comisura de los labios con una de esas servilletas en las que pone GRACIAS POR SU VISITA. El brillo en los ojos de Antonia no le gusta nada. Así que elige sus siguientes palabras con cuidado.

—Debe de haberme sentado mal la porquería esta. He creído detectar un tono de admiración en tu voz.

—Es la mente más brillante que nos hemos encontrado jamás, Jon. Mucho más inteligente que yo.

—También es un asesino. Es el hombre que dejó a tu marido en coma, y que me ha hecho esto —dice Jon, señalándose la espalda.

—Todo ello acciones que tienen más mérito que prenderle fuego a los coches.

Jon se rasca el pelo —ondulado tirando a pelirrojo, habíamos dicho— y respira hondo. Llenar ese torso enorme lleva unos cuantos segundos y bastantes litros de oxígeno. En este caso con aroma a grasa requemada y especias morunas.

—¿Mérito? Te juro que a veces no te entiendo, cari.

Antonia se cruza de brazos.

—Sus métodos son más complejos que los del Banano, eso es todo. Solo así se explica que lleve tantos años en activo. Sin que nadie le haya detectado. O sin

que nadie escuchase a quien lo hizo —dice, apartando la mirada.

Decir que Jon es de natural orgulloso sería como decir que su envergadura está por encima de la media. Jon lleva el orgullo como los baños de los noventa. Alicatado hasta el techo, y con flores de colores.

—Tendrás que reconocer que la historia de un asesino a sueldo fantasma era un poco difícil de creer.

—Supongo que ahora te costará menos, ¿no?

Jon encaja el golpe bajo en el sitio en el que se encajan los golpes bajos, y a la manera tradicional. Encogiendo un poco la cabeza y los hombros, y preparándose para devolverlo. Abre la boca, prepara el veneno, pero no llega a escupirlo. Ni a tragárselo. Se le queda a mitad de camino, corroyéndole la lengua.

Los dos permanecen en silencio durante unos minutos, evitando cruzarse la mirada, sin más compañía que el adormecedor ruido del televisor. En la pantalla hay un montón de gente poniéndose los cuernos unos a otros en no sé qué isla, así que tampoco es lugar en el que la vista encuentre reposo. Cuando se cansa de mirar la masa informe de carne semicocinada y giratoria, se levanta y sale del local.

Este sería un momento excelente para empezar a fumar, piensa, cuando se descubre con dos manos desocupadas. Sin dinero, sin teléfono, sin cartera, y junto a un coche cuyas llaves no tiene. *Tampoco es que vaya a darle tiempo a matarme*.

5
Un compromiso

Antonia sale al cabo de un rato, tras despedirse del dueño en turco. Se acerca al coche despacio, con esos andares suyos, solitarios. Como si flotase en su propio espacio. Jon la ha visto andar así, evitando el más mínimo roce, incluso en mitad de una Gran Vía rebosante. Verla hacer lo mismo en una calle estrecha de un solo sentido de un polígono a las afueras le provoca a Jon una ternura y una tristeza infinitas, incluso en su situación.

—Escucha… —dice ella.

—Ya lo sé.

Ella le mira, extrañada.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que no nos queda otra que trabajar juntos. Yo, porque si no, me matan. Y tú… porque sola duras menos que un *dantzari* en una cristalería.

—¿Eso es poco? —pregunta Antonia, algo confusa.

—Luego te mando un vídeo. En cuanto consiga aprenderme este cacharro nuevo.

—¿Y qué pasó con tu móvil, por cierto?

—Se lo quedaron ellos.

Antonia asiente, despacio.

—¿Qué es lo que recuerdas de las últimas horas?

—Lo mismo que le dije antes a la doctora, mientras me mirabais el culo. Alguien me abordó en la calle, y todo se volvió negro. Escuché hablar a gente, pero eran voces lejanas. Luego escuché la tuya. Y eso es todo.

—No es gran cosa. ¿Eso es todo lo que recuerdas?

Por supuesto que no.

También estaba el miedo.

El miedo. El miedo atroz, insoportable.

Porque Jon estaba dormido durante el proceso, pero no del todo inconsciente. No podía ver nada, apenas podía escuchar. Pero estaba despierto, al menos lo

suficiente para saber que algo malo estaba ocurriendo. Algo malo, de lo que él era objeto. Recuerda intentar mover los brazos y las piernas, enviar la orden a su cerebro, y no obtener a cambio ninguna respuesta. Recuerda sentirse indefenso, violado. Recuerda el ruido del taladro al penetrar en su columna vertebral. La sensación del metal contra su cuerpo, contra los cimientos de su existencia, era desquiciante. Un sentimiento inexplicable.

Indoloro, pero aterrador.

Algo de lo que Jon no va a hablar, porque le resulta imposible.

Y porque lo mejor que se puede hacer con el miedo es fingir que no se tiene.

—Sí, eso es todo —miente Jon, casi convincente.

Antonia se sienta a su lado en el capó del coche. Los dos miran a lo lejos, disfrutando de la puesta de sol sobre el tejado de la nave de Ferrallas Domínguez, S.L. Las últimas luces del atardecer dibujan inciertos presagios en el tejado de uralita, recortando una sombra alargada y repleta de dientes que avanza hacia ellos, amenazando con devorarlos.

—Va a ponerse el sol —dice Antonia—. En breve se pondrá en contacto con nosotros, y nos pedirá algo.

Jon no contesta.

—Siempre hace lo mismo. Pide algo. Y eso que pide, te destruye.

—¿Cómo sabes tanto sobre él?

—No *sé* tanto. He ido reuniendo fragmentos de información sobre él. Algunos, meras intuiciones. Otros, suposiciones bien fundadas. Nada demasiado útil. Ni una sola prueba de su existencia. Hasta hoy.

Jon se lleva los dedos al cuello, donde hay una prueba bastante tangible.

—Algo te tuvo que dar la primera pista. ¿Cómo descubriste su existencia?

Antonia hace una pausa larga.

—De eso no quiero hablar ahora —dice, al final.

Pues nada, cuando a ti te venga bien, piensa Jon, sintiendo cómo el veneno vuelve a fluir a sus labios. Hace de nuevo un esfuerzo por controlarse.

—¿Qué tenemos entonces?

—Todo en contra. No tenemos nada sobre su localización, no sabemos nada sobre sus intenciones.

—¿Y sobre Sandra?

—Aún menos. Aunque en su caso parece haber algo más. Algo muy personal.

—Si por personal te refieres a que está como un par de panderetas, tienes

razón.

—Hay otra cosa que no sabes. Parece que ambos llevan mucho, mucho tiempo planificando esto.

Le cuenta entonces cómo se ha ido tejiendo a su alrededor la telaraña sin que ambos fueran conscientes. Le explica a Jon lo sucedido en Inglaterra y en Holanda. Despacio, sin ahorrarle detalles. Cuando Jon escucha cómo el escudero holandés mató a su propia reina a sangre fría, su corazón se salta un latido.

—Antonia, yo nunca…

—No digas nada, Jon —le previene ella—. ¿Te has parado a pensar qué pasaría si hubiese secuestrado a tu madre? ¿Qué serías capaz de hacer?

—Yo nunca… —repite Jon. Algo más despacio.

—¿Nunca cederías al chantaje? Si estás aquí es precisamente porque cediste a un chantaje. ¿O no recuerdas cómo Mentor te utilizó para sacarme del retiro? ¿Cierto vídeo de cierto maletero?

El inspector Gutiérrez se baja del capó del coche como si estuviese al rojo vivo.

—Eso es completamente distinto —dice, levantando un dedo acusador hacia Antonia, tieso como polla de novio, antes de reflexionar sobre lo que está diciendo. A medida que lo hace, el dedo va perdiendo firmeza, encogiéndose hasta regresar, humillado, junto con sus otros cuatro hermanos.

Antonia asiste, desde la barrera, al desinfle. Y luego dice:

—Nadie está libre de hacer nada, ni siquiera lo más horrible, por amor. El amor es lo más poderoso que existe.

Él se ahorra el «yo nunca…», porque ha comprendido. Su cuerpo, sin embargo, va a su propio ritmo.

—No hay manera sencilla de salir de esta situación, Jon. Mientras tengas eso debajo de la piel, no nos queda otra que jugar a su juego.

Jon da un par de vueltas, nervioso, con ganas de pegarle patadas a algo. Los únicos blancos que encuentra a su alrededor son un envoltorio de preservativo abierto y reseco, una lata arrugada de Mahou, el coche, y la propia Antonia. Tras sopesar sus opciones, elige el segundo blanco más apetecible. La lata resuena cuando termina al otro extremo de la calle.

—No podemos ceder, Antonia. Sea lo que sea que nos pida, no podemos ceder.

—¿Y qué propones?

—Podrías desaparecer —dice él—. Ir a buscar a tu hijo, sin mirar atrás.

—Detrás te quedarías tú. La respuesta es no.

Jon asiente con la cabeza, al menos lo que le permite el dolor que le producen los puntos del cuello.

—Lo que llevas ahí tiene un par de baterías. Sin ellas, no es más que una prótesis bastante fea.

—Las baterías no son eternas —dice él, comenzando a comprender.

—No lo son. Así que vamos a jugar a su juego, y a ganar tiempo. Esperando a que cometa un error.

El inspector Gutiérrez está pensando en qué clase de estrategia es esperar a que cometa un error alguien que lleva mucho, mucho tiempo trazando sus propios planes. Abre la boca para expresarlo en voz alta, pero lo que se escucha es:

Dos pitidos, vibración.

Antonia se saca el móvil del bolsillo.

No hace falta que lo diga. Aun así, lo hace.

—Es él.

6
Una visita

Antonia le muestra su móvil a Jon. Cuatro palabras, un número.

SANTA CRUZ DE MARCENADO, 3.

—¿Qué se supone que significa esto?

—Me dijo que quería que investigáramos tres crímenes. Este debe de ser el primero.

—Tampoco es que nos haya dado muchas pistas.

El móvil vuelve a sonar, y ella lo desbloquea para leer el mensaje. La pantalla le ilumina la cara por completo. Antonia es una de esas personas horribles que lleva siempre el brillo al máximo, un defecto imperdonable que Jon tiene que perdonarle cada vez que es de noche y le destroza las retinas. Gracias al molesto resplandor, Jon puede comprobar que Antonia no está nada contenta. Cuando le muestra lo que acaba de recibir, él lo está aún menos.

TIENES SEIS HORAS.
W.

—Vamos, no me jodas.

Antonia activa una cuenta atrás en el teléfono, con el tiempo límite que les ha dado White.

—Vamos a esa dirección.

—Así, ¿sin más? ¿Solo porque has recibido un mensaje?

—Así, sin más.

—Podríamos investigar la procedencia del mensaje. Las pistas que haya podido dejar. Cuando me secuestraron, había dos personas con él. Habrá tenido que reclutarlos en algún sitio…

—Estás pensando como un policía —le interrumpe Antonia—. Y ahora no necesitamos un policía.

Jon tuerce el gesto, pero no dice nada. Se limita a poner el brazo en la puerta del conductor cuando ella intenta abrirla.

—¿Qué haces?

—Mantenernos vivos. Vivos y en marcha. Este es el último coche que nos queda, me lo ha dicho Mentor.

—Ni que hubiéramos siniestrado tantos —dice ella, entregándole las llaves, con un suspiro.

—Madre mía, cómo relativizamos cuando nos conviene, cari.

A Jon, incluso sin tener que pagar la factura, el casi medio millón de euros en Audis destrozados se le hace mucho. Sobre todo cuando tiene que aguantar a Mentor. Lo que no deja de sorprenderle es la lasitud que muestra Antonia con las matemáticas y los medios de locomoción. Está casi a la altura de su desprecio a las normas de tráfico.

Antonia se coloca en el asiento del copiloto y usa FaceTime para conectarse con Mentor mientras se ponen en camino. Deja el iPad en el soporte del salpicadero, para que Jon pueda verlo también.

—¿Cómo está el inspector? —pregunta, al descolgar.

—Lo bastante bien para conducir, aparentemente —responde ella, encogiéndose de hombros.

—Expongámoslo de la siguiente manera, Scott. Si en algún momento tienes que acompañar al inspector a la UCI porque le hayan pegado un tiro, aun así te preferiré en el asiento del copiloto.

El inspector Gutiérrez hace esfuerzos infructuosos para no sonreír.

—Técnicamente él ha roto más que yo.

—Técnicamente, me da igual. ¿Qué sabemos de ese hijo de puta?

—Ha contactado —informa Antonia, detallándole el mensaje que acaba de enviarles White.

Mentor les pide que no cuelguen mientras accede a los datos. Jon casi espera que les ponga una musiquita atroz, como un teleoperador de Movistar. Pero, a diferencia de estos últimos, Mentor tarda menos de un minuto en regresar.

—Ha habido un único crimen en esa dirección en los últimos treinta y cinco años. Más allá de eso, no lo tenemos informatizado.

Una foto aparece en pantalla. Una mujer joven, de pelo rizado y sonrisa tímida.

—Su nombre es Raquel Planas Mengual. Diseñadora de interiores.

Muestra una fotografía de la escena de un crimen. Apenas se distinguen los

detalles. Hay una gabardina cubriendo un cuerpo. Y mucha sangre.

—Fue asesinada de una puñalada en la calle Santa Cruz de Marcenado hace cuatro años.

Jon arruga la nariz al escuchar aquello.

En una ocasión, Jon había colaborado en la investigación de un caso antiguo, o caso frío, que es como los conocen los policías. Habían aparecido nuevas pruebas referentes al asesinato de un adolescente en Getxo, a las afueras de Bilbao. Una camiseta manchada de sangre desconocida. El dueño había resultado ser bastante conocido, y el caso acabó en todas las portadas de los periódicos. El proceso implicó a ocho investigadores de la Ertzaintza, tres policías nacionales, dos forenses, un laboratorio externo y decenas de miles de euros.

El caso solo tenía dos años y medio. Pero para cuando los investigadores llegaban a los lugares relacionados con la víctima, había infinidad de detalles que habían cambiado. Los testigos no recordaban nada, o recordaban algo totalmente distinto de lo que le habían dicho inicialmente a la policía.

No hay nada que un policía tema más que un caso frío.

—¿Sospechosos?

—Un culpable.

Una nueva foto aparece en pantalla. Treinta y muchos, pelo largo, mandíbula huidiza y ojos aún más huidizos. No es guapo bajo ningún concepto de cuello para arriba, así que ha intentado subsanarlo en dirección sur. Unos músculos de gimnasio, de pinchacito en el culo, de huevos del tamaño de aceitunas. Un Rolex dorado que dice, a gritos «tengo algo que compensar».

Le falta salir en la foto subido a un deportivo, piensa Jon, que no es muy caritativo con los asesinos de mujeres.

—¿Su marido?

—Su novio, Víctor Blázquez. Dueño de un gimnasio. Con antecedentes de maltrato.

—¿Dónde está?

—En Soto del Real. Cumpliendo veintitrés años. Saldrá en seis, es un preso modelo.

—Da gusto ver cómo el sistema funciona.

Antonia mira la foto, mira a la carretera, mira a su compañero y toma una decisión.

—Da la vuelta.

—¿Qué dices?

—Que des la vuelta. Vamos a Soto del Real.

—Pero ¿no íbamos a Santa Cruz de Marcenado?

Ella le dedica una de esas miradas suyas contra las que es mejor no entablar una discusión. Así que Jon hace un giro bastante ilegal, y da la vuelta al coche. Busca en el GPS del Audi la dirección de la cárcel mientras Antonia se dedica a lidiar con la insatisfacción de Mentor.

—¿Qué se supone que haces, Scott?

Antonia no lo tiene demasiado claro. Pero una palabra le ha venido a la cabeza.

Katsrauvsaali.

En jemer, idioma hablado por veinte millones de camboyanos y que tiene el alfabeto más largo del mundo, el que corta el trigo cuando se supone que tiene que cortar el trigo. El mejor paladín de una causa posible.

—Lo lógico sería recorrer la lista de testigos, el sumario del caso, visitar el escenario del crimen, hablar con el fiscal, con el juez, con los policías encargados. ¿Cuánto tiempo nos llevaría eso?

—Demasiado —admite Mentor.

—Es de noche ya. Incluso si movilizáramos un ejército, los sacáramos a todos de la cama y los pusiéramos en fila, tardaríamos días en poder hablar con ellos —admite Jon.

—¿Y en qué dirección crees que apuntarían todos?

Jon ya sabe en qué dirección. La M-609, en el kilómetro 35. La misma que acaba de introducir en el GPS.

—White nos ha ordenado resolver este crimen —dice Antonia—. Si Blázquez no es el culpable, no hay otra persona mejor a la que preguntarle.

—Preguntar a un preso si es inocente. ¿Qué podría salir mal? —dice Jon, poniendo el intermitente.

—Estoy de acuerdo con el inspector Gutiérrez. Podéis estar perdiendo un tiempo precioso, Scott.

Antonia no contesta. Es uno de sus recursos habituales cuando quiere dar a entender lo poco que le importa la opinión de los demás sobre un asunto en el que cree tener razón. Mentor ya lo conoce de sobra, así que usa el truco más viejo del libro de los jefes: Hacer creer que todo es idea suya.

—Será mejor que se den prisa. Intentaré facilitarles la entrada en tanto llegan. ¿A qué distancia están de la prisión, inspector?

—A veintiocho minutos. Llegaré en quince, soy un conductor modelo.

Mentor ignora la pulla al impecable sistema penitenciario español y se vuelve hacia Antonia.

—Scott, coge el teléfono —dice, antes de interrumpir la llamada de FaceTime en el iPad.

Antonia obedece, extrañada.

—No pongas el manos libres —le advierte—. Tengo que hablarte en privado.

—De acuerdo —responde ella, aún más extrañada.

7
Un aparte

No es el estilo de Mentor darle a ella información que no le dé a su compañero. Más bien al contrario.

—Necesito saber que estás en condiciones, Scott.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—No te hagas la tonta. ¿Cuánto hace que no tomas una pastilla roja?

Antonia lo sabe muy bien. Podría decirle las horas, los minutos, incluso los segundos, aunque para eso tendría que concentrarse un momento.

Una vez, de niña, Antonia metió la mano inocentemente en el hueco que quedaba entre la puerta del garaje y el marco. Había visto a su padre hacerlo más de una vez. Un pequeño truco de adulto, para ahorrarse unos pasos hasta la entrada de peatones: aprovechar que un coche acababa de salir, para acceder al garaje por el camino más corto. Tan pronto como su padre metía el brazo, la puerta dejaba de cerrarse y comenzaba a recorrer el camino inverso.

Con el inconveniente de que ella lo hizo por un lugar donde no estaba la célula fotoeléctrica.

La puerta continuó inexorable, aprisionándole la carne. Su padre llegó a tiempo de impedir que el pesado marco de acero rojo le amputara el brazo, pero no lo suficiente para evitar el dolor. Condujo como un loco hasta el hospital más cercano, y allí le pusieron un sedante muy suave, y todo quedó en un susto y en un mes sin poder mover la mano derecha. De regalo le ha quedado una cicatriz blanquecina de tres centímetros en el antebrazo, y una depresión en el músculo, que nunca acabó de crecer del todo bien.

Y algo más: cada vez que escuchaba el sonido de la puerta de un garaje o que se miraba la cicatriz, el recuerdo del dolor volvía nítido a su memoria. Un latigazo eléctrico recorría el camino entre el brazo y el cerebro, y ella se encogía

un poco, no importaba lo que estuviese haciendo. Aún hoy, después de tantos años.

El recuerdo de Jon tirando por el desagüe en casa de una víctima los restos de su alijo —y ella forcejeando entre sus brazos, intentando llegar a la pila donde las cápsulas se van poco a poco disolviendo en el agua sucia—, produce en Antonia la misma sensación. El recuerdo solo tiene unos días, no tres décadas. Aun así, conservan improntas casi idénticas. Una acción impetuosa, un resultado inesperado, y una enorme masa inexorable cerrándose sobre ella para atraparla. O liberarla, para el caso. Lo que deja detrás es dolor, y músculos doloridos.

—Estoy perfectamente —responde a la pregunta de Mentor. La segunda mentira es casi igual de grande que la primera—. Ya no las necesito.

—Antonia —dice Mentor, lo cual es más raro aún, ya que casi nunca la llama por su nombre de pila—, llevo años diciéndote eso mismo. Pero, ¿por qué precisamente ahora?

—Estoy intentando rendirme a la corriente, no domar el río. La cita no es literal, pero creo que la recordarás igualmente.

—Es una filosofía bastante buena. ¿Formaba parte de ella robar cápsulas de la cámara refrigerada?

Antonia cierra los ojos, y aprieta los labios. Se alegra de que la conversación sea por teléfono, y no una videollamada o en persona, porque es una mentirosa malísima. En una escala de cero a Presidente del Gobierno, a Antonia le sale a ingresar.

Tampoco puede decirle la verdad. No debe. Así que opta por darle largas y desviar su atención. En eso es campeona del mundo imbatible.

—¿Alguien ha cometido errores con el inventario?

—Faltan cincuenta pastillas rojas y diez azules, Scott.

—Es un error bastante grande.

—Y a la cámara refrigerada solo tengo acceso yo.

—Al menos ya tenemos al culpable. Caso resuelto.

—La única persona que podría reventar la seguridad eres tú.

Antonia no tiene que pensar demasiado su respuesta. No es como si hubiera fantaseado decenas de veces con ello en los últimos días. Con arramplar en el maldito sitio y meterse las cápsulas en la boca a puñados.

—Supongo que podría averiguar el número de diez dígitos del panel

numérico. O conseguir una copia de la llave física. También saltarme las medidas biométricas, esas son casi un chiste. Pero la cámara de seguridad es una cinta analógica, si mal no recuerdo. ¿Has podido revisarla ya?

Una cinta analógica Serfram Cobalt de banda inversa, que son las que mandó instalar Mentor, es imposible de falsificar. Puedes romperla, puedes destruirla, puedes tapar la cámara, puedes hacer cualquier cosa con ella, menos alterar su contenido.

Mentor lo sabe.

Antonia lo sabe.

Y él sabe que ella sabe que los dos lo saben.

Así que es un empate. Mentor podría haberlo dejado ahí, y de ordinario quizás lo habría hecho. La competición con Antonia Scott no es una carrera de velocidad, sino el Tour de Francia. Consiste en ir llegando como se puede, sin desfondarse. Pero algo dentro de él se agita —el estrés, que baja las defensas—. Y no puede callarse.

—No hay nada en esa cinta. Pero a lo mejor solo tengo una sospechosa. A lo mejor te has estado metiendo más de lo que debías en Málaga. A lo mejor te has vuelto una yonqui, Scott. Y ahora el inspector necesita algo mejor que eso.

Antonia traga saliva, con cierta dificultad. Cuando habla, le cuesta hablar sin dejar de apretar los dientes.

—A lo mejor no tendrías que haberme inyectado lo que me inyectaste, cuando yo no estaba segura, para empezar. A lo mejor no tenías que haberme vuelto adicta a esa basura, para empezar.

Y luego, recordando cierta sabiduría ancestral que le transmitió Jon, no hace mucho, decide que va a comunicarle a Mentor por completo sus sentimientos de forma inequívoca. Toma aire, bien hondo.

—A lo mejor tendrías que dejar de tocarme el coño.

8
Un coche eléctrico

Mentor cuelga, sintiendo la irritación, la culpa y la vergüenza invadirle el rostro y las manos como una corriente eléctrica, pesada y débil. Cuando termina de hacer unas llamadas para allanarle el camino a Antonia y Jon, el cansancio le cae encima como una tonelada de ladrillos.

Se vuelve a la doctora Aguado, que sigue con la nariz enterrada en el ordenador, los ojos rojos y secos, y el pelo echado a perder. Tampoco es que él esté mucho mejor. Lleva la camisa pegada a la piel, y apesta a sudor y humo de tabaco. Se mantiene en pie a base de buena voluntad, Marlboro Light y bolsas de Conguitos de la máquina que hay en recepción. El chocolate relleno de cacahuete le repugna, pero es eso, o uno de los sándwiches que siempre salen mojados.

—Vaya a descansar un poco —le dice a Aguado, confiando en aprovechar para echar él una cabezada también. Que Mentor será muchas cosas, pero como jefe es el primero en llegar y el último en irse, costumbre que adquirió fuera de nuestras fronteras.

—Ahora no. Estoy a punto de dar con algo —le responde la forense.

—Vaya —dice él, metiendo la mano en el bolsillo, en busca de monedas sueltas—. ¿Quiere algo de la máquina?

Ignorando su ofrecimiento, Aguado le hace gestos para que se acerque.

—Tengo algo.

Mentor se asoma por encima del hombro de Aguado y reconoce la interfaz de usuario de Heimdal, el *software* espía del proyecto Reina Roja. Aguado está usándolo para entrar en un sistema ajeno.

—¿Qué es lo que estoy viendo?

—Las cámaras de seguridad del centro comercial. Observe —dice la forense.

Mentor no observa nada, porque la pantalla está en negro. Tan solo se ve el marcador de tiempo, avanzando sobre la nada.

—Es como si hubiera habido un apagón.

—Y lo ha habido —afirma Aguado—. Salvo que es uno intencionado. Alguien ha *hackeado* las cámaras para que estuviesen apagadas desde una hora antes y hasta una hora después de que Scott se fuese del centro comercial.

—Ni un pequeño respiro vamos a tener, ¿eh? —dice Mentor, pasándose la mano por la cara, intentando espabilarse. El estómago le ruge. Está considerando seriamente salir a comer algo al kebab situado a dos manzanas, hasta ahí llega su desesperación.

—Espere… Hay algo con lo que no han contado.

Cuando la señal de las cámaras regresa, Aguado señala una plaza de aparcamiento algo separada de las demás. Hay un coche aparcado, conectado a la pared por un grueso cable.

Es uno de esos eléctricos tan carísimos que solo se pueden permitir los ricos. *Y que además te convierten en mejor persona en cuanto los compras*, piensa Mentor, que ha visto cómo más de uno de esos salvadores del planeta le miraba por encima del hombro cuando coincidían en un semáforo.

—¿A qué se refiere?

—Estos coches… mientras están cargándose, son muy vulnerables. Un choque en mal momento podría arruinar por completo sus baterías, que son el componente más caro.

—¿Y? —dice Mentor, bastante incómodo, porque su estómago sigue rugiendo, esta vez a menos de quince centímetros de la oreja de Aguado. Pero la forense no da muestras de haberse percatado, porque sigue tecleando, furibunda.

—Un instante… —pide ella, sin dejar de abrir ventanas en el sistema. Subrutinas, se llaman, o eso cree recordar Mentor, de la charla que les dieron sobre Heimdal a los jefes de equipo.

Finalmente, el logo de la conocida marca de coches eléctricos aparece en pantalla. Y junto a él, una serie de comandos escritos en coreano. Lo cual es un problema, porque los genios que diseñaron los terminales Heimdal se olvidaron de incluir un traductor automático.

Un software de medio billón, con be, de euros, y acabamos preguntándole a Google, piensa Mentor.

—Ojalá estuviera aquí Scott —dice Aguado, que tiene que recurrir a su móvil para ir traduciendo los caracteres hangeul.

—Scott no sabe coreano.

—No está entre sus habilidades registradas, no. Pero ha aprendido lo suficiente.

—¿Cuándo?

—Hace tres semanas. Hicimos una apuesta.

—¿Y quién ganó?

—¿Usted que cree?

Uno de los efectos secundarios de pasar tanto tiempo junto a alguien extraordinariamente inteligente es que uno toma conciencia de sus verdaderas capacidades.

El mundo es mucho más fácil cuando eres idiota, porque una de las bendiciones de serlo es que no sabes que lo eres.

Mentor menea la cabeza, intentando fingir aplomo.

—Si nos ponemos, nosotros somos tan capaces como ella.

—No, en realidad no —dice Aguado, volviendo a dejar el móvil sobre la mesa y señalando a la pantalla—. Esto de aquí es el sistema de administración del coche. Y este botón de aquí activa…

Ante ellos aparece un archivo de vídeo.

—Las cámaras del coche.

—No lo comprendo. ¿Esto es en tiempo real?

—El coche es muy vulnerable durante la carga. Así que, lo que hace es activar todas sus cámaras por si algún coche se acerca demasiado a gran velocidad. Lo que estamos viendo es la grabación de esta mañana, mientras el coche estaba cargando.

—Dios bendiga a los pijoprogres. ¿Y el coche guarda ese archivo de vídeo?

—Oficialmente, no. Extraoficialmente, es información valiosa. Y ya sabe el principio básico de cualquier programador. Lo que el usuario no sabe, al usuario no le hace daño.

No lo conocía, aunque es el mismo principio básico de los gobiernos, piensa Mentor, inclinándose sobre la pantalla para intentar descifrar lo que tiene enfrente.

Unos minutos después decide que, después de una de Tarkovski, esta es la película más aburrida que ha visto nunca.

Tan solo cuatro cuadrantes, a los lados y al frontal del coche. En dos de ellos solo se ve las carrocerías de los coches aparcados cerca. En el tercero, sin embargo, puede verse algo de movimiento, cuando ocasionalmente alguien sale de una puerta semioculta en una pared cercana. A juzgar por la vestimenta de las personas que la atraviesan, Mentor deduce que es el acceso del personal del centro.

Aguado va adelantando la imagen, cada vez más deprisa, hasta la hora a la que comenzó el encuentro entre Antonia y White. Ahí los dos observan atentos, pero la puerta está quieta. Nadie la cruza. El código de tiempo sobrepasa la hora a la que concluyó el encuentro.

Nada.

—Esto es inútil… —dice Mentor.

—Valía la pena inten… Espere…

La puerta se abre, pero en ese momento una masa negra tapa la pantalla fugazmente y se coloca frente a la puerta.

—No me lo puedo creer. Algo ha tapado el plano.

Mentor, poco dado al exabrupto fácil o la mala educación en general, se explaya bien a gusto esta vez en particular.

—Es… parece una furgoneta —dice Aguado, señalando uno de los extremos de la imagen.

Cuando la furgoneta desaparece, no queda nada detrás. Tan solo una puerta, del mismo color que la pared de cemento, pintada con la misma raya roja.

—Rebobine. Justo antes de que llegue la furgoneta.

Aguado retrocede once segundos.

—Vaya ahora fotograma a fotograma.

La forense ensancha la línea de tiempo hasta que cada una de las imágenes aparece como una diminuta fotografía en la barra inferior del monitor. Comienza a apretar, despacio, la tecla derecha. Un fotograma, dos, tres.

Nada.

—¿Qué es eso?

Mentor señala una zona más clara en el marco de la puerta.

—Espere…

Aguado amplía la zona, y comienza a avanzar de nuevo. La zona está más iluminada durante unos pocos fotogramas, y algo se percibe en el hueco.

—¿Puede hacerlo más nítido, o eso es en las películas malas?

Aguado esboza una sonrisa desgastada ante la broma aún más desgastada de su jefe. Puede que sea la décima vez que se la escucha. Fue el propio Mentor el que le dio el presupuesto para el *software* FRBDYC —usa un filtro de realce de bordes por desplazamiento y convolución, no se estrujaron mucho los sesos con el nombre—. Pero a él aún le sigue haciendo gracia que a principios de siglo, cuando la tecnología estaba a lustros de ser viable, en *CSI: Las Vegas* la usaran casi cada semana.

A medida que el filtro comienza a trabajar sobre la zona clara, el rostro que hay debajo comienza a desvelarse.

Primero se identifican los ojos y la boca.

Solo unas manchas colocadas en el sitio correcto.

Después los rasgos comienzan a aflorar, cada vez con más precisión, pasada tras pasada del filtro. Una media sonrisa insinuada, o quizás un gesto de apremio. Una mirada algo desviada. Unas cejas ligeramente curvadas hacia arriba, encuadrando un rostro femenino que alguien, a primera vista, podría calificar de amable.

Mentor no aparta la vista de la imagen, hasta que el filtro termina de procesar. El resultado se muestra en negativo —la mejor forma de resaltar los bordes de un rostro—, pero aun así, la reacción que provoca en él es tan extraña como radical.

Adelanta el brazo, aprieta en el teclado la combinación que despliega el monitor de actividad del *software*, y borra toda la actividad del terminal durante la última hora. El archivo de vídeo grabado por el coche desaparece.

La forense le mira sin comprender. Mentor se aproxima a ella, tanto como lo haría alguien que quisiera sacarle una pestaña de un ojo. Aguado, incómoda, intenta retroceder en la silla, pero la postura de su jefe no le deja espacio.

—Usted no ha visto esa cara. ¿Me ha comprendido, doctora?

Su tono, al igual que su actitud, no dejan lugar a dudas.

—Pero…

Ella se da la vuelta, pero Mentor ya no está ahí, sino dirigiéndose a la puerta, cogiendo la chaqueta arrugada de la silla donde la había dejado, sin detenerse. Antes de cruzarla, se vuelve hacia ella y le dice, inexpresivo.

—Ni una sola palabra a Scott.

9
Una etapa

Jon es un tipo con mundo, es un tipo con cierto don de gentes, un tipo con mucha mano izquierda. Mano derecha no le falta tampoco, tiene manos como para parar un funicular. Pero vamos, que el tipo es diplomático y sutil. Por eso, cuando Antonia termina la conversación, no dice:

—Voy a reventarle los putos dientes contra la acera.

No, Jon, tiene cierta experiencia ya en el trato con su compañera, así que se limita a apretar el volante de forma que se queden los dedos marcados, y a darle al *play* en el reproductor de CDs. Está puesto *Física y química*, pista nueve, y Jon sube el volumen para no escuchar llorar a Antonia. Para que ella no le oiga a él maldecir por lo bajo. Porque lo que las palabras lastiman, a veces solo el silencio arregla.

Deja pasar el tiempo, y los kilómetros, mientras ella mete la cabeza en el iPad, en el expediente. Un par de lágrimas caen sobre la pantalla, tornasolando el blanco deslumbrante en un arcoíris pixelado, pero ella se limita a apartarlas con el pulgar, porque obstruyen su trabajo.

Jon deja pasar el tiempo, porque ha escuchado la conversación completa. Sí, también la parte de Mentor, gracias a las bondades de un habitáculo insonorizado y un volumen bastante alto. Antonia sabe algo que no quiso decirle cuando él se deshizo de sus pastillas, invitándola cordialmente a una desintoxicación forzosa mientras ella gritaba «no, no, no» a lo Amy Winehouse.

Se suponía que, tras aquella misión, ella podría descansar. Se suponía que podría recuperarse, dejar atrás esa necesidad, en lugar de verse lanzada a una carrera contra el reloj al son que toca un psicópata malnacido.

Se suponía que él estaría en el sofá de la *amatxo*, en Bilbao, haciendo la digestión de un bacalao al pil pil, en lugar de conduciendo hacia un penal haciendo infructuosos intentos para que el puñetero kebab no se le repita demasiado.

Se suponían tantas cosas, claro. Pero el mundo no es una fábrica de conceder deseos. Todos sus planes, todas sus antiguas aspiraciones han quedado obsoletos por ese tirón que nota en el cuello cada vez que mueve la cabeza unos centímetros. Todos sus anhelos le parecen ahora cosa de necios, de críos, de blandengues. Quizás en eso consiste crecer: en darte cuenta de lo gilipollas que eras.

Y hablando de crecer, Antonia Scott, 12 points, piensa Jon, fan impenitente de Eurovisión. La manera en la que se ha enfrentado a Mentor ha sido espectacular. Por sus baremos, al menos.

Le gustaría hablarle de ello. Darle la enhorabuena, de alguna forma. Aunque duda que ella le dejara acercarse ahora. Después del exabrupto habrá alzado de nuevo el puente levadizo y soltado las pirañas.

Está eso, y que hay algo mucho más urgente.

—Antonia —dice él, con voz suave.

Ella levanta la cabeza de la tablet. No llega a mirarle, mira la carretera, pero aun así Jon ve cómo tiene los ojos rojos y algo hinchados.

—Dime —sorbiendo por la nariz.

—Investigar un caso frío es igual que comer sopa con un machete.

—¿Es una de tus metáforas?

—Aparatoso, frustrante, y con puntos de sutura garantizados.

—Eso lo sé.

—Requiere muchos recursos, gente, tiempo.

—También lo sé.

—Hacerlo en seis horas es imposible.

—¿Vas a seguir diciendo obviedades?

—Solo quería asegurarme de que estamos los dos en la misma página.

—No tenemos alternativa, mientras sigas teniendo eso en el cuello.

—A lo mejor no es real. A lo mejor solo es un trozo de metal que me ha metido debajo de la piel para asustarnos y poder controlarnos.

Antonia hace una de sus famosas pausas valorativas de treinta segundos exactos. Jon espera una larga explicación sobre las características técnicas de la bomba. Pero Antonia Scott no deja de sorprenderle nunca.

—¿Estás familiarizado con las etapas del duelo de la doctora Kübler-Ross?

—Las etapas de… ¿quién?

—Ira, negación, miedo, negociación, aceptación.

A la mente de Jon viene un recuerdo de un doctor dibujado en negro hablando con un hombre de piel amarilla en ropa interior. El hombre pasa por las cinco fases a velocidad de vértigo. Casi tanto como él, que ha pasado de destrozar la ducha a negar que lo que lleva en el cuello sea real.

—Lo he visto en *Los Simpson* —admite.

—¿En dónde?

Jon levanta el pie del acelerador, de pura incredulidad.

—No me puedo creer que no hayas puesto Antena 3 a mediodía en lo que va de siglo.

Ella hace una pausa. Jon no mira. No quiere pasarse el desvío. Pero casi puede escucharla sonreír.

—Te estoy tomando el pelo.

—Tienes muchísima gracia —dice Jon, mientras le da al intermitente para tomar la salida. El tono es sarcástico, pero se siente mejor, de pronto. De forma inexplicable.

O quizás no tanto.

10
Otro mostrador

Ya es muy tarde cuando llega al aparcamiento de la Clínica Psiquiátrica López Ibor.

Mentor tiene ciertos conocimientos de la historia de Madrid. No al nivel íntimo y desconcertante de Antonia Scott, por supuesto. Ella lee la ciudad como un traumatólogo estudia un cuerpo humano. Como una serie de capas superpuestas, en las que los huesos, los músculos, los órganos y la piel son simplemente partes de un todo que respira y se mueve.

En comparación con Antonia, Mentor es solo un aficionado, pero algo sabe.

Lo suficiente para conocer cómo se pagó ese edificio. Levantado con el dinero que el buen doctor ganó *curando* a homosexuales durante el franquismo. Las curas incluían lobotomías y tratamientos de electroshock. Realizados sin el consentimiento de los pacientes. Bastante lucrativos.

Mentor no es precisamente rojo. El traje de luces que cubre sus ideas políticas permite ver con claridad hacia qué lado carga. Lo cual no le impide distinguir el bien del mal, o reconocer con claridad cuando un edificio tiene los cimientos repletos de fantasmas.

Aunque uno no crea en ellos.

Aunque uno haya contribuido a engrosar su número.

Estamos construidos a base de incoherencias, y es nuestra capacidad para convivir con ese material inestable lo que nos permite prosperar. A Mentor, sin duda, esas contradicciones le han permitido ser quien es, hoy en día.

Mientras cierra la puerta del coche, se pregunta si no será este el momento en el que tendrá que pagar el precio por ellas. De facturas, él sabe un rato largo.

Aprieta el paso hacia la entrada. Ha comenzado a llover, de repente, como ocurre a veces en Madrid. Una gota gruesa, que elige para caer el lugar cercano más resonante posible —el capó de un coche, un canalón, una señal de tráfico—. O, en su defecto, el minúsculo hueco entre tu nuca y el cuello de la camisa, con certera, diabólica precisión.

La primera gota es una de estas últimas. Y luego, siguiendo el guion, todas las demás.

Mentor llega a la entrada, que promete refugio, luz y calefacción central, pero que incumple esa promesa con una puerta deslizante de cristal que decide no abrirse. Golpea la mampara hasta que la mujer de recepción alza la vista y le pasa por el lomo la mano a un animal invisible. La señal universal de «*hemoscerradovuelvaustedmañana*».

Mentor saca del bolsillo su placa de inspector de la Policía Nacional. Siempre lleva una encima, por si acaso. Por si se salta un semáforo. Es indistinguible de una de verdad, porque es de verdad, con la salvedad de ser falsa.

A la mujer, sin embargo, parece impresionarle lo suficiente como para abrir la puerta a toda prisa.

—No hemos avisado a la policía —dice, cuando él se acerca al mostrador. Es una mujer de mediana edad, con el pelo prematuramente blanco. El hecho de que haya decidido no teñirse agrada a Mentor, que le dedica una sonrisa sincera, a pesar de su ansiedad.

—A veces venimos sin avisar.

—Ya ha concluido el horario de visitas.

—Lo sé, pero este asunto no puede esperar, señorita.

Ella cierra el libro que está leyendo. *Guerra y Paz*.

—Si es algo que tiene que ver con los pacientes, tendrá que esperar a mañana, cuando esté aquí el personal de administración.

—Me encanta ese libro —dice Mentor, señalando el tomo.

Ella le mira, suspicaz.

—¿Lo ha leído?

—Varias veces.

—A ver… ¿De qué va?

—De casi todo, en realidad.

Si hubiese dicho «de una guerra» o «una historia de amor», ella quizás hubiera reaccionado de otra forma. Pero esa respuesta parece gustarle. Destensa un poco los hombros, y las arrugas de su rostro se suavizan.

—Me lo regaló mi padre. Es mi favorito.

—Tiene suerte. Mi padre desconfiaba de los libros. Decía que hay demasiado conocimiento en el mundo, y muy poco sitio donde guardarlo.

—¿Qué significa?

—No tengo ni idea —dice Mentor.

En realidad, tiene una idea bastante aproximada. Su padre, al fin y al cabo, pertenecía a una de *esas* familias. Una de esas con calle, como el hombre en cuyo edificio están ahora mismo.

Ella se encoge de hombros.

—Usted dirá en qué puedo ayudarle.

—He venido a ver a una paciente.

Le dice el nombre. La mujer ladea la cabeza, extrañada.

—No me suena.

—¿Le importaría comprobarlo en la base de datos?

—¿Es usted un familiar?

Mentor saca su DNI. El auténtico. Está al fondo de la cartera, semienterrado por muchos otros documentos de mayor utilidad. Probablemente caducado. No recuerda cuándo fue la última vez que tuvo que usarlo.

—Soy la persona de contacto.

Ella comprueba ambos nombres en la base de datos.

—Aquí figura como dada de alta, señor.

Si esto fuera una secuencia de cine negro, en este momento el director hubiera elegido el tenso silencio que siguió a la frase de la recepcionista para introducir el ominoso sonido de un trueno. La vida real, por desgracia, no suele llevar ritmos tan precisos. El trueno sonó un poco después, coincidiendo con la respuesta tartamudeante de Mentor.

—¿Alta…? Pero… ¿Cuándo fue eso?

—Hace más de cuatro años.

—Eso no es posible —dice él, estirando el cuello, intentando ver el monitor. Ella lo retira de su vista.

—Lo siento, pero está muy claro en su ficha.

—¿Y por qué yo sigo pagando cada mes tres mil ochocientos cuarenta y cinco euros por sus gastos? —dice Mentor, llevándose la mano al bolsillo, para sacar el móvil. Está dispuesto a mostrarle la cuenta del banco, donde cada mes se siguen cobrando los recibos, con absoluta regularidad. O su cuenta de correo electrónico personal —de Hotmail, para su vergüenza— donde le envían evaluaciones psicológicas trimestrales en PDF donde «estable» y «sin cambios» aparecen subrayadas.

—Lo siento, señor. Si se trata de un problema de recibos, los de administración vienen a las nueve.

La mujer se ha echado hacia atrás en la silla, ha vuelto a ponerse en guardia. Han regresado la tensión en los hombros, las arrugas en la frente.

Mentor comprende que es inútil continuar haciendo preguntas. Sin embargo, lo intenta, con poco éxito.

La flexibilidad no es una cualidad imprescindible cuando eres la recepcionista de un manicomio.

Cuando se cansa, Mentor regresa por donde ha venido. Once pasos hasta la puerta, que se cierra a su espalda. Otros treinta hasta el coche, que aguarda a su dueño bajo la tormenta. O eso espera Mentor. La lluvia es tan densa que apenas puede ver lo que tiene enfrente. Se tropieza con el parachoques de otro vehículo antes de alcanzar el Audi.

Cuando se dirige a la puerta del conductor, frena en seco.

Bajo el parabrisas alguien ha colocado algo. No es uno de esos folletos anunciando prostitutas, tan habituales en su barrio. No, esos siempre van estampados en cuatricomía y en papel satinado. Que se note que hay poderío.

Este es un humilde folio, impreso por una cara, la que está en contacto con el cristal.

Mentor se aproxima, despacio. Levanta el parabrisas con una mano, y con la otra despega el papel del parabrisas chorreante.

Cuando le da la vuelta, no sin dificultades, y lee la primera línea, una bola de hielo se le forma en el estómago.

Es de ella.

El resultado de su PCL-R. La escala de evaluación clínica de la psicopatía de Hare.

El papel, empapado de lluvia, se le deshace entre los dedos. Poco importa.

Mentor conoce su contenido de memoria, tan bien como un reo de muerte conoce su propia sentencia. Puede recitarlo, casi, hasta la última coma.

> Egoísta descarnada, centrada exclusivamente en sus intereses. Actúa con deliberación y sin escrúpulos ante cualquier perjuicio que pueda ocasionar a sus víctimas. Sin temor ni aprensión alguna ante las posibles consecuencias.
> Faceta interpersonal: explotadora, manipuladora, falsa, egocéntrica y dominante.
> Terreno afectivo: muestra emociones cambiantes y superficiales. Es incapaz de vincularse con personas o principios compartidos. Carencia absoluta de sentimiento de culpa, remordimiento o temor genuinos. Capaz de fingirlos en cierto grado, cuando está en calma. No reacciona bien bajo presión.
> Faceta conductual: impulsiva, necesitada de sensaciones fuertes, inestable. Propensa a saltarse las normas y a incumplir responsabilidades y obligaciones.

SE RECOMIENDA INGRESO INMEDIATO.

Mentor deja caer el testimonio de su ceguera, ahora casi ilegible, al suelo. Lo aplasta con la puntera del zapato, hundiéndolo en el charco. Mira a su alrededor mientras lo hace, intentando ver más allá de la cortina de lluvia.

No ve a nadie, y sin embargo siente que no está solo en el parking. Escucha moverse algo a su espalda, un roce en el asfalto, quizás una pisada en el agua que desborda ya los sumideros. Se da la vuelta deprisa, pero no encuentra nada. Falsa alarma. Si esto fuera una película, un gato se colaría maullando en un callejón, pero en la vida real los gatos callejeros no se pasean cuando caen chuzos de punta.

Mentor siente un escalofrío, y no es solo por la lluvia. Busca dentro del bolsillo, las llaves se le caen al suelo. Tiene que agacharse y tantear el reguero cenagoso, en busca del llavero. Cuando se incorpora, casi siente unos brazos rodeando su cuello, la hoja de un puñal hundiéndose en su espalda.

Casi.

Sus amenazas no están hechas de carne, ni de metal, tan solo de miedo. Consigue abrir el coche, cierra la puerta y echa mano de la Remington 870 que había dejado en el asiento del copiloto horas atrás. Completamente empapado, aterido de frío, al borde del infarto de miocardio, atrincherado en el coche y abrazado a su escopeta, Mentor reflexiona sobre los errores que ha cometido en la vida, sobre barrer bajo la alfombra.

Sobre lo que hicieron entonces.

Reflexiona lo justo, todo hay que decirlo, porque enseguida pone el motor en marcha y tierra de por medio.

Sabiendo muy bien que sus problemas saben aún mejor dónde encontrarle.

Y dudando aún menos de que vayan a hacerlo muy pronto.

11
Un patio

Jon aparca cerca de la entrada, en un sitio libre junto a un Prius, y se vuelve hacia ella.

—Dale, cari.

—¿Que le dé a qué?

—Al informe. Tendrás que contarme algo, para que no entre en pelotas.

Antonia abre la boca, forma la primera sílaba, y luego la cierra.

Ya empezamos, piensa Jon.

—Creo que será mejor que no.

—¿Hay algún motivo, o es por diversión?

—Si te cuento lo que pone aquí, te estaré contando las conclusiones de la investigación. Y nosotros hemos venido a buscar otra cosa.

—¿Exculpar a un inocente? —pregunta Jon, con cierto retintín.

—No. Buscamos lo de siempre. La verdad. Que no siempre coincide con una sentencia. Y tú, Jon, no eres muy objetivo con los maltratadores de mujeres.

No, no lo soy, piensa él. *Y tres cojones si me importa*.

—¿Entonces?

—Entonces yo pregunto, y tú, sobre todo, observa. No quiero que entres condicionado. Más.

Jon se aviene a la estrategia, sin creérsela demasiado. Cuando ponen un pie fuera del coche, comienza a llover a mares. Trotan hacia la entrada, al ritmo de la lluvia sobre las capotas.

Se identifican. Hoy Antonia es inspectora de policía, nada de las tapaderas complejas de otras ocasiones.

Un funcionario con malas pulgas les pide vaciarse los bolsillos sobre una de las mugrientas bandejas de plástico antes de cruzar el detector. Jon, que conoce a Antonia, se adelanta para depositar una bandeja en la cinta delante de Antonia, ya que ella odia tocar cualquier cosa que haya pasado por un trillón de manos, por razones distintas —y por tanto, las mismas— por las que odia que la toquen.

—Han avisado de que veníamos —dice Jon.

—Sus objetos personales tienen que quedarse en esta caja —responde el funcionario, abriendo una sucia caja de cartón para cada uno. En comparación con ellas, las bandejas de plástico de la entrada parecían cristal de Bohemia recién soplado.

—¿También la pistola? —dice Jon, un poco por joder.

El funcionario le mira con cara que no invita al recochineo. Cara que se avinagra más cuando el detector de metales pita, descontrolado, al pasar Jon.

Antonia lo mira, y él a ella.

—Me han operado hace poco. Una prótesis.

El funcionario agarra el detector manual y se pone en pie, con la misma energía que si el postoperatorio lo estuviera pasando él.

—¿En dónde?

—En la clavícula —dice Antonia.

—En las vértebras —dice Jon, al mismo tiempo.

—¿Se aclaran?

Jon se baja un poco el cuello de la camisa, donde el esparadrapo ensangrentado es claramente visible. El funcionario le pasa el Garret por la zona, y confirma lo de la prótesis.

Siguen al funcionario hasta un patio que hay tras una puerta de cristal con una raja que va de arriba abajo. Una de esas rajas que no forman los cambios bruscos de temperatura. Más bien los cambios bruscos de humor, y la aplicación de una suela del cuarenta y tres.

—Esperen aquí —dice el hombre, indicándoles un banco de madera. Está situado bajo una marquesina, pero aun así está empapado, porque ahora a la lluvia también acompaña un viento racheado y sibilante. Así que ellos aguardan de pie, pegados a la pared, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados.

Al otro lado del patio, la enorme torre de hormigón que domina el espacio tiene todos los focos encendidos. Enormes luces estroboscópicas. 3000 vatios, temperatura de color de 5700K. No hay calidez ni mentiras posibles bajo uno de esos focos. La lluvia tan solo alcanza a afilar, precisos, los contornos de su haz.

Antonia se agita, inquieta.

—¿Qué te sucede? —pregunta él.

—Este no es un buen sitio para mí, Jon.

—Venga ya. Habrás visitado una cárcel antes, ¿no?

Ella menea la cabeza, despacio.

Jon sí que ha estado, varias veces. Las suficientes como para insensibilizarse lo suficiente. Recuerda, no obstante, su primera vez. La recuerda bien. Los ruidos, el metal, los olores. La desesperación.

—No te preocupes. Luego no es para tanto. No es más que otro edificio. Unas cuantas cerraduras, unos cuantos guardias.

Lo otro lo omite, por razones obvias. Pero resulta que no estaba acertando, en absoluto.

—No estás acertando, en absoluto —dice ella.

—Ilumíname, cari.

Antonia señala su propia cabeza. El dedo índice, tembloroso, perpendicular a la sien. Cerca, pero sin llegar a tocarla. Como si tuviese miedo de lo que contiene.

—Aquí dentro. Aquí dentro hay monos.

Algo en su tono de voz hace a Jon dejar de lado todas las bromas, las impertinencias, las miradas. Algo en su tono de voz ya lo ha escuchado antes. También en un patio, también vacío. Un lugar gris y deprimente, de un colegio británico. El día en que le llevó a conocer, desde la distancia, a su hijo. El día en que se abrió a él por primera vez.

Así que no dice nada, mientras los segundos pasan, calzados con botas de metal, y las rachas de viento les arrojan a la cara las sobras de la lluvia.

Pero ella no continúa. Así que lo hace él. Qué remedio.

—¿Te asustan?

Ella sacude la cabeza de nuevo.

—Me ayudan. Me muestran cosas. Llaman la atención sobre detalles. A veces, demasiados.

Otro silencio. Lo más parecido bajo una tormenta que arrecia, en cualquier caso.

—Sé que no son reales, no tengas miedo. Son fragmentos de mi mente. La manera en la que procesa la información para hacérmela comprensible. De ordinario están tranquilos. Pero…

Se calla, y mira a lo lejos. Jon ha visto esa mirada antes. El día —el mismo día— en el que le preguntó qué le habían hecho. Y ella no pudo y no quiso contárselo.

—En un lugar como este, se ponen nerviosos —aventura Jon.

—Para esto me… para esto me entrenaron. Una escena de un asesinato, un lugar repleto de criminales. Los despiertan a todos.

Jon no necesita que Antonia le aclare que nunca le ha contado esto a nadie. Le inunda una mezcla extraña de sentimientos.

Alegría por ella, por ser capaz de abrirse.

Odio por los que le han hecho daño.

Orgullo, por haber sido el primero.

Y, flotando por encima, algo más.

Como un sucio zurullo, en una piscina. El resentimiento que aún perdura hacia ella, cada vez más consciente. Porque, con su mera existencia, Antonia Scott ha complicado la suya hasta el extremo.

—¿No puedes controlarlo? —pregunta, intentando no sonar exasperado.

—Es muy difícil.

—De ahí las pastillas.

—Pero no quiero volver a verlas —menea la cabeza, y se aferra los hombros, intentando abrazarse a sí misma. Jon, de ordinario tan dispuesto a ayudarla en ese cometido en el que hacen falta dos, no es capaz esta vez de encontrar fuerzas en su interior para obligarse y obligarla.

—Pues, como dice *amatxo*, tendrás que poder.

Antonia aparta la mirada, un tanto desencantada.

Aquella confesión ha tenido que ser muy dura para ella. Quizás esperaba un resultado distinto, con una respuesta emocional que Jon no puede ofrecer ahora mismo. Y que no está seguro de deber entregar. Ha visto lo que era capaz de hacer con su mera fuerza de voluntad, manteniéndose lejos de la química.

Pero Jon ha visto los suficientes adictos en su vida como para saber que la compasión de otros es el combustible de la suya propia.

Una vez se encontró a uno con una sobredosis en un callejón cerca de San Francisco. La goma aún en el brazo, la cara metida en un charco. Junto a su boca había un envoltorio de Phoskitos que un par de cucarachas habían elegido para pasar la noche. Salieron huyendo en cuanto el haz de la linterna de Jon rozó el plástico rojo y azul.

Cuando llegó la madre, después de llorar seco y en silencio —lágrimas no debían de quedarle ya—, apoyó un brazo en el joven policía de uniforme y le dijo:

—Ay, si no me hubiera dado tanta pena antes.

Así que Jon no dice nada.

Lo que tampoco es solución, porque Antonia suele refugiarse en el silencio como las cucarachas en un envoltorio de Phoskitos.

Por eso resulta aún más sorprendente lo que ocurre a continuación.

—Te voy a explicar lo que siento. Mete tripa —dice ella, cogiéndole por el codo y apoyándole la mano en el estómago.

Si le hubiera dado una patada en los huevos, el inspector Gutiérrez hubiera sentido, quizás, un desconcierto menor. Quizás.

—A ver, es verdad que este traje no me queda perfecto. Pero no es que esté gordo —acierta a decir.

—No es por eso. Hazme caso.

Jon hace caso.

—No tanto —instruye ella, acompañando hacia fuera el diafragma de Jon con la palma de la mano—. Como si te quedara aliento para diez o doce palabras.

Jon aprieta el estómago un poco. Solo un poco.

—No sueltes.

Al principio es sencillo. Pero, a medida que transcurren los segundos, se da cuenta de lo que quiere transmitirle Antonia. Mantener el músculo tenso comienza a costarle cada vez más. De pronto, pasa a consumir toda su atención, hasta el punto que se le hace difícil mantener el ritmo de la respiración, y comienza a notar cómo sus enormes pulmones empiezan a quedarse sin aire.

—¿Todo el tiempo?

Ella asiente con la cabeza. Todo el tiempo. Todos y cada uno de los segundos que pasa consciente tiene que mantener esas defensas levantadas. Ese músculo invisible, apretado en el interior de su cerebro.

Jon no alcanza a sentir lástima por ella —lo hará, dentro de unas horas, y en el momento más inoportuno—, porque unos pasos al otro extremo del patio les interrumpen.

Madrid, 14 de junio de 2013

El hombre alto y delgado se restriega los ojos de puro cansancio. La jornada está a punto de concluir, aunque para él ya lo había hecho después de la segunda entrevista.

Se encuentran en la facultad de Psicología de la Universidad Complutense. Nada mejor para camuflar aquellas pruebas y que nadie sospeche nada que hacerlas pasar por ensayos estudiantiles. Y el lugar es apropiado. Una sala blanca, sin ventanas, en la que se puede controlar la temperatura, provista de visor unidireccional. Cristal por un lado, espejo por el otro. Una cabina de control y unos altavoces.

—No puedo más —dice el hombre alto y delgado, sin dejar de frotarse los ojos—. Voy a salir a fumar un cigarro.

—Deberías dejarlo.

—Nunca es buen momento para dejarlo.

—Hay una técnica nueva, con acupuntura. A mi novia le quitaron el vicio en solo tres sesiones.

—¿No decías que quedaba una candidata más?

Su asistente hace pasar a la última participante, no sin antes hacerle un gesto de pretendida contrariedad.

Al hombre alto le cae bien. Es una buena persona. Flor mañanera. De esas que llegan al trabajo como una rosa después de haber corrido cinco kilómetros y que ve siempre el lado positivo de todo, y que se despiden con una enorme sonrisa, pensando ya en el trabajo del día siguiente. Es difícil pensar en alguien más despreciable.

Con el tiempo ha ido mejorando su opinión de ella. Hay días en los que ya casi no quiere estrangularla, ni a ella ni a la colección de tarados, cerebritos y bichos raros que han pasado por allí. Más de setecientos.

Casi ochocientos, en realidad.

Pero ninguno tan prometedor como la segunda a la que han entrevistado hoy.

La candidata 794.

Justo a tiempo, piensa el hombre alto y delgado.

Sabe bien que los responsables de Bruselas estaban a punto de darle una patada en el culo. Y no le gustaba. Todo lo que había hecho en su vida antes era sentarse delante de un libro. A absorber ideas de otros, sobre todo. Se le daba mejor repetir que crear. Por eso cuando le habían propuesto formar parte del proyecto Reina Roja había saltado dentro de la oportunidad con los ojos cerrados. Hasta hace unas horas se estaba dando un chapuzón increíble dentro de su propio fracaso.

Pero todo eso ha cambiado con la 794.

Antonia Scott, piensa el hombre alto y delgado. *Tengo que empezar a familiarizarme con el nombre*.

Quizás sea ella. Quizás sea la aspirante que el proyecto Reina Roja está necesitando para España. Él tiene una intuición, y es algo que le ocurre muy poco. No es que haya destacado nunca por su desbordante imaginación. Tiene más de contable que de artista. En una escala del uno al diez, siendo el uno un inspector de Hacienda y el diez Julio Iglesias, el hombre alto y delgado sería la calculadora encima de la mesa.

Las intuiciones y las copas de whisky tienen algo en común: cuanto menos acostumbrado estás a ellas, mayor efecto producen. Así que él está dispuesto a dejar de buscar y apostar por la candidata 794.

—¿Podemos librarnos de la última?

—Será solo un momento. No vamos a haberla hecho venir para nada…

Él hace un gesto de conformidad. Total, un rato más, qué importa. No es como si estuviese alguien esperándole en casa.

—Que pase la 798.

La mujer es delgada. De estatura mediana, bien vestida. Una manicura perfecta. Aún no debe de haber cumplido los veinticinco. Hay una cierta bondad en su rostro.

No, no bondad, piensa él.

Amabilidad.

—Buenas tardes —dice el hombre alto, apretando el botón del interfono, que comunica la cabina con la sala de observación—. Voy a plantearle una historia. Todas las respuestas que dé serán válidas para la puntuación que usted obtenga en nuestro estudio. Le rogamos que se esfuerce al máximo, ¿de acuerdo?

La mujer asiente.

—Está bien, comencemos —dice el hombre alto y delgado, y empieza a leer el texto que va apareciendo en la pantalla, y cuyo principio, después de una

semana, casi conoce de memoria—. Es usted la capitana de una plataforma petrolífera Kobayashi Maru, situada en alta mar. Es de noche y está usted disfrutando de un plácido sueño. De pronto su asistente le despierta en mitad de la noche. Las luces de emergencia están encendidas, la alarma sonando. Hay una alerta de colisión. Un petrolero se dirige hacia ustedes.

La mujer se mantiene en silencio, mirando al espejo directamente. No se ha quitado el abrigo, y sigue aferrada a su bolso.

—Ahora es su turno —dice el hombre alto y delgado.

—¿Tenemos algún barco a nuestra disposición? —dice la mujer. Acorta el final de las palabras, como si no le gustara hablar y prefiriera dedicarles tan poco tiempo como pudiera.

Al hombre, la pregunta le sorprende.

Casi todo el mundo acaba preguntando por el barco, claro. Cuando se dan cuenta de que no hay modo de contactar con el barco, que este continúa su avance inexorable, que no hay modo de impedir la colisión. Cuando se dan cuenta de que no hay manera de salvar la plataforma, piensan en salvar a la gente a bordo. Esa es la clásica actitud ante un escenario imposible, ir poco a poco retrocediendo, quedándose sin opciones, hasta que la única solución lógica es la rendición.

—Nunca preguntan por el barco al principio —interviene la asistente, extrañada.

—En fin, casi mejor. Al menos nos iremos a casa pronto.

El test ha sido diseñado para actuar reaccionando a las acciones del sujeto del experimento, modificando el escenario de forma dinámica, de modo que cada vez sea más complejo. Puntúa, además, en función de la originalidad de las respuestas o de la capacidad de improvisación.

—En efecto —contesta el hombre alto y delgado, apretando el botón del intercomunicador—. Disponen de un buque de salvamento.

—¿De qué tamaño?

Al haber hecho esa pregunta la primera, el programa ofrece una respuesta distinta a haberla hecho varios minutos después.

—Treinta metros —apunta la asistente.

—No soy experta en navegación, pero parece bastante grande. ¿Disponemos de explosivos a bordo de la plataforma?

Esa pregunta es bastante menos común.

De hecho, el hombre alto y delgado no la ha escuchado ni una sola vez.

Pero el programa tiene una respuesta para ella, y él la transmite, algo extrañado.

—Bien —responde ella, tras pensarlo unos instantes—. En ese caso, acumulo la tonelada y media de explosivos en la proa del buque de salvamento, y ordeno a un tripulante que lo lance contra el costado del petrolero que viene en nuestra dirección.

Se hace un silencio atónito en la cabina de control. La asistente teclea los datos en el programa, cuando logran recobrarse un poco de la sorpresa. Es cierto que el ejercicio es puramente teórico. Aun así, ambos lo han sentido como completamente real.

El hombre alto y delgado aprieta el botón del intercomunicador, pero no dice nada. Durante unos instantes, por los altavoces del interior de la sala se escucha tan solo un tenue ruido de estática.

—¿Puedo preguntarle cómo ha llegado a esa conclusión? —dice él, al cabo de unos segundos muy largos.

—Es sencillo. Hay más gente en una plataforma que en un petrolero. Es el resultado más lógico —dice ella, sin pensar.

Después, mucho después, regresarán a su memoria una infinidad de detalles sobre este momento.

La inflexión en el tono de voz de la mujer.

Su hieratismo.

El hecho de que no soltase el bolso en ningún momento, ni se quitase la ropa.

Su mirada, fija en el espejo.

Muchos de esos detalles, casi todos, eran más una proyección que un recuerdo real. Una reescritura del pasado, con la ventaja de la información que pone a tu disposición el futuro. O con sus desventajas, como la culpa, el remordimiento, la tortura que supone que todo esté delante de ti y no puedas cambiarlo.

Pero, por el momento, el hombre alto y delgado tiene algo muy distinto en la cabeza. Y es que ocurra algo que no ha sucedido antes en ningún país de los participantes en el proyecto.

Ni siquiera escucha a su asistente.

—Ha sacado la máxima puntuación —está diciendo ella, boquiabierta—. Según los desarrolladores, solo una persona de cada veintitrés millones daría una respuesta así.

Dos Reina Rojas. ¿Será eso posible?

—Me gustaría hablar con usted acerca de una propuesta de trabajo —dice, apretando de nuevo el botón del intercomunicador.

Al otro lado del espejo, la mujer, por primera vez, sonríe. Es solo un pliegue en la comisura de la boca. Calculado, como todas sus expresiones. Como si hubiera repasado el presupuesto y decidido que podía permitirse el gasto.

—Estaré encantada de escucharle, señor…

—Puede llamarme Mentor.

12
Un taconeo

—Soy la jefe de servicio —dice una mujer enjuta, de mediana edad y ojos hundidos, al llegar a su altura. No parece nada feliz. No añade su nombre, no extiende la mano. Su boca es una línea dibujada a escuadra y cartabón.

—Le agradecemos que nos atienda tan tarde —dice Jon, alzando la mano a modo de saludo. Cuando hay que lidiar con bordes, Jon suele limitarse a hacer el mismo gesto, pero con la identificación policial. La misma que se ha quedado en las cajas de fuera. El gesto del cuero al cerrarse de golpe ayuda a finalizar las presentaciones.

—No se equivoque ni un pelo, inspector. Ya estaba saliendo para mi casa, me han hecho darme la vuelta.

Jon ya ha vivido en un par de ocasiones esta situación. Personas con una cierta cuota de poder, acostumbradas a hacer y deshacer en su pequeña parcela del mundo, reciben un día una llamada de teléfono. No de su jefe directo, con ese están acostumbrados a discutir. Ya sea de amistad o de odio mutuo, hay una relación, y las relaciones son manejables.

Lo que hace Mentor es hacer que llame el jefe del jefe. O más alto, a veces.

Se pregunta de qué hilo habrá tirado esta vez. El secretario de Estado, quizás. O la ministra de Justicia. Una conversación breve, amable pero seca. Una vaga promesa de recordar el nombre de la persona en cuestión. Un saludo apresurado, sin dejar lugar a negociación ni a objeción alguna.

A cambio, tenemos una puerta abierta, y mala hostia como para llenar una piscina.

Antonia había recordado en un caso similar cierta frase popular entre los nativos de la Amazonia brasileña. *Cuando el río baja lleno de pirañas, el caimán nada de espaldas*.

—No es cierto desde el punto de vista etológico ni anatómico, pero te haces una idea.

Jon se la hacía. Lo que no aclaraba el dicho era qué hacías cuando el río tenía un caimán con bolso de Mulaya y falda pantalón. Un caimán, al que has alejado de su cena y de la gala de Master Chef.

—Es un caso urgente, señora. Le ruego que disculpe las molestias que hayam…

La mujer se limita a darse la vuelta, lo que Jon y Antonia entienden como una invitación a seguirla.

—Cuanto antes acaben, antes se van. El interno les está esperando en la sala seis.

Atraviesan varias puertas enrejadas. En una de ellas hay una cabina de control, el resto se va abriendo a su paso, a medida que la jefa de servicio va mirando a la cámara situada sobre ella.

Apenas se detiene en cada una de las puertas, como si no las viera, como si simplemente no estuvieran allí. Se limita a seguir a paso firme por los pasillos, desiertos e interminables. Las suelas de madera de sus zapatos resuenan en el linóleo verde con un paso tan firme y regular como un metrónomo. Uno algo tendencioso, ya que, por algún motivo, el zapato derecho (*clap*) hace un ruido ligeramente distinto al izquierdo (*clapa*).

El resultado

clapclapaclapclapa

es tan enloquecedor que Jon siente que va a volverse loco. Y una mirada de reojo a Antonia, que camina a su lado —muy recta moviendo los pies a la misma velocidad que él—, le hace pensar que para su compañera es aún peor.

—¿Cuántos internos tienen aquí, señora? —dice Jon, intentando acallar el ruido de los tacones.

—¿Por qué? ¿Quiere aprovechar el viaje para despertar a alguno más?

—Como ya le he dicho…

—La vida en una cárcel es una cuestión de *ru-ti-nas*. Una cuestión de horarios estrictos, de calendarios de acero. El castigo viene de ahí, de la firmeza.

Cualquier cambio en la *ru-tina*, cualquier desviación, aunque le suceda a otro, es un alivio de ese castigo.

—Yo creía que estaban ustedes para reinsertar —dice Antonia, con voz queda.

La mujer logra volver la cabeza lo suficiente como para mirarla por encima del hombro sin aminorar el paso.

—No diga gilipolleces, que es usted policía, por favor.

En el silencio embarazoso que sigue, los taconazos se hacen más presentes. Así que Jon opta por disculparse en nombre de Antonia.

—La inspectora tiene un sentido del humor particular.

Antonia abre la boca para desmentirle, pero Jon le hace un gesto para que se calle. Ajena al intercambio, la jefa de servicio continúa.

—Aquí hay más de mil internos. Tenemos tres asesinos en serie, once terroristas, ochenta y cuatro violadores múltiples, dieciséis pederastas. Y luego los cuatro o cinco corruptos que habrá visto usted en la tele jugando al mus. Esto no es una guardería, inspector. Es una prisión. El que está aquí, es porque tiene algo que pagar.

Llegan delante de una última puerta. Esta, a diferencia de las demás, no se abre antes de que lleguen. Esta permanece firmemente cerrada.

—Este es el módulo F. El más jodido de la prisión, inspectores. Aquí dentro solo hay escoria. La parte más difícil de nuestro trabajo no es mantenerlos a raya. Es evitar que nos maten, o que se maten entre ellos.

Un guardia aparece al otro lado de la puerta. Lleva colgada una llave del cuello, que es la que usa para abrir la puerta. Después de granjearles el paso, vuelve a encerrarse en una cabina, tras gruesos cristales.

—Nos habían dicho que Blázquez era un preso modelo.

—Es una forma de verlo —contesta la jefa de servicio, con una sonrisa retorcida, antes de abrir la puerta de la sala seis—. Hay tres personas que se han tenido que quedar más horas para poder garantizar su seguridad esta noche, inspectores. Horas extras que no tengo cómo pagarles. Les ruego que sean breves.

La puerta se cierra a sus espaldas, cuando Jon y Antonia entran. Lo que tienen enfrente, encadenado a la mesa de acero inoxidable, no se parece en nada a la foto que habían visto de camino aquí.

El pelo ha desaparecido, para empezar. Se comprende enseguida por qué lo llevaba largo: sus orejas son dos grumos de cera caliente.

Detrás del pelo ha ido la masa muscular. En ausencia de los esteroides, la piel de sus brazos aparece ahora descolgada, sobrante. Su barriga es claramente visible a través de la camiseta, incluso sentado. Pero lo peor no está ahí, sino en el rostro. La cara lleva pintada una expresión que Jon conoce bien. Ese *look* de presidiario, esa cura de humildad. La ceja partida, costras en la cabeza, la nariz hundida. Ha envejecido una década.

No es la cara de un hombre inocente, piensa Jon, que de pronto siente miedo de que este tiro al aire de Antonia no sea más que una enorme pérdida de tiempo. Hace un esfuerzo enorme por no mirarse el reloj, que en su muñeca parece haber aumentado tres kilos de peso y cincuenta grados de temperatura.

—Señor Blázquez —dice Antonia, sentándose frente a él—. Somos los inspectores Scott y Gutiérrez.

Lo que hicieron entonces

La sala es negra y está llena de luz. Paredes y techo están alfombrados de material aislante, tan grueso que no deja pasar el sonido. Cuando Mentor habla por los altavoces, su voz parece venir de todos sitios al mismo tiempo.

La candidata 798 está sentada en el centro, en la posición del loto, vestida solo con camiseta negra y pantalones blancos. Está descalza. El aire de la habitación es frío, aunque eso puede cambiar en cualquier momento. Mentor controla la temperatura a su antojo, para poner las cosas más complicadas durante el entrenamiento.

—Te has dejado olvidado en casa el permiso de conducir. No te detienes en un paso a nivel, te saltas un ceda el paso, vas siete manzanas en dirección prohibida. Hay un policía de movilidad siguiéndote, pero no hace nada para impedírtelo. ¿Por qué?

—Porque voy andando —responde la mujer al momento.

—Fácil. Abre los ojos.

La mujer mira el enorme monitor situado frente a ella. La pantalla a oscuras deja paso a una instantánea con dos grupos de personas a punto de cruzar un semáforo.

—¿Qué ves?

Los ojos de la mujer escanean la imagen a toda velocidad, y encuentran la discordancia enseguida.

—A un lado de la acera solo hay hombres, al otro lado solo mujeres.

—Demasiado fácil y demasiado lento.

Debajo del monitor hay un cronómetro con los números en rojo. Mide el tiempo con una precisión de milésimas de segundo. Ahora marca 03:138. Tres segundos y ciento treinta y ocho milésimas.

—Un pueblo tiene cien parejas de habitantes. Si nacen dos hijos por cada uno de los habitantes del pueblo, pero veintitrés mueren, ¿cuántos habitantes tiene el pueblo?

La mujer está agotada. Apenas ha dormido esta noche, Mentor exigía que hiciera ejercicios de memoria, casi seis horas seguidas recitando números

primos. Duda.

—Seisc… No. Quinientos setenta y siete.

Los números se detienen en 04:013.

—Demasiado lento. No progresas lo suficientemente rápido.

—¡Necesito descansar un poco!

La mujer siente los ojos pesados, la cabeza ligera. Mentor está jugando de nuevo con la cantidad de oxígeno de la habitación. Ella se pregunta por primera vez si está haciendo lo suficiente para conseguir su objetivo. Si va a lograr estar a la altura. Tampoco es que haya nadie esperándola en casa. Tampoco es que tenga nada más importante que hacer.

Ella quiere esto. Necesita esto.

Está muy segura. Tan segura como no lo ha estado nunca de nada.

Mentor le habla cada día de alcanzar su pleno potencial. De hacer cosas que nadie más es capaz de hacer, de llegar más lejos de lo que nadie ha llegado antes. Y ella está de acuerdo, como si cada palabra que él dice fuera un pensamiento que surge de su propia cabeza. Haría cualquier cosa por satisfacerle, por conseguir de él una alabanza, un elogio.

Pero está tan cansada.

—Si tan solo pudiera… —comienza a decir.

No logra concluir la frase. La puerta se abre, y entran tres hombres con monos azules. La mujer se gira, extrañada, pero no tiene tiempo de protestar. Uno de ellos le inmoviliza los hombros rodeándole con los brazos y la derriba, el otro le sujeta la cabeza contra el suelo.

El tercero lleva una jeringuilla en la mano.

Cuando entra en el campo de visión de la mujer, esta contiene un grito a mitad de camino entre el alivio y el triunfo. Sabía que esto iba a ocurrir. Lleva exigiéndole a Mentor que pase, desde hace mucho tiempo. Aun así, ella se resiste, lucha. Porque es lo que él espera que haga.

En la cabina de observación —ya no están en la Universidad Complutense, sino en un lugar mucho más pequeño y secreto, en un polígono cercano al aeropuerto —, Mentor conversa con un octogenario pequeño, tembloroso, calvo y medio ciego, vestido con una chaqueta de cuadros escoceses. El viejo no tiene muy buen aspecto. Hace mucho que se desliza por la ladera descendente de la vida haciendo slalom.

Tampoco nos quedemos con su edad. Quizás sea el genio neuroquímico más grande de su generación. Su nombre sonaría entre los candidatos al Nobel si no estuviera un tanto desequilibrado.

—Es la segunda vez que presencia el procedimiento. Ya debería estar un poco más tranquilo —dice el doctor Nuno, observando la incomodidad de su acompañante.

Mentor apoya en el cristal una mano con los dedos algo amarillentos por la nicotina, y observa cómo la inyecta a la aspirante antes de hablar.

—Uno no termina de acostumbrarse a según qué cosas, doctor.

—Como a levantarse temprano, ¿verdad? Los que somos hipotensos nunca logramos hacernos a ello.

Mentor no menciona la sutil diferencia entre madrugar y ver cómo se inyecta una droga experimental en el cerebro de un ser humano, por más que ella se haya mostrado como una voluntaria más que dispuesta.

—Debería estar orgulloso —insiste Nuno—. España iba a la cola del proyecto Reina Roja. Los jefes estaban, por así decirlo, descontentos con su falta de progreso…

Como si no lo supiera.

—…, de repente, logra encontrar no una, sino dos candidatas viables. Hubo cierto revuelo en Bruselas, ya sabe…

Eso sí que no lo sabía.

—… «el Mentor de España se ha vuelto inseguro», decían. Tenían miedo de que hubiera decidido presentar a dos candidatas para maquillar lo mucho que había tardado en encontrar a una sola.

Lo cual es cierto. En parte.

—… hubo murmullos. Nadie había presentado a dos candidatas al mismo tiempo y con la misma convicción. No faltaron voces que pidieron una auditoría, digamos, severa…

Lo cual significa darme una patada en el culo.

—… pero tras la intervención de la semana pasada en la 794.

—Scott. Antonia Scott —interrumpe Mentor.

—Son números para mí —desestima el doctor, agitando la mano como quien dispersa el humo de una vela—. Y de números quiero hablarle. Los resultados iniciales son muy prometedores.

Nuno ha estado encerrado más de una hora a solas con Antonia, haciéndole toda clase de pruebas. Se suponía que Mentor no podía escuchar, aunque lo ha

hecho, claro. No le gusta que se acerquen a su gente sin estar él presente.

Aunque solo sea para sentirse culpable cuando les ve sufrir.

—Lo que intento decirle es que mi informe a Bruselas será sumamente elogioso. Y aún más si esta segunda candidata consigue unos resultados al menos la mitad de buenos que los que ha arrojado la primera. Simple y llanamente.

—Simple y llanamente —repite Mentor, sombrío.

Se da la vuelta. En la habitación, los dos hombres han soltado a la mujer. Ella no parece muy consciente de lo que está ocurriendo. De hecho apenas recordará el proceso por el que tanto anhelaba pasar. En el futuro llegarán retazos, imágenes que obviarán que fue ella quien pidió todo esto y se centrarán en el dolor y el rencor que subsiguieron. Por ahora, se limita a permanecer en el suelo, con las piernas encogidas, la mirada perdida y los brazos sacudiéndose lenta y espasmódicamente.

—Aún no saben la una de la existencia de la otra, ¿verdad?

—No. Tenemos un protocolo para evitar que coincidan. Solo pueden acceder al complejo acompañadas. Se las lleva directamente al módulo de pruebas, se las encierra dentro, y nunca lo abandonan sin supervisión.

Nuno asiente con aprobación.

—Como en los burdeles finos de Lisboa.

—No sabría decirle. ¿Ya hemos concluido? —pregunta Mentor, ansioso por volver a casa.

Nuno se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz y esboza una sonrisa llena de ausencias. De su maletín extrae un sobre de papel de Manila que le tiende a Mentor.

—Ya tengo uno de esos —dice Mentor, sin extender la mano. Como quien se desentiende de los vándalos que te asaltan por la calle carpeta en mano para que te apuntes a Médicos sin Fronteras.

—No, como este no.

Mentor coge el sobre, a regañadientes. En su interior hay una carpeta de anillas. A medida que hojea la información contenida ahí, su rostro va perdiendo color.

—Esto… es muy distinto de los métodos que estamos usando con Scott.

—También esta candidata es muy distinta.

—¿Qué se supone que significa eso?

El doctor Nuno vuelve a sonreír.

Mentor desearía que dejara de hacerlo.
—Ya lo descubrirá, amigo mío. Será, sin duda… interesante.

13
Una carcajada

Jon se apoya en la pared, de forma que pueda ver al mismo tiempo a Antonia y a Blázquez. El preso mira a los dos, alternativamente, y luego se dirige a Jon.

—¿Qué es lo que quieren?

—Hemos venido a hacerle unas preguntas sobre Raquel Planas Mengual, señor Blázquez —dice Antonia.

Blázquez no se vuelve hacia ella, sigue con el cuello girado hacia Jon.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué a estas horas?

Jon no contesta. No hace falta mucho esfuerzo para ver lo que está ocurriendo.

—Míreme, señor Blázquez —ordena Antonia.

El preso gira el cuerpo hacia Antonia. No del todo, tan solo un poco.

—Estaba durmiendo —dice, al cabo de un momento.

—Sentimos mucho haberle despertado, señor Blázquez, pero es un asunto muy urgente.

Blázquez va vestido con unos vaqueros bastante limpios. Intenta llevarse la mano al bolsillo derecho, pero la cadena de las esposas no le deja. Tiene que ponerse en pie para poder alcanzar el tabaco del bolsillo. Un paquete de Fortuna arrugado, con el mechero dentro.

—Raquel está muerta —dice, tras exhalar el humo—. ¿Dónde está la urgencia?

Antonia elige sus palabras con sumo cuidado.

Cualquier pequeño desliz puede poner sobre aviso a Blázquez, puede pedir un abogado, o simplemente negarse a hablar con ellos. No tienen tiempo para negociar, ni nada que ofrecer. Tampoco pueden contarle la verdad.

Mlakundhog.

En javanés, idioma que hablan setenta y cinco millones de indonesios, la suavidad del que camina sobre huevos sin hacer ruido.

—Estamos trabajando en un caso relacionado con el suyo, señor Blázquez. Si tenemos razón en lo que estamos investigando, podría ayudarle a usted.

—No veo cómo podría ayudarme.

No digas inocente, piensa Jon.

—No puedo decírselo, señor Blázquez.

El hombre da una nueva calada, pensativo. Vuelve a mirar a Jon.

—¿Usted no dice nada?

Jon se encoge tanto de hombros que puede notar cómo la herida del cuello protesta, los puntos le tiran. Hace una mueca de dolor involuntaria, que el preso toma por burla.

—¿Se están cachondeando de mí? Es eso, ¿verdad? Es por las quejas que he puesto. Por mis cartas. Pues pienso seguir mandándolas. Pienso seguir contando qué es lo que está pasándome.

—¿Y qué es lo que está pasándole?

—Como si no estuviera a la vista —dice Blázquez. La mano que sostiene el cigarrillo hace un semicírculo con el pulgar, señalando su rostro. Las heridas, las nuevas y las viejas.

Antonia mira a su compañero, en silencio.

Y Jon comprende.

Hay un cambio de planes. Si lo que parece es cierto —y la cara de Blázquez parece confirmarlo—, hablar de eso con una mujer le resultará muy difícil. Especialmente viéndole el pelaje al animal.

—Víctor —dice Jon, sentándose frente a él—, ¿estás teniendo problemas aquí?

El preso gravita hacia Jon, inmediatamente. Hay algo en su actitud —en su falta de ella, quizás—, que está demandando algo a gritos.

Antonia se levanta a su vez, va hacia la pared, se coloca de espaldas, y simula hacer una llamada en voz muy baja.

—Soy el cirio —dice Blázquez—. Eso pasa.

Jon no está tan familiarizado con el argot carcelario de la meseta como requiere la situación, y se le nota en la mirada.

—La puta del F. El palo de las tortas —le aclara el preso—. Siempre hay uno, ¿sabe? Siempre hay uno.

Se enciende otro cigarro, con manos temblorosas. Jon le echa una mano para encenderlo, persiguiendo la punta del cigarro con la llama.

Ahora todo le cuadra.

El módulo F es el de los hijos de puta. Si no ponen aquí a alguien débil, alguien que se lleve las hostias, se las dan entre ellos. Y cuando se las dan entre ellos, acaban muertos. Y eso queda fatal en las revisiones semestrales. Los muertos bajan muchos puntos.

Ha escuchado historias similares antes. De gente que ha ganado estancias *full credit* en Basauri, en Nanclares, en El Dueso. Historias que podría haber contado el guardián de un zoo, porque no hay tanta diferencia. Si dejas a un lobo por módulo, se convierte en el rey y la vida se hace muy jodida. Si los pones a todos juntos en el mismo, tienes que andar sacándoles pinchos del culo casi a diario. De lo contrario, ese mismo pincho acabará en la garganta de otro.

Así que dejan unas cuantas ovejas por módulo. Para que los lobos sacien su sed de sangre con ellas, pero sin que esta llegue al río. O, aún peor, a los titulares.

—Cualquiera diría, al verte, que tú eres uno de los hijos de puta.

Es mentira, claro. Pero Jon no puede dejar de ver, superpuesta sobre la de la piltrafa humana que tiene enfrente, superpuesta la imagen del macho alfa de la foto. O la sangre de Raquel Planas Mengual en el suelo.

Manda cojones que este asesino de mujeres me haya elegido a mí como su protector, piensa Jon. *Pues va más de culo que san Patrás*, añade, con esa filosofía urbana, tan suya.

—Inspector, yo no soy así. Yo no tengo que estar aquí.

—No me digas más. Un hombre tranquilo, que busca la vida para él y los suyos. Injustamente acusado, ¿verdad?

—Yo no maté a Raquel. Pero da igual, a todo el mundo le da igual. Yo lo único que quiero es cumplir la pena, y hacer *fú*, como el gato, *¿mentiende*? Pero a este paso, no voy a salir vivo de aquí. Me tienen enfilado.

—¿Quiénes?

—Todos. Todos. Pero dos sobre todo. Cuervajo, es un asturiano, un cabrón con pintas. Y Sergei, es un amigo suyo.

—¿Ruso?

—Qué va, de Moratalaz. Es un *flipao*. Qué más da de dónde sea. Me la tienen jurada.

—Algún motivo les habrás dado.

—¿Es que no me ha escuchado? No necesitan motivos. Lo que necesita la zorra esa de ahí fuera es un cirio. Para dar espectáculo en el patio y en las comidas.

—Esas no son formas de hablar de la funcionaria, Víctor.

—Las formas. Las formas las tengo yo. Que le he pedido ayuda un montón de veces. «Señorita, me han roto la nariz. Señorita, me han roto el brazo. Señorita, ayúdeme». Una mierda *pamí*.

Jon mira a Antonia, que sigue de espaldas a ellos. No parece dispuesta a ayudar. Le surge la duda de que fuera capaz de hacerlo. A pesar de que agarra una mano —vacía— con la otra, como si estuviese hablando por teléfono, puede notar el ligero temblor en la punta de los dedos extendidos de la mano izquierda.

—¿Es su jefa? —dice Blázquez, en voz baja, a Jon.

—Mi compañera.

—Es por si quiere decirle que aquí no hay cobertura, que puede dejar de hacer el indio.

Al inspector Gutiérrez se le queda una cara de boniato que, si le pones sal, ya tienes merienda. Luego, sin poder evitarlo, se echa a reír. Es una carcajada seca, contenida, una carcajada a su pesar. Su primera carcajada desde que lleva la muerte atornillada al esqueleto. En aquel pozo de angustia en el que están —a juego con el que él lleva dentro—, ese sonido puro, transparente, queda flotando un instante antes de diluirse como una gota de agua en un cubo de brea. Y, sin embargo, deja algo detrás. Una brizna de ligereza.

Jon se promete que nunca, jamás —viva mil años o hasta el final del plazo de White—, le dirá nada de lo que acaba de contarle el preso a Antonia Scott. Jamás.

O hasta que haya que aplicarle un correctivo, piensa Jon, aún sonriendo por dentro. *Lo que pase antes*.

En ese momento Antonia interrumpe sus ocasionales *ajás* y *ujums* a su teléfono imaginario. Se da la vuelta y se incorpora a la conversación.

—Vamos a hacer una cosa, Víctor. Usted responde nuestras preguntas, y yo me encargo de que le trasladen a un módulo de respeto.

Jon mira a Antonia sin poder creer lo que acaba de escuchar. Le gustaría recogerlas, pero es tarde, las palabras ya han impactado en el rostro de Blázquez. Primero sus ojos se iluminan con esperanza. Un módulo de respeto es el lugar más codiciado de la prisión. Seguro, limpio, muchas de las celdas son individuales. Las puertas de la cárcel están abiertas para sus internos durante un par de horas al día. Cualquier altercado da con su iniciador en un módulo normal, así que todos se comportan.

Tan solo hay un pequeño problema.

Que es el que hace que los ojos de Bláquez se entrecierren con sospecha.

—No pueden hacer eso. Tengo un delito de sangre. Y violencia de género. No me lo van a dar.

A Jon le parece una idea pésima. Se supone que este tipo ha matado a su pareja. Pero ahí está su compañera, haciéndole promesas.

—Se sorprendería.

—Lo quiero por escrito. Cuando me trasladen, y luego hablo con ustedes.

—No es tan sencillo —dice Jon, meneando la cabeza.

El preso se echa hacia atrás y se cruza de brazos.

—Ya sabía yo…

—Tendrá que confiar en nosotros.

—Y dejarme llevar, ¿no? Ya me han dicho eso aquí un par de veces.

Jon se pone en pie, y tira del brazo de Antonia.

—¿Podemos hablar fuera?

Antonia se sacude el tirón de Jon de malos modos, pero le acompaña al pasillo. La jefe de servicio está esperándoles apoyada en la pared, con cara de concentración y la mirada fija en la pantalla de su móvil. A juzgar por los «Divine» y los «Sweet» que emite el auricular, el inspector Gutiérrez sospecha que no está exactamente trabajando.

—¿Han acabado ya? —dice, sin dejar de jugar.

—No, señora. Le avisaremos enseguida —dice Jon. Y luego, a Antonia, antes de que pueda recriminarle la manera en la que la ha sacado de la sala.

—¿A qué ha venido eso?

Antonia está muy tensa. Vuelve a tener esa mirada vidriosa y vacilante.

—No vuelvas a tocarme sin que yo lo sepa, y menos aquí —no lo iba a dejar pasar, claro—. No podemos decirle la verdad, Jon. Le concedería un poder enorme sobre nosotros.

—¿Y la mejor forma de conseguir que hable es regalarle lo que le has prometido?

—¿Por qué no? Hemos venido aquí con la premisa de que es inocente.

Jon aprieta los labios con cierta intranquilidad. Todo aquello no deja de provocarle muchas dudas.

—No sabemos eso. Solo sabemos lo que White te ha dicho. ¿Y si este tipo es un secuaz suyo? ¿Alguien a quien quiere que liberemos por encima de todo?

Antonia mira a Jon. Mira a la puerta metálica de la sala seis. Mira de nuevo a Jon.

—Reconozco que el tipo no es exactamente un jugador de primera división —admite el inspector Gutiérrez, tras una breve introspección.

—Y aunque no lo fuera. No tenemos tiempo para hacer nada que no sea sobrevivir a esta noche. Por eso no te he contado nada de este caso antes.

El que no tiene tiempo soy yo, piensa Jon. *También deberían ser mías las decisiones*.

Pero dice otra cosa, porque los puntos ya no solo le tiran, también le escuecen.

Antonia se acerca a la jefa de servicio, que sigue enfrascada en su videojuego.

—Disculpe —le dice Antonia.

—Un instante —responde ella—. Llevo ya una semana intentando pasarme este nivel. Y no hay manera.

Antonia le quita el móvil con suavidad, tanta que la jefa de servicio aún está mirándose la palma de la mano vacía cuando se da cuenta de que ya no lo tiene.

—¡Oiga!

Antonia no le escucha. Está ocupada moviendo el dedo a toda velocidad por la pantalla, aplastando caramelos. Cinco segundos después, le devuelve el aparato. La imagen muestra NIVEL COMPLETADO.

Antonia espera a que la jefa de servicio recoja la mandíbula del suelo, y luego le dice:

—Si no es mucha molestia, nos gustaría pedirle un favor.

Víctor

Raquel y yo estábamos enamorados. Pero enamorados de verdad. Bueno, yo más de ella, ¿sabe? Supongo. Nos conocimos en mi gimnasio, un par de años antes de… de eso. Ella vivía con su madre. Una vieja insoportable, la tipa, una pelleja de misa diaria. No, no nos mudamos juntos. A ver, ella dormía muchas noches en mi casa, sí, claro. Pero no podíamos vivir juntos. No, era sobre todo por su madre. ¿Cuántas? Yo diría que dos a la semana. En mi casa, sí. Fines de semana juntos, también. Unos cuantos. Le gustaba viajar, le gustaban los regalos. ¿Su trabajo? Iba por rachas. A veces sacaba bastante pasta, otras veces, pues menos. Era diseñadora de interiores, pero no siempre tenía curro. Dedicaba demasiado a cada proyecto. No, no es eso. Es… le ponía todo el alma, ¿*mentiende*? Yo le decía, Raquel, planéatelo, que luego lo pasas mal, pero ella ni puto caso, así era ella. ¿Celos? ¿Celos de qué? ¿Yo? No, me daba igual. Yo no le decía lo que tenía que hacer. A ver, si venía al gimnasio y pillaba a alguno de los clientes mirándole el culo cuando estaba en la estática, pues sí, no te jode, de piedra no es uno, eso está claro, vale, es que… no, no. No es eso. En tu cara… Pero que no, que yo no le decía nada. Discutimos, sí, pero nunca le puse la mano encima. Y no, no. Aquel día tampoco. Llevaba… llevaba un tiempo muy rara. Estábamos medio enfadados, pero no había motivo. A veces se rayaba, las pibas, a veces se rayan, no es que… no, no pasa nada… a ver. Serio, no. De esto que te dices por el *Guas* cosas que a lo mejor te pasas. Pero no iba en serio. El día que pasó era seis de junio… tres, tres días sin vernos. No, no era raro. Ya había… sí, una vez. De aquella estaba con el tomatazo, y las pibas son como son, qué le voy a contar yo, inspector… Y esta baza, pues yo creo que lo mismo, que a lo mejor necesitaba hueco, sus cosas. ¿Muchos mensajes? No sé… alguno. A ver, hay que mostrar interés. Eso me decía ella. Te quiero porque eres como Don Quijote, jajajaja. El cabrón está loco, pero pone interés, jajaja. Sí, era… joder. Perdonen. Yo me reía mucho con Raquel, sí. Y bueno, pues sí, le mandé muchos *guas*, vale, y qué, no es que sea delito eso. (*Silencio*). Ah, pues no sabía. Pero vamos, que me contestó ella, me contestó, pues esa misma tarde, me dijo: «ven a casa de mi madre, quiero hablar contigo», y yo fui, claro. El gimnasio está cerca, en Alberto

Aguilera. Sí, es franquicia. No, somos más socios, hay dos capitalistas. No, yo hice INEF… yo pongo el curro y ellos la pasta, sí. Pero se me daba bien, la gente, fidelizar… Muchas pijas, les van los tíos como yo, que tienen mazo calle encima. Yo soy de Estrecho, sí. Somos noblotes, sí, a lo mejor no mucha escuela, pero sí tenemos labia, y eso les priva. ¿Ligar? No, no. O sea, por mí, que bueno, lo de ligarse al monitor ya sabe la *muesquita* que todas se quieren marcar un poco, pero no. No, vamos. Sí, me mandó el *guas* y yo fui. ¿Enseguida? Pues claro, no te jode, hay que poner interés.

14
Un portal

Antonia interrumpe aquí el relato del preso. En un ejercicio de contención, le ha dejado entrar en materia, confiarse, hasta llegar a la parte crucial.

—Me gustaría que ahora fuera más despacio, señor Blázquez. Con tantos detalles como le sea posible.

—Bueno, llegué al piso…

—Antes. Antes de eso. Salió del gimnasio. ¿Recuerda la hora que era?

—No hace falta que lo recuerde. Tenemos un control de salida, la hora se queda grabada cuando pasas la tarjeta. Eran las ocho y cuarenta y tres.

—De acuerdo. Ahora, paso a paso.

—Salí a la calle. Fui andando hasta el portal de Raquel.

—¿Llevaba el móvil en la mano?

—No, creo que no. Solo… llevaba las manos en los bolsillos.

—¿Qué hizo al llegar al portal? ¿Llamó al telefonillo?

—No hizo falta. El portero estaba abajo y la puerta abierta, con la cuña de madera.

—¿A esa hora?

—Su edificio siempre tiene portero, hacen tres turnos.

—Comprendo. Saludó al portero.

—No, bueno, supongo. Saludé con la cabeza, supongo.

Miente, piensa Jon. *Con toda su calle y todos sus muertos, no es más que un pequeño clasista. De los de chupar hacia arriba y pisar hacia abajo*.

—¿Y luego?

—Seguí recto hacia el ascensor, qué iba a hacer. Llamé y subí. Cuando llegué a la puerta, Raquel me abrió.

—Y no se cruzó con nadie.

—No, nadie.

—¿Llamó a la puerta?

—No, Raquel me abrió antes de que llegara. Supongo que me oiría llegar.

—Descríbame a Raquel.

—Tiene el pelo rizo, es más bien alta, casi como yo…

—Me refiero en ese momento. ¿Qué es lo que vio al abrir la puerta?

—Estaba muy pálida. Lo noté, tenía mala cara, como de bajona.

—¿Estaba detrás de la puerta, o la abría del todo?

—La abría del todo. Me dijo que pasara, que fuera al salón.

—¿Qué hizo usted?

—Intenté darle un beso, pero ella se apartó. Así que fui al salón. Pero me entraron ganas, así que fui al baño.

—¿Antes o después de ir al salón?

—Entré por una puerta al salón y salí por otra.

—¿Había alguien más en la casa?

—No. La casa es pequeña, estábamos solos.

—¿Pasó por delante de la habitación de Raquel?

—No, quedaba justo en medio. El baño está al lado de la de su madre.

—¿Vio algo al pasar por el salón?

—No comprendo. ¿Los sofás, la mesa del comedor, se refiere?

—Algo inusual. Algo que le llamase la atención.

Jon no puede dejar de admirar la inmensa paciencia que está teniendo Antonia con él. En contraste, a él le queda más bien poca, y va a menos a medida que transcurren los minutos. Mira el reloj, con angustia. Ya han transcurrido cuatro horas de las seis que les ha dado White. A tenor de que le quedan ciento veinte minutos de vida, Jon está tentado de aplicarle a Blázquez un método de interrogatorio algo más directo. Una variedad de boxeo en la que uno de los contrincantes tiene las muñecas atadas.

Como si intuyera lo que le pasa por la cabeza, Antonia extiende los dedos de la mano derecha —la más cercana a Jon— y la mueve despacio arriba y abajo, apenas unos centímetros. Jon no sabe si está botando un balón invisible o pidiéndole calma.

—No. No sé. La tele estaba encendida.

—¿Algún canal en concreto?

—Telecinco.

—Y eso era inusual.

—A Raquel no le gusta la televisión.

—¿Qué hizo al salir del salón?

—Iba hacia el baño pero escuché a Raquel en su habitación. Un gemido. Le

pregunté si le pasaba algo y fui hacia ella por el pasillo.

—El que separa las habitaciones y el salón.

—¿Cómo lo sabe?

—He visto las fotos. ¿Vio a Raquel desde el pasillo?

—No, no hasta que estuve frente a la puerta. Entonces prácticamente se me echó encima.

—¿Le atacó?

—No. Me agarró. Me dijo que llamara a una ambulancia. Entonces fue cuando vi la sangre en sus manos.

—¿Solo en las manos?

—No. También en la ropa. La habían apuñalado.

—¿Pudo ver la habitación de Raquel desde el pasillo?

—Sí. Estaba vacía.

—¿Y qué hizo?

—Llamar al 112.

—¿Enseguida?

—Al momento. Estaba muy nervioso, pero me acuerdo.

—¿Y luego?

—Raquel cayó al suelo. Y yo… me achanté.

Hay un silencio, bastante largo.

Jon procura no moverse. Antonia, lo mismo.

—Solo para dejar constancia, señor Blázquez —dice ella, al cabo de una eternidad—. Usted se marchó justo en ese momento. Después de llamar a la ambulancia. Dejando a su novia herida en el suelo, y sola.

El preso reacciona a la crudeza de la exposición de Antonia encogiéndose en la silla. Se diría que quiere desaparecer. Con los inconvenientes habituales de ese deseo.

—¿Por qué? —pregunta Jon.

Blázquez le mira, se mira las palmas, agarra el paquete de tabaco. Está vacío, como sus excusas. Lo estruja, con todas sus fuerzas, hasta que el celofán deja de crujir, y solo queda una pelota arrugada sobre la mesa de acero.

—Por miedo, por qué va a ser.

—Es curioso. Su forma de expresarlo.

—¿A qué se refiere?

—Omisión del deber de socorro. Otros hombres tendrían más reparos en admitir una cosa así.

Tendrían vergüenza.

—Han pasado años. Lo que hice no ha cambiado. Yo sí.

El inspector Gutiérrez se ha preguntado muchas veces acerca de lo que Víctor Blázquez acaba de expresar. Acerca de la posibilidad del cambio. Si este es posible. Y si lo es, qué lo motiva. Unos barrotes, una paliza en las duchas. O el arrepentimiento puro.

No hay forma de juzgar, claro, y esa es la desgracia de su profesión. Un policía no es la cura, ni por desgracia el remedio. Tan solo el coche escoba, que va recogiendo los pedazos de algo que está roto, y apartándolos a los lados de la carretera. Permitiendo que la vida siga rodando con la menor cantidad de baches posibles.

En el primer año en la academia, cada vez que Jon entraba en clase, se encontraba con la misma frase escrita en lo alto de la pizarra. Llevaba allí tantos años que estaba medio borrada —sus trazos enmendados una y otra vez—, y aun así se le quedó grabada en el cerebro.

Justicia es darle a cada uno lo suyo.

En el primer año en la calle, Jon comprendió que aquella frase no era más que un conjunto de palabras huecas. No hay manera de devolverle a Raquel Planas Mengual lo que le han quitado. Comprendió lo que era de verdad la justicia.

La justicia no es satisfacción, es la verdad en movimiento. Porque la primera es imposible, y la segunda es su trabajo.

—Es usted consciente de lo que nos ha dicho deja la situación muy complicada para usted —le dice.

—A ver, inspector, más complicado que esto… —responde el preso, haciendo un gesto a su alrededor.

—Nosotros hemos venido porque ha surgido la posibilidad de ayudarle. Pero no nos lo está poniendo fácil.

—Yo no la maté.

—Pero estaban solos en casa.

—Lo sé. Pero no la maté. Se lo dije al juez, se lo dije al jurado, y se lo vuelvo a repetir a ustedes.

—Y, ¿cómo lo explica, entonces?

—No puedo —dice él, encogiéndose de hombros—. Pero yo no la maté.

—¿Se apuñaló ella a sí misma, entonces?

—El forense dijo que no.

—Y usted no tiene una explicación.

—No.

—Encontraron la sangre de ella en su cuerpo.

—Porque ella me abrazó. Ya se lo he dicho.

—¿Qué pasó al salir, Víctor?

—Corrí hacia la puerta. Dije algo en voz alta, no me acuerdo.

Sí se acuerda.

—Salí al pasillo, creo que me tropecé. Estaba mareado. No recuerdo gran cosa, la verdad.

—¿Bajó por la escalera? —pregunta Antonia.

—No. Es un séptimo. Fui al ascensor.

Jon enarca una ceja, al escuchar aquello. Pero no dice nada. Es Antonia quien pregunta.

—¿Apretó el botón del ascensor?

—Los dos botones. El del ascensor y el del montacargas. A ver cuál llegaba primero. Entonces fue cuando me crucé con la madre de Raquel. Supe que era ella por los zapatos, unos blancos muy feos que tiene. Enseguida me vio a través del cristal del ascensor, pero el montacargas había llegado mientras tanto. Yo me subí antes de que ella abriera y me fui.

Antonia se pone en pie, de golpe. Echa la silla hacia atrás, tan deprisa que Jon tiene que echar la mano para evitar que caiga al suelo.

Está dirigiéndose a la puerta, pero antes de llegar se da la vuelta, al mejor estilo *Colombo*.

—Una cosa más. ¿Raquel tenía alguna gabardina?

El preso se la queda mirando, desconcertado, tanto por la reacción como por la pregunta.

—No, que yo sepa… Pero aquel día llevaba puesta una.

—¿Y usted?

—No, tampoco —dice, ahora más convencido.

—Eso será todo, señor Blázquez —dice, haciéndole un gesto a Jon—. Gracias por su ayuda.

15
Un resoplido

Antonia no habla hasta que tiene la mano en el manillar del Audi.

—¡Lo tenemos, Jon!

El aludido tarda aún un rato en poder hablar, lo que le lleva a recuperar el aliento. Ha venido todo el camino desde el control de seguridad hasta el coche trotando detrás de Antonia, lo cual no ha sido fácil.

Para las piernas tan cortas que tiene, cómo esprinta, la cabrona.

La velocidad se explica en parte por las ganas que ella tiene de abandonar el ambiente tóxico de la prisión, y en parte por esa energía maníaca que se apodera de ella cuando ha encontrado una de las piezas del puzle.

—Como no lo tengas tú —dice, con la voz entrecortada, metiéndose en el coche y girando el contacto.

Antonia, excitada y en vena, no le escucha.

—Hay que volver a Madrid cuanto antes. Vamos a Santa Cruz de Marcenado.

—¿Ahora sí? —dice Jon, que ya había puesto rumbo hacia allí.

—¿Quién lo hubiera pensado? Y si no hubiera llevado esos…

A la hora de reeducar a Antonia sobre las reglas básicas de la interacción humana —como, por ejemplo, que las personas que te rodean no pueden leer mentes—, Jon sigue distintas estrategias de inteligencia emocional, a cual más sofisticada. En este caso opta por ciscarse en sus muertos pisoteados, en voz bastante alta.

Dieciocho segundos de tratamiento después, Antonia consigue registrar cuál es el problema. Respira hondo, y consigue que sus pensamientos vayan lo suficientemente despacio.

—Lo siento —dice, aunque él duda que sea verdad.

Lo que parece es que sigue en el interior de su propia cabeza. Aunque al menos hace el intento de fingir lo contrario.

Al inspector Gutiérrez el esfuerzo le parece enternecedor. La ama por ello lo suficiente para no estrangularla durante unos minutos más.

—Vamos a empezar por el principio —le dice Jon—. Tenías razón.

—¿En qué? —pregunta ella, inocente. Perdiendo los puntos del esfuerzo anterior.

Ay, amá. *Si esta mujer supiera que vive al borde de la muerte*.

—Ese tío no la mató —dice Jon—. Eso está claro. O eso, o se merece seis Oscars.

—Te dije que era inocente. Pero estaba en el lugar inadecuado en el momento inadecuado. Tenía antecedentes de maltrato. Y es posible que también le levantase la mano a la víctima.

—He dicho que no la mató, no que sea inocente. Es un gañán, un machista y un cobarde. Y un mentiroso. Nos ha contado varias trolas, ha intentado manipularnos para quedar bien y hacerse el pobrecito.

—Nada de eso justifica que siga en la cárcel, Jon.

Lo que al inspector Gutiérrez le jode más no es que Antonia tenga razón. Lo duro es que no hace mucho se enfadó con ella por algo parecido, aunque desde el lado opuesto.

Es la actitud de ella la que no ha cambiado.

Jon es partidario de que los que matan se mueran de miedo, que ser cobarde no valga la pena. Antonia también, pero mirando el precio de la factura. Si en ella va a sufrir quien no lo merece, prefiere romperla.

Pero dar su brazo a torcer nunca ha sido plato de gusto para él.

Por eso, insiste.

—Puede que se asustara y dejara morir a la víctima, o que llevase algo encima que no quisiera que le encontrara la policía y dejase morir a la víctima.

—Es omisión del deber de socorro, con atenuantes. Llamó a la ambulancia.

—La dejó morir sola, Antonia. A una persona a la que se suponía que quería —dice Jon.

Bajo y grave.

Despacio.

No añade nada más, ni falta que hace. Es el tono en el que hablaría de un imposible, como un perro con tres cabezas o llevar una camisa azul marino con un jersey negro. Basta con enunciarlas en voz alta para dejar las cosas claras.

—Es cierto. Pero se ha comido ya unos años de cárcel, y no parece que le estén sentando muy bien.

—Ya te has encargado de cambiar eso, con el traslado al módulo de respeto.

—Jon, él no la mató.

—Eso ya lo sé —admite Jon.

—Tendremos que sacarle de ahí.

—Eso también lo sé.

La justicia no es satisfacción. Es la verdad en movimiento.

Y es nuestro puto trabajo.

—Pues nada —dice, con un largo suspiro—, ya hemos descartado a un madrileño. Nos quedan tres millones.

—Según el censo del año pasado, somos 3.397.174 —informa Antonia, siempre dispuesta a ayudar.

—Pues, si te parece, vamos casa por casa. Aún nos queda hora y media para resolver el crimen antes de que ese cabrón me mate.

El inspector Gutiérrez cierra con un resoplido que se queda colgando entre los dos. El sarcasmo y la resiliencia vascos se tambalean un poco cuando los minutos que te quedan bajan de las tres cifras.

—Jon —dice ella, al cabo de un rato.

—¿Qué?

—Confía en mí.

—¿Acaso sabes ya quién mató a Raquel Planas Mengual?

—No. No lo sé. Pero sé quien lo sabe.

Lo que hicieron entonces

La sala de pruebas ha cambiado.

Ahora es más grande. La silla está anclada al suelo con tornillos de doce centímetros. Del techo cuelgan cinco cintas de nailon negro. La más ancha está destinada a la cintura. Las otras cuatro, a las muñecas y los tobillos. Cada una de estas tiene incorporado un electrodo en el extremo, al final de los velcros de sujeción. Ese electrodo puede soltar descargas de 50 voltios.

Hoy toca cintas.

A la mujer no le importan los electrodos. Se supone que no debe recordar nada de las sesiones de entrenamiento. Cuando comienzan, se sienta a la mesa. Hay un vaso de agua y dos cápsulas frente a ella. La roja la toma al principio, junto con la mitad del contenido del vaso. La azul la toma al concluir. Es la que se lleva los recuerdos.

Pero no siempre.

El recuerdo, por ejemplo, de que un minuto después de tomar la cápsula, dos hombres vestidos con monos azules la cuelgan de las cintas, cabeza abajo.

Comienzan a gritar en sus oídos. Uno a cada lado. Insultándola. Vejándola. Escupiéndola.

La voz de Mentor resuena por los altavoces.

—Del ruido, la mente surge.

La mujer respira hondo y cierra los ojos. Intenta aislar su mente de los gritos, de las amenazas. Uno de ellos ha sacado un cuchillo y se lo ha colocado en la garganta. Poco a poco, a medida que la droga va a haciendo efecto, el ruido va transformándose en su alimento.

Llenándola.

Se concentra en el *koan*. Una pregunta irresoluble que los maestros zen hacían a sus discípulos hace siglos, y que Mentor le hace ahora antes de cada sesión.

Del ruido, del caos, del miedo, la mente surge.

Abre los ojos.

La sesión comienza.

Una imagen aparece frente a ella en la pantalla. Once hombres en fila, mirando hacia la cámara. La imagen permanece menos de un segundo en el monitor.

—¿Quién tenía un tatuaje en el cuello?

—El número tres.

—¿Quién podía suponer una amenaza?

—El número ocho. Tenía una mano a la espalda.

—¿De qué color eran los tirantes del número ocho?

—Verdes. —Cae en la trampa ella, antes de comprender que el número ocho no llevaba tirantes. La descarga le atenaza manos y pies y le revuelve el estómago, hasta casi hacerla vomitar.

Las cintas ascienden hasta que la espalda y los talones de la mujer casi rozan el techo. Los hombres vuelven a gritar, a zarandearla.

Ella suelta un rugido rabioso, frustrado.

—A través de la calma viene el pensamiento —le advierte Mentor—, y necesitas pensamiento para detectar cosas. Ni siquiera necesitas una pistola. Y definitivamente no necesitas esa rabia. La rabia nunca puede resolver nada. La calma, sí.

—Déjate de cháchara y continúa —le interrumpe ella.

Una nueva imagen aparece en la pantalla. Esta vez son números. Ocho líneas de trece cifras cada una.

El cronómetro se activa bajo la pantalla, al tiempo que los números desaparecen. La mujer comienza a repetirlos, lo más deprisa que puede.

El cronómetro se para.

09:313.

—Ni un solo fallo. Esta vez casi me has impresionado.

Las cintas descienden veinte centímetros.

Las normas son claras. Una respuesta correcta, veinte centímetros. Si tocas el suelo, el entrenamiento termina. Si fallas, si no contestas suficientemente deprisa, recibes una descarga y asciendes hasta el techo, perdiendo todo el progreso.

En la cabina, Mentor se estremece cuando se da cuenta de algo.

La mujer no ha dejado de sonreír desde que han empezado. El sudor que le cae de la frente nubla sus ojos.

Ya solo quedan dos metros y medio hasta el suelo.

Lleva la sonrisa pegada a la cara como un herpes. Igual de agradable.

16
Una madre

Cuando llegan al portal de Santa Cruz de Marcenado es casi la medianoche. Jon deja el coche aparcado en doble fila, y los dos se encaminan hacia el portal. Antonia ha dedicado los últimos veinte minutos a explicarle a Jon Gutiérrez cuál es la estrategia que pretende seguir. Está, por decirlo de alguna manera, hilvanada con alfileres.

—Suponiendo que tu teoría sea correcta, tenemos que hacer que confiese antes de cincuenta y ocho minutos.

—Necesitaremos algo por donde entrarle.

—¿Alguna sugerencia?

—No tenemos perfil, ni apoyo, no tenemos nada. Habrá que improvisar.

Y cuándo no es fiesta, piensa Jon.

El edificio al que Antonia y Jon se acercan es impresionante incluso de noche. Todos los madrileños lo conocen, por distintos nombres. El edificio Princesa, San Bernardo, lo de los militares. Es imposible llegar a la glorieta Ruiz Jiménez y que la vista no se desvíe a la imponente estructura de hormigón, taladrada de balcones de los que cuelgan impresionantes enredaderas.

Más de medio siglo después de su concepción, el edificio —que no tiene nombre— es una de las estructuras más emblemáticas de Madrid. Pero pocos conocen su historia. El hombre que lo proyectó, Fernando Higueras, fue un paria para los franquistas, que le creían rojo, y un fascista para los rojos, ya que aceptó el dinero de los primeros. Murió muy pobre, muy solo, y muy español, que poco hay más nuestro que el talento arrumbado. Esta obra maestra cuyas escaleras de entrada suben ahora Antonia y Jon, fue la última piedra de su ataúd.

—Aquí estaba el antiguo Hospital de la Princesa —le explica Antonia, mientras se aproximan a la entrada—. Lo demolieron para levantar casas para los oficiales del patronato militar en los años setenta.

Jon se identifica ante el portero mostrando su placa, y este les granjea el paso sin abrir la boca. Ni dónde van, ni qué horas son estas ni qué se les ofrece.

—¿Los porteros de Madrid han perdido el toque, o qué pasa?

—Este lugar es un poco especial —dice ella, al notar su extrañeza.

—¿Has estado aquí antes?

—Una vez. De visita. Un contacto de Mentor. Pero sí, este puede ser de los pocos sitios que quedan donde ese escudo que acabas de enseñar te abra todas las puertas.

La ligera satisfacción que había sentido Jon se vuelve prevención en cuanto escucha esto —si hay un ser humano que es un revoltijo de contradicciones es el inspector Gutiérrez—. Pero se le esfuma pronto.

Nada más franquear la portería y alzar la vista.

Y mirar hacia arriba, sin dejar de caminar.

La parte más visible —por dar a la plaza y a Alberto Aguilera— es, paradójicamente, la parte más pequeña del conjunto. En el interior, tal y como comprueba Jon, una calle divide en dos la manzana, dando espacio a un patio continuo, repleto de terrazas, jalonadas por enormes jardineras. Además del cristal, el único elemento constructivo es el hormigón, que va trazando círculos desde la última planta hasta alcanzar el patio, ensancharse un poco, y después convertirse en el garaje, subterráneo pero abierto hacia el cielo. El aire, muy frío en el exterior, es aquí suave, cinco o seis grados más cálido que en la calle. El ruido de los coches se ha desvanecido, y tan solo se escucha el suave murmullo de las enredaderas.

—Esto es alucinante —dice Jon.

—Al que lo hizo lo tacharon de loco —responde Antonia, abriendo la puerta interior del portal al que se dirigen.

Gritando desde fuera, piensa Jon, avivando el paso. *Porque nadie que ponga un pie en este lugar emplearía esa palabra*.

Sigue a Antonia al interior. Al final de un corto pasillo recubierto de espejos hay dos puertas, una de cristal y una metálica. Un ascensor y un montacargas.

Jon se pone inmediatamente en guardia.

—Aquí fue donde sucedió —dice.

Antonia aprieta el botón del ascensor, grande, de color blanco, con una luz tenue en su interior. Moderno, no debe tener más de siete u ocho años. El montacargas tiene un botón diferente, pero está esperando abajo.

—Subamos por separado —dice Antonia, abriendo el ascensor, cuando este llega.

Jon entra en el montacargas —no es que esté gordo— y se fija que el interior

es completamente distinto a lo que ha visto en el otro vehículo. Mucho menos lujoso, con el suelo de plástico, sin espejos.

Aprieta el botón del séptimo. Cuando llega arriba, Antonia está esperándole.

—Ha tardado mucho más —dice, enigmática.

Al salir del ascensor no se encuentran con las puertas de las viviendas, sino que estas están al final de un pasillo largo. Jon camina mirando al suelo.

—¿Te has fijado?

Jon hace un gruñido de asentimiento.

Blázquez les ha dicho que la víctima abrió la puerta antes de que él llegara. Pero él no había llamado al telefonillo. Ni tampoco al timbre.

Supongo que me oiría llegar.

En el suelo hay una alfombra gruesa, de color verde. Las paredes son de madera clara.

Los zapatos italianos de Jon no arrancan ni un sonido de la moqueta.

Y las deportivas de Blázquez harían aún menos.

Hay cuatro puertas. Dos entradas de servicio, dos principales. Las del piso de Raquel Planas Mengual están a la derecha.

El timbre suena bonito. Antiguo. De los de campanilla de bronce, con su delicada pausa en medio. Timbre de postín.

Suena, pero nadie viene.

Jon llama de nuevo, con paciencia la primera vez. Algo menos la segunda. Al cabo de un minuto, se limita a dejar el índice de la mano derecha apoyado. Al cabo de dos minutos, incorpora a la mezcla el puño de la mano derecha. Los vecinos abren la puerta, alarmados, y Antonia les espanta con un volteo de su placa. La puerta se cierra enseguida.

En todos sus años de policía, Jon ha podido comprobar un curioso fenómeno, que se repite con pasmosa regularidad. Lo comentó con sus compañeros, y los fumadores le ofrecieron un símil. El autobús dobla la esquina cuando te enciendes el cigarro en la parada, pensando que tienes tiempo.

De la misma forma, justo en el instante en el que por tu cabeza pasa la idea de que la sospechosa no está en casa y que igual debes tirar la puerta abajo, es cuando se escucha una voz al otro lado de la madera.

—¿Quién es a estas horas?

—Señora Mengual, somos la policía —dice Jon, sosteniendo la identificación frente a la mirilla.

—¿Cómo sé que son de la policía y no ladrones?

—Señora, los ladrones no aporrean la puerta y despiertan a todos los vecinos.

La lógica incontrovertible consigue que la puerta se abra unos centímetros, los que le permite la cadena. Jon va a mostrarle de nuevo la identificación, pero Antonia se le adelanta.

—Soy la alférez Scott, de la Policía Militar —dice, mostrándole una credencial amarilla y verde—. Estoy aquí en calidad de observadora, como una atención a su difunto esposo.

Jon se pregunta cuántas de esas tarjetas llevará Antonia en la mochila. Si las clasificará por colores. Teniendo en cuenta cómo funciona la mente de su compañera, probablemente se sepa de memoria incluso los números de los distintivos, por muy falsos que sean.

—¿Dónde estudió?

—En Toledo. Luego estuve en blindados, en Badajoz.

—Mi marido también.

—Lamento mucho su pérdida, señora.

La puerta se cierra, la cadena se suelta, la puerta se abre.

—Es muy tarde —protesta la mujer.

Alta, enjuta, de ademanes secos. Tendrá unos sesenta y cinco años, pero aparenta ochenta. Lleva puesto un vestido de lunares muy fino, con un botón mal abrochado, observa Jon. Deduce que estaría durmiendo ya, o en la cama, con un camisón o con una bata. Todo este tiempo que ha tardado en abrir es el tiempo que ha tardado en ponerse presentable.

—Lo sabemos, señora. Pero es una emergencia. Cuestión de vida o muerte, se lo aseguro —dice Antonia.

—Pasen, entonces.

El recibidor es un espacio pequeño, en el que solo hay un velador adornado con fotografías de Raquel y un señor en uniforme de militar. Jon reconoce los galones de teniente coronel. Los marcos son de plata de ley, aún llevan la pegatina con forma de macarrón.

Desde el recibidor, una puerta da a las habitaciones y la cocina. Al asomarse, Jon comienza a comprender lo que dijo Blázquez. El piso es pequeño, pero está muy bien construido. Tanto que no tiene apenas pasillos, ni recovecos.

¿Si él no la mató, si estaban solos en casa, cómo demonios sucedió?

Se vuelve hacia Antonia, que está haciéndose las mismas preguntas, o eso supone. Pero por como de rápido se mueven sus ojos, como se agita su

respiración, y como ha regresado el temblor de sus manos, Jon sabe que su cabeza vuelve a ir a toda máquina.

—Supongo que no querrán un té ni un café, con lo tarde que es. —La señora lo pronuncia con educación, pero deja muy claro el tipo de respuesta que espera.

—Dos tazas de té, si es tan amable —pide Antonia, que intenta ganar un tiempo del que no disponen.

La otra puerta da al salón. Es uno de esos salones de los años setenta. Con el parquet pegado, la chimenea de adorno, la mesa de comedor de cristal por si vienen invitados. A juzgar por las marcas de las sillas en el suelo, eso sucede a menudo.

Al otro extremo hay un televisor de tubo, apagado. Un DVD con VHS. Un bargueño antiguo, entre dos sofás. Dominicales sobre la mesa de café, un periódico que asoma debajo en el que Rajoy aún es presidente. Más indicios de que la vida en esa casa se detuvo hace tiempo.

Mientras la mujer trastea en la cocina, Jon se asoma al pasillo. La habitación de la mujer tiene la puerta entreabierta. La de la hija, cerrada.

Antonia se cuela entre Jon y la pared. Abre la puerta.

Una cama, aún deshecha. Un ordenador. Polvo acumulado sobre las estanterías, el monitor, el teclado.

En el suelo, junto a la entrada, hay una alfombra. Tiene una de las esquinas doblada, la que está en contacto con la puerta. Es un sitio extraño para colocar una alfombra.

Jon no necesita que Antonia la levante para saber lo que oculta. Aquellos puntos del parquet donde la sangre de la hija no ha salido, ni jamás lo hará. Se pueden ver las marcas allá donde un estropajo, o alguna otra herramienta, ha excoriado el barniz, sin lograr nada que no sea hacer más patente la madera ennegrecida, especialmente entre las juntas.

Ni siquiera lijándolo saldría. Habría que arrancarlo entero, piensa Jon.

17
Un salón

Antonia deja caer la esquina de la alfombra, echa un último vistazo y retrocede cuando escucha el silbato de la tetera.

Cuando la mujer entra en el salón, sosteniendo la bandeja, les encuentra a los dos sentados en el sofá. Jon se pone en pie enseguida para ayudarla con la bandeja.

—¿Ya han podido fisgonear a su antojo? —dice la anfitriona.

Las tazas de porcelana con filo de oro tintinean con una musicalidad particular en manos de Jon al escuchar aquello. Deposita la bandeja sobre la mesita con sumo cuidado. El mismo que tienen a partir de ahora, ya que la han puesto sobre aviso.

—Señora Mengual…

La mujer ataja la pobre excusa de Jon justo a tiempo.

—Señora de Planas, inspector. En esta casa se guarda el recuerdo de los que ya no están. ¿Un terrón o dos?

—Ninguno, gracias.

—¿Y usted, alférez?

—Tres, señora. Muchas gracias.

La mujer le sirve los terrones con delicadeza, empleando dos cucharillas contrapeadas.

—Tenía unas tenazas, pero se rompieron hace años. Ha sido imposible encontrar un reemplazo. Incluso llevé una al Corte Inglés de Princesa, a ver si ellos… pero nada.

—¿Limoges? —pregunta Jon, que de estas cosas entiende un rato. No pocas tardes de té con pastas en casas de señoras de pelo cardado se pasó en su infancia, que *amatxo* es muy dada a visitar.

La señora de Planas asiente con la cabeza. Su cardado, teñido de un rojo imposible, se mantiene digno, aunque algo aplastado por el lado de la almohada. Completamente entendible, dadas las circunstancias.

—Fue un regalo que me hizo mi marido durante nuestra luna de miel. Toulouse, Poitiers, Nantes, París… Fuimos en coche, turnándonos al volante. El viaje más bonito de nuestra vida. Raquel nació al año siguiente, y luego todo fue más difícil, por supuesto.

—¿Tenían mucho trabajo?

—Mi marido era teniente coronel, señora. Con no poca tarea. Durante unos años incluso estuvo destinado en… ya sabe —baja un poco la voz—. En la complicada parte.

Antonia parpadea, extrañada. Jon no necesita de demasiada imaginación para deducir cuál sería «la complicada parte» en los años del plomo para un militar de carrera. Se señala el pecho, y Antonia entiende.

—¿Hace mucho que falleció su marido?

—Once años. En la flor de la vida, alférez. Un día estaba bien, y al otro los pantalones le estaban un poco holgados. Y luego se le caían. Para cuando pudimos hacer algo, el cáncer se lo había comido —dice, alzando las manos y volviendo a dejarlas caer luego sobre el regazo—. Raquel… quedó devastada. Y yo, pues se pueden imaginar. Era mi vida, mi todo. Y luego, ella…

Se echa a llorar. Tan bajito, tan quedo, que apenas se nota. Las lágrimas, simplemente, surgen de ella, al igual que transpira el vino entre las costuras de un odre viejo, tan baqueteado por el sol y los años que ya no es capaz de mantener intacta su forma.

—Disculpen mi reacción —se disculpa ella, extrayendo un Kleenex arrugado del bolsillo lateral del vestido, y enjugándose las lágrimas—. No saben lo que es perder a una hija.

Jon no lo sabe, pero se lo imagina. Su madre, allá en la complicada parte, tiene un hijo policía. Es su única familia. Muchas noches Jon las ha pasado tumbado en la cama. Comiendo techo. Preguntándose qué será de ella si a él le pasa algo. Noches que se hacen eternas cuando el día ha sido de los difíciles. Cuando ha cruzado un túnel lleno de explosivos, le han estrangulado y disparado, por ejemplo. Días de esos. Las noches que siguen a esos días no terminan, solo sale el sol hacia la mitad, sin que eso traiga luz alguna. Tan solo atenúa ligeramente los bordes filosos y serrados de la pesadilla.

Una pesadilla que se parece mucho a la imagen que Jon tiene frente a él. Una mujer sola, llorando en un piso yermo, rodeada de viejas fotos polvorientas.

—Yo soy madre, señora Mengual.

La mujer alza sus ojos enrojecidos y los cruza con los de Antonia.

—Tan joven —dice, aunque lo que se escucha es un lamento—. ¿Ya le ha roto el corazón?

—Aún no —responde Antonia, aunque detrás de sus ojos también hay imágenes de túneles oscuros y mujeres solas en habitaciones vacías.

—Ya lo hará. Agarre todo lo que pueda mientras tanto.

Hay un silencio, salpicado con los chasquidos del reloj que hay sobre la repisa de la chimenea. Hace ruido, pero las agujas no se mueven, están caídas en la posición de las seis y media. Otro signo más de que el tiempo se ha rendido en esa casa.

—¿A qué han venido?

—Creo que ya lo sabe, señora —dice Antonia, con voz suave.

—No, no lo sé —niega ella, sacudiendo la cabeza, pero bajando los ojos.

—Yo creo que sí lo sabe. Creo que ha estado esperando que llamásemos a su puerta desde hace años. Hemos venido porque usted no dijo la verdad en su momento sobre la muerte de Raquel.

La mujer se inclina hacia delante en la silla.

—¿No pueden dejarnos en paz? ¿No hemos sufrido bastante ya?

Jon mira el reloj. Quedan solo veintinueve minutos.

—Mintió, y ahora esa mentira está a punto de costarle la vida a otra persona.

Esa revelación demuda el rostro de la mujer.

—No… no puede ser.

—Le garantizo que sí, señora de Planas.

—¡Le digo que no es posible!

—Cuéntenos lo que pasó aquella noche, entonces.

La mujer —cuesta no llamarla anciana, a tenor de su aspecto— se retuerce las manos en el regazo. Tiene la espalda muy recta y las piernas muy juntas, en escorzo, y se sienta al borde del sofá. La postura francesa, así lo llamaban las damas elegantes en los años sesenta y setenta, sin asomo de ironía.

—Si lo hago, ¿me dejarán en paz?

—No puedo prometérselo. Pero puedo prometerle que, si nos dice la verdad, se sentirá mejor.

La promesa suena tan hueca como la recibe la señora de Planas, que no obstante se incorpora un poco y recita.

Jon conoce muy bien el tono de voz de las víctimas. Sabe cómo relatan la pena. Instantes antes de comenzar, se inducen a sí mismas en una especie de autohipnosis, de adormecedor desapego, plagado de tropezones. No hay nada de

eso en la voz de la mujer. A pesar del cansancio y la debilidad, sus palabras discurren por un camino trillado.

—Regresaba de misa de ocho, en Las Comendadoras. Aquí al lado. Subí en el ascensor y vi a Víctor a través del cristal, que cogía el montacargas. No llegué a hablar con él, se metió antes de que yo saliera. Seguí hacia casa. Cuando iba a mitad del pasillo, me di cuenta de que la puerta principal estaba abierta. Entré, llamando a Raquel, pero no me contestó. Entonces vi su mano, en el pasillo.

—¿Avisó usted a la policía?

—No. No llamé. Fui corriendo a sostener a mi hija. Usted habría hecho lo mismo.

—¿Y después?

Ella se echa un poco hacia atrás.

—Después no recuerdo nada más.

—La ambulancia llegó un par de minutos después. Cuando llegaron la encontraron apretando la herida en el costado de Raquel. Intentaron estabilizarla aquí mismo, y después trasladarla.

La señora asiente, sin mirarles. Su vista está perdida en algún punto de la pared, en línea recta con la habitación de su hija.

Antonia se pone en pie, y le hace una petición muda a su compañero. El inspector Gutiérrez hace un gesto de entendimiento.

—Murió camino del hospital, por la pérdida de sangre —añade, girándose hacia la dueña de la casa.

Ella no responde. Su cabeza ahora sigue el movimiento de Antonia, que ha rodeado el sofá y se dirige al pasillo.

Va a decirle algo. Sus labios se separan.

—Y usted le contó a la policía que Raquel estaba sola cuando usted se fue a misa —continúa Jon, tratando de llamar su atención y ganar tiempo para Antonia —. Le dijo que quería dejar a su novio, que llevaban un tiempo distanciados. Que usted había temido por ella. Y que le había visto cuando subía en el ascensor.

—Sí —afirma la mujer, con un hilo de voz—. Fue exactamente así como pasó.

De nuevo, el silencio, subrayando la mentira. Tan solo el chasquido uniforme del reloj, troceando el tiempo sin llegar a marcarlo, ofrece una mínima semblanza de vida, en el aire pesado y espeso. Pasa un minuto, pasan dos. Los

dedos de la mujer se retuercen en un ángulo extremo, sus nudillos amenazan con asomar a través de la piel translúcida.

—No. No fue así como pasó —dice Antonia, desde el pasillo.

Ciento dieciséis segundos antes

Antonia apenas ha registrado la conversación que tiene lugar a su espalda. Está demasiado ocupada intentando hacer que el mundo vaya más despacio.

Los monos de su cabeza se habían calmado lo suficiente al salir de la cárcel de Soto del Real como para permitirle procesar lo que le había dicho el preso. Pero al entrar en casa de la víctima, los monos le dejan claro a Antonia que tan solo habían ido un instante a por tabaco.

Tan pronto como ve la habitación de la víctima, pulcra y recogida, su cerebro se empeña en desordenar, manchar, alterar. Se empeña en devolverla a su estado original.

En su cabeza,

(Los monos exigen. Los monos se pelean
por su atención plena, chillando,
sosteniendo cosas en alto)

la jungla se obstina en recobrar el control.

Antonia cierra los ojos y, como tantas veces, recurre a su particular archivo de expresiones para intentar calmarse. Busca en los cajones de su mente, pero lo que encuentra no es una palabra, sino un proverbio.

Kkamagwiga nal ttae baega tteol-eojigo.

En coreano, cuando el cuervo echa a volar, cae una pera. Uno de los *koan* que Mentor le ha enseñado. Acude la expresión, pero no hay explicación alguna. No hay hilazón con la realidad. Tan solo la repetición, obsesiva y machacona, de la misma frase.

¿*Por qué esto, por qué ahora*?

¿*Qué es lo que no estoy viendo*?

Antonia abre los ojos.

Vuelve su atención al pasillo. En su mente, recrea el momento en el que Víctor da la vuelta por el salón, escucha el gemido en la habitación de Raquel.

Da dos pasos. Se encuentra con la víctima en el punto exacto en el que ella está ahora.

Antonia evoca las imágenes de la escena del crimen. No son muy buenas. La alfombra del pasillo es otra, sin duda cambiada. Sin embargo, hay algo. Está manchada de sangre, pero esa sangre no está bien. Hay salpicaduras, pero caen de forma intermitente.

Y la mancha, grande, circular y desagradable del suelo de la habitación, a tan solo dos pasos. Lejos de donde cayó el cadáver, en mitad del pasillo. Sin patrón de comunicación con…

Cuando el cuervo echa a volar, cae una pera.

Por supuesto, piensa Antonia. ¿*Cómo he estado tan ciega*?

No es fácil saber si la pera ha caído porque el cuervo ha echado a volar, o si el cuervo ha echado a volar porque ha caído la pera.

¿*Qué aprendemos de este* koan, *Antonia*?, insiste Mentor en su cabeza.

Que son nuestras percepciones las que definen lo que creemos ver.

Que correlación no implica causalidad.

Desde el salón, le llegan los últimos retazos de la conversación entre la señora de Planas y el inspector Gutiérrez.

—… usted había temido por ella. Y que le había visto cuando subía en el ascensor.

—Sí —afirma la mujer, con un hilo de voz—. Fue exactamente así como pasó.

—No. No fue así como pasó —dice Antonia.

18
Una falla

No es sencillo concretar el instante exacto en que la señora de Planas se derrumba. Quizás al escuchar a Antonia desde el pasillo, o tal vez cuando la ve regresar con un aplomo distinto, con una luz de certeza en el rostro. Toda la que parece haber desaparecido del de la anfitriona, a la que la única fuerza que parece sostenerla en la silla es la de la costumbre.

Antonia se coloca frente a la mujer. Si ambas estuviesen de pie, Antonia quedaría dos cabezas por debajo. Ahora, es ella la que parece de una estatura inmensa, que obliga a la señora a mirar hacia arriba.

—Cuando los agentes de policía le preguntaron, usted nunca dijo que fue Víctor Blázquez. Se limitó a decir que le había visto saliendo de la casa. Cuando era obvio que no había nadie más.

—No mentí —susurra la mujer.

—No, en eso no —asiente Antonia—. Y no hizo falta más, ¿verdad? Un caso de violencia de género, un culpable con antecedentes de malos tratos. Los agentes no le dieron ni media vuelta. Tenían un culpable, y era todo lo que necesitaban.

Antonia retrocede un poco, y señala el mando a distancia sobre la mesa.

—Había indicios, claro. El televisor encendido, por ejemplo.

—En Telecinco, ni más ni menos —interviene Jon—. Una cadena que solo ponen las personas mayores para tener compañía. No una joven de veintiséis años a la que no le gusta la tele.

—Lo que me desconcertó del todo fue que Raquel abriese la puerta a su novio. Eso era lo que no me cuadraba. Eso significaba que estaba viva cuando él llegó, pálida y nerviosa, pero viva. La propia declaración de Blázquez acabó por condenarle, aunque dijo la verdad en todo momento.

—Fue él —insiste la mujer. Cada vez peor, y cada vez más rota.

—Pero finalmente comprendí la verdad cuando Víctor me habló de sus zapatos. Siempre son los pequeños detalles los que no cuadran, señora de Planas.

Deja de gustarte y abrevia, cari, que nos quedan catorce minutos, piensa Jon, dando un par de toquecitos en la esfera de su reloj con la uña.

Antonia le mira de reojo, pero ahora tiene bien sujeta la presa en el hocico, y no la va a soltar. Cuando está así, produce auténtico pavor. Jon no puede dejar de pensar en la historia del perro de Mentor y el hueso de jamón.

—No sé de qué está hablando —niega la mujer.

Antonia la ignora.

—Por supuesto, usted no estaba en casa, pero se encontraba cerca. La verdad estuvo delante todo el tiempo. ¿Cómo si no es posible que Víctor viera sus zapatos en el ascensor *antes* de verle la cara, *antes* de que usted abriera la puerta? Muy fácil. Usted no subía en el ascensor. Bajaba del piso de arriba, donde había estado aguardando a que llegara Víctor.

La justicia es verdad en movimiento, piensa Jon. Y esta verdad en concreto se desploma sobre la mujer con el peso de una tonelada de ladrillos. Sus hombros se hunden, sus labios descienden hasta formar un semicírculo sobre su barbilla temblorosa.

—¿Quiere usted hablar ya, o prefiere que termine yo?

La mujer no responde. Jon cree que es físicamente incapaz. La fuerza que sea necesario aplicar hasta arrancar completamente la venda recae sobre Antonia.

—Raquel regresó aquella tarde a casa, y le pidió ayuda. Una ayuda muy concreta. Le dijo que Víctor iba a llegar enseguida, y que usted debía esperar cerca, y entrar cuando ya estuviesen los dos juntos en casa. Necesitaba un testigo. Pero ¿qué clase de testigo?

No me jodas en el suelo, piensa Jon, que de pronto lo comprende todo.

—Usted subió al piso de arriba, y esperó. Su hija mandó un mensaje, y aguardó junto a la puerta. Raquel estaba muy pálida cuando abrió la puerta a su novio. Él creía que estaba yendo a un encuentro de reconciliación, cuando en realidad acudía a una encerrona. Ella le esperaba, vestida con una gabardina. Víctor entró al salón, y ella fue a su habitación. Entonces se quitó la gabardina, y al hacerlo, soltó un quejido de dolor que llamó la atención de Víctor.

—La sangre de la habitación… —dice Jon.

Antonia asiente.

—Al quitarse la gabardina, la sangre que había acumulada en su herida y en lo que hubiese usado para taponarla, salió en tromba y cayó al parquet con una enorme salpicadura.

Igual que cuando cruzas los brazos en la ducha y los separas. El agua se acumula, y después cae, con un chapoteo.

—Porque Raquel no fue apuñalada en esta casa, señora de Planas. Su asesino la hirió, no lejos de aquí. Alguien a quien ella conocía, alguien a quien estaba protegiendo. Y ella tuvo la presencia de ánimo suficiente como para taponar la herida, ponerse la gabardina, y volver a casa para incriminar a su novio.

—No fue así…

—Raquel probablemente creería que tenían tiempo. Que llamando a la ambulancia, llegarían a tiempo para atenderla. Pero no contó con lo que pasaría al quitarse la gabardina.

Antonia se lleva las manos al abdomen, las separa, abre mucho los dedos. Jon casi puede ver la incisión, la sangre saliendo de golpe. Ella continúa hablando, más para sí misma, para seguir comprendiendo. Hay un aire feroz —incluso gozoso— en sus palabras, a medida que encuentra y redibuja la verdad de lo sucedido.

—¿Qué era lo que tapaba la herida? ¿Un pañuelo? ¿Una toalla? Sé que la gabardina no era suya porque era demasiado grande, así que solo podía ser de su asesino. Pero… la toalla, el pañuelo, lo que fuera… eso tuvo que ir a alguna parte. En el caos de la ambulancia y la policía, lo hizo usted desaparecer, ¿verdad?

La mujer no contesta. Pero no quita los ojos de Antonia. En su mirada hay miedo y odio a partes iguales.

19
Un abrazo

Antonia sonríe, por dentro. Sabe que ha ganado.

Pero también que esa victoria es el final del camino, y es insuficiente. Le hace un gesto a su compañero, que Jon descifra enseguida. Ella ha llegado hasta aquí, pero ya no puede apretar más. Ahora es su turno.

Jon se acerca a la señora, se arrodilla, y le toma las manos, huesudas y largas, que desaparecen entre las suyas.

—Víctor no le gustaba demasiado, ¿verdad? No era lo bastante bueno para su hija.

Silencio.

—Raquel le pidió algo y usted hizo lo único que podía hacer. Ayudarla —continúa Jon, con voz suave y tranquilizadora—. Ayudó a su propia hija a proteger a su asesino.

La mujer le aprieta las manos. Es toda la aquiescencia de la que es capaz, después de años protegiendo la mentira de su hija, la última petición que le había hecho. Aunque fuera injusta e incorrecta, a ella se había atenido.

Pero esa exigua confesión a ellos no les basta.

El tiempo se agota. Y siguen sin tener lo único que necesitan.

El *quién*.

Pero antes del quién…

—¿Por qué lo hizo?

—Porque él le hizo daño. Quizás no la mató, pero la arrojó en brazos de quien lo hizo. Y la dejó sola, inspector. Sola.

Hay un atisbo de comprensión en la mirada de Jon. No justificación, pero sí comprensión. La suficiente. Va con el oficio, al fin y al cabo. Parte de ser policía consiste en encontrar comprensión para todo —incluso, con suerte, para ti mismo—. Te permite dar por buenos los actos del sospechoso, ganarte su confianza para que siga hablando. Te permite hacer afirmaciones como la

siguiente, intuyendo que son ciertas, porque van a precipitar la respuesta adecuada.

—Engañó a su hija.

—Con una clienta del gimnasio. Raquel se enteró y cortó con él.

—Y empezó a verse con otra persona.

La mujer asiente, despacio.

—Necesitamos saber su nombre.

—Raquel estaba enamorada de él. Eso es todo lo que sé.

—Esa persona fue quien apuñaló a su hija.

—Raquel dijo que había sido un accidente. Que no había tenido más remedio.

El inspector Gutiérrez sabe cosas que Jon rechaza. Sabe que, en algún punto del alma de un ser humano, pueden gestarse palabras como las trece que acaba de escuchar.

Creyéndoselas.

Va con el oficio, también. Asumir que existen recovecos, dobleces, energías dentro del entendimiento de las personas que les permiten unir proposiciones antagónicas dentro de sentencias afirmativas. «Te quiero tanto que si no estás conmigo te mato» y «Ha sido un accidente, no ha tenido más remedio», brotan del mismo lugar. De esa falla entre dos placas tectónicas sobre la que los humanos urbanizamos nuestras certezas. A esos edificios los llamamos amor, familia, amistad. Qué hace una persona cuando las placas se mueven en direcciones opuestas, eso… Nadie lo sabe antes, ni es quién para juzgar con demasiada dureza después.

Puta empatía de los cojones, piensa Jon, un poco por zanjar.

—Señora, no podemos retrasarnos más. Hay una vida en juego, y nuestro tiempo se acaba —dice Antonia. Su voz se ha vuelto de acero—. Necesitamos que nos dé el nombre. Ya.

—No lo sé —repite la mujer, sacudiendo la cabeza—. No lo sé.

Antonia comprueba el reloj.

Ocho minutos.

Empieza a dar muestras de nerviosismo —parecidas a las de los humanos—, y da vueltas alrededor del salón, con los brazos en jarras. Repasando en su mente qué es lo que tienen.

De pronto, se detiene a mitad de vuelta.

Ha recordado algo importante.

Algo que no tienen.

—El móvil. Nunca encontraron el móvil de Raquel. La policía creyó que se lo había llevado Víctor. Pero no fue él, ¿verdad? Ella se lo dio a usted, y fue usted quien le pidió que subiera. Quien escribió el WhatsApp.

—Quiero que se vayan de mi casa —dice la mujer, soltándose de las manos de Jon, y poniéndose en pie—. Voy a llamar a mi abogado.

—Buena idea, señora —dice Jon.

Y luego, en una muestra de astucia callejera, añade:

—Puede usar el móvil de su hija.

Que es el truco más viejo del mundo, mencionar lo escondido para luego aguardar a que los ojos del sospechoso graviten, inevitablemente, hacia ello. No hay camello que no se lo sepa, así que Jon optaba por ir hacia el lugar en donde *no* miraban.

Para desgracia de la señora de Planas, ella nunca ha pasado drogas. Ni tiene el culo pelado y con moscas de cualquier camello con sede en el parque de doña Casilda.

Solo desvía su mirada de odio durante un instante de los ojos de Antonia.

No hace falta más.

Antonia sigue la dirección del error (la bisectriz entre su cuerpo y el de Jon) hasta el mueble que está justo a su espalda.

El bargueño.

Si hay un elemento que caracterice a las clases pudientes de Madrid —o a los que pretendían aparentar serlo— de los últimos cuatro siglos, ese es el bargueño. Un mueble de madera, repleto de cajones, y apoyado sobre cuatro patas independientes. Su propósito original era el de almacenar legajos, archivos y toda clase de papeles que documentaban la hacienda de la familia. Se fabricaban en materiales nobles. Ébano, caoba, limoncillo. Engastados en carey, en hueso, en marfil. Los más antiguos pueden alcanzar cifras millonarias en las subastas, para desgracia de los sobrinos que heredan. Ignorantes, tiran a la basura «aquel espanto» para poner en su lugar una práctica estantería de Ikea, serie Kallax, 69 euros, puertas aparte.

Antonia no tiene ni idea si el bargueño es original del XVII o una réplica barata, propia de los trepas de principios del XX. Ni tiene ojo para reconocer la diferencia, ni le importa gran cosa.

Lo que a ella le interesa es el propósito oculto del bargueño. Uno que se ha perdido en la era en la que el dinero se almacena en pequeños bits de información, pero que era relevante cuando se acuñaba en piezas de metales preciosos.

Comienza a sacar los cajones del mueble, uno a uno, y a depositarlos en el suelo. Ignora su contenido: viejos sobres de cerillas, pequeños álbumes de fotos, una colección de postales. Una carpeta con la declaración de la renta de 1998.

—Oiga, ¡¿qué hace?! —dice la señora, alzando la voz.

Demasiado tarde. Antonia encuentra lo que buscaba al sacar el cajón inferior de la derecha. Los laterales del interior del mueble parecen, desde fuera, tener la misma profundidad. Pero una inspección cuidadosa revela que es unos centímetros más corta en el lado izquierdo.

Antonia introduce los dedos en ese espacio, y palpa una protuberancia, hecha de cuerda. Al tirar de ella, se desliza hacia fuera un cajón de unos cuatro centímetros de fondo por veinte de largo. Un espacio ideal para guardar en él cosas valiosas. Un saco de monedas de oro, un fajo de billetes…

Un móvil con funda de Hello Kitty.

Antonia sostiene el teléfono en alto. Un Samsung Galaxy, modelo de hace varios años. No hay demasiadas dudas de a quién pertenece.

Ha sido cuidadosamente limpiado con un paño, pero aun así aún tiene una mancha cobriza y reseca en el botón frontal.

—Sin batería —dice Antonia, presionando el botón de encendido.

—Hay cables en el coche —dice Jon—. Vámonos rápido.

—No puede llevárselo —dice la señora, con la voz ahogada por la súplica. Se ha puesto entre ellos y la puerta—. Ahí están todas sus fotos.

Jon contiene un ramalazo de lástima. Piensa en cuántas veces habrá abierto la mujer el teléfono —a altas horas de la madrugada, con todas las persianas bajadas y doble vuelta de llave en la puerta—, para contemplar esas imágenes. Probablemente sin saber cómo extraerlas del teléfono, ni nadie a quien pedírselo.

—Se lo devolveremos pronto, señora.

Antonia la esquiva y se dirige a la puerta, pero Jon no la sigue inmediatamente. Piensa en *amatxo*, vete a saber dónde está, y en cómo esa mujer la representa a ella, como un aciago fantasma de las Navidades futuras. Decide emplear unos valiosos segundos en detenerse junto a la mujer, y abrazarla. Al hacerlo, nota lo cerca que están los huesos bajo la carne escasa y fofa. Ella no le

devuelve el abrazo —una vida de orgullo no permite frivolidades en su recta final—, pero Jon siente cómo su cuerpo absorbe el abrazo, lo recibe y lo acepta.

Le susurra algo al oído, unas palabras de consuelo, que solo ella escucha.

Y luego trota, detrás de Antonia.

20
Un móvil

—Seis minutos —dice Jon, mirando el reloj.

—Tranquilízate. No ganamos nada poniéndonos nerviosos —responde Antonia, apretando el botón de la planta baja unas quince veces.

El ascensor es rápido. Pero la cabeza de Antonia lo es más. Ya ha planificado cómo va a acceder a la información del teléfono, en el caso de que esté protegido por contraseña.

—Lo cargamos con el cable del coche. Hacemos una conexión puente con mi iPad, y usamos Heimdal para saltar la protección. Podremos ver los últimos mensajes de Raquel.

—Te das cuenta de que estás hablando en plural, ¿no?

—Claro, cuando me refiero al equipo, siempre hablo en segunda persona del plural.

Completamente a prueba de sarcasmo, piensa Jon. Aprieta también el botón del bajo, a ver si consigue que el ascensor vaya más rápido.

—¿Tienes idea de cómo vamos a contarle a White que hemos resuelto el crimen?

—Llamará —dice Antonia.

El *supongo*, lo omite. Es una palabra tan tabú en el vocabulario de Antonia Scott como *esfera* para un terraplanista.

—Todo saldrá bien —añade, con una sonrisa.

Es una de las buenas. De las que hacen que un hoyuelo se le forme en cada lado de la boca, dibujando un triángulo perfecto con el que le parte la barbilla. De las que últimamente regala pocas.

Jon se la pierde, por desgracia. Y mira que le gustan las sonrisas de Antonia, con sus diez mil vatios de potencia, su capacidad de iluminar por completo la estancia.

Jon se la pierde, por que está muy ocupado salvándole la vida.

Esto es lo que ocurre en un segundo y once centésimas:

A 900 m/s, la primera ráfaga de balas no encuentra rival en la puerta del ascensor, y la destroza antes de que llegue a tocar el suelo. La cabina de cristal y la puerta exterior forman un escudo capaz de ralentizar o de desviar las balas, y eso el tirador lo sabe muy bien. Por eso, la primera andanada es muy corta, una leve presión sobre el gatillo del rifle de asalto, que envía un total de cinco proyectiles.

Los dos primeros destrozan la puerta mientras se abre, convirtiéndola en añicos. Los dos siguientes se estrellan en el marco. Al impactar contra el acero, ambos se aplastan y la fuerza del impacto los desvía, casi sin potencia de penetración, hacia el lateral del hueco del ascensor.

El quinto abre un hueco en la puerta por el que cabría holgado un velador de cafetería, antes de pasar por encima de la cabeza de Antonia Scott y hundirse, formando una enorme telaraña, en el cristal del otro lado.

La distancia que ha impedido que la persona más inteligente del planeta pierda el órgano que la convierte en eso, ha sido de tan solo tres centímetros.

Esos tres centímetros, Antonia no se los debe a la fuerza de la casualidad, sino a la fuerza de Jon Gutiérrez. Que, décimas de segundo antes de que el ascensor alcanzase la planta baja, ha visto una figura oscura reflejada en el espejo del pasillo, sosteniendo un arma de gran calibre.

Instintivamente, Jon ha tirado de la chaqueta de su compañera sin contemplaciones, para ponerla detrás de él y protegerla con su cuerpo. El ángulo no era el más apropiado, con lo que Antonia esquiva la bala, que pasa por encima de ella, pero se da directamente de morros contra el apoyamanos del ascensor. El golpe no llega a romperle la nariz (por poco) ni los incisivos superiores (por menos aún), pero es suficiente como para que un surtidor de sangre le inunde la boca.

Para entonces, el estampido de la primera detonación les alcanza, pero no le prestan demasiada atención. Antonia porque está retorciéndose de dolor (cualquiera que alguna vez haya recibido un golpe en la zona del bigote entenderá por qué), y Jon porque está atareado sacando de la funda su pistola reglamentaria con una mano, mientras intenta meter a Antonia detrás de él con la otra.

Y así concluye el segundo y once centésimas, y empieza la pesadilla.

—¡Detrás de mí! —grita Jon, cuando ve que Antonia se revuelve.

Jon intenta aplastarse contra la pared del ascensor, lo cual no es nada sencillo. Apenas hay medio metro de cabina tras el que refugiarse, y el ángulo con respecto al tirador no es el idóneo.

Cuando no tengas con qué parapetarte, hazlo detrás de una bala, recuerda Jon, de su etapa en la academia. Un consejo estupendo cuando estás sentado en clase razonando sobre una exposición táctica. No tan bueno cuando estás cagado de miedo, y encogiendo el estómago para que no asome por el borde de tu cobertura.

Jon estira un poco el brazo y dispara, a tontas y a locas, por el hueco de la puerta. Tres balas que no sirven más que para que el tirador identifique mejor su posición y el ángulo de disparo.

El pasillo no es recto, antes de llegar al portal hace un pequeño recoveco, detrás del que se ha colocado su atacante. En la pared contraria están los espejos, que son lo que ha salvado la vida de Antonia, al menos hasta ahora.

Hay que recalcar el *hasta ahora,* porque Antonia parece decidida a morir. Al menos, por todo lo que se revuelve.

—Suéltame —grita, aunque con el charco de sangre que tiene en la boca suena más bien *fuezameh*.

Una nueva ráfaga entra por el agujero. Jon no ha escuchado el *clic*, pero sabe que su agresor ha cambiado del modo automático al manual. Los balazos —tres, esta vez— son consecutivos, pero hay una pausa entre ellos. Una premeditación.

Esta clase de finuras, claro, Jon no las piensa. Las siente en la piel, sin pasar por caja. Es el resultado de dos décadas de entrenamiento, que no han concluido al entrar a formar parte del proyecto Reina Roja. Una vez por semana, el cuádruple que antes. Pero hay aún márgenes que el entrenamiento no cubre, y es cuando uno tiene que confiar en sus instintos.

Las balas impactan en la esquina del ascensor, a corta distancia, cubriendo a Antonia y a él de fragmentos de cristal. Tan pronto se extingue el eco de la tercera, Jon se asoma —solo un poco— y devuelve los disparos. Otros tres. Esta vez, apuntando, y dando en la esquina tras la que se esconde el tirador. Arranca pedazos enormes del revoco, sin llegar a hacer demasiado destrozo en el hormigón, pero ganando unos preciosos segundos.

Le sería más fácil apuntar si no tuviera que estar sujetando a Antonia.

—¿Quieres estarte quieta? —dice, apretándola con todas sus fuerzas contra la pared del ascensor.

Antonia aspira, traga sangre y consigue hacerse entender a través del dolor, de la adrenalina y del miedo.

—El móvil —dice.

Jon mira al suelo y se le hiela la sangre. Comprende ahora por qué su compañera intenta revolverse y escapar.

Con la primera ráfaga, Antonia ha dejado caer al suelo el móvil de Raquel Planas.

Toda la esperanza que tienen de resolver el caso antes de que concluya el tiempo —que Jon intuye que tiene que ser muy poco— yace ahora en un revoltijo de cristales y esquirlas de metal, a un metro de sus pies.

¿*Por qué nunca, nunca puede ser fácil*?, se pregunta Jon.

—Estate quieta —ordena de nuevo.

—Tengo que cogerlo.

Jon dispara, una vez. Su disparo es seguido por una respuesta casi inmediata del tirador.

Cuatro disparos, en rápida sucesión, justo cuando ella intentaba estirar el brazo por debajo del agarre de Jon. Una lluvia de chispas les cubre, cuando uno de los balazos destroza el sistema de luces del techo. Antonia suelta un grito de dolor, y encoge el brazo.

A lo lejos se escucha una sirena de policía, y Jon se da cuenta de que tienen un reloj en contra, pero también otro a favor. Al menos si consigue que Antonia se esté lo suficientemente quieta como para que él contenga al tirador.

—Puedo alcanzarlo. Solo un poco más.

—Antonia… déjalo —dice Jon.

Ella le mira, y ve en sus ojos algo que no había visto nunca antes. O quizás sí, pero que no había sabido reconocer. Una demanda de confianza, de la misma moneda que él ha ido depositando en su cuenta durante tantos meses juntos.

Antonia cierra los ojos y deja de pelear.

Jon asiente, con una sonrisa perversa.

A lo mejor me muero, pero antes me llevo por delante a este cabrón, piensa.

Demasiado largo para un grito de guerra, así que no emite más que un sonido gutural, profundo y áspero, cuando asoma medio cuerpo por el borde del ascensor y vacía el cargador —las cinco balas que le quedan— contra la posición del tirador, justo en el momento en el que este asomaba a su vez. El otro encoge

el cuerpo y devuelve el fuego sin mirar, pero las sirenas están cada vez más cerca.

Jon, que se ha retirado para recargar la pistola y tomar aire, espera pacientemente una respuesta del tirador, pero no hay ninguna. No escucha nada, tampoco. Tan solo las voces de los policías, al otro lado del patio de luces del edificio.

Duda por un instante si asomarse para ver qué ocurre, pero no tiene tiempo de decidirse, porque justo en ese momento suceden tres cosas al mismo tiempo.

Uno, el tono de llamada de Antonia comienza a sonar, pero Antonia no atiende porque Dos, está agachada, en el suelo, intentando alcanzar el móvil de Raquel Planas, cubierto de fragmentos de cristal. Cuando lo alza, vuelve a Jon una mirada de desesperación. Un balazo ha alcanzado el teléfono de lleno, de forma que una de las mitades del móvil se le queda entre los dedos, y la otra cuelga, unida tan solo por un cable medio desgarrado. Pero lo más aterrador no es eso, sino que Tres, Jon comienza a escuchar unos pitidos muy cerca de su oreja, y una desagradable vibración bajo la piel, que reverbera en las vértebras y hace que le castañeteen los dientes.

El tiempo se ha acabado.

White acaba de activar la bomba que Jon lleva en el cuello.

21
Un pitido

No. No. No.

Antonia mira a Jon, aún de rodillas, sosteniendo todavía los restos del móvil de Raquel Planas entre los dedos cubiertos de sangre. La mitad que cuelga acaba de caerse con un chasquido, arrancando un crujido de los cristales rotos.

En el techo, la luz del ascensor va y viene, arrancando espectrales destellos de la piel sudorosa del inspector Gutiérrez, que está pálido como vampiro en cuarentena.

—Antonia…

Ella le mira, intentando pensar. Lo cual no es sencillo, entre el teléfono, que no para de sonar, y los pitidos, cuya frecuencia ha ido aumentando de intensidad.

—Cálmate. Lo único que tengo que hacer es…

No llega a acabar la frase, porque la interrumpen los gritos.

—¡Manos arriba, Policía Nacional!

Antonia aún está de rodillas, cuando un agente de uniforme asoma por el pasillo, pisoteando los casquillos que ha dejado el tirador antes de huir.

Jon está de pie, con la pistola en la mano, de espaldas al policía.

Congelado.

—¡No voy a repetirlo! —grita el policía, antes de repetir— ¡Manos arriba!

—Jon —dice Antonia, levantando las manos.

Jon no responde. El miedo le agarrota los músculos, a medida que el ritmo de los pitidos en el cuello se incrementa. Su cara está tensa, tiene la mandíbula apretada. Lo único que se mueve es el miedo en sus ojos, titilando como diamantes bajo un foco.

Antonia se vuelve hacia el policía. Lo que ve no le gusta.

Novato. Miedoso. Con el dedo en el gatillo. Malísima combinación.

—Agente, somos los inspectores Scott y Gutiérrez, de la Policía Nacional. Números de placa 27451 y 19323 —dice Antonia.

—Primero tire el arma y luego me enseña la placa —responde el agente, sin dejar de apuntar.

—Puedo enseñarle yo…

—¡No baje las manos!

—Agente, estamos en una situación con explosivos. Retroceda ahora mismo tres metros, y establezca un perímetro.

—¡Que tire el arma!

—Agente —dice Antonia. Duda de cómo dotar a su voz de autoridad, y finalmente decide seguir los consejos del mejor—, me está usted tocando el coño. Como no obedezca ahora mismo, mañana va a estar haciendo controles en Albacete. ¿Estamos?

Antonia debe haber acertado con la frecuencia correcta, porque el policía parece reaccionar. Apunta el arma hacia el techo y retrocede un poco, al tiempo que se pone a hablar por la radio.

El teléfono vuelve a sonar.

Antonia se lleva la mano al bolsillo.

Descuelga.

—Los plazos son para cumplirlos —dice White. Su voz, metálica y desagradable, está llena de ira.

—Hubiese sido más fácil si no hubiese enviado un sicario a matarnos.

Hay un silencio tenso al otro lado de la línea. Con una nota de desconcierto.

—Me temo que no la sigo, señora Scott.

—Caucásico, alto, pasamontañas. Vestido con vaqueros y chaqueta de cuero negra. Llevaba un fusil de asalto Colt Canadian. El modelo C7 o C8 Carbine, no he podido verlo bien, estaba oscuro y nos estaba disparando. Antes de que concluyese el plazo, por cierto. ¿Tiene usted a alguien así entre su personal?

Un nuevo silencio. Más largo y más tenso.

—No. En este momento no. Aunque debo decir que no descartaba su aparición.

—¿Un antiguo empleado descontento?

—Nada de eso. Pero me temo que no juega en nuestro equipo.

—Usted y yo no estamos en el mismo equipo, señor White.

—Eso piensa, ¿eh? Bueno, ya irá cambiando de opinión. Sigo necesitando una respuesta a su primer encargo.

—A Raquel Planas no la mató su novio.

—Fácil. Eso lo averiguó hace horas. Probablemente desde que vio el informe

de la policía, ¿verdad?

—Tenía mis sospechas —admite Antonia.

Nota que White está apelando a su ego, y nota también cómo está reaccionando, a su pesar. Pero no puede permitirse errores. Puede oler la trampa, así que sigue hablando.

—La víctima tenía una relación con una tercera persona, alguien a quien conoció durante el final de su relación con Víctor Blázquez.

—El nombre.

—Alguien de quien se había enamorado y que la apuñaló por un motivo desconocido —continúa Antonia cada vez más deprisa—. Convenció a su madre para que la ayudara a encubrir al autor del ataque.

—El nombre —repite White.

—Pero todo salió mal, la herida era más grave de lo que pensaba…

—Deduzco que no ha averiguado el nombre.

Los pitidos en el cuello de Jon incrementan la velocidad, aún más, hasta formar uno solo, continuo y mortal.

—¡No es justo, maldito cabrón! —grita ella.

—No. No lo es.

Antonia hace un esfuerzo por no sucumbir —a las lágrimas o a la rabia—, y agarra la mano izquierda de Jon. La izquierda. La que no sostiene el arma a la que el inspector Gutiérrez decide aferrarse, en un último gesto de dignidad ante lo inevitable. El esfuerzo de Antonia, sin embargo, no es suficiente.

—¿Es eso llanto? —dice White, tras un silencio.

—Bien sabe que sí —contesta ella.

—¿Tan importante es para usted el inspector Gutiérrez? ¿O es solo que llora porque ha fracasado? Piense muy bien antes de responder.

Antonia se pregunta cuál de las dos opciones es correcta. Sabe bien cómo debería sentirse, qué sería lo correcto. Pero no es eso lo que contesta. No sabe muy bien cómo debe sentirse, así que busca dentro de su prodigioso palacio de la memoria, hasta encontrar la palabra correcta.

Fa’atanmaile.

En samoano, la mirada del perro en el espejo. El sentimiento que tienes cuando peleas contra la percepción de ti misma, porque no eres capaz de reconocerla como propia.

Respira hondo, y contesta.

—Ambas.

White parece ponderar la verdad de sus palabras durante segundos interminables.

—La creo —dice al fin—. Así que he decidido que voy a pausar el castigo.

Antonia se pregunta, por un instante, si ha escuchado bien.

—¿Por qué?

Más silencio. Y luego:

—Mis razones solo son mías. Ahora vayan a descansar. Recibirán el siguiente encargo muy pronto.

—Se lo agradezco —dice ella.

Estúpidamente, se da cuenta nada más pronunciarlo. Es un reflejo de educación, un vestigio de modales civilizados —o de síndrome de Estocolmo— que no tiene cabida en una situación a vida o muerte como esa.

White suelta una carcajada, breve, seca, sin pizca de humor.

—No lo haga. Sigue teniendo que pagar el precio del fracaso. Pero ahora lo hará a plazos. Y con intereses.

Cuelga.

El pitido se interrumpe, de golpe.

Antonia y Jon se miran. Los dos tienen lágrimas en los ojos.

Ambos se dan la vuelta, para no verlas.

TERCERA PARTE
SANDRA

Concebir un pensamiento.
un solo y único pensamiento.
pero que hiciese pedazos el universo.

E. M. CIORAN



1
Un colchón

Son casi las tres de la mañana del día siguiente, y Jon sigue dando vueltas en la cama.

No está del todo despierto, tampoco dormido. Es vagamente consciente del calor y del peso de su cuerpo sobre el colchón, de ultimísima tecnología. Mucho mejor que el que tiene en su piso. En calzoncillos, con el edredón hecho un guiñapo a los pies, logra encontrar una postura una hora después de meterse en la cama, y se deja llevar por el sopor. Pero no logra dormirse del todo.

En parte, porque se despertó a las tres de la tarde, tras nueve horas de sueño. Levantarse a destiempo y volver a dormir enseguida no es lo suyo.

En parte, porque no paran de venir a su cabeza las imágenes de lo ocurrido en las últimas horas.

La cárcel.

La mujer.

El ascensor.

El pitido, que aún no ha acabado de extinguirse en sus oídos.

Y lo que sucedió después.

Había habido muchas explicaciones.

Demasiadas.

Primero, las que tuvieron que darle a la policía sobre el tiroteo. Las justas, pero bastante tensas. Las autoridades competentes se muestran extraordinariamente curiosas cuando se produce un intercambio de disparos con armas de alta potencia en un edificio repleto de militares. Incluso aunque nueve de cada diez estén retirados, y el resto recibiendo amenazantes folletos del IMSERSO, con títulos como «Tu tiempo se acaba», «Bienvenidos a la sala de espera de Dios». *Bueno, quizás no con esos títulos, pero parecidos*, piensa Jon, que teme a la vejez más que a los disparos.

Pero menos que a las bombas.

Haber pronunciado la palabra «explosivos» en un edificio lleno de militares tampoco ayudó a disminuir la curiosidad de la policía. Se habían presentado unos cuantos TEDAX, con menos imaginación que el señor White. Buscaron en todas partes menos debajo de la piel del inspector Gutiérrez, que, mientras tanto, esperaba envuelto en una manta y con un café razonablemente bueno en las manos. Mirando al infinito, o a su parte proporcional más cercana, que resultó ser un parterre en el patio central, cubierto de hortensias y glicinias. Estaban floreciendo, como suelen hacer a finales del invierno.

Jon se quedó allí, en una esquina, sin hablar, mientras a su alrededor la noche deliraba como un pájaro en llamas.

Al guardia de seguridad de la entrada lo atendían los sanitarios por el golpe en la cabeza que le había dado el intruso, dejándolo fuera de juego. Una docena de técnicos corrían como pollos sin cabeza, varios inspectores cabreados revoloteaban. Y Jon, mientras, dejando que Antonia se ocupase de las relaciones públicas. Nunca una buena idea, en circunstancias normales.

O en ninguna circunstancia.

Jon prestó poca atención a la conversación. O más bien es que le llegaba a través de un velo, como cuando estás sumergido en la bañera y alguien grita desde la habitación contigua. Asistió a los retazos que le llegaban con desapego, con esa indiferencia que te regala el universo cuando has sentido la muerte. No llamando a la puerta de tu casa, sino *okupándola*, empadronándose, cambiando las cerraduras y tirándote besos desde la ventana.

Hubo alguna palabra más alta que otra, miradas de extrañeza, y también algún comentario en voz baja —pero no lo suficiente— de «quién es esta gilipollas».

Luego llegó Mentor —y con él las llamadas de teléfono de gente importante —, y las preguntas desaparecieron. Con más reticencia que de costumbre, dado el lugar, la situación, y la cantidad de jubilados acostumbrados a mandar regimientos que daban instrucciones contradictorias asomados en pijama a las terrazas.

Finalmente, Mentor se acercó a él. Torció un poco el gesto al ver el estado en el que Jon se hallaba, y probablemente también al encontrarse lo bastante cerca como para olerle. Al inspector Gutiérrez le rodeaba una nube de sudor y adrenalina quemada. Dos olores nada agradables.

Al menos, Antonia nunca se quejaría de eso, pensó Jon, dándose cuenta de

que su trabajo no estaba exento de ventajas.

Hubo más explicaciones. Más breves, más auténticas. Antonia y Jon le acompañaron en el coche al cuartel de Reina Roja, se metieron bajo la ducha y se retiraron cada uno a una habitación. Hay un módulo especial con cuartos minúsculos donde poder dormir. No es que pudieras agitar a un gato sosteniéndole por la cola dentro de ellos, pero le había servido a Jon para descansar —con la ayuda de una inyección suministrada muy atentamente por la doctora Aguado, además de los antibióticos.

Se despertaron pasada la hora de comer.

Hubo una reunión.

Se intercambiaron algunas palabras.

Se dieron cuenta de lo jodidos que estaban.

—Resumiendo —dijo Mentor, tras un largo y hosco silencio—. No tenemos la identidad del asesino de Raquel Planas, porque el teléfono estaba destrozado. ¿Algo en la nube?

Aguado negó con la cabeza.

—No tenemos tampoco ni la más remota pista de por qué White os mandó a esclarecer este crimen —siguió Mentor.

Antonia negó con la cabeza.

—Hemos descartado por completo la posibilidad de que White esté relacionado con Víctor Blázquez —dijo Mentor—. Que es, por ahora, el único beneficiario de nuestros esfuerzos.

Jon negó con la cabeza.

Y fue al que más le costó.

Después de la confesión de la señora de Planas, ellos estaban obligados a actuar para cambiar la situación de Blázquez. Probablemente con una llamada a los inspectores que se encargaron del caso, en su día. Esto tendría un doble efecto. El primero, recordarles que habían llevado la investigación mal, basándose en prejuicios, y colocando a un inocente en la cárcel. El segundo, darles la oportunidad de enmendar su error, ya que serían ellos mismos quienes presentaran ante la Fiscalía sus nuevas «conclusiones». Lo cual causará vergüenza a muchos, agitación a muchos más, y, casi seguro, una condena de cárcel para la señora de Planas. De dos años justos, para que no pasase ni un día

en prisión. Ya que cualquier condena de dos años o menos, en España no se cumple.

Cierto, se habían enfrentado a un caso frío, de casi cuatro años de antigüedad. Algo que, en el mejor de los casos requería meses, un equipo enorme, recursos. Y que, en el peor, era imposible.

Ellos dos lo habían resuelto en seis horas.

Aun así…

No se sentía como una victoria en absoluto.

La justicia es verdad en movimiento, pensó Jon. *Y también el único juego donde todo el mundo pierde*.

—Y, no solo eso —añadió Mentor—, sino que, además, ha aparecido una tercera parte en esta historia. Un tirador misterioso, con experiencia en armas de fuego, y que lleva un rifle de asalto pesado. Del que no conocemos ni su identidad, ni sus motivaciones, ni su relación con White, ni por qué quería borraros del mapa. Y del que solo tenemos una descripción genérica.

—También tenemos las imágenes grabadas con los móviles desde las terrazas —apuntó Jon, siempre deseoso de ayudar.

—Cierto, cierto. Seis vídeos grabados por septuagenarios, que, dada la calidad de los teléfonos, las condiciones lumínicas y el pulso de los abuelos, nos han dado como resultado un maravilloso borrón —dijo Mentor, señalando a la pantalla de la sala de reuniones, donde se veía, efectivamente, un borrón.

—¿Tienen ustedes alguna novedad por aquí? —pregunta Jon.

—Absolutamente ninguna —responde Mentor, muy alto y muy deprisa, mirando a la doctora Aguado, que no abre la boca—. Seguimos sin tener ningún hilo del que tirar. Lo que nos deja, de nuevo, a merced de lo que White quiera ordenarnos. Y, como única estrategia, esperar.

—Once de cada doce veces es lo mejor que puede hacerse —dice Antonia, intentando que suene creíble una estadística que se ha sacado, evidentemente, del culo.

—Entonces, sospechosos cero, identificaciones cero, pistas cero. Está bien el resumen, ¿o me he perdido algo?

Antonia, Jon y la forense asintieron con la cabeza.

—Resumiendo aún más, que estamos bastante jodidos —concluyó Mentor.

Jon le había dado la razón entonces, y se la da ahora.

En el cuartel han procurado que las habitaciones, aunque escuetas —más bien camarotes, en ese lago de cemento que es la nave—, estén bien acondicionadas. El colchón, por ejemplo. Látex y viscoelástico, de los caros, igual que la almohada que le sostiene el cuello. De esas que se adaptan perfectamente a la forma de tu anatomía, reaccionando a tu peso y a tu calor corporal. Ajustándose a cada recoveco y a cada curva. Jon se pregunta si la almohada también registrará la zona de su cuello donde la bomba forma un pequeño saliente. El viscoelástico tiene efecto memoria, la impresión dejada permanece durante un rato antes de regresar a su forma original.

Jon se pregunta cuánto tiempo durará la memoria. Si ahora, por ejemplo, estallase la bomba. Si su cuello reventase, de dentro a fuera, y la fuerza de la explosión enviase trozos de metal y hueso a través de su bulbo raquídeo, matándole instantáneamente. ¿Dejaría antes de latir su corazón, de lo que durase el efecto memoria de la almohada? ¿Seguiría ahí su silueta cuando Antonia entrase en la habitación?

Jon imagina a dos sanitarios cargando su cuerpo en una camilla. Luego, un poco más realista, se imagina a tres. Cómo le levantan, arrastran el cadáver y lo llevan hasta el laboratorio de la doctora Aguado. El viaje es corto, apenas veinte metros. Allí, la forense examinará los restos de la explosión, hurgando en su cerebro, buscando desesperadamente una pista entre los fragmentos. Apartando los trozos de lo que, tan solo unos minutos antes, era Jon Gutiérrez. Conservando aún el calor al tacto.

Antonia lloraría, por supuesto. Y luego se remangaría, y se pondría a buscar venganza, sin solución de continuidad. O quizás le diese uno de esos chungos suyos, y se encerrase otros tres años en su ático.

Uno nunca sabe, con Antonia Scott.

Te puede salir por donde menos te lo esperas.

Como por ejemplo, aporreando la puerta de tu dormitorio, a las 03.26 de la madrugada.

Cuando abre, Antonia está delante de él, en bragas y sujetador, con la ropa colgando de una mano, las deportivas en la otra, y el móvil en la boca.

Jon se lo arrebata, al ver que trata de hablar.

—Ha llegado un mensaje —dice ella, cuando le libera los labios—. Hace medio minuto.

Jon mira la pantalla, mientras Antonia se viste a toda prisa en el pasillo.

CALLE DEL CISNE, 21.

—¿Dónde está esto?

—No lo sé —dice ella, peleando para abotonarse la camisa.

Jon procura dotar a la primera palabra que pronuncia a continuación de toda la malicia de la que es capaz, a esas horas y aún adormilado. Que es bastante.

—¿*Tú* no sabes una calle de Madrid, cari?

—Madrid tiene 9.187 calles, Jon. No puedo sabérmelas todas.

Antonia parpadea —tiene aún la marca de la almohada en la cara, el pelo revuelto, y el rostro caliente—, y hace una pausa valorativa, mientras mete las piernas en las perneras del pantalón.

—Quiero decir, *podría*. Pero no es el caso. ¡Búscala en Google!

Jon teclea en la aplicación.

—¿Se lo has dicho a Mentor?

—Le he reenviado el mensaje.

El mapa de la aplicación se abre, mientras la señal, en décimas de segundo se conecta al sistema de localización por satélite, ubica la posición del teléfono de Antonia y muestra el mapa de las cercanías del aeropuerto para, a continuación, marcar la distancia hasta la calle del Cisne, 21; y todo ello en menos tiempo del que se tarda en leer, por ejemplo, sesenta y ocho palabras.

—Enséñame —dice ella, abrochándose el cinturón.

Jon le da la vuelta al teléfono, mostrándole la localización. Ella lo mira, atenta, durante un segundo y medio.

Entonces, Jon comprende por qué Antonia ha hecho algo tan extraño como salir semidesnuda al pasillo y darle a él el teléfono para que busque la dirección. Lo comprende en el momento exacto en el que ella dice:

—Vístete, te espero en el coche.

Mientras corre, descalza, pero con suficiente ventaja.

Será hija de…

Lo que hicieron entonces

—No está lista para comenzar, doctor Nuno.

Al otro lado del cristal, la mujer, ajena a su futuro que consistirá en causar inmensas cantidades de dolor a muchas personas, pone todo su empeño en ordenar una serie de números en secuencias lógicas. Tiene unos electrodos colocados en el cráneo, está vestida solo con una bata de hospital.

—¿Cuánto tiempo lleva con el entrenamiento? —dice el médico, aunque lo sabe demasiado bien.

—Tanto ella como Scott han superado el tiempo recomendado. Pero no consigo que controle sus emociones. Es muy frustrante.

—¿Cómo ha reaccionado al compuesto?

El doctor Nuno alarga una mano sembrada de venas varicosas que parecen una tormenta de rayos púrpura y recoge el papel que le pasa Mentor.

—Los datos están muy bien. Son mejores aún que los de Scott.

—Y sin embargo no consigo estabilizarla. Las pastillas se han probado inútiles.

Nuno carraspea, respira hondo, y entonces Mentor intuye que viene discurso. No es la primera vez que siente una fuerte tentación de mandar a los de seguridad que le reduzcan, le lleven a un callejón oscuro y le hagan desaparecer discretamente. Podría hacerlo. Y nadie protestaría.

Sin embargo, Nuno se queda callado. Como si hubiera perdido el hilo de lo que iba a decir. O algo dentro de él le hubiera obligado a dejarlo dentro antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando lo recupera, algo ha cambiado en su voz. Ya no navega sobre un río de sarcasmo. Es una octava más baja. Hay más verdad en sus palabras. En contra de lo que cabría esperar, eso aún preocupa más a Mentor.

—Hace años participé en un experimento que cambió mi manera de ver el mundo. Lo que voy a contarle es del dominio público, puede encontrar el experimento con facilidad. Mis conclusiones personales… no.

Nuno se recuesta contra la pared, como si llevara encima el peso del mundo.

—Eran cincuenta sujetos del experimento, veintiocho hombres y veintidós mujeres. Les fijamos a la silla. No una atadura demasiado restrictiva, simplemente teníamos que obligarles a mirar la pantalla. Después les empezamos a reproducir un carrusel de imágenes. Tartas, bebés regordetes, cachorros lanudos. Debajo poníamos música feliz, perfecta. Louis Armstrong, una tal Katy Perry, cosas así, de los jóvenes. ¿Tiene uno de esos?

Mentor le alarga un cigarro. Nuno forma un tejadillo con las manos, tan tembloroso que Mentor tiene miedo de quemarle. El médico exhala el humo antes de continuar.

—Entre todas esas imágenes insertábamos material gráfico extremadamente violento. Cuerpos humanos desgarrados en un accidente de tráfico, fragmentos de asesinatos, llagas purulentas, deformidades faciales. La peor clase de carnicería y muerte que se pueda encontrar. Y créame, nos empleamos a fondo.

Hay algo en el tono de Nuno que hace que Mentor se estremezca. De alguna manera, el horror imaginado es siempre peor que el real. Lo cual se revela profético unos instantes después.

—Los sujetos mostraron señales de respuesta de estrés. Incremento en el ritmo cardíaco, presión sanguínea elevada, palmas sudorosas. Eso era lo esperable. Lo que no esperábamos era lo que sucedió a continuación.

El médico se queda mirando la punta del cigarro, que va consumiéndose lentamente. Sopla la ceniza, que cae al suelo, desvelando una brasa que colorea con tonos anaranjados su cara arrugada en la semipenumbra de la sala de control.

—Las imágenes se mostraban de forma aleatoria. Podía aparecer una imagen violenta cada quince imágenes positivas, cada seis, cada treinta. No había un patrón establecido.

—¿El algoritmo tampoco tenía en cuenta la reacción del sujeto? —pregunta Mentor.

—Aleatoriedad pura. Ruido blanco.

Nuno deja caer el cigarro al suelo de hormigón, y pone el pie encima. No lo aplasta, ni lo restriega contra el suelo. Simplemente deposita la suela encima, confiando en que la física haga su trabajo.

—Lo increíble fue que, al cabo de suficientes horas de exposición, algunos sujetos comenzaron a mostrar las señales de estrés *justo antes* de que se mostrara la imagen.

—Eso es imposible —dice Mentor—. De lo que me está hablando…

Nuno sacude la cabeza.

—No fue en un caso aislado. Fueron siete de los cincuenta. Dos hombres y cinco mujeres. Los siete manifestaron el mismo comportamiento. Idéntico. La respuesta anticipada se manifestaba el 84 por ciento de las veces.

—No puede ser, doctor. Eso sería como predecir el futuro.

—Eso, mi querido señor, es una tontería de enorme calibre. Dedica usted demasiado tiempo a esa bazofia llamada televisión. No, lo que ocurre en el cerebro de los sujetos es que sus capacidades cognitivas empezaban a verse potenciadas. Concretamente la intuición.

—La intuición puede funcionar si veo a una persona ladearse e intuyo que se va a caer por las escaleras. Pero esto…

—Pero ¿quién se cree? Usted no tiene ni la más remota idea de nada que tenga que ver con el cerebro, amigo —dice Nuno. Su acento portugués se vuelve más pronunciado y cantarín cuando se enfada, restándole potencia a la reprimenda—. Y yo, tampoco. Nadie la tiene.

Mentor deja reposar lo que acaba de escuchar durante unos instantes.

—¿Qué sucedió con el experimento?

—No se continuó.

—Pero…

—Lo que estábamos haciendo se consideró una violación de la ética. Estábamos modificando el cerebro de los participantes empleando el trauma. Muchos tuvieron pesadillas durante semanas.

Hay un silencio. Largo.

—Hubo amenazas —confiesa Nuno, en voz baja—. Se pronunciaron palabras de grueso calibre.

—¿Cómo de grueso?

—Tortura. Mengele. De ese calibre.

Y con razón, piensa Mentor, tragando saliva.

Ambos se vuelven hacia el cristal. En la sala, la mujer ha iniciado un nuevo ciclo de pruebas. Pero no consigue completar los ejercicios. Se pone en pie, se arranca los electrodos, camina en círculos, como un animal enjaulado.

—Scott es muy diferente a esta —dice Nuno—. Ambas tienen unas capacidades asombrosas. Pero son distintas. De ahí los métodos tan… particulares que he diseñado para ella.

Mentor, por fin, comprende lo que le está diciendo el doctor. La certeza no llega de golpe, como una cuchillada traicionera, o una puerta que te da en las narices. No, más bien se desvela poco a poco, como un objeto que palpas en la

oscuridad, intentando descubrir qué es durante horas, hasta que comprendes que estabas sosteniendo, literalmente, una mierda.

Lo único que este cabrón quería era experimentar con ella. Llevar a cabo lo que no pudo completar años atrás.

—Es usted un hijo de puta, Nuno.

—Por primera vez en todo el proyecto Reina Roja teníamos dos. Recambios. Merecía la pena probar —dice Nuno, encogiéndose de hombros. Cuando uno es tan viejo que ya no se le posan ni las moscas verdes, gana a cambio cierta indiferencia.

Mentor le mira, sin poder creer esa frialdad. A base de mirarle, consigue esperar algo remotamente parecido a una mirada de culpabilidad.

—Esta mujer tenía algo. Una configuración interna, que creí que serviría para protegerla.

—¿A qué se refiere?

—¿De verdad no lo ha visto? Fíjese bien en ella, Mentor. Mírela bien. Pero no la mire como lo ha hecho hasta ahora, como a un trozo de carne que usar para su propio triunfo. Usted y yo nos equivocamos, cada uno a nuestra manera. Y ahora tendrá que tomar una decisión.

Nuno abandona la sala.

Mentor se queda atrás, observando la colilla del cigarro que el médico había pisado. Un tenue hilo de humo apestoso aún se desprende del extremo ennegrecido.

Al final no se puede uno fiar de nada, piensa Mentor.

2
Una dirección

Jon consigue vestirse en un tiempo récord, y alcanzar el coche cuando Antonia aún está acabando de atarse las deportivas. Demasiado tarde. Ya se ha hecho con el volante. Y Jon ha sido lo bastante idiota como para dejar las llaves puestas.

—Conduciré con cuidado —le promete Antonia, con seriedad, al verle allí, plantado, probablemente decidiendo si la saca a rastras o no.

—¿Respetando el límite de velocidad? —precisa Jon, porque no es lo mismo.

—Respetando el límite de velocidad.

Jon la cree. Contra todo raciocinio. Inmediatamente. Se da cuenta, de forma extrañamente lúcida —mientras rodea el coche, abre la puerta del copiloto, se abrocha el cinturón— de que sus conexiones cerebrales se han ido recableando para confiar ciegamente en Antonia Scott. De la misma forma que su cuerpo lo ha hecho para protegerla. Parte de él rechaza, no sin motivo, ese servilismo incondicional. No sin motivo, pero tampoco con madurez. Hay algo infantil, minúsculo y egoísta, en rechazar el propio propósito.

Cierra la puerta del coche con fuerza para alejar ese pensamiento.

—¿No ha habido un segundo mensaje? —dice Jon, señalando el móvil de Antonia, que ha colocado en el salpicadero.

Para Jon, la pregunta más importante. Con el primero de los *encargos* de White, habían recibido una dirección de un lugar donde se había cometido un crimen con el primer mensaje, y un margen de tiempo con el segundo: seis horas.

Preguntar por un segundo mensaje es preguntar cuánto le queda.

Es posible que haya dos clases de personas en el mundo. Los que quieren saber con exactitud la hora de su muerte, y se sentirían exasperados por la necesidad de saber. Con un buen chuletón en el cuerpo, un par de cervezas y dando una palmada en la mesa, el inspector Gutiérrez hubiera respondido, sin dudar un momento, que pertenecía a esa primera categoría. De sus cien kilos de

peso, noventa y ocho son de chicarrón del norte. De bañarse en pelotas en la ría en pleno invierno, levantar piedras y partirle el alma a cualquiera que se le ocurra mentarle a la *amatxo*.

Pero.

A lo mejor, un dos por ciento, acurrucado en la cama con el relajo postcoital, se pensaría dos veces esa afirmación. Pensaría que es mejor no saber, desmintiendo al chicarrón del norte.

—Solo el primer mensaje —responde Antonia, arrancando el coche.

Jon descubre que no tener que poner una cuenta atrás, no ver los numeritos haciéndose cada vez más pequeños, le produce un considerable alivio.

Tener una bomba atornillada bajo la piel es fantástico para el descubrimiento interior, piensa Jon, anotando mentalmente que debe expresarle su agradecimiento al señor White a la primera ocasión que se le presente.

De todas formas —que Bilbao es Bilbao, y los polis son polis—, el que contesta es el chicarrón del norte, exasperado.

—Pues qué bien. ¿Sabemos al menos ya qué es lo que tenemos?

—No, aún no. Mentor está en ello. Pero cuando lo averigüe, quiero llevar la delantera.

Hay algo en la manera que ha tenido de pronunciar esa frase que le chirría a Jon.

No por sí solo, sino porque vibra en la misma frecuencia que la conversación que tuvo al teléfono con White. Jon no la captó entera. Su inglés no es muy fuerte, las series las ve dobladas. Pero captó lo suficiente. Un *both* —ambas— que lleva rondándole por la cabeza desde la noche anterior.

—Esto no es más que un juego para ti, ¿verdad?

—¿Eso es lo que crees?

—Creo que estás disfrutando con esto. Aunque no quieras reconocértelo a ti misma. Pero creo que estás disfrutando.

En crudo y por derecho, suena obsceno. Por mucho que haya intentado evitarlo Jon. Pero es la verdad, está ahí, está dicha.

Tengo derecho a estar enfadado, joder.

Y, si es así, ¿por qué demonios me siento tan mal?

Antonia hace una de sus pausas valorativas, en lo que alcanzan la avenida de Logroño, y luego otra y luego otra, y cuando finalmente parece que va a decidirse a hablar, suena el teléfono.

La voz de Mentor se abre paso a través del manos libres del coche.

—Ya tengo la información. En Cisne, 21, hay una vivienda unifamiliar. Los datos del catastro indican que un matrimonio compró el terreno y edificó un chalet en autopromoción hace diez años.

No añade nada más.

—¿Y? —pregunta Jon.

—Y eso es todo —dice Mentor—. No tengo nada en esa dirección.

—¿Y en esa calle?

—Lo he comprobado, también. El registro más cercano de un crimen mayor es un asesinato-suicidio, una pareja de ancianos, en los años noventa.

—¿Distancia?

—Seis manzanas.

Jon menea la cabeza. Parece demasiado lejos —en el tiempo y en el espacio — para tratarse de un error.

De pronto cae en la cuenta, abriendo mucho los ojos, de lo que está ocurriendo. De por qué aún no han recibido el mensaje con la cuenta atrás.

Antonia tiene esa expresión que Jon ha visto antes y ha aprendido a reconocer. Los ojos vidriosos, la mandíbula tensa. Esa expresión que indica que su cerebro está trabajando a más revoluciones de lo normal.

Y que ha llegado a la misma conclusión que él, pero unos segundos antes. Por eso mantiene el coche aún a 120 kilómetros por hora, y se queda mirándole, esperando a que la libere de su promesa.

Porque en la calle Cisne, 21, no se ha cometido ningún crimen.

Aún.

—Tú dirás —dice Antonia, poniendo la mano en la palanca de cambios.

Jon se agarra fuerte a las manijas de acero y asiente con la cabeza, por toda respuesta.

—Mentor —dice Antonia—, avisa a la Policía Nacional que envíen un zeta a Cisne, 21, con la sirena puesta. Nosotros vamos de camino.

—¿Por qué deberí…?

Jon interrumpe la llamada, para reducir las distracciones innecesarias.

Antonia respira hondo, cuenta de diez a uno hacia atrás. Parece sentarse más recta, con los hombros más altos. Y sus ojos ya no están vidriosos, sino que se han convertido en dos rayos láser. Mete la sexta marcha, y aprieta el acelerador al máximo, arrancando un bramido exaltado del motor V8. Al igual que ella, parecía estar esperando su momento para soltar todo su potencial.

A esa hora la autovía tiene poco tráfico.

Aun así, a 180 kilómetros por hora y subiendo, los pocos que hay parecen obstáculos inmóviles, muros contra los que estrellarse.

—Seis minutos.

Jon no tiene la prodigiosa habilidad de cálculo de Antonia, pero sabe que eso es mucho.

—Estamos a veintiún kilómetros, cari.

—Exacto —dice ella, pegando un volantazo para esquivar a un camión que parece haber surgido de la nada (en realidad, del carril de incorporación), y acelerando un poco más, hasta que el indicador rebasa los doscientos kilómetros por hora.

La noche anterior, Jon no vio pasar su propia vida ante sus ojos. *A Dios gracias*, piensa, *que bastante malo es morirse, como encima hacerlo viendo cine español*. El terror que le había producido la inmediatez de la muerte había sido distinto. Una especie de oscuridad, de túnel. No solo el cuerpo había dejado de responderle, también sus ojos. Apenas podía registrar nada de lo que ocurría.

El pánico que siente ahora, con los nudillos blancos por el esfuerzo de agarrarse a las manijas, y los pies muy afianzados en el suelo del coche, es bien distinto. Ahora todo lo que ve a su alrededor —las farolas, los demás vehículos, el quitamiedos tan parecido a aquel que Antonia había atravesado hace unos meses— le parece una amenaza.

Reconocer las distintas clases de miedo. Otra de las pequeñas experiencias que le debo al señor White.

—Ahora en qué estoy, ¿en la fase del miedo?

—¿De qué hablas? —dice Antonia, que no aparta los ojos de la carretera.

—De la doctora Kubrick esa. Las fases del duelo. Negación, miedo, todo ese rollo.

—Kübler-Ross. Para tu información, esa teoría está bastante en entredicho.

Jon contiene una carcajada de asombro.

No me lo puedo creer. Una broma doble, aunque sea involuntaria. Ni puta gracia ninguna de las dos, pero aun así, demos gracias al cielo por las pequeñas victorias.

—A lo mejor vivo suficiente para que me hagas reír, cari.

Aunque, visto lo visto, piensa, cuando el coche pasa a tan solo unos milímetros de un Golf que parece clavado al asfalto, *lo dudo mucho*.

Nueve minutos antes

La felicidad está en las cosas pequeñas.

Eso es, al menos, lo que proclama la taza, regalo de una compañera de trabajo por su cumpleaños, hace un par de semanas. Aura reflexiona sobre ello, mientras le da un sorbo a su infusión. Es la sexta que le regala. Según ella, irónicamente.

Esa taza —obstinarse en acabarla— va a salvarle la vida a Aura esta noche, aunque ella aún no lo sepa.

Aura tiende a dejarse las tazas olvidadas junto al microondas, en una esquina de la mesa del salón, y en varios puntos estratégicos por la casa. Por las mañanas suele dedicar unos minutos a ir en busca y captura de esos testimonios de su despiste, en varios estados de abandono. Tres cuartos, mitad, y, muy a menudo, para su vergüenza, completamente llenas.

La idea es recogerlas y vaciarlas antes de que llegue la asistenta y se lo recrimine con una sonrisa despiadada y un «Ay, señora», que a Aura le genera una profunda incomodidad.

Tras la búsqueda suele formarse un pequeño campo de concentración junto al fregadero. Las tazas —con sus mensajes motivadores en colores pastel, parcialmente tapados por el hilo del que cuelga el papel con la marca y el tipo de infusión— le recuerdan a una rueda de identificación de esas que salen en las películas, en las que el prisionero sostiene un cartel con numeritos.

La felicidad está en las cosas pequeñas.

Esa noche, la felicidad está en la novela, que la mantiene despierta hasta muy tarde —necesita llegar al clímax— y en un rooibos que se está empeñando en tomar, a pesar de que se ha quedado frío. Al contrario que ella. Como siempre, antes de que le baje la regla, el cuerpo le reclama necesidades perentorias. Jaume no ha sido de mucha ayuda hoy. Ha llegado muy cansado de la oficina, y después de cenar se ha quedado grogui en el sofá. A duras penas ha logrado reunir fuerzas para alcanzar la cama y ponerse el pijama antes de desplomarse.

Los ocho años de diferencia —ella cuarenta y tres, él cincuenta y uno— ya se empiezan a notar. Aún le funciona todo en los sitios adecuados, pero ya

empieza a notarse cierta desgana, una incipiente blandura.

Aura se pregunta cuánto tiempo queda antes de que empiecen a dormir en camas separadas. Se siguen queriendo —la masa crítica de dieciséis años de matrimonio, una hipoteca, dos preciosas niñas— y son razonablemente felices. A ratos, bastante. Aura no es capaz de identificar ni un solo motivo por el que no permanecer al lado de ese hombre que ronca a su lado, tapado con el edredón, durante el resto de su vida. Su matrimonio no es perfecto —¿cuál lo es?—, pero las amenazas suelen ser externas. Rachas malas en el trabajo, en la familia extendida, o porque el mundo se pone del revés, simplemente. Pero ellos se quieren, y eso es más de lo que tienen muchos.

Lo cual, sin embargo, no soluciona el problema inmediato de Aura, y es que está —por citar a su amiga Mónica— cachonda como una perra. Mónica tiene tres hijos, cero maridos, y una libido de lo más saludable. Fue ella precisamente la que le regaló el juguete que ahora mismo necesita.

—Soluciona todos tus problemas. Treinta segundos. Pim, pam, y a otra cosa.

Al principio, a Aura le había dado una cierta vergüenza. Nunca ha sido demasiado pacata con respecto al sexo. Lo normal en una familia tirando a conservadora, pero con ínfulas de modernidad. De colegio privado, pero conversaciones en los cuartos de baño. De ahí a que te regalen un Satisfyer por tu cumpleaños, en mitad de un rodizio —¡barra libre de caipiriñas, 45,95!—, pues hay una cierta distancia.

Al abrir el paquete, y ver lo que era, volvió a taparlo enseguida, con un leve rubor en las mejillas. Pero las otras cinco invitadas —dos compañeras de trabajo, una prima, la hermana de Aura— enseguida lo reconocieron y se pusieron a glosar las bondades del aparato con una alegría y una naturalidad desconcertantes. Aura sintió por un momento, con un ramalazo de frustración, que se había quedado un poco antigua. Así que ahora se *podía* hablar de eso. Para defenderse, dijo que, por la descripción, parecía una aspiradora.

Aun así, lo metió en la bolsa y se olvidó de él. Hasta que, un par de días después, en una mañana de sábado —las niñas en clase de tenis, Jaume jugando al golf— el regalo volvió a su cabeza. Ella se dio una ducha, y al aparato una oportunidad. Lo aplicó en el lugar apropiado, con cierta desilusión durante los primeros veinte segundos. Y, de pronto, *oooh*, fuegos artificiales.

No es que el invento la volviese loca —en su mente se estableció al instante la comparativa entre una paella de bogavante y un arroz instantáneo—, pero Aura es gestora de fondos de inversión en banca privada, con una rentabilidad

media interanual para sus clientes del 8,32 por ciento. Sabe muy bien reconocer el valor añadido cuando lo tiene delante.

Lo que nos lleva al siguiente problema. Y es que el dichoso cacharro no está, precisamente, a mano. Lo había guardado en su bolsa de gimnasio, en el baño de la planta baja, a salvo de miradas indiscretas. Por desgracia, también a un paseo.

Por un momento, Aura se plantea dejarlo correr —*jajá*, se ríe ella sola, por dentro—. Por no desvelarse. Porque se está a gustito en la cama, bajo el hechizo de Dan Brown. Si es su autor favorito es porque lleva dos décadas publicando una y otra vez la misma novela. Aura gana cada año un bonus de seis cifras precisamente porque sabe reconocer el valor añadido en lo predecible.

Pero la urgencia acaba imponiéndose.

La felicidad está en las cosas pequeñas, con batería de litio, se dice para animarse.

La mejor decisión que tomará en su vida, cortesía de *Mr*. Wonderful. Chúpate esa, realidad.

Aura desliza un pie fuera de la cama, con cuidado de no despertar a su marido. Nota un escalofrío cuando su pulgar desnudo busca a tientas las zapatillas. El suelo radiante está programado para bajar el consumo energético de noche. No consigue encontrarlas, y le da pereza agacharse debajo de la cama, así que decide ir descalza.

La segunda mejor decisión que tomará en su vida, cortesía de la vaguería. Chúpate esa, voluntarismo.

Aura sale de la habitación, pasa por delante de las de las niñas, y alcanza la escalera. Es el orgullo de la casa. Preciosos escalones volados de cebrano, una madera muy llamativa y cara de importar, *algo menos si se usa algún truqui*, le había dicho el carpintero. El *truqui* consistía en pagar en efectivo, sin molestas facturas. Aura y Jaume, gracias al truqui, se pudieron permitir una preciosa escalera, muy firme, con una madera noble muy hermosa. *Y no cruje nada*, añadió el carpintero.

La tercera mejor decisión de su vida, cortesía de la evasión fiscal. Chúpate esa, responsabilidad.

Aura está a mitad de la escalera cuando se da cuenta de que algo sucede.

Algo malo.

Hay una diferencia importante entre las personas que viven en un piso y los que viven en una casa. Los primeros desarrollan un sentimiento de cercanía, de familiaridad. Tienen gente arriba, abajo y a los lados. Probablemente, también

enfrente. Sus rutinas, sus movimientos, tienen eso en cuenta. También sus percepciones.

Aura ha vivido siempre en una casa. La de sus padres, primero; esta, después. Dieciséis años viviendo en un lugar te habilitan una serie de certezas. De sentido del espacio. La temperatura, la luz, la distancia a las paredes. Son una extensión de ella.

No llega a oír nada. En las películas, siempre hay un chirrido, un golpe en el piso de arriba, el teléfono que suena y te pregunta si sabes cómo están los niños —¡*desde dentro de la casa*!

Aura sabe que hay algo que no va bien. Nota en los tobillos desnudos una suave corriente de aire que no debería estar ahí. Porque viene de la puerta del jardín, una puerta que ella se ha asegurado de cerrar personalmente. Como cada noche, desde hace dieciséis años. De lo contrario, no puede dormir.

Retrocede, despacio, por las escaleras. Poco a poco. Sin arrancar ni un solo crujido de la madera (¡*truqui*!) en su camino de vuelta al dormitorio principal.

Parte de ella (*la parte racional, civilizada, la parte seria*) le dice que no sea histérica, que seguramente se haya olvidado de cerrar la puerta, que no ha saltado la alarma del jardín ni la de las puertas, que está sugestionada por tantas novelas de misterio, que se vuelva a la cama.

La otra parte es la que aporrea el hombro de Jaume hasta que este se despierta, sobresaltado.

—Que pa…

Aura le pone la mano en la boca, mientras se lleva un dedo a los labios. Durante unos instantes, Jaume piensa que Aura le ha despertado para pedirle sexo —puede verlo en sus ojos, la lujuria, a través del sueño—. Aura está demasiado asustada como para colocar eso demasiado arriba en su bandeja de entrada mental. Es vagamente consciente de que han entrado un par de archivos, pero se quedan sepultados bajo el que pone, en letras rojas y en mayúsculas HAY UN INTRUSO EN NUESTRA CASA.

Aura forma una versión de ese mensaje con los labios y con los gestos, hasta que Jaume parpadea, y reacciona enseguida apartando el edredón y bajándose de la cama. Se dirige al vestidor y rebusca hasta encontrar un viejo palo de golf, que lleva ahí una década, por si acaso. Para un momento como este.

En pijama, con su barriga algo más que incipiente, y unas entradas pronunciadas, con el palo de golf en la mano, desde fuera podría parecer

ridículo. Aura tiene una opinión propia. Siente un ardor muy concreto, fruto del miedo, de la adrenalina y de su estado hormonal. Y se dice a sí misma que en cuanto pase esta falsa alarma piensa follarse a su marido como si lo fueran a prohibir.

Jaume avanza por el pasillo con el palo en ristre, seguido de Aura, que, en un claro reflejo del siglo XXI, ha agarrado su teléfono móvil. Piensa llamar a Emergencias a la mínima señal de peligro. No antes. Aura sigue temiendo, por encima de todo, hacer el ridículo. Un miedo que viene de muy atrás, de su educación conservadora, de ser la hermana de en medio. Poco importa.

Quizás si hubiese llamado inmediatamente al 112 el resultado hubiese sido diferente.

Es difícil saberlo. Y eso es lo jodido.

El intruso aparece en lo alto de la escalera, una sombra vestida de negro. No le han escuchado llegar. Es lo malo de la madera que no hace ruido, que no discrimina a los hombres armados que invaden tu hogar.

Jaume reacciona por puro instinto, dando un grito y lanzando un golpe con el palo de golf que alcanza al intruso en el hombro. Una vez, dos. El intruso suelta un grito de dolor y de sorpresa y alza el brazo para protegerse del tercer golpe, justo cuando Jaume lo está descargando. El palo de golf se parte en dos cerca del cabezal, que cae rodando y desaparece en un hueco entre los peldaños de la escalera.

No existe una fórmula matemática para expresar la valentía, ninguna clase de ecuación del tipo *inventario más atrevimiento multiplicado por inconsciencia, igual a equis*. Pero, si existiera, una de sus variables habría cambiado por completo. Una cosa es salir al pasillo de la planta superior de casa armado con un palo de golf para investigar una posible intrusión. Otra muy distinta es hacer frente a un asaltante armado con un cuchillo de caza, mientras tú sostienes un trozo de aluminio y plástico.

Jaume retrocede, empujando a Aura, que está detrás de él, pulsando el botón de llamada a Emergencias.

—¿Qué es lo que quiere? ¡Váyase de nuestra casa! —grita Jaume, con la voz chillona y aguda, quebrada por el pánico. Escucha detrás de él cómo Aura está dándole su dirección a la operadora, pero lo que de verdad le gustaría es que saliese corriendo (y él con ella) y que los dos se encerraran en el baño. Pero

ahora mismo sus cuerpos son lo único que se interpone entre el intruso y las habitaciones de sus hijas.

—He llamado a la policía —dice Aura, con tono triunfal, alzando el teléfono. Como si pudiera servir de barrera protectora contra todo mal el invocar el nombre de la Autoridad Suprema, que pone a los malvados en su sitio, que es fuera de las casas de la Gente Buena Con Trabajo y Que Paga Sus Impuestos Casi Siempre.

El conjuro no parece hacer mella alguna en el intruso, que da un paso hacia ellos, masajeándose el hombro donde ha golpeado Jaume con la mano derecha. La izquierda es la que sostiene el cuchillo, que puede ser con diferencia la visión más horrible que ha contemplado Jaume nunca. Un trozo de metal serrado en las proximidades del mango, curvado y puntiagudo en el extremo contrario de la hoja.

Jaume está seguro de haber visto uno así antes. Una imagen cruza su mente. Él mismo, sentado en el suelo del salón de sus padres, merendando un bocadillo de mantequilla con azúcar, extasiado ante la visión de un héroe musculoso, de torso desnudo, que clava un cuchillo igualito a ese en uno de los malvados soldados del vietcong. Todos los niños de su colegio querían un cuchillo como aquel, y sus padres le regalaron uno, justo a tiempo para que lo luciera en una excursión del colegio. Aquel cuchillo, sin embargo, era una imitación barata, plasticurrienta, que acabó en la basura enseguida.

Lo que tiene enfrente es real. Es lo más real que ha visto nunca.

El desconocido no habla, no abre la boca, tan solo avanza un paso, y luego otro, hasta que su rostro queda iluminado por la escasa luz que emana del flexo de lectura de Aura, que se ha quedado encendido.

—No. Tú… ¿Por qué?

El intruso no contesta, solo echa para atrás el brazo para ganar impulso y lanza una cuchillada que Jaume esquiva por poco. Al hacerlo, su cadera golpea a Aura, que cae al suelo. El móvil se le escapa de la mano, pero apenas se da cuenta. Lo único que le preocupa ahora es apartarse de las dos figuras que se han enzarzado en una pelea en mitad del pasillo.

Jaume es alto y tiene cierta fuerza, pero incluso Aura —que toda la acción que ha visto es en las películas, sin hacer nunca demasiado caso— puede ver que no es rival para el hombre del cuchillo. El desenlace es inevitable, para lo único que servirá la resistencia de su marido será para ocasionar un breve retraso.

Ahora mismo, Aura daría todo lo que posee por unos segundos de tiempo. La

casa, los coches, las tarjetas de crédito. Todo por unos segundos más, hasta que llegue la policía.

Jaume tiene agarrado el brazo del intruso, pero no dura mucho. Este le golpea en la cabeza, luego en el cuello, y finalmente logra liberar el brazo del cuchillo. Se lo clava en el estómago, lo saca y lo vuelve a clavar.

La resistencia de Jaume termina en ese momento. Aura contempla con horror cómo su marido empieza a vomitar sangre —no, no vomitar, sino más bien *derramar* sangre por la boca, como si la tuviese llena y no pudiese contener más —. Se deja caer sobre las rodillas, y su cuerpo se sacude, tiembla, al chocar contra el suelo. Hay un sonido de huesos rotos que trae a Aura imágenes de traumatólogos. Muletas. Una escayola blanca, inmaculada, que sus hijas dedicarán un buen rato a llenar de garabatos.

En otra vida, en otro universo.

Mientras su marido se desploma en el parquet, entre los últimos estertores de la muerte, lo único que logra pensar Aura es en qué poco tiempo ha durado. Qué poco tiempo ha logrado comprarles, a ella y a las niñas.

El intruso —*ahora asesino, es un asesino*, piensa Aura— no deja nada al azar. Agarra a Jaume del pelo, con una mano enguantada, y tira hacia arriba para alzarle, exponiendo su garganta. Coloca el filo del cuchillo debajo de la oreja derecha, y traza un semicírculo hasta la izquierda. Continúa sosteniendo la cabeza de Jaume hasta que se asegura que el corte es lo bastante preciso y después simplemente abre los dedos, dejándolo caer de nuevo, delegando en la gravedad y en la física el final del trabajo.

No grites. No grites. No grites. Las niñas no pueden ver esto, las niñas no pueden verlo, no pueden asomarse, no pueden, no pueden, no lo permitas. No.

Aura trata de incorporarse. Tiene los brazos extendidos, cubriendo el espacio de pared que hay entre la puerta de cada una de sus hijas. Por un momento, se imagina abriendo la puerta y entrando en uno de los dos dormitorios para proteger a una de las dos. Pero eso significaría abandonar a la otra a su suerte. La tentación es enorme, inmensa, arrebatadora.

Aura ha conocido muchos tirones en su vida. El tirón del sexo (sin dramas), el tirón del dinero (sin prejuicios) y el tirón de las drogas (sin excesos). Todos, más o menos pasajeros. Por encima de todos ellos, el más incómodo y más presente, el indomable, el tirón de la comida (el más pecaminoso, el que comparte, le consta, con todas sus amigas).

Pero todos ellos juntos palidecen ante el deseo absolutamente irrefrenable,

imperioso y brutal de abrir esas dos puertas. Al otro lado de los diez centímetros de muro, sus hijas duermen en sus camas. Cómodas. Tranquilas. Sus cuerpos, pequeños y frágiles, cubiertos por el edredón, la luz de compañía de Amanda encendida, la de Patricia ya no, porque es mayor. Su pelo conservará aún el olor a champú del baño, tendrán la boca entreabierta, y los labios brillantes.

Aura necesita entrar en esas habitaciones a protegerlas, a abrazarlas. Lo necesita como no ha necesitado nunca nada, jamás en su vida. Pero no puede hacerlo. No puede, porque hay dos puertas. Elegir es imposible, así que se queda parada entre ambas, con los brazos en cruz y la espalda apoyada en la pared, impulsándose con los talones para incorporarse. En un último y patético intento de que su cuerpo sirva de escudo, sirva para comprar unos pocos segundos más antes de que llegue la policía.

El intruso alza el rostro y mira a Aura.

Da un paso por encima del cuerpo de Jaume, y se acerca a ella. Está a menos de medio metro. Sus ojos azules, líquidos, miran a las puertas —con los nombres de las niñas escritos con letras de madera pegada, de esas que venden en el Tiger a un euro y medio cada una— y luego miran de nuevo a Aura.

Levanta una mano enguantada y se la lleva a los labios, sin hablar. Y luego señala a una puerta, y a la otra, y por último, a sus ojos.

Aura comprende.

Aura asiente.

Cierra los ojos muy fuerte, y aprieta los dientes. Cuando el cuchillo se hunde en su estómago, Aura contiene el aullido en su interior

(*nogritesnogritesnogrites*)

diciéndose que ese dolor es la salvación de sus hijas, es la felicidad, es el tiempo, es Patricia recogiendo el diploma de graduación, es Amanda consiguiendo el trabajo de su vida, puede verlas a ambas, años en el futuro, siendo felices, a cambio de renunciar a un último abrazo, a cambio de entregar su vida en silencio, sin emitir un solo sonido, sin despertarlas, a cambio de ese dolor, ese dolor es

(insoportable)

vida, aguanta, aguanta, aguanta…

Es justo antes de que todo se vuelva negro, cuando escucha las sirenas.

3
Un lego

El Audi llega a la calle Cisne, 21, sorprendentemente intacto.

Es un milagro navideño, piensa Jon, a golpe de marzo.

—Cari, como sigas así van a acabar devolviéndote puntos del carnet.

—¿Qué carnet?

Jon se queda mirando a Antonia, descubre que habla completamente en serio, y respira hondo, hondo, hondo, para tranquilizarse antes de hablar.

No llega a hacerlo, porque Mentor —que tiene este don— interrumpe con una llamada.

—Acaba de saltar una alarma en Emergencias justo en vuestra posición —dice.

—¿Has mandado una unidad?

—Cuando me lo dijisteis. Tiene que estar a punto de llegar.

—Pues pide también una ambulancia —ordena, sombría.

Antonia cuelga, y salen del coche. En el exterior del chalet, todo parece tranquilo. Es una casa de estilo moderno. Paredes en blanco, acero corten, cubierta plana. Una valla exterior en piedra y aluminio, una puerta de acceso a la finca.

Intacta.

—¿Qué hacemos? —dice Antonia.

El inspector Gutiérrez duda. La siguiente decisión es un debate antiguo entre las fuerzas del orden en casos como este. Si entrar a gritos o entrar de puntillas. El sospechoso puede estar dentro, y si anuncian su presencia, podría hacerle daño a los dueños.

Además, ya hemos tenido bastantes emociones últimamente, piensa Jon. *Lo último que me apetece es avisar de que voy a entrar a alguien que está armado.*

—Despacito.

—Haz los honores, entonces —pide Antonia, señalando la cerradura.

Jon vuelve al coche, saca de la guantera su viejo estuche con las ganzúas y otra cosa. Regresa junto a su compañera, que le alumbra con la linterna del móvil mientras Jon ejercita las habilidades que le enseñó el Luismi, hace ocho o nueve años, una tarde. *Las cerraduras de finca son una perita en dulce*, decía el Luismi. *Y como sean de resbalón, ni te cuento. Con mirarlas se abren, con mirarlas*.

Esta es de resbalón, pero Jon no es el Luismi, así que le lleva buena parte de un minuto el abrirla. Por un momento encoge el estómago, pensando que al hacerlo saltaría la alarma del exterior. Justo debajo del telefonillo ha visto la placa de Securitas Direct.

—Ni alarma, ni alarmo —dice Jon, mirando a Antonia, que estaba esperando el mismo resultado.

—No parece de los que pongan la placa de adorno —responde ella, arrugando la frente.

—Toma —dice Jon, alargándole la otra cosa que acaba de sacar de la guantera.

Es la funda de la Sig Sauer P290 «de Antonia». El entrecomillado es porque, oficialmente, es suya, pero, según ella, no. *No va a ser mía, cari, esta cosa pequeñaja, si no me da para meter ni el dedo, cógela. Que no la quiero, cógela tú*, y así todo el rato.

—No es imprescindible.

—Cógela, o no entras.

Antonia acepta, de mala gana, sabiendo que lo siguiente que hará será ir al maletero y calzarle el chaleco antibalas. Para disuadirle de esto último aprieta el paso hacia la casa, entre los juramentos en voz baja de Jon. Que tiene que conformarse con que al menos vaya armada. Sin más luz que la de la luna, y la distante de las farolas, se agradece que los dueños hayan puesto las placas de granito de color blanco, aunque solo sean veinte metros.

Se detiene en el metro trece.

La fachada está salpicada de enormes cristaleras de tres metros de alto, que conectan visualmente el jardín delantero con el salón. Una de las cristaleras es una puerta.

Abierta.

A lo lejos, se escucha una sirena de policía.

A la mierda el sigilo, piensa Jon.

—Esperemos —le susurra a Antonia.

Antonia le hace un gesto afirmativo.

En esta circunstancia, perdido el elemento sorpresa, lo mejor es aguardar un minuto o dos y contar con el apoyo de los agentes. Lo dicen todos los manuales. Cambiar la sorpresa por la superioridad numérica.

Entonces mira al suelo. Y allí, junto al riel de la puerta, ve algo que le llama la atención. Se agacha a por ello.

Es un trozo de plástico inyectado, de color amarillo. En un costado tiene una pegatina medio arrancada. En la parte superior hay cuatro circunferencias. En cada una de ellas pone LEGO.

Hace unos meses, para Navidad, Jon había acompañado a Antonia a Sarasús, una juguetería cerca de su casa, para que le comprara un regalo de Navidad a su hijo Jorge. El dependiente les había explicado todo lo que tenían que saber sobre Lego y su serie Duplo. Con piezas el doble de grandes que las normales para evitar el atragantamiento. Edad recomendada, de uno a cinco años.

Nadie les había dicho que hubiese niños pequeños en la casa.

Antonia deja caer la pieza en el césped y se lanza de cabeza al interior.

A la mierda la sensatez, piensa Jon.

No queda sino seguirla. Camina muy despacio, intentando no tropezar con nada. Jon saca su linterna táctica del bolsillo de la chaqueta, y alumbra por delante de ambos.

Hay algo muy inquietante en entrar en una casa que no es tuya, en mitad de la noche, sabiendo que te enfrentas a un agresor potencial. Cada sombra se convierte en una amenaza, cada ángulo en un arma esgrimida contra ti, cada retrato en las paredes es un rostro que te observa con la codicia del ladrón, el deseo del violador o el apetito del monstruo. Jon contiene el aliento, sin darse cuenta. Pisa distinto, apoyando el exterior del pie en lugar del talón. También está atento a cada roce, a cada susurro.

Entonces suena un ruido en el piso de arriba.

Un golpe, unos cristales rotos.

Jon alcanza a Antonia y le obliga a situarse detrás de él, casi tirando de ella, antes de que suba corriendo por las escaleras. Que son, Jon se da cuenta, muy bonitas. Con mucho gusto. Y crujen muy poco, piensa, cuando apoya el pie en el primer escalón.

Hay diecisiete, en total.

La sangre comienza en el catorce, tiñéndolo casi por completo. Se escurre sobre el trece antes de salpicar ligeramente el doce, y gotear hacia el suelo del

salón.

El inspector Gutiérrez no tiene más remedio que pisar la sangre. Es imposible evitarlo. Tiene que pasar por esos escalones, apoyarse en ellos para poder asomarse y comprobar que el pasillo está despejado.

No lo está. El cadáver de un hombre es lo que chorrea sangre sobre las escaleras. Un poco más allá, una mujer está desplomada en el suelo, con una herida en el vientre.

Entonces escucha el gorgoteo.

Antonia pasa a su lado como una exhalación, se acerca a la mujer y la tumba boca arriba, al tiempo que comienza a apretar sobre la herida.

—¿Está viva? —susurra Jon.

—Por poco.

Jon rebasa la posición de Antonia y sigue avanzando. Por el pasillo. Hay luz en el dormitorio, que recorta un triángulo difuso de luz, en el que se pueden ver unas huellas rojizas. Jon no necesita a una experta en salpicaduras de sangre como Antonia Scott para descifrar la dirección en la que ha huido el asesino.

Antonia le hace un gesto en esa dirección, pese a todo. Y luego intenta como buenamente puede taponar la herida de la mujer, que parece completamente ida. Sus ojos están vacíos, pero sigue respirando.

Jon regresa, al poco tiempo, con malas noticias.

—Ha roto uno de los cristales y ha saltado al jardín de atrás. Le diré a los agentes que…

Antonia sacude la cabeza, y le hace un gesto de que baje la voz.

—No vas a hacer nada de eso. Llama a Mentor y dile que ordene a los agentes que no entren. Bastante hemos contaminado la escena ya. Que suban solo los sanitarios.

El sonido de la sirena de la policía ya les ha alcanzado y se ha detenido. Afuera se escuchan las voces de los agentes, la radio. Y más lejos, la sirena del SAMUR. Con su sonido más urgente, perentorio y quejicoso que las de sus compañeros.

—Aguanta —dice Antonia, en voz baja.

Jon, mientras, se encarga de cumplir las órdenes de Antonia. Cuando acaba, se cerciora de que las niñas estén bien. Se limita a abrir una rendija de ambas puertas. Las habitaciones están intactas, y las niñas parecen dormir con normalidad, ajenas a que, cuando despierten, lo harán a un mundo que no se parecerá en nada al suyo. Que despertarán a una pesadilla.

Son pequeñas, piensa Jon. *Saldrán de esta. Pero a qué precio.*

Cuando aparecen los sanitarios, Antonia les deja espacio para que hagan su trabajo. Mientras intentan estabilizar a la mujer, ella se acerca a Jon. Tiene las manos empapadas de sangre, la camiseta, incluso el pantalón.

—Me dijo que lo iba a pagar. Con intereses —recita Antonia, con la voz fría y la mirada gélida.

Una mirada que da miedo.

—¿Cómo sabes que…?

—Me ha mandado un mensaje. Cuando entrábamos. Tenía el móvil en silencio, pero he visto la notificación en el reloj.

Se estira de la manga —qué más da, la chaqueta está arruinada— y le muestra la muñeca.

TIENES SEIS HORAS.
W.

4
Una frase

El resto de la noche es un caos, sucio y atolondrado.

Una psicóloga y un familiar se llevan a las niñas. La salida es un baile complejo. Más de diez personas, incluidos dos bomberos, colaboran en extraerlas de la casa a través de sus respectivas ventanas, para evitar que vean el pasillo, para evitar que se asomen ni por un instante al horror. Antonia no asiste a la operación, es Jon quien se encarga de que, al menos, en su mente no queden imágenes que les obliguen a recordar un suceso que, de todas formas, será angular y definitivo. No volverán a ver a su padre. Probablemente no regresen a esa casa, nunca.

Al menos podrán esquivar lo más duro, piensa Jon, mirando alrededor cuando vuelve a entrar. La cocina con muebles de alta gama —Neff, Gaggenau —, la piscina cubierta, la casa en general, todo en ese lugar habla el lenguaje del dinero. No son ricos, al menos no en sentido estricto. No como los Ortiz o los Trueba, gente para los que el dinero es un concepto, no una realidad contra la que pelear. Pero está claro que a esas niñas no les faltará de nada.

Luego piensa dos veces, y se da cuenta de que no está engañando a nadie. Y, teniendo en cuenta que es su único interlocutor, jodido la hemos.

Porque sí les faltará.

Les faltará todo.

Habrá un agujero que no serán capaces de llenar nunca. Los humanos somos historias, y la de esa mujer y sus hijas no puede ser contada de ninguna otra forma ya que no sea la de la tragedia. Crecerán, vivirán y serán razonablemente felices. Con suerte. Pero siempre habrá un vacío que absorberá todo, un pozo sin fondo que tragará toda la alegría y la luz.

El inspector Gutiérrez sabe de culpas, pero comparado con su compañera, es poco menos que un novato. Encuentra a Antonia al pie de la escalera, esperando con paciencia a que la doctora Aguado le dé permiso para subir. La Policía Científica y el juez de instrucción les han dado un par de horas de ventaja,

gracias a la intervención de Mentor. Así que la casa es ahora un territorio vedado a todos menos a ellos tres.

—Ya están a salvo —dice Jon, señalando hacia la calle, donde las luces de los coches patrulla dan vueltas, muy despacio.

Antonia no dice nada. No hace ningún gesto. Solo está allí, cruzada de brazos. Un manojo de culpabilidad y de rabia comprimidas en metro cincuenta y cinco.

—Sé lo que estás pensando. Y te equivocas —advierte Jon.

—Estaba aquí cuando llegamos. Si tan solo…

—Hirió a la mujer y la dejó ahí al oír las sirenas. ¿Sabes por qué?

—Calculó que moriría antes de que llegaran.

—Y no fue así, porque nosotros estábamos ya en la puerta. Le has salvado la vida a esa mujer. Condujiste como una loca, entraste en la casa, taponaste la herida.

—¿Qué han dicho los sanitarios?

—No han dicho nada —miente Jon.

En realidad, los sanitarios lo que han dicho es que la cosa está muy chunga y que no dan un duro. Con esas mismas palabras. Pero no hay ninguna necesidad de alimentar una hoguera a cuyo hogar ya está echando Antonia suficientes leños.

—Un minuto. Si tan solo hubiéramos llegado un minuto antes…

—Cari —dice Jon, un poco hasta las pelotas—. Si mi madre tuviera ruedas, sería una bicicleta.

Antonia baja la cabeza.

—Siempre es lo mismo. Da igual lo que hagamos, lo que consigamos. Al final, por las noches, de los que te acuerdas es de los que no podemos salvar.

Jon sabe que es verdad. Pero no quedan más narices que tirar.

Eso es lo que diría *amatxo*. Jon no para de pensar en ella. Se pregunta dónde estará. Se pregunta si se habrá acordado de llevarse la crema hidratante para las piernas, que se le secan mucho.

Se pregunta cómo puede animar a Antonia, pero no se le ocurre nada demasiado inteligente, ni demasiado profundo. *Espabila y continúa* no es exactamente una frase de esas que te puedes encontrar en internet en letras grandes al lado de una foto en blanco y negro. Pero es lo que tiene, y es lo que ofrece.

—No nos queda otra que espabilar, cielo.

Antonia consigue levantar la cabeza y esbozar una sonrisa tímida.
—Lo siento. Normalmente hablo estas cosas con la abuela Scott.
—Si quieres me pongo unos rulos, cari.
—La abuela Scott no usa rulos, y a ti no te quedarían bien.
Impermeable al humor. Impermeable, piensa Jon.

Lo que hicieron entonces

Cuando Nuno abandona la sala, Mentor se queda observando a la mujer. Tiene la bata de hospital abierta por detrás, debajo solo lleva la ropa interior. Deportiva, de color negro. Su pelo es rubio pajizo, sus ojos de un color indefinido, más bien gris. Su piel tiene un tono extraño, oscuro, pero no saludable. Está tensa, fibrosa como una competidora en los veinte kilómetros marcha.

Mirándola, por primera vez, comprende algo. Su enorme inteligencia es de una naturaleza distinta a la de Antonia. Tiene la astucia del animal atrapado, del lobo que huele a la oveja más lenta. Pero eso no es lo que le aterroriza, paradójicamente. Lo que más miedo le da a Mentor es comprender que la radical diferencia entre Scott y ella está en un lugar más profundo.

Es una cuestión de voluntad.

Antonia Scott sigue, incluso cuando se acaba la carretera. Cuando ha caído por el risco, y está cayendo. E incluso cayendo, Antonia simplemente se niega a golpear contra el suelo.

Esta mujer, en cambio…

—Quiero hacerte una pregunta —dice Mentor, a través de los altavoces de la sala.

Ella no interrumpe su caminar en círculos, pero su cuello se vuelve, brusco hacia el cristal. Sigue moviéndose, pero sus ojos no lo hacen. Siguen fijos, como los de una mangosta.

—El día de tu primera prueba. Me diste una respuesta de lo más inusual. Me gustaría saber por qué llegaste a la conclusión de que tenías que tomar la decisión que tomaste.

—Hay más gente en una plataforma que en un petrolero. Es el resultado más lógico —dice ella, con la respiración entrecortada.

—Sí, eso me dijiste entonces —recuerda Mentor—. Ahora, dime la verdad.

Ella se detiene, de pronto. Su respiración no ha parado de acelerarse. No consigue meter suficiente aire en sus pulmones. Si no se hubiera arrancado los sistemas de control, Mentor vería que su saturación de oxígeno en sangre ha

caído peligrosamente. Pero tampoco le hace falta, porque ve claramente lo mucho que le cuesta mantenerse en pie.

—¿Estás jugando con el aire otra vez, Mentor? —pregunta ella, con la voz rota.

—Qué máquina más maravillosa es el cerebro. Una variación del 2 por ciento de oxígeno en el hipocampo, y se alteran las funciones ejecutivas. Entre otros efectos, disminuye la capacidad para la mentira.

La mujer se apoya en el espejo. Tiene la frente sudorosa aplastada contra el cristal. Su puño izquierdo golpea el cristal con poca fuerza. Aun así, Mentor retrocede un poco. De no mediar los doce milímetros de cristal entre ambos, casi podrían besarse.

O podría matarme, comprende Mentor.

En muchos aspectos, es como si la viera por primera vez. Sin los velos que ella ha tendido, o los que él ha querido tender.

—Era el camino más corto a la victoria —dice la mujer, entre largas aspiraciones.

—Por fin una verdad —dice Mentor, apretando el botón que libera el oxígeno de las paredes. Hay un leve siseo en los tubos del techo. Aún tardará unos segundos en llenar los treinta metros cúbicos de la sala de pruebas.

—No es la que querías, ¿verdad?

—Ni yo ni las familias de los ochenta tripulantes del petrolero.

—¡Solo era un ejercicio teórico!

—Para el que no mostraste ni un leve atisbo de duda.

—Sin cadáveres no hay gloria. Lamentarlo sería como lamentar las mondas de una naranja.

—¿Harías cualquier cosa por ganar? —dice él, con un escalofrío recorriéndole la columna.

Mentor apenas reacciona cuando ella cae al suelo, medio desmayada. Aún sigue conmocionado por su propio fracaso.

Quizás por eso no escucha la última frase que dice ella. Susurrada, con los últimos restos de aliento, al duro y frío hormigón.

Haría cualquier cosa por ti.

Dos hombres vestidos con monos azules entran en la habitación, y se acercan a ella.

Van a incorporarla. Van a prestarle ayuda. Van a conducirla a la salida.

Ya no tiene sitio en el proyecto Reina Roja.

Nada de todo eso ocurre.

Ella sabe que el velo ha caído. Que ya no tiene la necesidad de retenerse. De ocultarse. Ahora él la ha visto como es. Es, en cierto modo, un alivio. Una liberación.

Ha llegado el momento de revelarse por completo.

Cuando el primero de los dos hombres le pone una mano en el hombro, ella se convierte en peso muerto, para obligarle a inclinarse un poco más. Es entonces cuando reacciona.

Tira de la muñeca de él hacia delante, hasta dejar el cuello a la altura de su boca. Se abalanza hacia él, y muerde con fuerza. La piel se desgarra bajo sus dientes. No logra cerrarlos del todo, pero sí dañar lo suficiente la garganta. El hombre no llega a soltar un alarido, porque la laringe destrozada no se lo permite. Bastante tiene con tratar de no ahogarse, mientras se lleva las manos a la herida abierta y chorreante.

El segundo hombre se ha quedado congelado en el sitio mientras se producía la breve carnicería.

Una cosa es atar, amordazar e insultar a una mujer indefensa, por un experimento científico

> (*y un sueldo bastante bueno, en plena crisis, a ver dónde voy a encontrar yo otro trabajo a mi edad, y hasta me da tiempo a llegar a casa a ayudar a los niños a hacer los deberes*)

y otra cosa muy distinta es ver cómo le clavan los dientes en el cuello a tu compañero de trabajo.

Tan solo reacciona cuando ella se vuelve hacia él. Apenas tiene sangre en la boca, un resto deslizándose barbilla abajo y goteando en la bata blanca. Lo que le aterra son los ojos, con las pupilas minúsculas como cabezas de alfiler.

Es entonces cuando echa a correr hacia la salida. Casi ha alcanzado la manija de la puerta, cuando algo tira de él hacia atrás. No mucho, unos centímetros tan solo. Se lleva la mano al cuello, en el punto en el que la mujer le está ahogando usando los cables de los electrodos. Cae al suelo, hacia atrás, sobre ella, intentando liberarse. Es inútil. Uno de los cables se rompe, los demás se le escurren entre los dedos, le laceran la piel. Tratando de incorporarse, de apartarse de ella, lo único que hace es aumentar la presión sobre su cuello. Nota, en los últimos instantes de su conciencia, con la lengua amoratada asomándole

entre los labios, los pies de ella afianzándose sobre sus hombros, asegurándose de que la tarea queda completa.

Cuando otros tres hombres irrumpen en la habitación, ella aún sigue aumentando la presión sobre el cuello del hombre. Está agotada, pero no ha dejado de tirar.

Ni de sonreír.

5
Una escena

—Cuando quieran —les reclama la voz de Aguado, desde lo alto de la escalera, al cabo de unos minutos.

La casa tiene ahora todas las luces encendidas. La escalera parece un fotograma de *American Psycho,* con la sangre secándose sobre el suelo de microcemento. Un decorado al que contribuye el mono de plástico de Aguado. La forense ha colocado plástico con bridas para ayudar a salvar los escalones problemáticos.

En el pasillo, no hay mucho que ver, a juzgar por la escasa cantidad de marcas de señalización que ha colocado Aguado. Las huellas del intruso, las manchas de sangre, y poco más.

Antonia Scott, sin embargo, tiene su propia forma de hacer las cosas. Ignora los triangulitos de plástico naranja de Aguado, y se deja llevar por su entrenamiento. Absorbe cada detalle de la escena del crimen. Su mirada pasa de uno a otro elemento en un bucle incesante en el que las paradas son:

La barandilla de la escalera, donde uno de los remaches está ligeramente separado.

La posición del cuerpo, con el rostro hacia abajo, los brazos debajo del torso.

El pijama, la herida defensiva,
loscorteseltraumatismoenlacaraocurremuydecercayesorequiereunaexplicaciónba

—Va a necesitar una de estas —le susurra Aguado a Jon, que se ha colocado junto a ella, a distancia prudencial.

Le muestra una cajita metálica, pequeña. Jon la coge y se la guarda en el bolsillo.

—Yo me encargo de esto, doctora.

Le arrebata la cajita de los dedos, amarillentos por la nicotina. Normalmente la doctora Aguado huele mucho a tabaco, pero en los últimos días el olor se ha

solidificado, parece que lo lleve puesto.

—¿No va a darle una? —pregunta, extrañada.

—No, si puedo evitarlo. En Málaga tuvo una crisis, y la superó.

—No es la primera vez. Verá…

La doctora parece querer decirle algo, pero Jon ataja el tema sin contemplaciones.

—Saldrá por sus propios medios.

—No me parece la mejor solución, dado que…

Aguado no completa la frase. Pero no hace falta. Jon ya sabe a qué se refiere.

Dado que tu vida depende de ello.

—Confío en ella.

—Comprendo —dice ella, alargando lo justo las sílabas de la palabra—. Es su decisión.

La voz escéptica y educada de Aguado suena a «*es tu funeral, idiota*», pero aun así, Jon no tiene dudas. O muy pocas. O muchas, de acuerdo, pero se aguanta como un auténtico campeón.

No piensa traicionar a Antonia.

Más importante que mantenerse vivo, es mantenerse humano.

—Confío en ella —repite. Más bien para sí mismo.

6
Dos escaleras

El objeto de los desvelos de Jon no inspira demasiada confianza ahora mismo.

Se tambalea, se apoya en la pared, sujetándose la cabeza con las manos. No representa el colmo del equilibrio, ni externo ni interno. Respira fuerte y rápido, y parece bailar a milímetros de un ataque de ansiedad.

Cuenta hasta diez, dejando una respiración entre cada número, descendiendo un peldaño cada vez, hacia el lugar donde necesita estar, hacia la oscuridad. Adonde no consigue llegar.

Los *koan* apenas sirven. Las palabras ya no la sujetan a nada.

Tienes que hallar tu historia, le había dicho Mentor. *Tu historia. Entre la rabia y la serenidad*.

En Málaga no había descendido una escalera, sino cruzado un puente. Su historia la había hallado en el recuerdo de su madre. Había ido a un lugar de ella misma donde no había estado nunca. Había regresado herida, pero más fuerte.

No quiere usar ese lugar de nuevo. El dolor es demasiado grande, demasiado reciente. Desde que esto empezó —y Antonia está bastante segura que ese comienzo coincide con el momento en que Jon entró en su vida— sus rituales de paz, sus tres minutos al día, se han vuelto un lujo esporádico. Y, en los últimos días, imposible. La serenidad no es una opción. La culpa la sigue a cada paso que da. A veces tiene la sensación de que, si se da la vuelta lo suficientemente rápido, podrá verlos detrás de ella. La hilera de muertos que ha dejado sembrados en el suelo con su torpeza, con su incompetencia. Por no ser lo suficientemente fuerte.

Y quizás ese sea el problema, razona, parada en mitad de la escalera de su mente, a tan solo dos escalones de la oscuridad. *Quizás estoy equivocada. Quizás lo está Mentor*.

Entonces hace algo que nunca había hecho antes.

Se da la vuelta.

Detrás de ella no hay ocho escalones, como antes. Ahora son más, muchos más. Y la escalera no es recta, sino intrincada. Gira sobre sí misma, volviéndose más estrecha a medida que asciende.

Antonia comienza a subir.

Abre los ojos.

De pronto el mundo se vuelve más lento, más pequeño. La electricidad que le hormiguea en las manos, el pecho y la cara, se disuelve.

Toma una última bocanada de aire, y comprueba que los monos de su cabeza están casi silenciosos. No es como la cápsula roja, nada puede serlo. Pero no recuerda haber sentido esta (cordura) serenidad desde hacía (nunca) mucho tiempo.

Vuelve sus ojos a la escena del crimen. Y comienza a ver.

—El asesino entró por la puerta del jardín. Tienen sensor de presión, así que deduzco que tuvo que desconectar la alarma. A no ser que se olvidaran, que no creo. ¿Doctora?

—Lo comprobaré —dice Aguado.

Antonia no contesta, sigue metida en su burbuja, visualizando los detalles de la escena del crimen, cada uno de ellos, casi como si pudiera rebobinar una película en su cabeza. O, mejor dicho, volverla a filmar. Porque va moviendo a los personajes, en su esquema mental, hasta que encajan con las evidencias.

—Subió las escaleras, y aquí fue donde se encontró con el marido. ¿Cómo se llama?

—Él, Jaume Soler. Ella, Aura Reyes.

—Jaume atacó al intruso con el palo de golf. El intruso debió de protegerse…

Antonia alza el brazo, y luego mueve el cuerpo hacia un lado. Después se agacha y coge el palo de golf, que Aguado ya ha embolsado y etiquetado. Lo estudia detenidamente.

—Es zurdo. Levantó el brazo para protegerse, el mismo en el que tenía el cuchillo.

—¿Cómo…?

—Las marcas en el palo de golf. Probablemente al partirse, resbaló por la hoja. Entonces el asesino y Jaume forcejearon. Uno de los dos fue empujado contra la barandilla.

Señala el punto en el que los remaches se han abierto un poco, las juntas desviadas.

—La pelea fue muy breve. Un hombre medio dormido y desentrenado no tiene nada que hacer contra un asesino experimentado.

Antonia mira al cadáver en el suelo, y luego a la pared, donde la sangre de la mujer ha dejado un semicírculo irregular en la pintura plástica.

—Él era el objetivo —dice.

—Podría haber sido la mujer.

—Primero le apuñaló a él, y luego fue a por ella.

—Quizás fue para eliminar la amenaza que suponía el hombre.

Antonia señala la herida en el costado del cadáver. El desgarrón en el pijama es pequeño, a pesar de haber sangrado con profusión.

—Observe la incisión intercostal. Creo que cuando haga la autopsia verá que ni siquiera ha rozado el hueso.

—Coincido. Esto es obra de un profesional. Una cuchillada certera —le reconoce Aguado.

—La herida de ella era… distinta. ¿Una herida en el estómago, como herida primaria? Eso no es lo que hace un profesional. El objetivo era él. Ella era…

Jon, que ha estado callado todo este tiempo, atento al intercambio entre Antonia y la forense, elige este momento para intervenir.

—El postre. Estaba jugando con la mujer. Pero nosotros aparecimos.

No añade «Así que le salvamos la vida, después de todo», porque no está de humor para aguantar a Antonia rebatiéndole. Pero aun así, deja la frase en el aire, para que al menos ella tenga algo a que aferrarse.

Antonia asiente, muy seria.

Tiene los ojos encendidos, brillantes.

Si Jon no supiera que le ha resultado imposible —porque la ha estado vigilando muy atentamente—, sospecharía que ha vuelto a meterse una de las rojas. Pero no. Esta vez parece que lo ha conseguido por sus propios medios. Aún tiene el pulso trémulo, y sigue inclinando la cabeza, quizás intentando escuchar a esos monos suyos, o apartarse de ellos. Pero, al menos, esta vez no ha salido corriendo, ni tampoco se culpa.

Pequeñas victorias, piensa Jon.

—Es posible. Pero no llegamos lo suficiente rápido —dice, señalando al cadáver del suelo.

Con sus derrotas, piensa Jon.

—¿Podemos darle la vuelta?

La forense asiente con la cabeza, y se agacha junto al cuerpo. Con habilidad —y la experiencia de haber girado decenas de cadáveres— Aguado introduce el antebrazo por debajo del pecho de la víctima, para hacer palanca. Con la otra, tira del hueso de la cadera. El difunto se da la vuelta enseguida.

Jon también se agacha y contempla horrorizado la herida del cuello, profunda y desagradable. Como una segunda boca en el lugar inadecuado. Una obscenidad que ofende a la vista y a otro sentido, el común.

Cuesta mirar sin apartar la vista, que es lo que Jon hace. Pero, al girar la cabeza, se encuentra con Antonia. En cuclillas, su rostro está mucho más cerca, casi de frente, en lugar del plano picado y oblicuo habitual.

Así, el inspector Gutiérrez se encuentra a pocos centímetros del desastre. Es testigo privilegiado de la confusión y la extrañeza en sus ojos, que no se apartan de las dos cuencas frías e inmóviles del cadáver.

—No —dice.

Antonia se levanta, muy despacio, sin añadir nada, y se aleja unos metros, adentrándose en el dormitorio.

Jon y la doctora Aguado intercambian una mirada. Ella le hace un gesto, y Jon sigue a Antonia, que se ha detenido frente a la ventana.

Incluso desde el pasillo, puede ver que está temblando.

Jon se acerca, pisando con cierta rotundidad en el suelo de parquet, para no sobresaltarla. Se coloca junto a ella, y se asoma por la ventana del dormitorio. Está orientada al este, de forma que el amanecer bañe la cama. Una aberración, en opinión de Jon, que odia cualquier mínima luz durante el descanso. Dormiría dentro de un depósito de gasolina si pudiera.

Aún no ha despuntado el sol, pero afuera la claridad vira del índigo al magenta. Los policías, en la calle, se arrebujan en los abrigos y patean el suelo, intentando alejar el frío. Los cuatro vecinos curiosos ya han desaparecido dentro de sus casas.

Dentro, el aliento de Antonia se condensa en el cristal, formando una nube tenue, un semicírculo de forma casi idéntica a la sangre de la mujer, en la pared, a su espalda. Algo de lo que ni Jon, ni Antonia, se darán cuenta nunca.

—¿Y bien? ¿Vas a contarme qué es lo que le ha sorprendido a Antonia Scott? ¿La que normalmente mira los cuerpos desmembrados sin arquear una ceja?

Jon deja ahí el anzuelo, y espera.

Pasa un minuto.

Pasan dos.

—A tu ritmo. No es como si tuviéramos prisa —dice Jon, cuando se le hinchan las narices de esperar.

Antonia sigue mirando por la ventana, con los brazos cruzados. Cuando arranca a hablar lo hace con una lentitud exasperante, como si cada palabra la estuviese extrayendo, a pico y pala, de un pasado sepultado bajo una tonelada de rocas.

—Me ha sorprendido tanto porque ese hombre lleva cuatro años muerto.

El muerto, hace cuatro años

—Ni siquiera has probado las alcachofas.

Antonia mira a su marido, luego a la bandeja vacía, y de nuevo a su marido.

—No quedan —dice, sin comprender.

Marcos sonríe. Es una sonrisa dulce, ligeramente desviada. Esa clase de sonrisa que tienes cuando ves a un niño que se salva por los pelos de meter los dedos en un enchufe, o a un concursante de la tele eligiendo la pregunta obviamente incorrecta —*era la sal*, piensas, meneando la cabeza, y sonríes de medio lado.

—¿Quieres que pida otro plato? —dice él, conociendo de antemano la respuesta.

—No. Apenas tengo hambre.

Marcos mira a su esposa, luego a la bandeja de callos a la madrileña vacía, luego a su esposa de nuevo.

—Es un misterio cómo te mantienes con tan poco.

Antonia tiene el vago conocimiento de que Marcos está tomándole el pelo, pero no le importa demasiado. En los últimos días apenas han tenido tiempo para estar juntos, así que aprovecha el momento. Cuando extiende la mano a través de la mesa, la coge, y aprieta con fuerza. Es imposible hacer daño a Marcos de esa forma. Sus manos de palmas cuadradas son duras, callosas, parecen labradas en la misma piedra en la que él trabaja a diario.

—Es mi turno —dice ella, cogiendo la nota, cuando el camarero les trae la cuenta.

—Es mi turno —dice él, tratando de adelantarse.

Es una vieja costumbre.

Desde que eran novios, los dos han peleado por quién pagaba la cuenta. Al principio era una cuestión de orgullo para Antonia, ya que Marcos viene de una familia con posibles. Y ella también, pero haber cortado los lazos con su padre le dejó a ella sujeta a sus propios medios.

Ahora Antonia tiene un sueldo mensual de cinco cifras, así que puede competir en condiciones de igualdad con Marcos. Sus padres ya no están, pero le

dejaron en herencia el edificio donde viven.

Los alquileres le rentan una bonita suma todos los meses, aun después de pagar todos los gastos. Los inquilinos, hipsters en su mayor parte. Ansiosos de pagar sobreprecio —y subiendo— por vivir lo más cerca posible del centro, de sus bares con cerveza artesanal y de sus cafeterías estéticamente compatibles con sus *stories* de Instagram.

Marcos puede dedicarse a la escultura, que es su pasión. El arte le absorbe y le llena, y está mejorando a pasos agigantados. Ha conseguido ya dos exposiciones medio decentes, y todo apunta a que su carrera está en la rampa de lanzamiento. Tiene hueco para su hijo, que es lo importante, sobre todo teniendo en cuenta que Antonia tiene horarios extraños y pasa temporadas fuera de casa. Por lo de su trabajo como «consultora» de la policía. Un trabajo que a Marcos le intriga, pero sobre el que nunca pregunta, porque Antonia ha dejado claro que no hablará.

—No quiero —fue toda la explicación que dio.

Marcos ha aprendido a comprender esa faceta de su mujer. Le saca de quicio, pero sabe que es parte de lo que la hace única. Tiene que ver con la raíz de su profesión. Extraer la belleza del mundo, incluso aunque esté oculta a simple vista.

Cuentan de Miguel Ángel que encontró un día un pedazo de mármol de Carrara en el patio de obras de la catedral de Florencia. El joven escultor tenía veintiséis años, y no le asustaban los retos. Aquel pedazo de roca comido por la maleza tenía fama de maldito. Incluso el escultor Agostino di Duccio le había hecho un agujero enorme, dejándolo casi inutilizado. Cinco metros de mármol que nadie quería.

Miguel Ángel lo miró durante meses, paseaba a su alrededor, se sentaba en él, incluso apoyaba la oreja en su costado. Los estudiantes y los religiosos pasaban a su lado y le miraban, como si estuviera loco.

Un día, Miguel Ángel cogió un cincel y se puso a trabajar. No tenía un molde de yeso, ni bocetos. Simplemente, comenzó a golpear. Al cabo de una semana, pidió que levantaran un enorme muro alrededor del bloque. Lo que iba a hacer requería privacidad.

Cuatro años tardó.

Un día, Miguel Ángel anunció que en unas horas dejaría caer los muros.

Toda Florencia se reunió en el patio y sus alrededores, intrigados y seguros de que el joven había fracasado. Los obreros empujaron los ladrillos, estos se vinieron abajo. Y el mundo contempló, por primera vez, el *David*. La obra cumbre del Renacimiento y, quizás, de toda la historia de la Humanidad.

Mudo de asombro y admiración, el obispo de Florencia se acercó a Miguel Ángel y le preguntó cómo había logrado hacer algo tan perfecto. Miguel Ángel se encogió de hombros y dijo:

—David estaba en el bloque de mármol, yo solo quité lo que sobraba.

Marcos no es Miguel Ángel, pero comparte con él su profesión. Y sabe que de los bloques más difíciles es de donde se extraen las esculturas más bellas. Su amor por Antonia es inmenso, precisamente porque no es sencillo. Porque es esforzado, porque es noble, pero satisfactorio. Porque ella se entrega, como él, sin traicionar. Por eso la quiere con locura.

Aunque a veces, Antonia le saca completamente de quicio. Como, por ejemplo, ahora.

No deja de mirar el reloj, y eso que aún queda una hora para que la niñera se tenga que ir a casa.

—Jorge está bien. Relájate. Vamos a tomarnos un helado.

Antonia menea la cabeza.

—Tengo que hacer un par de llamadas. ¿Te importa adelantarte? Te lo compensaré.

Marcos suspira, pero presiente la debilidad, así que la usa a su favor para negociar.

—Depende.

—¿De qué?

—De si *compensar* tiene un propósito oculto.

—Por supuesto que no, ¿qué clase de propósito…?

Antonia se detiene cuando ve el gesto que está haciendo Marcos con su dedo índice de la mano derecha y el índice y el pulgar de la izquierda. Sonríe, le riñe un poco y se ruboriza, las tres cosas al mismo tiempo. A Marcos se le calienta el corazón al ver aquello, así como otros músculos.

—Esta noche podemos hablar de polisemia —se rinde Antonia— si tienes alguna palabra nueva para nuestro diccionario especial.

—Tengo una. Es del latín. Luego te explico cuál es.

Marcos le da un beso, se despide y se encamina hacia la puerta. Antonia se lo queda mirando, aún con los restos de una leve sonrisa, que se esfuma en el momento en el que se ha ido. Se saca del bolsillo de la chaqueta una pequeña caja metálica y extrae una cápsula roja, la que lleva para las emergencias. Rompe la gelatina de la cápsula con los incisivos, liberando el polvo amargo, y lo recibe debajo de la lengua, dejando que la mucosa absorba el cóctel de substancias químicas y lo lleve a su torrente sanguíneo a toda velocidad.

Espera un poco, notando cómo el mundo a su alrededor va reduciendo su velocidad, hasta que se centra en la amenaza a su espalda.

—Espero que sepa usted dónde y con quién se está metiendo —dice, en voz alta, sin darse la vuelta.

El ocupante de la mesa contigua, detrás de Antonia, se levanta y se coloca en el lugar que Marcos acababa de abandonar.

—Con su permiso.

—No lo ha necesitado para seguirnos por toda la calle Preciados, ni cuando hemos entrado a las tiendas, de compras. Ni cuando le ha dado dinero al camarero para que le sentasen en esa mesa —enumera Antonia.

El hombre tendrá unos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Es alto, ancho de espaldas, algo cargado de hombros. Acento catalán. Tiene una leve perilla, gafas, y esa mirada encogida y miope de los que pasan muchas horas delante de la pantalla. Contable, quizás. No ha sido entrenado para la violencia. En la cabeza de Antonia, el nivel de alerta desciende de amenaza a preocupación. Ha hecho bien en dejar que les siga, durante horas, sin avisar a Mentor. Intuía, por su actitud, que solo quería hablar con ella. Pero hacerlo delante de Marcos no era una opción.

—Hubiera jurado que no me había visto —dice el hombre—. Realmente es usted tan impresionante como dicen.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo. Los que saben lo de Valencia, al menos.

Antonia observa a su interlocutor con algo más de detenimiento.

Definitivamente, no es un contable. La camisa es buena, cara. Los puños están ligeramente brillantes alrededor de los botones. La chaqueta es cómoda, pero no la usa para trabajar. Se sienta delante de un ordenador, pero no se la pone para ir a la oficina, no tiene la marca característica en la tela, ese abultamiento de los que la cuelgan, ni ese abombamiento de los que la dejan en

el respaldo. Solo se la pone para salir a la calle. Nada de corbata. Las uñas limadas, el pelo bien cortado.

—No sé de qué me está usted hablando.

—Sabe muy bien de lo que le estoy hablando, y yo también.

—Lo que me gustaría saber es su nombre.

—De lo que vengo a hablarle es de lo que necesita saber, no de lo que le gustaría.

Y así, el hombre extraño comienza a contarle una historia extraña y a todas luces falsa. Acerca de un asesino a sueldo. Un hombre extraordinariamente peligroso.

—Puede hacer pasar cualquier asesinato por una muerte accidental. Incluso los más complicados. Ha trabajado en América, en Oriente Medio, en Asia… Desde hace unos meses se ha instalado en Europa.

El hombre alarga una fotografía. Antonia no hace ningún ademán de cogerla, así que la deposita frente a ella. Entre el vaso de agua y el azucarero.

La foto está realizada desde lejos, y muestra a un hombre elegante de unos treinta y cinco años. Pelo rubio y ondulado. A punto de subirse a un coche. Antonia piensa que tiene cierto parecido con el actor escocés que salía en *Moulin Rouge*. Pero es difícil decirlo. La imagen es borrosa.

—Es la única foto que existe de él. De hecho, él no sabe que existe. De lo contrario, no hubiera parado hasta destruirla y matar a todos los que la han visto. Tiene un cierto gusto por lo teatral.

—¿Por qué me está contando todo esto?

—Porque este individuo es un demonio, señora Scott. Un ser implacable, de una inteligencia sobrehumana. Y hace falta alguien como usted para detenerle.

—¿Yo? Yo soy filóloga inglesa.

—Lo que no es usted, seguro, es actriz —dice el hombre, pasándose la mano por el estómago. Es evidente que está hambriento y sediento. Lleva siguiéndoles todo el día y no le había dado tiempo a pedir nada. Están en la terraza de uno de los mejores restaurantes de Madrid, en la azotea del edificio. Y la puerta del Sol, en pleno junio y a las cuatro de la tarde, hace honor a su nombre.

Antonia levanta el dedo, y uno de los camareros acude enseguida. Al cabo de un rato, regresa con una botella de agua para el hombre y un café para ella.

—Sigo sin comprender por qué me ha seguido durante todo el día. Podría acudir a la policía.

—Señora Scott, la mera existencia de este… ser, por llamarlo de alguna

forma, es la razón por la que se creó el proyecto Reina Roja.

Definitivamente, informático. No es un ejecutivo, nada encaja en su forma de hablar ni de moverse. Un ingeniero, un consultor externo, deduce Antonia. *El acento es de Barcelona. ¿Quizás uno de los involucrados en la nueva herramienta que comenzaron a testar antes de Valencia? Los ordenadores están en Barcelona*.

—No es muy inteligente usar esas dos palabras en público.

—Estoy desesperado. Necesito su ayuda. Y, créame, no podrá usted negarse. No cuando le cuente lo que sé.

Antonia se inclina hacia delante en la mesa.

—Hable, entonces. Me quedan cincuenta minutos antes de la hora de la merienda. Empiece por su nombre. Empiece por decirme qué le vincula al proyecto Reina Roja. Y no me mienta. Si de verdad sabe quién soy, sabe que lo averiguaré.

El hombre se reclina hacia atrás, rehuyendo la proximidad de Antonia. Mira por encima del hombro, y hacia detrás. Las mesas se van vaciando, a medida que acaban de comer los clientes. A su alrededor ya no queda nadie.

—Aquí… aquí no —dice el hombre, sin embargo—. Ya hablaremos. Piense en lo que le he dicho.

Se levanta, con torpeza, haciendo chocar el respaldo de su silla con la más cercana. Y luego se marcha, sin mirar atrás.

Antonia permanece aún un rato más en la mesa, pensando en el extraño encuentro que acaba de tener lugar. No dice una palabra, salvo en el momento en el que se acerca el camarero para retirar la botella de agua vacía. Antonia se lo impide. Después coge una servilleta y agarra la botella por el cuello, evitando cuidadosamente tocar la parte inferior, allá donde el hombre ha puesto sus dedos.

7
Un billete

—Y eso fue todo —dice Antonia, que no ha apartado la vista de la ventana en todo el relato.

Afuera, el sol ha roto por el horizonte. Va a ser una de esas mañanas gélidas de Madrid. Ni una sola nube en el cielo, ni un atisbo de calor. Jon piensa, y no es el primero, que en el invierno madrileño el sol enfría más que calienta.

—¿Ya no le volviste a ver?

—No. Dos días después, White irrumpió en nuestra casa. Dejó a Marcos en coma. A mí, casi me mata. El resto ya lo sabes.

No, piensa Jon. *No, el resto no lo sé.*

No sé nada de esos tres años. No sé nada de lo que hiciste, de hasta dónde te hundiste.

No sé nada de cuánto te dejaste por el camino. De lo que perdiste entonces, ni de lo que estás ganando ahora. Porque recomponerte es como juntar un puñetero puzle, sin tener la foto de la caja. A oscuras. Con las manos atadas.

No lo sé, pero lo sabré. Como tú dices siempre. Si me dejas. Si me dejaras.

Jon quiere gritarle. Quiere abrazarla. Quiere estar a mil kilómetros de allí con una bomba de menos y una cerveza de más.

Pero el mundo no es la maravillosa fábrica del extravagante Willy Wonka. El único billete que ganas seguro no es de color dorado ni te lleva a un lugar mágico con ríos de chocolate, sino a uno bien distinto.

Y el billete de Jon tiene la hora de salida cada vez más cerca.

—Entiendo por qué no me lo has querido contar antes.

—Dos días, Jon. Tuve dos días completos de preaviso. Y aun así…

—No hiciste nada porque te parecieron las divagaciones de un loco. Pero aun así le tomaste las huellas, ¿no?

—Sí. Pero me dijeron que estaba muerto.

—Pues parece que no.

—Ya volveremos a eso. Primero averigüemos quién es la víctima. Lo más importante es saber quién lo ha matado, no mi relación con él —dice Antonia, apartándose de la ventana.

—Te equivocas.

Antonia se da la vuelta, con una expresión extraña en la cara. Más sorprendida que intrigada.

Que ella recuerde, Jon jamás le ha dicho algo así.

—Tu cerebro. La manera que tiene de funcionar… está programado para las evidencias —dice Jon, señalando a su cabeza—. A analizarlas y extraer conclusiones. Todo esto que estamos viviendo, todo este sinsentido, intentas recomponerlo en tu cabeza…

Como yo contigo.

—… pieza a pieza, por colores. Los *qués* y los *cómo* te apartan de lo más importante.

Antonia hace una pausa, mirando al suelo, como si la respuesta estuviera en un punto indeterminado entre los dedos de sus pies.

—De acuerdo. El porqué es lo más importante.

—No puede ser casualidad que este hombre fuera quien te hablara de White hace cuatro años y que ahora esté muerto. ¿Alguien tan celoso de su privacidad que elimina a todos los que saben de su existencia?

—¿Me estás diciendo que lo ha matado él?

—No tiene sentido. Si está cubriendo sus huellas matando a Soler, entonces, ¿por qué nos encarga resolver su asesinato?

—Un asesinato que sabía que se iba a producir. Recuerda que primero nos dio la dirección. Y solo cuando estuvimos aquí nos mandó el segundo mensaje.

—Sigue sin tener sentido.

—Como parte de su juego, ¿entonces?

—Eso es una respuesta circular. Lo ha matado porque juega con nosotros. Deja fuera tu pregunta más importante. ¿Por qué?

Jon se lleva la yema de un dedo a los labios, como hace siempre cuando está a punto de lanzar alguna afirmación profunda.

—No tengo ni puta idea.

Antonia se frota la cara, se pasa la mano por el pelo —sin mejorar el desastre — y, finalmente, acaba por pronunciar la variante Scott de la misma afirmación que acaba de hacer el inspector Gutiérrez.

—Vamos a trabajar sobre lo que sí sabemos. El reloj corre.

8
Un cascanueces

Cuando regresan junto al cadáver, la doctora Aguado está recogiendo su instrumental. A Jon siempre le ha fascinado la multitud de trastos y cachivaches que lleva la forense encima. Reglas, escalímetros, cuerdas, lupas, cámaras, frascos con toda clase de polvos, productos químicos y reactivos, bolsas de plástico y recipientes vacíos de todos los tamaños. Le fascina que domine el manejo de todos aquellos elementos, pero aún más un detalle aparentemente menor. Cuando termina de trabajar, como ahora, vuelve a colocar cada uno de los elementos en sus dos maletines de acero, sin dejarse fuera ni un clip. Esa capacidad prodigiosa que uno puede comprender cuando compra un producto hecho en China, lo saca de su caja, comprueba que no funciona, e intenta meterlo de nuevo en la caja en idénticas condiciones a como se lo encontró.

—Poco me queda por hacer aquí. La escena del crimen está procesada, el resto de la casa se lo dejo a los de la científica, aunque no creo que haya gran cosa.

—Es un trabajo profesional —concuerda Antonia.

—Hubo algo que salió mal. Si no, los hubiera encontrado indefensos en la cama y matado sin tanto estropicio.

—Quizás la mujer viera algo —aventura Jon—. Tendremos que hablar con ella.

—Está en la UCI en La Zarzuela. Le he pedido a Mentor que le ponga custodia en la puerta. Si ella le vio, quizás el asesino quiera ir a concluir el trabajo. Yo mientras regreso al cuartel y pondré a todo el mundo a trabajar en esto. A ver si conseguimos algo.

—Gracias, doctora —dice Antonia.

Después de varios minutos inspeccionando la casa —tan convencional y aburrida desde el punto de vista policial como cualquier otra— por separado,

ambos acabaron convergiendo al mismo tiempo en la puerta del despacho de Jaume Soler.

Era un lugar sorprendentemente sobrio. Una estantería cubierta con libros de lenguajes de programación y manuales de *software*. Jon se fija en que uno en particular tiene un nombre que le salta a la vista.

—Parece que el tipo también era escritor —dice, sacando uno de los tomos y mostrándole la portada a Antonia.

Deep learning and high-level programming languages, by Jaume Soler, Ph. D., reza en la portada. La ilustración muestra un sobrio dibujo de un cerebro formado con unos y ceros.

No hay más libros firmados por Soler, pero sí un montón de fotografías familiares. La más grande está colgada en la pared, cerca de la mesa. Una imagen del día de la boda de los dueños de la casa. Jaume parecía mucho más joven vestido de novio, con cara de idiota. *Todos los novios ponen cara de idiota, pero esta es de concurso*, piensa Jon.

Es difícil deducir la felicidad de un matrimonio a través de las fotos, pero el inspector Gutiérrez ha desarrollado un cierto músculo para esto en sus años como policía. Un músculo que no parece estar flexionándose adecuadamente, ya que no es capaz de sacar conclusión alguna de lo que está viendo. El señor Soler tiene uno de esos rostros de los que no eres capaz de deducir si ocultan inteligencia o segundas intenciones. Algo que a Jon le pone particularmente nervioso.

Dentro de un rato verá lo acertado que está, aunque por ahora está demasiado ocupado con otra cosa que le produce disonancia cognitiva.

—Hay algo que no entiendo. Si este tipo es informático, ¿por qué no hay ni un solo Funko en las estanterías? Ni una figurita de Cazafantasmas, ni un triste y básico Darth Vader… ¿Algo?

—Creía que no te gustaban los tópicos.

—¿A qué tópicos te refieres?

—Los estereotipos. Como que los gais vestís de forma extravagante.

—Cielo, llevo *literalmente* un traje de Gucci de color verde. Por tu culpa casi muero dentro de este espanto.

Jon se da cuenta, demasiado tarde, que no está hablando únicamente de Antonia eligiendo su traje de fiesta, en lugar de los habituales modelos sobrios que suele llevar al trabajo. Se arrepiente al instante de haber pronunciado esas

palabras, pero por suerte, la proverbial sordera con respecto al sarcasmo viene en su ayuda.

—A mí me parece elegante.

—No para una escena del crimen. Y menos que ninguna, la mía.

Respira hondo y mira alrededor.

—No sé, cari. Este tipo no me parece trigo limpio. Hay algo aquí que no me termina de cuadrar.

Antonia está revolviendo el archivador situado junto a la mesa. Sus manos, enfundadas en guantes de látex, parecen picotear los distintos objetos —útiles de papelería, en su mayor parte— sin dirección ni motivo aparente.

—Desde un punto de vista heurístico, las intuiciones son información no procesada de forma racional que pueden producir un resultado cognitivo que se ha saltado procesos lógicos de pensamiento.

Jon pondera detalladamente lo que acaba de escuchar.

—Ojalá te entendiera.

Antonia pondera a su vez cómo traducirle a Jon lo que acaba de decir. No tiene ninguna palabra en ningún idioma, pero sí una experiencia íntima de la que ha hecho partícipe a Jon. La única persona viva que lo sabe, además de su abuela.

—Quizás —dice, despacio, aún le cuesta hablar de ello en voz alta— tú también tengas un mono que te está enseñando algo.

Eso Jon lo entiende perfectamente. El problema es que el mono no aparece, el despacho no es muy grande, y el único sitio que queda por escudriñar es la mesa. Una superficie de caoba apoyada en dos caballetes de acero. Un modelo reciente, de esos en los que se puede controlar la altura del tablero simplemente apretando un botón. Sobre ella hay un portátil cabalgando en un soporte de acero, dos monitores de treinta pulgadas, y un teclado mecánico.

Antonia aprieta el botón de encendido en el ordenador, y se encuentra con una pantalla de acceso. Observa detenidamente el ordenador, y después sale de la sala a grandes zancadas. Grandes para ella, se entiende. Jon la sigue, extrañado, solo para descubrir que le ha dado el alto a los de la científica, que están sacando una camilla en la que han cargado una bolsa enorme de color negro.

—Esperen un instante —les dice.

Va corriendo a la isla de la cocina, revuelve en los cajones, y regresa enseguida con algo metálico y alargado en cada mano.

—¿Un cascanueces? Para qué quieres un…

Antonia no contesta, se limita a descorrer la cremallera de la bolsa y extraer la mano derecha del cadáver. El propósito del cascanueces queda claro cuando sostiene el dedo índice del muerto en alto, a la altura de la articulación interfalangiana proximal, y aprieta con todas sus fuerzas. El primer intento no produce nada. El segundo, un crujido sordo y desagradable. Como abrir un pistacho que estuviera envuelto en jamón de York.

—Oh.

Es todo lo que dice Jon. Una interjección lo suficientemente ambigua para significar cualquier cosa en el amplio espectro que recorre el camino desde:

Oh, para eso era el cascanueces. Hasta

Oh, estás como una regadera.

Para cuando llega el turno de usar el otro elemento que se ha traído de la cocina (unas tijeras de pescado), Jon ya no necesita mirar. Tampoco es que pueda, porque está ocupado intentando evitar que los de la científica se le echen encima a Antonia. De una forma bastante enérgica, que incluye agarrar a uno por la pechera y a otro por el brazo. Por suerte están más acostumbrados a levantar placas de Petri que piedras de trescientos kilos, así que Jon se apaña más o menos bien. Al menos hasta que Antonia corta el dedo del cadáver y regresa al despacho, dejando a Jon con la incómoda tarea de dar explicaciones.

—Mirad, os comento…

9
Un dedo

Cuando Jon regresa al despacho de Jaume Soler —unos tensos diez minutos más tarde—, Antonia está sentada delante del ordenador, abstraída en su contenido. Encima de la mesa de caoba está el dedo, abandonado junto al sensor de huellas que protegía el inicio de sesión.

—¿Te puedo pedir un favor?

Antonia emite lo que parece un vago ruido de asentimiento.

—¿Te importaría no volver a mutilar cadáveres de las víctimas sin avisarme antes? Si no es mucho pedir.

Otro vago murmullo.

Jon rodea la mesa, y se coloca tras ella. Cuando pasa la tentación de estrangularla —cuando pasa lo bastante, ya que con Antonia es una sensación que no te abandona, como los desodorantes—, le presta atención a lo que está haciendo.

Antonia ha accedido a los archivos del ordenador, y va pasando carpeta tras carpeta, buscando algo comprensible. Por ahora, sin suerte. Cada vez que abre una de ellas se encuentra con un aparente galimatías.

—¿Entiendes algo de esto?

—No. Son bloques de código, archivos de proyectos, pero nada que pueda entender. ¿Tú tienes idea de programación?

—A *amatxo* le programaba el VHS para que le grabara *Aquí Hay Tomate*. ¿Te sirve?

—Me temo que no —dice Antonia, volcándose de nuevo en la pantalla.

—Si lo que estamos buscando es un motivo para que le matasen, podemos empezar por el sitio tradicional: su dinero. ¿Por qué no buscas en tu satélite fascista mágico, y me dejas a mí el ordenador del sospechoso? Total, voy a entender lo mismo que tú, parece.

De mala gana, Antonia cede a Jon la silla. Ella echa mano de su iPad y abre la aplicación de Heimdal. Al cabo de unos minutos, levanta la cabeza y le

muestra a Jon las cuentas corrientes del fallecido.

—Desde luego, no les iba mal —aprecia Jon, soltando un silbido al ver el saldo total.

Casi dos millones de euros. No llega por unos céntimos.

—En absoluto —dice Antonia.

—¿Sabemos de dónde venía la pasta?

—Hay transferencias mensuales de cincuenta mil euros. El remitente es una LLC, una empresa extranjera con capital limitado.

—¿Siempre la misma?

—Sí. Voy a ver si averiguo quiénes son.

Antonia se pelea contra la aplicación, mientras Jon sigue enfrascado en el ordenador. Para ambos, esas tareas son, de ordinario, tediosas. Obligados por la cuenta atrás que pende sobre sus cabezas, se vuelven insoportables. Cada pocos minutos la mirada de Jon se desvía a la esquina de la pantalla donde el reloj avanza, inexorablemente, a la siguiente hora límite que les ha dado White.

Mantener la concentración se vuelve mucho más difícil con esa ansiedad. La mente de Jon se escapa durante un instante, y le hace vagabundear por una extraña reflexión. Que su vida no se puede contabilizar solo por los minutos que le restan, sino por las palabras no dichas. Todas las que quedarán dentro de él, sin alcanzar su destino. Algunas, las menos, serían un desahogo final, al puñado de seres humanos a los que aún les debe cuatro verdades bien dichas.

Y luego están las otras.

Las que curan, las que salvan.

Sin duda, a *amatxo*.

A Antonia, también.

A sí mismo, al que más le debe.

Siempre nos decimos que mañana será otro día, que tendremos tiempo para arreglar las cosas. Hasta que no.

Antonia arroja el iPad encima de la mesa, con un gesto de frustración extrema. Tan inusual en ella que Jon se vuelve a mirarla, asustado.

—No puedo más —dice.

—No me falles ahora, no me jodas, cari.

Antonia menea la cabeza y se apoya en la mesa.

—No hay nada. La empresa de las transferencias, he logrado ubicarla en la isla de Jersey. Es un paraíso fiscal. A partir de ahí, nada. Es como si no existiera.

Jon se rasca el cogote, como suele hacer cuando necesita pensar. Salvo que

este gesto, tan habitual en él, se vuelve un recordatorio de la amenaza cuando sus dedos se encuentran con el abultamiento de la piel y con la cicatriz. Retira la mano enseguida.

—Te diría que nos fuéramos a casa a descansar y a consultarlo con la almohada. Pero nos hemos quedado sin fechas.

—Ya lo sé. Ya lo sé. Y siento que todo está delante de nosotros. Que lo ha estado todo el tiempo. Desde…

De ordinario, a Jon le molesta mucho esa expresión que Antonia acaba de poner. La cara de «me has dado una idea con lo que has dicho, aunque no tengas ni la más remota idea de qué es, y ahora mis procesos mentales están funcionando a toda máquina y no voy a molestarme en explicártelo». Pero esta vez siente un alivio muy comprensible.

Antonia vuelve a coger el iPad y teclea a toda prisa.

—Los pagos empezaron hace cuatro años.

—¿Antes o después de que te encontraras con él?

—Un mes después es el primero. Hazme un favor, abre la aplicación de calendario.

El icono está en la barra de herramientas, bien visible. Un doble clic, y se abre, desplegando completo el mes actual. Cada uno de los días está lleno de anotaciones, con nomenclaturas extrañas.

«Ensamblar bloque *34HCV*»

«Depuración errores str.substring»

—No entiendo nada.

—Yo tampoco. Ve hace cuatro años.

Jon retrocede en el programa, mes a mes, cuatro años. Hasta el junio que lo cambió todo.

—Este es el día en el que nos encontramos —dice Antonia, señalando el día 11.

Ni una sola anotación en el calendario. Un día en blanco, algo extraño en un hombre que tiene anotados todos y cada uno de ellos.

Tan solo hay otro día en blanco.

Una semana antes.

—¿Sabes qué día es? —pregunta Antonia, con un hilo de voz.

Jon sabe que ha escuchado esa fecha antes. De pronto vuelve a escuchar a Víctor Blázquez.

El día que pasó era seis de junio.

—No puede ser —dice Jon—. ¿Crees que…?

—Busca en el correo.

Jon obedece. Prueban de todas las formas posibles, pero nada. La aplicación de email de Soler no tiene apenas correos. Casi todos están en la bandeja de *spam*. Publicidad u ofertas millonarias de herederos guineanos, lo normal. El resto, correos de familiares, la factura del teléfono, de la luz…

—No. Es demasiado listo para haber dejado un rastro aquí. Ayúdame con esto. ¿Cómo guardáis los hombres en el ordenador las cosas que no queréis que vea vuestra pareja?

Tras cavilar un momento, Jon dice:

—En una carpeta que se llame COSAS, que tenga dentro otra que se llame POCO INTERESANTE, y dentro de esa otra que se llame NADA DE PORNO AQUÍ DENTRO.

—Prueba en las fotografías.

Jon abre de nuevo el buscador de archivos, y modifica la búsqueda para que muestre únicamente las carpetas que contienen imágenes.

—Son muchísimas.

—Ponlas en mosaico y dale al scroll —dice Antonia, muy consciente del reloj. Apenas queda una hora.

—Esto no son formas de trabajar —dice Jon.

Las carpetas se van sucediendo en la pantalla, todas aparentemente idénticas. Hasta que una de ellas llama la atención de Antonia.

—Para. Abre esta.

El icono que señala Antonia es una carpeta normal, en todo salvo en que tiene un minúsculo candado en una esquina.

El nombre de la carpeta es Recursos Gráficos.

—Supongo que podría valer como cosas —dice Jon, haciendo doble clic sobre ella.

La carpeta no se abre. Lo que se abre es, de nuevo, la aplicación de protección biométrica. Antonia recoge el dedo del muerto de encima de la mesa y lo coloca con cuidado sobre el sensor. La parte superior tiene una lucecita que no para de iluminarse en rojo.

—¿Qué demonios le pasa ahora?

—Los sensores capacitivos funcionan detectando la electricidad de nuestros cuerpos. Es lo que permite leer la huella. Cuanto más tiempo pases muerto,

menos electricidad.

—¿Fue así como robaste las pastillas rojas? —pregunta Jon, como quien no quiere la cosa.

—¿Has visto que a Mentor le falten dedos?

—No voy por ahí contándole las falanges a la gente.

—Yo no voy por ahí robando pastillas. No me hizo falta —dice Antonia, que sigue peleándose con el sensor, sin éxito.

—En la máquina de café del cuartel, si no te coge el euro, lo frotas en el lateral de la máquina un poco y ya tira —sugiere Jon. Un poco por ayudar, y otro más por joder.

Antonia se le queda mirando, inclina la cabeza un poco. Como ponderando la sugerencia. Después acerca la punta del dedo a la manga de la chaqueta de Jon.

—¡Eh!

Antonia ignora sus protestas, frotando el dedo contra el tejido. Lo aparta enseguida y lo acerca al sensor, que se ilumina de inmediato en verde.

—Electricidad estática. Bien pensado.

Jon no tiene tiempo de maldecir demasiado, porque la carpeta se abre, y su contenido se revela a los ojos de Jon y Antonia.

Revelar es exactamente la palabra, piensa Jon, al ver todo aquel despliegue de piel, de glúteos, de órganos sexuales y de glándulas mamarias.

Cincuenta y cuatro fotografías.

En todas aparece la misma mujer. Las posturas, pues las propias de la situación. *Sexting*, lo llaman. El rostro se ve en pocas. Pero no hace falta más que una. Jon la abre, para confirmar lo que los dos ya saben.

Si ya decía yo que este tío tenía algo escondido.

Mirando a la cámara de forma sugerente, y completamente desnuda, está Raquel Planas.

—Parece que hemos encontrado a su asesino. Un poco tarde, pero vamos bien. Vamos cojonudamente —dice Jon, pegando un manotazo exasperado sobre la mesa.

Lo que hicieron entonces

La vida en un manicomio no está tan mal, al fin y al cabo.

Las noches apenas existen. Los medicamentos que te embuten garganta abajo —a la fuerza las primeras noches, algo menos después, a medida que tu espíritu va cediendo— te hacen desaparecer. Eliminan los sueños, las pesadillas. Ese duermevela infinito que transcurría entre el momento en el que cerrabas los ojos y aquel en el que la vejiga tomaba el control, ha desaparecido. En su lugar, cae un telón negro, pesado y espeso. Jirones de ese terciopelo oscuro cuelgan de tus párpados cuando te despiertas.

Comprendes la muerte —de verdad—, cuando te inducen ese sueño terroso y denso. Comprendes lo que es desvanecerse en la nada. Dejar de ser.

Es la primera vez que la mujer duerme. Durante sus veintitrés años anteriores, no recuerda ni una noche de puro descanso, de auténtica calma.

Con la distancia y el desapasionamiento que le produce la medicación, comienza a analizar su vida anterior. No en las absurdas terapias que le imponen los psiquiatras. En esas se limita a guardar silencio y a guarecerse en su propio interior. No, lo hace en los ratos en los que la dejan suficientemente a solas, cuando la aparcan en la esquina de la sala común, atada a la silla de ruedas, junto a los demás huéspedes. Así los llaman.

Hay algo que ha cambiado dentro de ella, y solo es consciente ahora.

El sueño enmascara sus carencias. La lógica de la vida exige dormir. Y así hacen las personas normales. Pueden acostarse con los ojos arrasados por las lágrimas, desesperados, hundidos, derrotados. Con ganas de devolver centuplicado el sufrimiento a quienes se lo han causado.

Sin embargo, al despertar, nada es como la noche anterior. La ira se ha diluido. Se ha transformado en ayer, en recuerdo. Muchos intuyen, intuimos, que hay algo turbio en la realidad, en lo que nos rodea. En el sistema, en los demás, en nosotros mismos. Pero la vida nos soborna y compra nuestro silencio con la dádiva del sueño.

Ella, en cambio, no olvidaba, no podía olvidar. Cuenta las noches, largas como serpientes. Su odio no se aligeraba al despertar. Al contrario. Cada noche

de insomnio, cada pesadilla lúcida —con los ojos entornados, consciente del peso de las sábanas sobre su cuerpo, del sudor frío entre el cuello y la almohada — daba músculo a su rencor.

En el manicomio ha descubierto el valor del sueño, por primera vez. Del *no-ser* que *resetea* todo, que interrumpe el proceso del odio.

Día a día, va transformándose. En términos generales, no es gran cosa. Sigue viendo a los demás seres humanos como objetos, tan prescindibles como un trozo de papel higiénico, tan aplastables como una cucaracha. No hay nada, salvo ella. Eso no ha cambiado. Pero ahora siente una cierta serenidad ante lo inevitable.

Un día, uno de los celadores —el mismo que suele sobarle las tetas durante varios minutos cuando la ata a la cama por la noche— se olvida de atarle el brazo izquierdo a la silla. Ella mira el trozo de carne que va desde su codo hasta la punta de los dedos con indiferencia. Durante los primeros días había deseado que llegase una oportunidad como esta a cada instante.

Ahora, los días se han convertido en meses. Tiene la tripa llena, el cerebro abotargado. Ha ganado peso. Su pelo es un desastre, su piel está grasienta y grisácea. No se reconoce en el espejo.

Tampoco su brazo, con la muñeca libre, colgando inane. Por un instante piensa en enviar una orden, la orden de moverse, de quitarse la otra sujeción. Por su cabeza pasan imágenes de ella misma lanzándose hacia el cuarto de los celadores, agarrando a uno por el cuello, usando algún objeto —un bolígrafo serviría— para amenazarle, para obligarle a abrir la puerta.

Sería sencillo. Pero no encuentra las fuerzas, ni el motivo.

Una noche, las pesadillas vuelven.

No es gradual. Ocurre, sin más. Una única pesadilla, a mitad de la madrugada. Y ya no puede dormirse.

Pasa el día agotada, inquieta, revolviéndose. Los celadores vuelven a mirarla con precaución. Ya la consideraban domada, pero ahora está de nuevo sobre aviso. Hace mucho que no les causa daño, pero ellos parecen no haberlo olvidado.

Ella toma nota, también. Finge. Y espera.

La noche siguiente ya no puede dormir.

Se toma las pastillas que le dan, sin protestar. Abre la boca para mostrar que

las ha tragado, mientras la enfermera revisa cada ángulo con una linterna.

Las nota descendiendo por su garganta, suavemente. A veces alguna se atasca a medio camino, con esa sensación tan desagradable y pegajosa. Pero siempre hacen efecto.

No esta vez.

Se queda quieta en la cama mientras la sujetan —esa noche no está el celador sobón, y ella se alegra, porque duda de que hubiera podido controlarse—. Cierran la puerta, y ella los ojos.

A través de sus oídos, comienza a descubrir un mundo que antes le había sido velado. De noche, el manicomio se transforma.

Hay lloriqueos, quedos, a través de la pared. Unos gemidos, también, al otro lado. Puede escuchar a su vecina masturbarse. A pesar de que la ha visto a la luz del día —una mujer repulsiva, que suele vomitarse encima en mitad de la comida—, la combinación de jadeos, frotes y chapoteos le causa una excitación leve. Afortunadamente, también efímera.

Pasan minutos, quizás horas, y unos pasos resuenan por el pasillo. Les acompaña un intenso olor a desinfectante y el traqueteo metálico y sincopado de las ruedas de un carro. Ella percibe cómo la rueda de la izquierda está claramente desalineada. Se pregunta cómo es posible que reconozca esto. También cree escuchar el sonido de unos cascos reproduciendo música. No reconoce la voz del celador, es alguien con quien no se ha cruzado nunca. Tararea algo con voz sorprendentemente afinada (*tu cuerpo y el mío / llenando el vacío / subiendo y bajando*).

La canción es pegadiza. Se promete buscarla algún día. En su vida anterior le gustaba mucho la música, el muro que levantaba ante las estupideces de la gente.

Con el estribillo en la cabeza, desciende un peldaño dentro del sueño. Solo uno. A mitad de camino entre la dureza de la vigilia y la paz de la negrura. Un territorio poblado de monstruos y alfombrado de dientes. Pasa la noche en él, huyendo a trompicones, sin llegar a dormirse o despertarse del todo.

A la mañana siguiente, el odio ha regresado.

Los recuerdos lo hacen con la sobremesa.

Les dan la comida a las 12.30. Una pasta insulsa, arroz aplastujado, carne misteriosa, gelatina verde. Depende del día. Los cubiertos son de plástico fino, para evitar tentaciones. A ella le liberan un brazo, pero hoy finge estar ida por

completo, como le ocurre a veces. Una de las celadoras le mete las cucharadas con desgana en la boca, limpiándole la barbilla cuando se acuerda.

Después de comer, se queda mirando la televisión. Con la barriga llena y el adormecedor murmullo del aparato, con el volumen casi al mínimo, la sala común es un lugar tranquilo, en el que se perciben con claridad los ronquidos y los eructos de los internos.

Entonces arranca el informativo. La noticia de última hora llega desde Valencia. Unas imágenes aéreas de la plaza del Ayuntamiento. Una densa columna de humo sale del edificio, haciendo casi invisibles las palmeras. La fuente está apagada, las calles cortadas. La explanada delantera tomada por coches de la Policía Nacional. Coches patrulla, enormes camiones con conexión vía satélite.

La voz en *off* de la presentadora habla de milagro. De heroicidad. Un miembro desconocido de las fuerzas del orden, que ha salvado centenares de vidas. Una camarera —rubia, uniforme de color claro, placa con su nombre— habla a la cámara despeinada y con churretes de hollín en la cara.

—Ella me ha salvado la vida. Allá donde esté, solo quiero decirle gracias.

Las imágenes muestran ahora el cordón policial. Al otro lado, los agentes gritan, dan órdenes, se apresuran de un lado al otro. Durante un instante, brevísimo, aparece alguien al fondo. No es mucho, pero la mujer ha sido entrenada para reconocer rostros y absorber detalles mínimos.

Su reacción es inmediata. Se incorpora en la silla, abre los ojos, emite un ladrido seco, salvaje. Los ojos de los celadores se vuelven hacia ella. Uno se lleva las manos a la espalda, donde guarda la defensa extensible. No, no han olvidado. Ni ella tampoco, los moretones que el bastón de acero y polipropileno le ha causado en los glúteos, en las espinillas, en la espalda. A veces, sin provocación previa. Así que se encoge, recuesta la cabeza, entrecierra los párpados hasta convertirlos en dos finas líneas oblicuas, y no quita ojo a lo que cuenta la televisión.

La mujer del coche oscuro no vuelve a salir. Pero ella la ha reconocido.

Su rival.

Siempre supo que había otra. Los esfuerzos por controlar sus movimientos dentro del complejo, la existencia de una segunda sala de entrenamiento que ella

no empleaba nunca, delante de la que pasaba cada día. Siempre a oscuras. Siempre vacía. La suya estaba más lejos, al final de la nave.

A pesar de la vigilancia constante, había podido escabullirse un día en el retrete, aprovechando un momento de distracción. Había espiado a la otra a través de la ventanilla de la puerta de la sala. Menuda, con el pelo negro y lacio, y los ojos verdes. Sintió un destello de fascinación al verla. La Otra. Otra como ella. Alguien especial, único. Alguien con una inteligencia casi sobrenatural, con la capacidad de ver lo que nadie más veía, hacer lo que nadie más era capaz de hacer. Eso es lo que le había dicho Mentor a ella.

La fascinación se convirtió en odio unos segundos más tarde. Cuando las matemáticas se impusieron, y comprendió que dos de algo es menos valioso que uno de ese mismo algo.

El odio se convirtió en despecho —mucho más peligroso que el odio, no conoce el infierno furia como la de la mujer despechada— cuando escuchó a Mentor a través de los altavoces.

—No puedes domar un río, Antonia. Tienes que rendirte a la corriente, y convertir su poder en el tuyo.

—¿Controlar cediendo el control? No tiene sentido.

—No todo lo tiene, ni tiene por qué tenerlo. Ríndete al río, Antonia.

Antonia. Se dirigía a La Otra por su nombre. Con suavidad, con cariño.

Nada de la brutalidad y el desprecio que guardaba para ella.

Regresó al baño con el corazón latiéndole en las sienes, y la boca sabiéndole a rabia y a hierro. Se había mordido los labios sin darse cuenta, se había hecho heridas en las palmas de las manos de tan fuerte como las había apretado. Se preguntó si él notaría algo, cuando llegase para dirigir su entrenamiento. Fantaseó durante horas con esa posibilidad. Conque él entrase en la sala, la tomase entre sus brazos y la abrazase, preguntándole qué le había ocurrido.

No sucedió.

Los informativos terminan, la tarde pasa, llega la noche. Vuelven a encerrarla en su habitación, vuelven a atarla. Vuelve a cerrar los ojos.

—Diría que estás hecha un asco, sin duda.

La voz suena a su lado, dentro de la habitación. Ella se incorpora todo lo que le permiten las ataduras. Unos pocos centímetros.

La luz que entra por la ventana —siempre cerrada con rejas— forma un

rincón oscuro en una esquina de la habitación. Esa noche la sombra es más densa, y sus formas, distintas. De ese lugar procede la voz. Metálica, segura. Le habla en inglés, idioma que ella maneja con cierta soltura.

—¿Quién es usted?

—Por el amor del cielo, menudo acento. También tendremos que trabajar eso.

Ella se revuelve. No siente miedo —eso no ocurre nunca—, pero se siente amenazada. Y ante cualquier amenaza, siempre reacciona de idéntica forma. Como un animal salvaje.

—¿Qué es lo que quiere?

—Esa pregunta no es importante, por ahora.

Ella deja de pelearse contra sus ataduras —cuero, acero, candados por todas partes, un esfuerzo inútil—, y se para a reflexionar durante varios segundos. Pero algo ha aprendido durante su entrenamiento. Ha aprendido a complacer a la voz al otro lado. La voz que controla su destino. Ha comprendido el poder que encierra esa voz de rostro desconocido. En el futuro, una perversión de ese poder le ayudará a causar el sufrimiento de Carla Ortiz. Ahora le sirve de forma distinta.

Si no importa quién es, ni lo que quiere… Entonces lo que importa es lo único que sabe de él. Que está en un lugar donde no debería estar, sin haber sido detectado, o habiéndose encargado de que no importase. Eso, y la muy improbable coincidencia de que su medicación haya dejado de funcionar.

—Lo que importa es lo que puede hacer.

El hombre tarda una eternidad en responder. Tanto que ella está a punto de dormirse, llega a creer que ha soñado la presencia extraña en su habitación. La locura, acechando agazapada.

—Nunca lo hubiera imaginado —dice, finalmente—. Después de tantos años de soledad. Vamos a hacer grandes cosas juntos.

Ella no puede evitar soltar un bufido exasperado.

—He escuchado eso antes.

—Yo no soy como tu antiguo mentor.

—Me han llamado a luchar antes en el lado de los ángeles. No salió bien —dice ella, agitando las correas. Los eslabones arrancan chirridos metálicos del bastidor al que han sido enganchados.

—Esta llamada es para el lado contrario, querida. Estimulante —responde el hombre, incorporándose.

Sandra medita un momento. Finalmente decide que le parece bien. Si iban a darle el papel de villana, que así fuera. Los villanos siempre eran los personajes más interesantes, de todos modos.

Cuando el hombre se pone en pie, la luz de la ventana da de lleno sobre su rostro. Tiene el pelo rubio y ondulado, y la piel blanca y suave. Se parece un poco al actor ese que hacía de padre en *Lo Imposible*.

—Te espero con el coche en marcha —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. No tardes.

—Espere. ¿No va a soltarme?

Él se da la vuelta, y arroja un bolígrafo encima de la cama. Rebota en la sábana, y cae rodando, casi al alcance de su mano derecha.

—Si eres quien yo espero que seas, no te hará falta.

10
Una visita

—¿Tienes alguna teoría? Porque en este momento nos vendría bien.

—No me gusta trabajar con teorías. Acabas forzando a los hechos a encajar dentro de ellas.

El inspector Gutiérrez esboza una mueca mientras trata de seguir el ritmo de Antonia por los pasillos del hospital de La Zarzuela. Ahora ya no es una cuestión de agilidad, es una cuestión de agotamiento. Los antibióticos y el estrés le están dejando machacado, y no ingiere una comida en condiciones desde hace muchas horas. Por otro lado, apenas les quedan 59 minutos. Así que bajar el pistón no entra en sus planes.

—Está claro que no has leído un periódico en los últimos diez años. ¿No sabes que ahora es tendencia decirle a la gente lo que quiere oír?

—No lo comprendo. Una noticia es correcta o incorrecta —dice Antonia, esquivando a una enfermera que corre por el pasillo.

—No tienes ni idea. Lo que piensa ahora la gente es: «¿Cómo va a estar equivocada si es lo que yo pienso?». A lo mejor tu señor White es de esos.

—No es *mi* señor White. Y no me da el perfil.

—Está bien. Entonces dime qué hechos tenemos. Ya me pensaré yo las teorías.

Intenta que no se le note la desesperación en la voz. Es un intento infructuoso, pero menos da una piedra.

Antonia parece distante, como le ocurre cuando su cerebro está haciendo esas cosas que hace. Pesos, engranajes, mediciones. Casi a regañadientes, accede a la petición de Jon.

—Tenemos el asesinato de Raquel Planas, hace cuatro años. Sabemos, por la madre, que el asesino era su amante —Antonia gira en la intersección, siguiendo la indicación de la flecha azul y del letrero marcado como Unidad de Cuidados Intensivos—. El amante resulta ser un ingeniero informático que aparece muerto cuatro años después.

—No te olvides lo de que te siguió por la calle.

—No me olvido. Una semana después de la muerte de Raquel Planas, Jaume Soler se pone en contacto conmigo para pedirme ayuda. Y yo…

El resto lo omite, y Jon no insiste.

—Tres años después —continúa Antonia—. Tú apareces. Tenemos que capturar a un asesino que está secuestrando y chantajeando a personas de alto nivel. El asesino no era sino un pelele en manos de Sandra y de White.

—Un truco para engañarte a ti.

—Todo el *modus operandi*, en perspectiva, apestaba a él. Eso lo sabemos ahora. Sandra desaparece, no sin antes avisarnos de que White estaba de camino.

—Cuando vuelve, ataca a las reinas rojas de otros países. Mientras nosotros estábamos ocupados en Málaga.

—A la vuelta, te coge a ti. Te pone eso en el cuello. Nos convierte en sus marionetas para investigar tres crímenes. Raquel Planas. Jaume Soler.

Eso es todo.

No es poco.

No es suficiente.

—No ha ayudado mucho —dice Jon, con un suspiro.

—No —admite Antonia—. Nos siguen quedando 57 minutos antes de que se cumpla el segundo plazo. Y lo más urgente sigue siendo resolver el crimen.

En eso, Jon está de acuerdo.

El miedo que pasó en el ascensor no se ha esfumado del todo. Tan solo ha cambiado de sitio. Del centro de su pecho gigantesco —atrapándole, congelándole, impidiéndole incluso pensar— ha descendido a sus tripas. Es una sensación pesada y creciente, un ácido frío y pegajoso, que va aumentando su volumen y densidad a medida que el tiempo va disminuyendo.

Jon nunca ha tenido un ataque de ansiedad diagnosticado. Pero si le describiera sus síntomas a un psiquiatra, probablemente usaría esas palabras. Además de recetarle media farmacia. Claro que Jon antes volaría por los aires que visitar a un loquero, que Bilbao es Bilbao y los polis son polis, etcétera.

En la puerta de la UCI se encuentran con dos obstáculos. El primero tiene la forma y aspecto de un policía, pero se esfuma rápidamente en cuanto Jon se identifica.

El segundo, más pequeño y con uniforme de hospital, resulta ser una enfermera de guardia que no está en absoluto por la labor de dejarles pasar. Jon

tiene que utilizar todo su encanto y su labia para conseguir el acceso. Cuestión de vida o muerte, ya sabe usted.

La enfermera se aviene solo después de que Jon y Antonia se comprometan a calzarse patucos, gorro de plástico, mascarilla y guantes.

—¿Cómo se encuentra?

—Si no hay infección, saldrá de esta. La herida ha comprometido el estómago, aunque se ha librado por muy poco de que le destrozara el hígado.

—¿Está consciente?

—Ha despertado hace poco. Aún está muy débil, y hasta arriba de morfina.

—Pero puede hablar.

—Cinco minutos.

Como si tuviéramos más.

—No le digan nada del marido, ¿de acuerdo? —les grita la enfermera, antes de que se cierren las puertas presurizadas tras ellos.

El interior de la UCI es un lugar deprimente y hostil. Todo lo que les rodea es estéril, hace ruido, está moribundo o tiene prisa. Los cuatro estados representados por el aire, las máquinas, los enfermos y quienes les cuidan.

Incluso a través de la mascarilla, Jon ve que Antonia no se encuentra bien. Tiene los ojos huidizos, y vuelve a abrazarse el estómago.

—¿Qué…?

—Ahora no, por favor. Después hablamos.

El inspector Gutiérrez mete lo de preocuparse por su compañera en tareas pendientes, porque han llegado junto a la cama de Aura Reyes. Separada de las demás por una mampara de metro y medio de alto, la víctima está conectada a los monitores y al suero intravenoso. Parpadea cuando ve que se acercan.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde está Jaume? —dice, con la voz reseca y rasposa.

Jon se sienta junto a la cama para no intimidar a la mujer con su envergadura. Antonia se coloca a su lado.

—Señora Reyes, somos de la policía. Inspector Gutiérrez, mi compañera Antonia Scott.

La mujer tiene la mirada perdida en algún punto por encima de la cabeza de sus dos visitantes. Pero cuando escucha la palabra *policía*, algo en su interior se ajusta, se recalibra, a medida que las piezas caen en su sitio —el olor a

desinfectante, el remoto dolor de la herida, la incomodidad de la vía intravenosa en el brazo— y se da cuenta de que no está despertando de una pesadilla que se vaya a esfumar en cuanto se levante a preparar el desayuno de las niñas.

—Mis hijas. Mis hijas —dice, intentando levantarse.

Jon le pone la mano con suavidad en el hombro —no tiene ni siquiera que hacer fuerza, pues la mujer está débil como un pajarillo— para impedir que se mueva y se haga daño.

—Las niñas están perfectamente. Están con su abuela, a salvo y tranquilas. Hoy no irán al colegio, van a pasar la mañana viendo *Frozen 2* y episodios de *Peppa Pig*.

—Quiero hablar con ellas.

—Después, señora, se lo prometo. No tenemos mucho tiempo. Necesitamos que nos conteste antes a unas preguntas.

—¡He dicho que quiero hablar con ellas! —dice Aura, con lo más parecido a un grito que puede emitir una que ha escapado por tan poco de la muerte que aún lleva las marcas de dedos en la garganta.

Jon se ve obligado a malgastar unos preciosos segundos en localizar el teléfono de la abuela. Finalmente consigue comunicar a las dos. La conversación es breve. Las niñas no se han enterado de nada, y contestan felices, con voces incongruentes y extrañas para la situación. Ya habrá tiempo de que conozcan la verdad. Pero, de algún modo, la dicha de la ignorancia de sus hijas ejerce un efecto anestésico en Aura Reyes. Su cuerpo se destensa, sus ojos vuelven a vagabundear por el techo.

—Señora Reyes, tenemos que hacerle unas preguntas. Es importante.

—Quiero hablar con Jaume ahora.

Esta nueva petición es pronunciada en un tono completamente distinto. La urgencia se ha transformado en otra cosa. En la expresión de un deseo, quizás. Jon es vagamente consciente de que la mujer habla a través de una nube, de un banco de niebla que amortigua su voz.

No le hablen del marido, les ha dicho la enfermera.

Pero hay que despertarla de esa ensoñación en la que parece haber caído. Se les acaba el tiempo. Así que Jon se prepara para comunicar las malas noticias. No es la primera vez que lo hace. Junto al papeleo, es la parte que los policías más odian de su trabajo. Un escalón por encima de la posibilidad de llevarse un tiro.

Jon intenta visualizar ocasiones anteriores, aunque no sirva de gran cosa. Al

igual que ducharse con agua fría, este tipo de interacciones con la realidad no se benefician de la experiencia. Puedes intentar suavizar el golpe como buenamente puedas, pero antes o después tienes que girar el grifo, antes o después tu piel toca el agua gélida, antes o después acaba resbalando hasta el escroto.

—Señora Reyes… —comienza a decir Jon.

—Jaume está muerto. No pudimos hacer nada, lo siento —concluye Antonia, con la delicadeza de un lanzallamas.

Ole tus ovarios, cari, maldice Jon.

La mujer no reacciona. Su cara es un folio en blanco, sus ojos permanecen inmóviles. El único signo de que sigue viva es el pitido constante del monitor cardíaco.

Aquí es cuando la experiencia del inspector Gutiérrez es de cierta utilidad. Porque Jon ha visto antes esta clase de reacción. El rostro del superviviente se mantiene intacto, a medida que la noticia va calando en su conciencia, transformando el folio en blanco. Es como prenderle fuego a ese papel. Comienza por una esquina, de forma tímida, vacilante. Una línea de llama que puedes apagar con un soplido. Pero que, a medida que avanza, se va haciendo imparable, revelando la verdad debajo.

Aura tiembla, y se echa a llorar.

—Lo sentimos mucho, pero es imprescindible que encontremos al asesino, señora Reyes —dice Jon, al cabo de unos segundos.

—¿Qué… qué quieren saber?

El relato de Aura es muy breve, no cuenta nada que no supieran ya. Se levantó, presintió que había alguien en casa, avisó a su marido. Todos los relatos de este tipo suelen incorporar un momento insoportable (para Aura, cuando el asesino le corta el cuello a Jaume); y un lamento desgarrador (para Aura, no haber llamado inmediatamente a la policía).

El inspector Gutiérrez se promete —como el que jura ir a Lourdes de rodillas si la virgencita le cura al niño sin piernas— que visitará a esa mujer para calmarla, para ayudarla a superar el trago, para que comprenda que no podía haber cambiado su destino. Para Jon, a tan solo 50 minutos de morir, es una de esas promesas que se hacen desde la impunidad. Porque, en realidad, sospechas que al niño no le van a crecer piernas, porque nadie quiere ir de rodillas a una gruta en el sur de Francia.

—¿Sabe a qué se dedicaba su marido? ¿Para quién trabajaba? —pide Antonia, cuando ve que la mujer ha terminado.

—Es consultor. Es… hace programas informáticos. Algo para el gobierno, creo.

—¿Para el gobierno? ¿Está segura?

—No le gusta hablar de su trabajo.

El terreno es demasiado abstracto. Jon le hace una señal para que avance, señalando el reloj. Así que Antonia decide volver a la noche anterior.

—Háblenos del agresor.

—No recuerdo gran cosa. Estaba… estaba vestido de negro y llevaba puesto una especie de gorro. Como los de esquiar.

Antonia no tiene tiempo para ninguno de los procedimientos habituales. No puede hacer un retrato robot, ni pueden buscar fotos de delincuentes habituales y conocidos.

—¿Llevaba la cara tapada?

—No. Era… no sé, diría que rubio. Un poco mayor que usted —dice Aura, señalando a Jon—. Pero menos…

—Aún más delgado —precisa el inspector.

—No le vi bien. No vi gran cosa, lo siento.

—Tienen que irse ya —dice la enfermera, apareciendo por detrás de la mampara—. La paciente está agotada.

—Solo una pregunta más —pide Antonia.

—No me obliguen a llamar a seguridad, agentes —insiste la enfermera.

Antonia la ignora y se vuelve hacia Aura, que da muestras de estar visiblemente agotada. Las heridas, la pena y la conversación han exprimido de ella las fuerzas hasta dejarla exhausta. Pero Antonia no puede irse sin más. No con las manos vacías.

Así que hace la última pregunta.

—Tuvo que ver algo que le pareciera fuera de lo común —pide, con tono casi de súplica.

—Me dio la sensación de que mi marido lo conocía —dice Aura, tras pensarlo un momento.

—¿Por qué piensa eso? —pregunta, inclinándose hacia delante.

—No lo sé. Cuando le atacó el hombre, mi marido dijo algo. No lo recuerdo

bien. *Tú no, espera*, o algo así.

11
Un declive

—Es imposible. No vamos a conseguirlo —dice Jon, desesperado.

La enfermera ha acabado por sacarlos a rastras de la UCI. Ambos se encuentran, de pronto, en el parking del hospital. Sin pistas, sin información nueva. Sin rumbo.

Antonia llama a Aguado, que le comunica que no hay ninguna novedad. Siguen investigando por su cuenta los datos que tienen, pero sin avances, por ahora.

No hace falta que le cuente a Jon el resultado de la conversación, porque se le ve en la cara.

—No vamos a rendirnos —dice Antonia.

—No queda tiempo.

—Tenemos 37 minutos. Hasta que se agoten, vamos a actuar como lo que somos. ¿Me has escuchado?

Jon no dice nada.

Camina los pocos pasos que le separan del coche y se sienta sobre el capó. Al salir a la luz tibia del sol, al aire frío, al viento desapacible que agita las hojas secas, se ha dado cuenta de algo.

Está muy cansado. Eso es lo único que puede pensar. En lo cansado que está.

Jon ha experimentado todos los tipos de cansancio antes, como cualquier ser humano de cuarenta y cuatro años. Está el cansancio que te agota tanto que no te deja dormir. Está el cansancio que te provoca ganas de llorar. Está el cansancio que te deja triste, muy triste.

Este cansancio es distinto.

Es un cansancio más allá del llanto, más allá de la tristeza. Es un cansancio entumecedor, doloroso, que se le adhiere a la carne y a los huesos.

Es un cansancio de la esperanza.

—No puedo más, cari. Entiéndelo.

Antonia le mira, intentando descifrarle. Una palabra le viene a la mente.

Karōshi.

En japonés, la muerte provocada por el agotamiento.

La palabra es vulgar. Poco inspirada, ramplona. Cuando se la propuso Marcos, ella la colocó al fondo del armario, como se hace con los regalos de una suegra con mejor intención que gusto.

La descarta, sigue buscando.

Dharmanisthuya.

En canarés, lengua dravídica que hablan cuarenta y cuatro millones de personas en India, la piedad del declive. El sentimiento que experimenta el caminante exhausto cuando halla en el camino una cuesta abajo.

Antonia no puede ofrecer gran cosa a Jon, con todo en contra. Lo único que puede ofrecer es la oportunidad de seguir peleando hasta el final. Negarle a Jon la oportunidad de pensar. Empujarle por la cuesta abajo. Ofrecerle la piedad del declive. Si no tiene nada más, al menos reducirá su ansiedad y su miedo en la recta final.

Así que coge el teléfono y hace una llamada. Una llamada que nunca habría creído que haría. Alguien de su pasado que, sin duda, no espera que llame.

Tan poco lo espera, que no coge el teléfono.

No queda más remedio que ir a verlo, piensa Antonia.

—Escúchame, Jon. Súbete al coche. He tenido una idea.

El inspector Gutiérrez vuelve la cabeza muy despacio, mira a Antonia con extrañeza. No hay hilos de los que tirar. Ninguno. Al menos, ninguno que vaya a dar resultado en tan poco tiempo. Lo único que le pide el agotamiento es dejarse caer y esperar a la muerte. O quizás meterse a un bar a comerse un bocadillo de jamón que nunca llegará a digerir del todo.

—Si no vas a acompañarme, al menos bájate del capó —pide Antonia.

Jon mueve una pierna, mueve el pie, se llena el pecho de aire —le lleva un rato—. Finalmente se incorpora, tras exhalar un enorme suspiro, de los que cambian el viento de dirección.

¿*Por qué lo hago*?, piensa, mirando el reloj. ¿Por qué seguir adelante, cuando sabes que todo es inútil?

Porque tiene miedo, y eso le avergüenza.

Porque a Antonia le sigue importando.

Porque sí importa el modo en que un hombre se hunde.

Porque no va a dejar que, cuando pase lo peor, dentro de 37 minutos, esa maldita canija sabelotodo y mandona tenga nada que reprocharle. Faltaría más.

Así que se levanta.

Por lo que sea.

—Cari, espero que no me estés haciendo perder el tiempo —dice, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Porque en mis últimos 37 minutos, me gustaría comerme un bocata.

12
Una clase

La Dirección General de la Policía, en Pinar del Rey, está a unos quince minutos en coche del hospital de La Zarzuela. Como conduce Antonia, la cifra se reduce a la mitad.

—Lo único que se me ocurre —dice Antonia, mientras cruza a toda velocidad el puente sobre la avenida de Burgos— es que descubramos por qué le han matado. Quizás con eso pueda negociar con White.

—¿Te has planteado que este pueda ser un crimen sin motivo?

—El problema del crimen sin motivo es que no existe. Simplemente no lo vemos.

Jon se echa para atrás en el asiento, encogiéndose sin poder evitarlo, cuando Antonia adelanta por la derecha a un coche que estaba a su vez adelantando a otro. Las columnas del puente de La Paz pasan tan cerca del retrovisor que puede ver los granitos en el hormigón.

No mires. No grites. No protestes, piensa Jon.

Si te mata, habrá sido intentando salvarte la vida. No estás para pedir.

—¿Sabes lo que realmente me toca las narices? Que no tuviera apenas correos en el ordenador. Esto es muy raro. ¿Quién no se comunica por email hoy en día?

—Tú y yo, por ejemplo —dice Antonia—. Gente con un trabajo que tiene que mantener en secreto.

Jon piensa en esa última frase, y la pone en el contexto de todo lo que saben hasta ahora.

—¿Estás diciéndome que Soler no solo sabía acerca de Reina Roja? ¿Que pudiera ser parte activa del proyecto?

—Eso sospeché entonces. Solo que cuando me dijeron que estaba muerto, su identidad no era esta.

Volver la cabeza para mirar asombrado a Antonia no es una buena idea cuando estás mareado y exhausto en un coche que viaja a casi doscientos por

hora. Jon tiene que contenerse para no vomitar lo poco que le queda en el estómago.

—¿Qué sabes de mi antiguo compañero? —le pregunta Antonia, para distraerle.

—No mucho. Lo que me ha contado Mentor.

—Especifica.

Puede que el inspector Jon Gutiérrez no sea el hombre más inteligente del mundo, pero no viaja con la mujer más sutil del planeta, así que se da cuenta enseguida de lo que está haciendo Antonia. Aun así, decide jugar.

—Que era un guaperas insufrible. Y que os llevabais como un perro y un cojín.

—Es bastante correcto, sí. También es muy listo, muy hábil y muy trepa.

—¿Es ese a quien tienes en marcación automática desde que nos hemos subido al coche? —dice Jon, señalando al móvil, que está en el soporte del salpicadero, marcando una y otra vez un número que no contesta.

—Vas a conocerle enseguida.

Entrar en la sede central del Cuerpo Nacional de Policía con un vehículo a doscientos no es una buena idea en absoluto. Por la barrera de seguridad y por los agentes armados con fusiles de asalto en la entrada. Así que esperan impacientemente su turno en la fila de coches. Mientras, Antonia busca algo en internet, lo lee, lo memoriza. Luego llama a la doctora Aguado, que está trabajando sobre todos los datos que tienen, a ver si ha podido avanzar en algún sentido.

Nada.

El siguiente en la lista es Mentor. Que no tiene buenas noticias. Pero sí una mala.

—Se trata del escudero de Holanda. Hace unas horas le han encontrado en su celda. Se había ahorcado.

Antonia no reacciona. No cuelga, tampoco. Deja la mirada perdida en algún punto entre el parabrisas del Audi, la interminable fila de coches y la barrera del centro.

—Antes de que cuelgues sin despedirte… —empieza a decir Mentor.

Antonia cree que va a hablarle de nuevo del escudero, pero resulta que no es así.

—Hace años te confesé que me dabas envidia —continúa, muy despacio y muy bajo, casi susurrando. Parece a punto de llorar—. Iba a preguntarte si lo recuerdas, pero ya sé que lo recuerdas. Tú lo recuerdas todo.

—Lo recuerdo —responde Antonia—. Justo antes de que me inyectaras lo que me inyectaste.

—Pues ya no.

Cuelga.

Antonia, no sabe muy bien por qué, cree que le acaba de pedir perdón.

Seis preciosos minutos les lleva alcanzar la puerta del edificio. Antonia hace algunas averiguaciones en la entrada, y finalmente arrastra a Jon por los pasillos hasta una de las salas de formación del lado oeste del complejo. Otros tres minutos.

Quedan 13 minutos.

Los dos irrumpen en la sala —pintada de verde vómito y con carteles motivacionales en las paredes—, encontrando a treinta y cuatro policías en chándal, muy extrañados. Y a uno más, de uniforme, subido en el estrado —pizarra con esquemas, bandera de España, retratos del rey titular y del fugado—, aún más perplejo.

La perplejidad se convierte en malestar cuando Jon anuncia:

—Venga, niños, al recreo. Tenemos que hablar con el profesor.

Los alumnos se levantan, despacio, mientras el profesor se vuelve hacia ellos, indignado. Da tres pasos y se agacha en el estrado, para susurrarles.

—Estas no son formas, Antonia.

—Inspector Gutiérrez, te presento al inspector jefe Raúl Covas —dice ella.

Jon no contesta. Ahora mismo está —potenciado por el estrés— bajo los efectos del síndrome de Stendhal. O su equivalente sexual, por más señas. El inspector jefe Covas, el antiguo compañero de Antonia, su primer escudero. Cincuentón, metro ochenta, pelo color caoba, ojos grises y hombros de rechupete. Jon contempla el cuerpo del policía como el que se queda atascado delante del mapa de Disneyland, sin saber dónde montarse primero.

Esto sí que es una razón para vivir, piensa Jon.

—Creo que la última vez que nos vimos me dijiste que sería la última vez que nos veríamos —Covas ignora a Jon, y se dirige a Antonia sin que apenas se le note el resquemor en la voz.

—Raúl, tenemos mucha prisa. La vida de un compañero depende de ello. Necesito hablar contigo.

Al oír aquello, el ceño de Covas se desfrunce un poco.

—¿Qué es lo que queréis?

—Hace cuatro años te hice un encargo. El último. Quiero que me cuentes todo lo que recuerdes.

13
Una espera

Nunca le ha gustado esperar.

¿A quién le gusta?

Por supuesto, si en la faceta conductual de tu diagnóstico psicopático pone «impulsiva, necesitada de sensaciones fuertes, inestable. Propensa a saltarse las normas y a incumplir responsabilidades y obligaciones», eso quiere decir que esperar te gusta algo menos de lo normal. Esperar la vuelve irritable, la encadena a un limbo extraño entre pausa y acción.

Como siempre, se muerde los padrastros de las uñas. Y, como siempre, le duele. Se da cuenta de que es un mal hábito. Como siempre.

Sentada en el coche, en la calle solitaria, con la música a todo volumen en sus AirPods —Los Ronaldos, *Saca la Lengua*, 1988—, Sandra piensa que apenas ha hecho otra cosa que esperar a este momento desde que White la liberó del manicomio.

Es curioso cómo la felicidad pura, sin adulterar, no deja poso en nuestros corazones, mientras que las aguas turbias de la tristeza manchan por doquier. Cada día que Sandra ha estado esperando a este momento ha sido un día de ansiedad, un día de agonía, desperdiciado. Es cierto que junto a él ha aprendido muchas cosas. Habilidades nuevas que no estaban en el libro de Mentor. Por ejemplo, apuñalar a alguien en la base del cráneo con un tenedor. Dejando que el cubierto se hunda hasta el mango en la carne blanda, alcanzando el bulbo raquídeo, matando instantáneamente. Lo ha podido practicar ya en dos ocasiones, ambas momentos especiales, que atesora con enorme deleite y que recuerda de tanto en tanto. Una, en una gasolinera, de madrugada. Ningún desafío, más allá de lidiar con las cámaras y demás molestias modernas. Otra, en una casa solitaria y apartada escogida al azar de un pueblo escogido al azar. Ninguno de los dos asesinatos había tenido otro propósito que el del mero desarrollo personal.

También había aprendido a manejar y detonar explosivos. No tan cercanos e íntimos como los objetos punzantes, pero, aun así, apasionantes. Le había enseñado un húngaro viejo y aburrido, del tamaño y forma de un metro cúbico. Al húngaro le faltaba medio brazo izquierdo —contra todo pronóstico, la pérdida había sido por sacar el brazo en mal momento conduciendo más borracho que un Mon Chéri—, lo cual había limitado sus oportunidades profesionales a la enseñanza.

El húngaro le había contado todos sus trucos sucios, los secretos pasmosos de quien usa la física y la química para causar el mayor daño posible. Había disfrutado con cada pequeño descubrimiento, con la sutileza y la astucia desapasionadas inherentes al oficio. La guinda del pastel fue, por supuesto, volar al propio húngaro cuando concluyó su entrenamiento. El viejo se lo tomó con sorprendente deportividad. Atado a una silla y todo, entre gimoteos, aún le hizo un par de observaciones sobre el detonador y el cartucho de dinamita que le había colgado del cuello.

Había habido encargos reales, por supuesto. No tantos como a ella le hubiese gustado. Todo el rato tenía la sensación de que White la trataba como a un cachorro con una correa corta.

Me sorprende que no me guarde en una caja por las noches, piensa, a menudo.

Pero White ejercía una extraña brujería sobre ella. Sandra intentaba buscar la confrontación a menudo con él, trataba de buscar su límite, sacarle de quicio. Incluso, en un momento de especial necesidad, había pretendido tener sexo con él. Ninguno de sus acercamientos, salidas de tono o excesos había obtenido resultado alguno. A veces intentaba engatusarla con esas palabras suaves, las que se emplean para atraer a un gato por el hueco de una valla. Pero casi siempre se limitaba a quedarse impasible.

La impasibilidad es un método de control más eficaz.

Eso Sandra lo ha descubierto desde el lado negativo de la ecuación. Pero ha averiguado otra cosa sobre White. Después de preguntarle una y otra vez por qué la ayudaba.

—Tengo un motivo egoísta, cosa que te conviene, porque los motivos egoístas son los únicos en los que deberías confiar —le había dicho.

El egoísmo es algo que Sandra es capaz de asimilar. Cuando por fin White

comenzó a ejecutar el plan que había comenzado con Ezequiel, Sandra asumió el nombre que ahora ostenta.

También asumió que su propia venganza, su propósito particular, era un simple decorado. Un añadido dentro de un plan mayor.

Está dispuesta a jugar un poco más. Mientras le convenga.

Y luego…

Luego habrá cambios.

Spotify interrumpe la reproducción porque entra una llamada. Ella descuelga dando un golpecito en el auricular inalámbrico.

—Ejecuta mis instrucciones —ordena White.

—Aún no se ha cumplido el plazo que le has dado.

—Estoy cambiando las normas.

Eso solo puede significar una cosa, piensa Sandra.

—¿Ya la ha descubierto?

—Lo hará en un par de minutos. Y después irá derecha hacia ti. Scott es más brillante de lo que imaginaba —hace una pausa y luego añade—: No preví que llegaría aquí tan pronto.

Sandra sabe por qué lo ha dicho. White no pronuncia ni una sola palabra que no haya pensado detenidamente antes. Sabe por qué alaba a su rival, a la mujer que odia por encima de todo. Es la manera en la que él cree que consigue provocarla, incentivarla, despertar en ella sentimientos de rabia y frustración.

No sabe que no es necesario. Que ella tiene un suministro interminable de ambos combustibles.

Ese es mi secreto. Siempre estoy rabiosa.

White es endiabladamente inteligente. Pero ella también. Y mientras él cree controlarla, ella ha ido jugando sus propias cartas. Mientras cree agitar un trapo rojo frente a ella, no se da cuenta de que también revela algo sobre sí mismo.

Nunca preví que llegaría tan pronto.

Es cierto. Este plan que va a ejecutar ahora Sandra es el cuarto de una lista de varias opciones. Hace meses, mientras preparaba las piezas para arrancar a Scott de la soledad de su ático, cuando disponía todo para que el juego comenzara, ni siquiera lo había considerado.

Lo que significa que el genio es falible.

Eso es lo que sucede con el control: no es unidireccional. Para tirar de los

hilos de la marioneta, tienes que atarlos a tus propios dedos.

Y un día puedes encontrarte con que la marioneta empieza a tirar a su vez.

Sandra sonríe, no contesta. Opta por dejarle creer que su alabanza a Scott la ha alterado, como él pensaba. Y espera a que él hable. Un pequeño tirón del hilo.

—Será mejor que te pongas en marcha. Esto es lo que tanto estabas deseando.

—Puedes contar con ello —dice Sandra, sin dejar de sonreír.

Cuelga. Comprueba una vez más las dos pistolas, se ajusta la gabardina y se baja del coche. Sube la música en sus auriculares y comienza a andar hacia la parcela del final de la calle.

Nada hay de especial en ella.

Una nave industrial más, con un aparcamiento vallado, un nombre respetable de una empresa de fabricación de áridos, un edificio de aluminio arriba y cemento abajo.

14
Un cuestionario

Encontrarte con un ex, aunque no sea sentimental, siempre es una experiencia emocionante. Hacerlo a 13 minutos de que a tu nueva pareja le estalle una bomba en el cuello contiene aún más desafíos.

Por eso Antonia, mientras esperaban para entrar al complejo, dedicó unos pocos segundos a informarse. Una búsqueda en Google le llevó enseguida a un cuestionario de la revista *Telva* —Encontrarte con tu ex: cómo no quedar como una imbécil—, con información relevante para la situación.

Punto 1: Finge un encuentro casual.

Esa parte ya ha quedado cubierta con la irrupción en las clases y las dieciocho llamadas perdidas, así que Antonia pasa al siguiente.

Punto 2: Actúa con naturalidad.

—Las huellas que te di, para que averiguaras la identidad del hombre que me había abordado cuando estaba con Marcos. ¿Qué es lo que recuerdas?

El inspector jefe se incorpora un poco, se da una vuelta por el estrado y se ajusta un poco el cabello, había tres o cuatro pelos fuera de sitio.

—No gran cosa. Te di el expediente, ¿verdad?

Punto 3: Que no te note la ansiedad.

—Me lo diste. Pero necesito saber qué es lo que recuerdas tú. Es muy importante, Raúl.

Covas sonríe —una pequeña arruga de condescendencia se le forma en el pómulo— y mira de arriba abajo a Antonia. Debido a la diferencia de altura y del estrado, parece que está en un primer piso.

—Creía que tú no olvidabas nada.

Antonia ha desmentido ese mito en muchas ocasiones, tantas que ya se ha cansado de hacerlo. Y más teniendo en cuenta las circunstancias de aquella petición. Ella estaba sola, en su habitación del hospital. Había pasado una semana del atentado contra Marcos y ella. Raúl se pasó a verla, y ella le encargó

que fuera a su casa a por la botella de cristal (ahora en un cajón de su escritorio, envuelta en plástico) y comprobase las huellas.

Raúl tardó otra semana en regresar. Para aquel entonces, Antonia apenas hablaba. La pena y la culpa había ido creciendo en su interior como una mala hierba, se había adueñado de todo. Casi no podía mover el brazo izquierdo, estaba hasta las cejas de tranquilizantes. Fragmentos de bala seguían aún dentro de ella, a la espera de una segunda operación, desgarrándola.

Y sí, Raúl le alargó un papel, le hizo un par de indicaciones, y eso fue todo. Pero Antonia apenas registró nada de aquel informe. Para aquel entonces ya había comenzado su descenso al infierno de la depresión y de las intenciones suicidas.

Pero Antonia se atiene al

Punto 4: Evita el drama.

y se limita a decir:

—Raúl, por favor. Esto es muy serio.

—Está bien —dice, tras una pausa—. No había mucha información. Comprobé las huellas, tal y como me lo pediste. El hombre se llamaba Enrique Pardo, era un empleado de banca que se había quedado en paro después de la crisis. Se tiró a las vías del metro un día antes de lo de tu marido. Así que lo descarté como sospechoso enseguida.

El siguiente punto del cuestionario se vuelve enseguida relevante.

Punto 5: No hagas reproches.

Porque Antonia puede sentirse un poco traicionada porque Raúl la dejara en aquella habitación del hospital como un caso perdido y que siguiera adelante con su carrera. Puede que eso le pese, quizás él tenga sus propias quejas, por supuesto. Egoístas, simplistas, infantiles, como suelen ser los hombres en general. Así que Antonia procura que no se filtre demasiado en su voz la carga emocional, e intentar hacer una pregunta desde el punto de vista exclusivamente profesional.

—Entonces, ¿cómo explicas que le hayan asesinado esta madrugada?

—¿Cómo? No… no puede ser —se sorprende Covas.

—Quizás el metro iba tan despacio como esta conversación —dice Jon, señalándole el reloj a Antonia, desesperado.

—Ni se llamaba Enrique Pardo ni se tiró al metro. Su nombre era Jaume Soler, un consultor informático que podría estar relacionado con el proyecto Reina Roja. ¿De dónde sacaste la información?

—¿Estás insinuando que no hice bien mi trabajo?

—No sería la primera vez.

—Te equivocas. Fui yo mismo al depósito a comprobarlo.

Jon no puede soportarlo más. Mira el reloj. Tan solo quedan ocho minutos. Siente que se ahoga, así que se quita el abrigo y la chaqueta, abre la ventana situada junto a la mesa del profesor. La bandera de España apenas se agita un poco, pero la escasa brisa sirve para devolver algo de color al demudado rostro de Jon. Apoya en el alféizar de la ventana los enormes brazos, y estira el enorme cuello, en busca de oxígeno. La costura de la herida es visible desde ahí.

Antonia mira a su compañero, sintiendo también la ansiedad, la urgencia y la desesperación.

—Fuiste tú en persona al dep…

Antonia se detiene.

El mundo también.

Qué ciega he estado, piensa.

Karışkırkira.

En kirguís, idioma hablado por tres millones de personas en Asia central, el lobo disfrazado de mecedora en el que llevas un buen rato sentada sin verlo. El sentimiento de estupidez que te embarga cuando lo que estás buscando lleva delante de ti desde el principio.

Vuelve, despacio, la mirada, hacia la herida de Jon. Más visible, ahora que ha descendido la hinchazón y no está recubierta de sangre. Y se fija en la costura. De punto longitudinal. Hecha con aguja recta. Con dos puntos de apoyo proximales y dos distales. Una costura muy buena, casi impecable. Que se conoce en medicina como punto de Sarnoff, o punto colchonero.

Y, en un extremo, una nudatura en mariposa.

Una nudatura tan pequeña y tan perfecta es muy, muy difícil de hacer.

Y Antonia Scott solo la ha visto ejecutar así a alguien. Con soberana maestría.

Qué ciega he estado, se repite.

—¿Quién te atendió en el depósito?

El inspector jefe Covas no recuerda el nombre. Pero sí la descripción. Para las caras de mujeres atractivas nunca ha ido mal de memoria.

INTERLUDIO

Un cronómetro

Jon muestra a Antonia el cronómetro con la cuenta atrás, cuando solo quedan unos segundos para que todo acabe.

Para que todo acabe, piensa Jon.

Se agarran fuerte de la mano.

Qué muerte más hortera y miserable.

Quiere mirar a Antonia a los ojos, quiere despedirse de ella.

Pero mira el cronómetro.

No puede evitarlo.

Seis segundos.

Cinco segundos.

Qué hortera, piensa de nuevo.

Cuatro segundos.

Tres segundos.

Morir mirando un cronómetro.

Dos segundos. Un segundo. Nada.

Jon suelta la mano de Antonia cuando después de unos instantes en que se detiene el aire, comprende —con una inexplicable decepción— que la cuenta atrás nunca fue para ellos.

CUARTA PARTE
WHITE

El infierno es la verdad vista demasiado tarde.

THOMAS HOBBES



1
Un rostro amable

El agente de recepción sonríe. Con desgana, pero sonríe. Al fin y al cabo, la mujer tiene un rostro amable.

Nadie desconfiaría de un rostro amable como ese.

No ve ningún motivo para poner la mano en el arma debajo del mostrador —una Glock 17 de cuarta generación—, porque la mujer tiene un aspecto inofensivo. Gotas finas de lluvia cubren su gabardina impermeable, alguna más en el pelo. Por eso lleva los hombros encogidos y las manos metidas en los bolsillos.

No es la primera persona desorientada que entra en la nave en busca de información, o incluso para curiosear. Hay un par de ellos a la semana, al menos. Delante de él —junto al móvil y un teclado viejo y cascado— hay un folio manoseado y envuelto en plástico que contiene una serie de frases con las que distraer la atención o desviar al curioso. Pocas veces hacen falta, basta con un «ni idea», un «es mi primer día» o un «aquí ya no queda nadie».

El agente lleva apenas dos meses en el puesto. Está recién salido de la academia e imaginaba cosas mucho más emocionantes cuando se sacó la oposición. Como casi todo el personal externo del proyecto Reina Roja, lo único que sabe de ese lugar es lo que le han contado. Que es una unidad encubierta de la Policía Nacional, pero que tras un breve servicio saldrá de ahí con una buena recomendación.

Le han encargado que sea discreto, que no hable de su trabajo con nadie, y que mantenga alejados a los extraños. Además de los agentes de apoyo, solo tiene que hacer caso a las cuatro personas que llevan una identificación con el borde en rojo. Es imposible equivocarse: uno es el jefe, el funcionario gris y cincuentón que anda todo el día saliendo a fumar. Otro es la mujer bajita que apenas ha ido un par de veces, y que supone que será alguna clase de científica, o algo. Otro el inspector vasco grandote, que no gordo. Ese le cae bien. Por lo amable, y por lo mucho que se esfuerza en que no se le note la pluma.

La última persona a la que tiene que hacer caso está a su lado, buscando algo en su bolso. Es maja, la forense. Y está buena, con su pelo largo y rubio, con ese *piercing* que le pone un poquito. Ha intentado invitarla a tomar algo un par de veces, pero ella siempre le ha rechazado con amabilidad. El agente comienza a sospechar que no juegan en el mismo equipo, pero está dispuesto a probar alguna vez más. Quizás hacia el fin de semana, cuando estrenen alguna buena película en el centro comercial. A sus veintitrés años, su dilatadísima experiencia con las mujeres le dice que ninguna se resiste al plan de película y Gino's. Quién podría.

La mujer está ya solo a un par de pasos del mostrador, pero aún no ha dicho nada. No ha saludado, ni abierto la boca. Tan solo sonríe y menea la cabeza al ritmo de una música que solo ella puede escuchar.

Ahora que el agente la ve más de cerca, su rostro no parece tan amable.

—¿En qué puedo ayudarla? —dice.

La mujer se sitúa junto al mostrador y saca las manos de los bolsillos. En cada una lleva una pistola. El agente no sabe que cada una de ellas es una Sig-Sauer P-226, porque de conocimiento de armas va justito, y porque al verlas el estómago le pega un latigazo de miedo y de sorpresa. Lleva corriendo la mano a la suya, pero no llega a cogerla. El disparo no llega desde el frente, pero él no se entera.

Por algún motivo, el mundo ha decidido cambiar su orientación. El mostrador —que es todo su horizonte durante ocho horas al día— se pone de pie, asciende desde su derecha, y el suelo con él.

Qué raro, piensa, antes de que todo se vuelva negro.

La doctora Aguado devuelve el arma, aún humeante al bolso. Década y media de tratar con cadáveres le han enseñado una triste verdad. Hacer un hombre cuesta toda una vida de duro trabajo. Acabar con él apenas una ligera presión en un gatillo.

Es la primera vez que ella genera a un potencial cliente. Llevaba semanas dándole vueltas a ese momento, temiendo que no fuera capaz de hacerlo. Que en el último segundo se echaría atrás. Que simplemente los mecanismos de defensa que la sociedad nos implanta —conciencia, religión, empatía— tomarían el control y le impedirían meter una bala en el cerebro del agente novato mientras este estaba distraído mirando a Sandra.

No ha sido así.

En los breves instantes que suceden a la detonación, con el olor a cordita aún impregnando el espacio de recepción, la forense se examina por dentro y no encuentra grandes cambios. Nervios, por supuesto, y ganas de mear, pero no detecta la esperable fractura sustancial en su alma. El asesinato cierra una puerta y abre otras. Por la mente de la doctora Aguado cruza una fugaz visión de la realidad de Dios, de su auténtica naturaleza. La cara visible, su infinita creatividad, no requiere de microscopios ni de fórceps para descubrirla. Basta con pasear por un bosque o mirar nadar a un ornitorrinco.

La otra cara, la infinita y criminal indiferencia del Creador por sus criaturas, es más difícil de apreciar. Se puede llegar a ella contemplando una foto de Auschwitz o Mauthausen, pero será un razonamiento vicario, de segunda mano. Es necesario apoyar una pistola contra la sien izquierda de un joven sano, inocente y más bien cortito, y apretar el gatillo. En el segundo siguiente, esperas que se abra la tierra, que se alcen las llamas del infierno, que un fuego purificador descienda de entre las nubes y derrita tu carne pecadora.

No sucede.

Es ahora cuando ves la cara oculta de Dios, sin intermediarios. Lo muchísimo que todo se la suda.

—Bien hecho, doctora —dice Sandra, acercándose a ella y retirándose el auricular de la oreja.

Aguado tiene la mano temblorosa.

—Cálmese, doctora. Ahora no es momento de tener miedo. Eso viene después.

La forense se guarda la mano en el bolsillo.

—Las bombonas están colocadas en el sistema de ventilación —dice—. Les he pedido a todos que me esperen en la sala de reuniones.

Sandra asiente con una sonrisa densa.

—¿Y… él?

—En su despacho.

—Bien hecho —repite Sandra, colocándose de nuevo el auricular en la oreja —. Ya puede usted marcharse. Y no se olvide de hacer su llamada.

Con un giro elegante del cuerpo, le da la espalda y se dirige hacia la entrada.

2
Una bombona

Hay una regla no escrita de la memoria, y es que esta tiende a almacenar los lugares que han sido importantes para nosotros con ciertos errores de escala. No hay más que regresar a la habitación de nuestra infancia, al aula de la universidad, para comprobar que el lugar es mucho más pequeño y mundano de lo que recordábamos. Nosotros podemos no haber crecido ni un milímetro, pero el lugar habrá encogido sin remedio.

Lo mismo es cierto para el lugar donde te torturaron implacablemente, tal y como descubre Sandra al entrar. La amenaza, la oscuridad, el miedo y el trauma se han diluido. Se han convertido en ella.

Sandra se encamina hacia el módulo de la sala de reuniones, pasando por delante del módulo de entrenamiento sin dedicarle una sola mirada. En lugar de rodear el MobLab aparcado junto al laboratorio de Aguado, coloca el cuerpo de lado y avanza entre ambos, para que no la vean desde la puerta de la sala de reuniones. Sin perder el ritmo y sin dejar de tararear.

—*Contarás las noches largas como serpientes, dormirás debajo de la cama otra vez* —canta, bajito. Limitándose casi a formar las palabras con los labios.

Cuando alcanza su objetivo, lo contornea por el lateral y se agacha junto a la maquinaria que sirve de acondicionador de aire. Allí, en efecto, están colocadas las dos bombonas de color verde, con sus letras y sus advertencias, y su pegatina con la calavera y las tibias cruzadas en negro sobre fondo amarillo. Aguado ha cumplido su parte. Ella solo tiene que girar las espitas.

Rodea el módulo, por el lado contrario, y se acerca a la puerta. Se asoma a la ventanilla de cristal. Dentro hay once personas, en torno a la mesa de conferencias, con caras de aburrimiento. Ninguno se da cuenta de que ella está rodeando la manija de la entrada con una cadena, que cierra con un grueso candado. Tampoco parecen darse cuenta de que por la rejilla de ventilación surge una tenue niebla de color anaranjado. Una receta del húngaro, mezcla de bromoacetato de etilo e iperita. No se sentía orgulloso de ella, sin embargo. *Si no*

explota, qué gracia tiene, decía, con su acento repleto de vocales dulces y jotas arrastradas.

Sandra adora la diversión, pero también la practicidad. Cuando tienes el terreno a tu favor y varios meses para planear un atentado contra las fuerzas del orden, una puede recrearse en los detalles, como hizo cuando preparó la doble explosión contra el equipo que fue a rescatar a Carla Ortiz.

En este caso, en terreno contrario y con poco preaviso, hay que ceder en los detalles y limitarse a hacer el trabajo.

—Llamaré a la puerta, nos esconderemos, tiraremos piedras para no quedar bien —tararea, apoyada en la puerta.

Dentro escucha el primer grito de alarma.

Siente el antojo —físico, urgente, imperativo— de asomarse a la ventanilla de cristal para contemplar con sus propios ojos el resultado de sus esfuerzos, pero es un poco pronto aún. Alguno de los que están dentro podría ir armado, y no confía demasiado en la solidez de la ventanilla. Así que espera unos instantes más, dedicándose a imaginar la escena.

Los más cercanos a la rejilla del aire acondicionado no habrán sido los primeros en notar algo, ya que los síntomas comienzan por la lengua. Se hincha dentro de la boca, sientes que te abulta el doble de lo normal, la boca te sabe rara.

La extrañeza da paso al pánico cuando notas que respirar se va haciendo más difícil, a medida que el gas venenoso va constriñendo tus vías respiratorias en su camino a los pulmones. Para el momento en que comienzan a arderte los ojos y a descender la cantidad de oxígeno en tu cerebro, gritar es imposible.

Los que gritan son los que están más lejos, al ver que tu cara se ha vuelto de un extraño color rojizo y que intentas abrirte la camisa para intentar respirar. En los casos más agudos, el sistema nervioso toma el control y te hace desgarrarte la garganta con las uñas, mientras pierdes por completo la visión y te desplomas al suelo.

Para entonces, los que rodean a las primeras víctimas se han lanzado a ayudarles, a preguntar qué ocurre, agachándose junto a ellos. Dado que el gas es más pesado que el aire, es la peor decisión que podrían tomar. Son ellos los siguientes en caer, derrumbándose sobre los anteriores, aplastándoles con el peso de su cuerpo y sus retortijones, acelerando su muerte.

Los más alejados, los que estaban más cerca de la puerta, tienen aún unos preciosos segundos para reaccionar, sobre todo si estaban de pie.

De hecho, lo hacen.

Sandra nota cómo alguien empuja la puerta, primero con fuerza, después con desesperación. Un golpe, otro, tres. La cadena resiste, aunque Sandra ha calculado mal la distancia entre los eslabones, y el que empuja debe de ser un hombre bastante fuerte.

La puerta se abre unos milímetros.

Por la rendija no escapa una cantidad suficiente de veneno como para resultar peligrosa en ese espacio abierto de seis metros de alto. Aun así, Sandra percibe una brizna de olor.

Ácido, metálico, corrosivo.

Le recuerda al olor del líquido para limpiar armas. Cuando el nitrobenceno desciende por el cañón, disolviendo los restos de carbón, pólvora y cobre.

Sandra se aparta un par de metros, con disgusto. Los ojos le lloran un poco. Nada grave. Es peor su decepción al no poder disfrutar del espectáculo. Asomarse a mirar por la ventanilla queda descartado, así que pone un ojo en la puerta y otro en la lista de reproducción de su teléfono. Pone en bucle la canción que está escuchando —el corte 11 del disco—, ya que parece lo más apropiado.

En el interior de la sala de reuniones, los golpes a la puerta han cesado. Pero ahora ya estarán todos muertos o agonizantes, con una espuma rosada brotando a borbotones de sus labios hinchados y sanguinolentos. El contenido de esa espuma es el tejido mucoso de sus propios pulmones. Una imagen que quería contemplar en directo, pero ya no podrá ser, gracias al espontáneo de la puerta —y a su propio error de cálculo con la longitud de la cadena, pero no es el momento de la autocrítica.

Sandra regresa, al son del diálogo entre guitarra eléctrica y batería con el que arranca la canción, hasta las bombonas de gas. Cierra las espitas, y así se asegura que, al menos, podrá echar un vistazo rápido en su camino de regreso. Un pobre consuelo —no es lo mismo ver el balón dentro de la portería, que ver cómo entra —, pero es lo que hay.

Se incorpora justo a tiempo.

El disparo de escopeta revienta el mecanismo del aire acondicionado, en el lugar exacto donde estaba su cabeza hace solo un segundo. En vez de atravesar su cráneo, destroza el faldón de su gabardina Burberry. Una edición especial, en cachemira y seda, más de cuatro mil euros y pico.

La rabia inunda a Sandra, más que si el disparo le hubiera volado la cabeza. Si así fuera, no se habría enterado del estropicio, al fin y al cabo. Reacciona de

forma instantánea, arrojándose al suelo y devolviendo el fuego.

3
Unos pecados que vuelven

Mentor se esconde detrás del MobLab. La parte delantera de la furgoneta absorbe los disparos. Las balas de 9 mm destrozan el parabrisas, la rueda delantera derecha, y uno de los faros. Y Mentor sabe, entonces, que está jodido. Porque no tiene apenas entrenamiento en armas, ha perdido el factor sorpresa…

Y esa zorra loca hija de la gran puta sabe muy bien lo que está haciendo. Al fin y al cabo, le enseñé yo.

Encogido de miedo, se maldice en repetidas ocasiones por su estupidez.

Hace menos de dos minutos estaba saliendo de su despacho en dirección a la máquina de sándwiches cuando vio a Sandra junto a la puerta de la sala de reuniones. Vio la cadena, y enseguida ató cabos. Se deslizó pegado a la pared de la nave hasta su coche, y recobró la escopeta del asiento del copiloto.

En ese momento, sintió la tentación —física, urgente, imperativa— de correr hacia la puerta de salida y poner tierra de por medio. No había nada que se lo impidiese. Miró una vez en esa dirección, y luego, de vuelta hacia el interior de la nave. Allí, asesinando a casi todo su equipo, estaba el fruto de sus pecados. Lo que había barrido bajo la alfombra, y que había vuelto arrastrándose, más fuerte que nunca.

Amartilló el arma.

Al fin y al cabo, ya sabemos lo que dijo Chéjov sobre las escopetas, pensó, antes de dirigirse de cabeza hacia él.

Ahora mismo, parapetado tras la furgoneta, Mentor se arrepiente de no haber corrido hacia la salida. Se arrepiente de haber fallado el tiro —fácil y por la espalda—. Se arrepiente de muchas cosas, pero sobre todo de haberse dejado el

tabaco en el abrigo. Tiene tan claro que va a morir en los próximos cincuenta segundos, que lo que más le jode es no poder darle una última calada.

Por otro lado, voy a dejar de fumar definitivamente, piensa, rodeando el MobLab, en el sentido contrario a las agujas del reloj.

Salir corriendo está descartado. Desde el lugar donde estaba Sandra, tiene más que cubierta la entrada y el camino hacia el coche. La única posibilidad que tiene es tenderle una trampa, rodearla.

Entre la furgoneta y el laboratorio de Aguado (*espero que no esté dentro, espero que haya podido escapar*) queda un hueco, suficiente para que un cuerpo pase de lado. El ancho del enorme espejo retrovisor, y un poco más. Si se mete por ahí, aún tendrá una oportunidad. Incluso si ella decide rodear la furgoneta por el mismo lado, se encontrará con el cañón de la escopeta apuntando en línea recta a su asqueroso rostro amable.

Ni siquiera yo puedo fallar eso, piensa.

Con el cañón por delante, Mentor se introduce en el hueco. Es una apuesta a vida o muerte, al cincuenta por ciento. Al menos si contamos solo las opciones que se le han ocurrido a él. Que le disparen a los tobillos por debajo del bastidor de la furgoneta ni lo ha considerado. Le pasa vagamente por la cabeza cuando ya está metido en el estrecho callejón entre el metal de la carrocería y el cemento de la pared, pero ya es demasiado tarde. Solo queda seguir adelante. Un metro. Dos metros.

Cuando está a mitad de camino, tan cerca del retrovisor que casi puede rozarlo con el cañón de la escopeta, escucha la risa.

Una risa aguda y filosa, como la hoja de un cuchillo.

Sandra aún continúa riéndose un poco más, como si no pudiera controlar esa risa. La clase de risa que viene de un lugar muy lejano, y que puede conducirte a la locura.

Mentor siente un puño de hielo hurgar en su interior, rascar sus tripas, atascarse en su esófago. Ella está justo detrás de él.

—*Y cuando piensen quién ha sido le diremos que no, no han sido tus amigos, allí nadie quedó* —tararea, bajito.

—Por favor… —dice él, cerrando los ojos.

Una gota de sudor, o quizás una lágrima, le resbala por la mejilla y le alcanza la comisura de los labios. Un delicado sabor salado se insinúa en su lengua. Intenta tragar saliva, y lo logra con dificultad.

—Resuelve esto —dice Sandra, en una imitación bastante potable del tono

de Mentor en las sesiones de entrenamiento—. Estás en un lugar muy estrecho, apuntando con un arma larga hacia delante. No tienes espacio para cambiarte el arma de mano, y tu enemigo está justo a tu espalda. ¿Qué haces?

Él no responde, por supuesto. Pero ella da un paso hacia él, y le apoya la pistola en su axila. Nota el frío del metal a través de la camisa empapada en sudor.

—No puedo hacer nada —responde él.

—Demasiado fácil y demasiado lento —sentencia Sandra.

Clava el cañón del arma en su nervio circunflejo. Una sacudida de dolor insoportable recorre el cuerpo de Mentor, hace que se contraigan los músculos de su brazo izquierdo. La escopeta cae del derecho. Una humedad y un calor le inundan la entrepierna. No enteramente por el daño reflejo.

—Dispara de una vez, hostias.

Sandra chasquea la lengua, con desaprobación. Como si la mera idea de que creyera que iba a librarse tan fácil le resultara ofensiva.

—¿Sabes qué? Yo lo único que necesitaba era que me quisieras. Pero nunca llegaste a verme. Nunca llegaste a descubrir quién soy.

—Eres un error. Eso es lo que eres. Un error del pasado.

Ella se ríe de nuevo.

Es una risa distinta a la anterior.

Más sencilla.

Casi infantil.

Se aproxima a él, hasta pegar su rostro al suyo, y baja la voz. Es una vieja amiga, contando un secreto al oído.

—Sí, tienes razón. Pero bastante anterior a lo que crees.

Antes de dispararle en la cabeza, le canta, suavecito, el estribillo de la canción.

Después de dispararle en la cabeza, le recoloca el pelo que le clarea en la frente.

—Habría hecho cualquier cosa por ti.

4
Siete instantáneas

Ni Jon ni Antonia recordarán con claridad las siguientes horas de su vida, más allá de una colección de instantáneas tridimensionales, momentos congelados en el tiempo, sin solución de continuidad entre ellos.

1. Jon aprieta convulsivamente el botón de la llamada en el teléfono del coche. Antonia está conduciendo por el arcén en la salida de la M40. El retrovisor izquierdo se lleva por delante el de un coche que estaba demasiado cerca. Una lluvia de fragmentos de cristal, plástico y cables se queda suspendida en el aire.
2. Jon conecta la radio policial —disimulada bajo el salpicadero del coche —, a tiempo de escuchar la llamada a las unidades cercanas. Sus manos forman un incrédulo triángulo equilátero en torno a sus sienes. Es el tipo de cosas en las que se fijaría Antonia, pero esta vez no lo hace.
3. Dos furgonetas de la Policía Nacional y un coche de bomberos aguardan a la salida del cuartel camuflado. Esperan instrucciones que no llegan. Las luces azules de las sirenas arrojan destellos fantasmales sobre la nave anodina. Antonia camina hacia el interior, seguida de Jon, entre los gritos de los policías.
4. Un bombero, la cara cubierta por la máscara de oxígeno, deja caer el hacha sobre la cadena que obstruye la puerta de la sala de reuniones. Los eslabones vuelan por el aire, y una nube anaranjada y tenue escapa de la puerta abierta. Los cuerpos del interior hace tiempo que han dejado de agitarse entre las convulsiones de la muerte, pero más de uno tiene la mirada vuelta hacia la puerta. Como si aún no hubieran perdido del todo la esperanza.
5. Antonia se agacha para cerrar los ojos del cadáver de Mentor. Sus dedos están rozando los párpados. Los sanitarios del Samur le han dejado la camisa abierta después de certificar la muerte. Uno de ellos habla con Jon, a pocos metros. Jon tiene el rostro desencajado. El sanitario tiene los labios extendidos hacia delante —como si se preparara a dar un beso—. Están formando la cuarta letra de la palabra *imposible*.

6. Antonia llora, un antebrazo apoyado en la carrocería del Audi, la mano izquierda aferrando el brazo de Jon que intenta consolarla, aunque sin mirarla. Jon acompaña con la vista a la camilla que se lleva el cuerpo de su jefe. La lluvia arrecia, y las ruedas de plástico de la camilla salpican diminutas gotas al hundirse en las rendijas de la acera.
7. El teléfono suena. Antonia sorbe los mocos con ansia y se lo saca del bolsillo. Jon aún está mirando en otra dirección, así que tarda en darse la vuelta. Antonia se seca las lágrimas con el dorso de la mano, incrédula, al ver quién está llamando.

5
Una llamada

Antonia descuelga el teléfono.

—¿Llama para pedir perdón?

—No. Sé que eso no lo voy a obtener —dice Aguado—. No en esta vida, al menos. Llamo para despedirme.

Cuando no eres capaz de analizar bien tus propios sentimientos y de comunicarlos, como en el caso de Antonia, cuando para ti es un rompecabezas, lo que para otros cae de cajón, desarrollas mecanismos de adaptación. Pero no hay mecanismo de adaptación capaz de asimilar y procesar lo que ella está sintiendo ahora mismo. La mezcla de emociones es abrumadora.

—¿Cómo ha podido? ¿Cómo?

—Porque no he tenido otro remedio. Me tiene atrapada, como la tiene a usted.

Antonia no puede contenerse y suelta de golpe todo lo que ha estado acumulando durante estos minutos horribles. Todas las conclusiones que han caído en su sitio, las diminutas piezas de la enorme maquinaria, encajando por fin en su lugar.

—Desde hace mucho tiempo, ¿verdad? Fue usted quien le dio a Covas un informe falso que aseguraba que Jaume Soler había muerto. ¿Fue usted también quien le habló de White a Sandra, o fue al revés? ¿Manipuló usted también las pruebas en casa de Laura Trueba, el primer crimen de Sandra?

—Acierta en muchas cosas, me temo.

—Cuando yo estaba obsesionada con encontrarla, con usarla a ella para llegar hasta White, ¿qué hizo usted? Sacó las cápsulas rojas de la cámara para «ayudarme». Y no me cabe duda de que también fue usted quien le sugirió a Mentor que sería perfecto para nosotros que investigásemos lo de Málaga. De esa forma nos tenían entretenidos mientras ustedes preparaban su gran golpe…

Antonia solo para de hablar cuando siente la mano de Jon en su hombro. Ella está apoyada en el coche, bajo la lluvia. Tiene el pelo empapado, y el alma

lacerada. La mano de Jon es un bálsamo, un ligero alivio que le permite sujetarse a la realidad.

—No me permite decirle nada más. Lo lamento.

—Entonces, ¿para qué llama? ¿Se lo ha pedido él? Es también parte de su juego, supongo.

Al otro lado de la línea, la forense guarda silencio. Antonia casi puede escucharla deshaciéndose de sus excusas y justificaciones. Descartándolas sin miramientos. Quien ha llegado tan lejos como ella, no puede tampoco albergar demasiados escrúpulos.

—Lo he hecho porque él me lo pidió.

—Y con ello hoy ha matado a doce personas.

—Mataría a doscientas si me lo ordenase. Sin pensarlo un momento.

—¿Qué tiene sobre usted, Aguado? ¿Cómo consiguió doblegarla? —pregunta Antonia, desesperada por conseguir una brizna de información.

—Esto no voy a decírselo. Pero seguro que es usted capaz de hacerse una idea.

Sí, Antonia se la hace.

En realidad, no importan los detalles. Una novia, un hermano, una madre. Sea quien sea la persona a la que está amenazando White en la vida de Aguado, se limita a hacer válido lo que Antonia ya sabía. Nadie está libre de hacer nada, ni siquiera lo más horrible, por amor. El amor es lo más poderoso que existe.

—Podría haber usted acudido a mí. Yo la hubiera ayudado.

—Usando… ¿cómo lo llamó el inspector ayer? ¿Su cerebro programado para las evidencias?

—Juntos…

Aguado la interrumpe.

—No sabe lo que es capaz de hacer. Cómo es capaz de anticiparse a todo. Por mucho que usted prevea y planifique una posibilidad, él ya ha estado ahí. Nadie puede vencerlo, Scott. Ni siquiera usted.

Antonia siente un escalofrío, y no es solo por la lluvia que le resbala por el pelo, se cuela por el cuello de su camisa y le empapa la espalda, el sujetador, desciende hasta su cintura por la piel blanca y fina. No, su frío brota de dentro hacia fuera.

—Nunca tuve ni la más mínima oportunidad de vencer, ¿verdad?

—Tan solo le ha hecho creer que podría. No es usted más que una cometa en mitad de un vendaval.

—¿Y usted? ¿Cree que ahora la dejará marcharse? Así, sin más. Sabiendo todo lo que sabe.

—Era nuestro acuerdo.

—La matará —le previene Antonia.

—Es posible.

Antonia baja la voz hasta convertirla en un susurro.

—Rece porque así sea. Porque si no es él, seré yo. Voy a encontrarla, Aguado. Pagará por lo que ha hecho.

Un susurro suave emitido por una mujer minúscula y medio rota. Una mota minúscula en un universo indiferente.

Apenas perturba la lluvia y el viento de marzo.

La lluvia y el viento de marzo no saben nada. Aguado sí. Por eso un cubo de hielo desciende por su espina dorsal. Tendrá que vivir el resto de su vida sabiendo que es la destinataria de esa promesa.

—No dudo de que lo intentará. Adiós, Antonia.

6
Un atasco

Cuando Aguado cuelga, Antonia explota.

Si fuese otra persona —pongamos el inspector Jon Gutiérrez, ya que es la persona que más cerca está de Antonia ahora mismo— y tuviera que lidiar con las emociones que ella está procesando en este instante, lo haría probablemente a través de un ataque de rabia. Arrancando de cuajo una papelera de una farola, por ejemplo. Gritando y hundiéndola a pisotones, hasta dejarla convertida en una lámina de plástico de un par de centímetros de grosor.

No es tan fácil para Antonia.

Ella está sintiendo al mismo tiempo la agonía de la pérdida y la tortura de su propia ceguera. Pero, por encima de todo, la traición de la confianza.

Cuando las personas dejan que otras se acerquen a ellas, lo hacen por un motivo. A veces, esa aproximación ocurre de manera gradual, casi imperceptible. Pero, por muy despacio que eso ocurra, siempre hay un momento. Algo que cambia la etiqueta que la cara de esa persona lleva en nuestro archivo personal. Ya sea un compañero de trabajo, un vecino, alguien a quien conoces en una red social, siempre hay algo. Un gesto, una mirada, una frase. Una risa compartida, un segundo de lucidez conjunta. No siempre lo recuerdas de forma nítida y consciente. Pero, si te esfuerzas un poco, eres capaz de llegar a encontrarlo. Ese día, hora y minuto exacto en el que el cartel bajo la foto cambia de *conocido* a *amigo*.

Para Antonia, alguien que tiene muy pocos de los primeros y menos aún de los segundos, alguien que tiene una memoria inabarcable y una capacidad analítica enfermiza, esos momentos son hitos imborrables.

Con Mentor, fue un día, tras un entrenamiento, muy al principio. Ella estaba sudada y exhausta, dudosa de sus propias capacidades. Sintiéndose, como todas las personas realmente inteligentes, una impostora. Y él se acercó con una toalla en la mano, y le dijo:

—Te envidio.

Fue solo eso. Una única frase. Sincera y real. Desconcertante, como solo puede serlo la verdad. Hay una enorme cantidad de idiotas en el mundo real que se creen inteligentes, capaces de entrenar a la selección, operar a corazón abierto y arreglar el problema de la inmigración. Emiten sentencias incontestables sobre cada uno de esos temas en el lapso de pocos minutos. Las personas realmente inteligentes dudan sobre todo y sobre todos, pero por encima de todo dudan de ellos mismos.

Mentor, con aquella frase, cambió el cartel bajo su foto. Antonia siguió odiándole —sigue haciéndolo, por todas las mentiras—, pero tal y como odias a alguien que está dentro del muro, no escupiendo desde fuera.

¿Y el inspector Gutiérrez? Oh, esa es sencilla.

Justo al salir del despacho de Laura Trueba, cuando Antonia vio reflejado en el dolor de una madre ajena el suyo propio, Jon estuvo ahí. Le acompañó a ver a Jorge al colegio. No hizo demasiadas preguntas equivocadas, lo que para Jon es todo un récord. Lo que le hizo fue una tortilla de patatas. Antonia le perdonó que le pusiera cebolla, incluso. No es que pueda notar demasiado el sabor —le supo, como todo, a cartón—, pero no hay manera de camuflar la textura de los pequeños trozos entre los dientes.

Antonia, que no podría freír un huevo ni aunque su vida dependiera de ello, es muy consciente de los pequeños actos de amor. Del valor que se esconde dentro de un gesto tan aparentemente minúsculo como cocinar para otra persona. Te salta a la cara, como una caja de esas de broma con una serpiente de papel dentro. Estás tan tranquila y *zas*, una tonelada de amor, directa al rostro.

Con aquella tortilla de patatas, Jon cambió el cartel bajo su foto. Y no se detuvo ahí. Siguió cambiándolos, hasta que ya no le quedaron más carteles que ponerle. La progresión *extraño, compañero, amigo, familia*, culminó en una palabra con tres letras. Una jota, una o y una ene. Para Antonia, no se puede ser más que eso.

¿Y la doctora Aguado?

Antonia evoca el momento en que se encontraron por primera vez, en casa de Laura Trueba. Tan solo era una técnica emocionada por haber leído su expediente. Curiosa, por conocer a la monstruita responsable de lo de Valencia. Admirada, o eso le había transmitido Jon, después.

El cartel debajo del rostro de Aguado cambió días más tarde. Cuando Antonia afrontaba uno de sus momentos más oscuros. Ezequiel se había

escapado tras una ardua e infructuosa persecución. Antonia se debatía consigo misma, con las incoherencias del caso. Tenía claro que aquel asesino era una clase de animal distinto a lo que ella conocía. Por supuesto, estaba en lo cierto, salvo que por las razones equivocadas.

Aquel momento de dudas e incertidumbre, en aquella madrugada de insomnio y desasosiego la encontró junto a la cama de Marcos. Agarrada a su mano derecha, contemplando la pared y concentrándose en el sonido del electrocardiograma en el silencio boscoso del hospital. Con los ojos arrasados por las lágrimas, desesperada, hundida, derrotada. Con ganas de devolver centuplicado el sufrimiento a quienes se lo causan a otros.

En ese estado débil, llamó Aguado. Su voz, al otro lado del teléfono, fue como un faro, una cuerda a la que aferrarse en medio de las olas. Cascada por el tabaco y por el cansancio, rasposa por la alergia, o al revés. La soledad hace del alma una esponja reseca, que acepta con gratitud cualquier líquido que le caiga encima.

Aguado le había mentido mientras ella sostenía la mano exánime de su marido en coma. Siendo ella cómplice de los que le habían postrado en aquella camilla.

De alguna forma, aquel era el peor insulto de todos.

Y todo esto es lo que ha pasado por la cabeza de Antonia Scott entre el momento en el que Aguado cuelga y ella separa el teléfono de la oreja.

Contar esto lleva tiempo.

Cuando Aguado cuelga, Antonia explota, decíamos.

La agonía de la pérdida, la tortura de su propia ceguera, la traición de la confianza. No hay palabra en lengua alguna que sea capaz de resumir ese colapso de tráfico en el cerebro y el corazón de Antonia.

Su cuerpo decide por ella. Su estómago se contrae una, dos veces. En el tercer retortijón, Antonia vomita el escaso contenido de su estómago sobre la ventanilla del Audi.

Jon, que estaba a punto de pisotear una papelera, cambia la violencia por amabilidad —se saca un pañuelo limpio del bolsillo y se lo ofrece a Antonia— y la furia por arrepentimiento —se arrepiente, concretamente, de haber dejado la ventanilla abierta.

—Hija de puta —dice Antonia, entre toses y arcadas.

Escupe, pero la boca le sigue sabiendo a todo eso de antes. A pérdida, a ceguera y a engaño. Mezclado con la bilis, por fin encuentra una palabra:

Desesperación.

Acepta el pañuelo de Jon, se limpia los labios y la barbilla.

—Puedes quedártelo, cari —dice Jon, cuando Antonia hace el gesto de devolvérselo.

—Hija de puta —repite ella, cerrando el puño en torno al pañuelo y golpeando en el techo del coche.

—Tampoco puedes pasarte al otro lado con los tacos, cielo —la provoca Jon —. Hay que encontrar el punto medio.

—¿Cómo puedes bromear en un momento así? —dice ella, dándose la vuelta, y atacando a Jon con el puño cerrado. Le golpea el pecho con todas las fuerzas que le quedan, con el resultado que cabía esperar. Él acepta los golpes, con los brazos abiertos, dándole tiempo, ofreciéndose, esperando. Cuando por fin está lista, cuando dentro no le queda más furia, sino tristeza, se limita a recibirla cuando ella se derrumba sobre su pecho. Solo entonces se atreve a rodearla con los brazos y a dejar que ella, entre mocos y lágrimas, acabe de arruinarle el lavado en seco.

7
Una espantada

—Te están esperando dentro —dice Jon, cuando Antonia se separa de él.

Antonia se seca los ojos, vuelve a sorber por la nariz y le da más uso al pañuelo. Luego abre la puerta del copiloto, ve el desastre que ha causado en la tapicería, se lo piensa mejor y se sienta en la parte de atrás.

Jon golpea, suavemente, el cristal.

Antonia lo baja.

Jon se apoya en la puerta.

—La escena ya está limpia. Tenemos que…

—No vamos a volver ahí dentro —contesta ella, sin mirar.

—Antonia…

—No. Ya sabemos quién ha sido.

—Antonia…

—¿Quién está al mando de la escena?

Jon mira por encima de su hombro, y se da cuenta de que no tiene una respuesta.

—No lo sé. Había alguien de la policía, pero estaba discutiendo con uno del CNI. Había una juez en camino, también…

—Exacto.

Jon comprende, de pronto, lo que Antonia está pensando. Normalmente ellos llegaban a cualquier escena del crimen por la puerta de atrás, sin preguntar a nadie y sin pedir permiso. Si surgía cualquier clase de problema, tan solo tenían que hacer una llamada. A los pocos minutos, milagrosamente, todas las puertas se abrían, todas las barreras caían, todos los baches se allanaban.

El problema es que la persona que hacía las llamadas yace ahora en el suelo de hormigón de la nave, cubierto por un charco de su propia sangre.

—No podemos dejarle ahí solo, Antonia.

Ella mira a su alrededor, a todos los extraños que entran y salen de la nave, las caras desconocidas, las luces estroboscópicas. El caos que les devorará sin

remisión, si no juegan bien sus cartas.

—En esta escena del crimen no somos investigadores, Jon. Conocemos a las víctimas, sabemos quiénes son los asesinos. Ahora somos personas de interés.

—Pero…

—Si entramos ahí, no saldremos. Nos meterán en una sala de interrogatorios, y no es como si tuviéramos tiempo que perder —dice ella, señalando a su cuello.

—¿Y qué propones, entonces?

—Volar bajo. Durante un rato. Necesito pensar.

El inspector Gutiérrez tamborilea con los dedos en el techo, ponderando lo que ha dicho Antonia. Por desgracia, es cierto. Sin su paraguas habitual, no son más que un humilde funcionario *oficialmente* suspendido y una filóloga en paro.

—Nos buscarán, igualmente.

—Tendremos que ser fugitivos, durante unas horas. No será la primera vez.

Jon sonríe, a través del cansancio, y rodea el coche. Se sienta al volante y mira por encima del hombro hacia el asiento trasero.

—¿Adónde vamos, *miss* Daisy?

Antonia le devuelve la mirada, con un desconcierto rayano en la indefensión.

—No importa —dice Jon—. Conozco el lugar ideal para una mujer de tu categoría.

8
Un Toblerone

La estación de servicio Repsol de la avenida de Aragón, enfrente de la ITV, puede no figurar en la *Guía Michelín* ni haber ganado ningún premio en TripAdvisor, pero a cambio tiene colesterol envasado de primeras marcas. Incluso el nuevo Toblerone relleno de Funduk, que está haciendo furor.

Antonia coge los veinte euros que le alarga Jon y se hace con todas las chocolatinas que puede. Se las come, sentada en el banco cercano a los servicios, tan cercano que puede escuchar el sonido de las cisternas.

Jon, entretanto, lava el coche. Le pasa la aspiradora por dentro, lo limpia bien y lo rocía con ambientador hasta que huele a vómito con vainilla, en vez de solo a vómito.

Cuando acaba, entra a ver qué puede encontrar que no sea mortal. Un vistazo al mostrador le confirma lo que temía: la comida es tan mala que se puede ver a los estreptococos correr por el mostrador huyendo de ella. Al final se resigna a deleitarse con un bocadillo de lomo reseco, la opción menos repulsiva que ofrece la amplia carta del establecimiento.

—Si Mentor te viera comiendo eso… —dice Antonia.

Jon se saca un hilo de lomo de la boca para poder contestar.

—Si no se hubiera dejado matar, no estaríamos aquí, semifugitivos.

—De nuevo haces eso —responde ella, tras un silencio largo.

—¿El qué?

—Eso que haces. No es gracioso.

—Cari, tú no reconocerías lo gracioso ni aunque te estuviese pateando el culo. Y las bromas son un mecanismo de manejo del dolor.

Antonia se mete el último triángulo de Toblerone en la boca, lo mastica despacio, considerando muy seriamente lo que Jon acaba de decirle.

—¿Crees que podrías enseñarme?

—No.

Jon arruga el papel rojo y blanco del bocadillo, intenta encestarlo en la papelera cercana, falla, se agacha a recoger el papel, se limpia el resto de las migas de la chaqueta, regresa junto a Antonia que continúa aguardando, expectante.

—No me mires así. No puedo enseñarte eso.

—Me enseñaste lo de los tacos.

—No es lo mismo.

—Explícame por qué.

—Porque no es lo mismo. Porque el dolor es personal, y el humor también. Solo tú eres dueña de esas dos cosas.

—No lo entiendo. ¿Harías un chiste si yo me muriera?

Jon, que ha pasado noches enteras en vela sufriendo por la posibilidad de que eso sucediera. Que ha tenido que apartarla de la trayectoria de un todoterreno en marcha. Que ha recibido más de un disparo por su culpa. Que ha saltado de un tejado para salvarla y un cierto número de cosas más que no viene al caso, piensa en cómo se rompería su corazón si esa cosa minúscula de pelo sucio desapareciera del mundo.

—Aún no estarías fría del todo, y ya me estaría riendo —asiente, muy serio.

Antonia suelta una carcajada. Lo cual es un fenómeno más extraño que el cometa Halley. Tiene una risa preciosa, cristalina, armónica. Contagiosa, incluso. A pesar de ello, Jon considera su sagrada obligación mantener los labios rectos y las mandíbulas apretadas.

—¿Qué te parece tan gracioso? —dice, entre dientes.

—El *algor mortis*. El frío de la muerte. Se calcula con la ecuación de Glaister. Por un método muy concreto.

—¿Qué es?

—Un termómetro en el recto.

La sagrada obligación de Jon se va al carajo.

Ríe.

Ríe con todas sus fuerzas, de la fragilidad de la existencia, de los termómetros en el culo y de su propia indefensión.

Ríe, y Antonia se une a él, hasta que los dos acaban llorando.

—No quiero quedarme aún más sola —dice ella.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes, Jon. Hay algo que no te he contado.

Y Antonia le explica qué es lo que estaba haciendo la noche en la que él

desapareció. Lo que iba a contarle cuando Sandra le drogó, le metió en un coche y se lo llevó.

Cómo tomó la decisión más difícil de su vida. Desconectar la máquina que mantenía a Marcos con vida.

Le cuenta cómo su cuerpo se había deteriorado todavía más en estos meses. Sus miembros se habían encogido, su piel se había vuelto opaca y flácida. Haciendo visible el diagnóstico. Los médicos le habían desahuciado hace años. Ninguna posibilidad, dijeron. Y Antonia no les creyó. Le dio la espalda a la razón, porque era demasiado orgullosa para admitir un error irreparable.

—Luego te conocí a ti, y lo cambiaste todo —le dice.

Le cuenta cómo Jon había vuelto a conectarla con la vida. Con la posibilidad de equivocarse. No le habla de su ritual diario, de su deseo de muerte, de sus tres minutos. De lo que la mantiene cuerda. Porque hay territorios del alma que no pueden ser compartidos, por mucho que quieras y confíes en la otra persona.

Le cuenta lo que ha significado volver a sentirse viva, solo para ver cómo todo lo que amaba era destruido o se ponía en riesgo.

—Primero Marcos, luego Jorge, luego Mentor. Ahora tú.

Jon escucha el relato, en silencio.

Cuando ella termina, le cuenta uno a su vez.

—Sé lo que significa creer que tienes la culpa de todos los males del mundo. Tengo un amigo que se echó al monte con ocho años. Llevaba dos vueltas de chorizo, media barra de pan y una bota medio llena de Fanta Naranja. Todo porque un chaval en el colegio le decía a mi amigo que su padre se había marchado de casa por su culpa. Antes de la segunda noche dos guardias civiles lo sacaron a rastras de un aprisco. Que, si es por él, ahí se hubiera quedado.

Antonia lo piensa un momento y mira a Jon con ternura, sin decir nada.

—Mira, te lo voy a decir. El amigo soy yo —aclara él.

—Ya lo había adivinado.

—Realmente eres la mujer más inteligente del mundo —ironiza Jon. Y luego se pone serio—. Pero no tienes que ser la más solitaria.

Ella sonríe, una tímida sonrisa de agradecimiento, y se pone en pie.

—¿Puedo saber por qué me cuentas esto ahora? —dice Jon.

—Porque te has dejado el móvil en el coche.

El inspector Gutiérrez se palpa el bolsillo, extrañado. Luego mira a Antonia, que tampoco tiene su bolsa bandolera. Mira al coche, aparcado cerca del autolavado. A unos diez metros.

—No te entiendo.

—Esto era muy personal. No quería que él lo oyera.

Entonces Jon rebobina. Hasta el instante en el que se despertó sin teléfono en una silla de ruedas. Adelanta unos capítulos. Hasta la ocasión en la que Aguado le dio un nuevo terminal, con el mismo número.

Suma esos dos momentos, y les añade la certeza líquida, difusa y etérea, de que White siempre parece saber dónde están en cada segundo.

Que va siempre dos pasos por delante de ellos.

Como si…

—Jooooder.

—Exacto.

—¿Nos ha estado escuchando desde el principio?

Antonia asiente, despacio. Dejándole hueco para que vaya llegando a las conclusiones, por sí mismo. A veces tiene consideración. No muchas.

—¿Usando el micrófono de mi móvil?

Otro asentimiento.

—Y quizás también el mío. Me he quitado todo. El iPad, el teléfono, el reloj. Todo se ha quedado en el coche.

Jon menea la cabeza con incredulidad.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Lo he sospechado desde que empezó todo. Porque es exactamente lo que yo hubiera hecho. Saberlo, lo sé desde hace un rato.

—¿Cómo?

—Aguado ha usado una frase que tú me dijiste en casa de Soler. «Cerebro programado para las evidencias».

—Tú y yo estábamos en otra habitación. No había forma de que ella lo escuchara —dice Jon.

—Creo que lo ha hecho intencionadamente para avisarnos, sin que White lo sepa.

Jon respira hondo, y cuando exhala el aire lo hace con un suspiro que agita las hojas muertas, un envoltorio de caramelos y uno de esos trozos de papel, con el que te limpias las manos después de echar gasolina, que hay por el suelo.

—Eso no la exime de culpa, en absoluto.

—No. Pero creo que, al final, quería ayudarnos.

—Espera un momento —dice Jon, que sigue asimilando poco a poco la nueva información—. Eso quiere decir que… si sabes que nos estaba

escuchando desde el principio…

—No te lo he dicho, porque se te hubiera notado, Jon.

—Cari, que tú no sabes mentir —dice el inspector, con el rostro encendido —. Que eres la peor mentirosa que he visto.

—Y tú no sabes camuflar tus emociones.

Jaque mate.

La muy cabrona.

Jon tiene que admitir que, de haberlo sabido, con todo por lo que han pasado, por todo por lo que han sufrido, y dado su historial personal de confrontación —de liarse a hostias, en cristiano— con los obstáculos que se le presentan en la vida, a lo mejor se le hubiera notado.

Por lo que sea.

—Entonces… todo eso que has dicho sobre no tener ni idea de por dónde vamos, ni qué hacer, ni nada de eso, era…

—En su mayor parte, verdad.

—En su mayor parte —remeda él, con acento sombrío.

—Creo que intuyo lo que está pasando. Algo, al menos.

—Y no vas a decirme nada, ¿verdad?

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas? —dice Antonia, con una mirada de pura inocencia.

9
Un mensaje

Antonia regresa al coche, esta vez de nuevo al asiento del copiloto, razonablemente limpio. Tampoco es como si a ella le fuera a molestar el olor.

Cuando Jon se sienta a su lado, tiene que apartar el teléfono, que había quedado abandonado sobre el asiento. Al volvérselo a meter en el bolsillo, siente miedo y asco ante un dispositivo que no solía traerle más que cosas buenas.

Bueno, unas cuantas cosas buenas. Como el Grindr, por ejemplo.

El inspector Gutiérrez se da cuenta de que ella había tenido razón desde el principio. Saber que había una tercera presencia con ellos en el interior del coche, otro par de oídos, es imposible de olvidar. El mismo principio que rige en *Gran Hermano*: por mucho que intenten venderlo como realidad, todo es una actuación. Así que decide hablar lo menos posible.

Porque la bomba de su cuello es, desde luego, imposible de olvidar.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? —le dice a Antonia, esforzándose por sonar natural. Es decir, agobiado, cansado y muerto de miedo.

—Nos escribirá. Aún tiene que darnos la tercera dirección. El tercer crimen que resolver.

—¿Crees que ese puto enfermo…

Antonia abre mucho los ojos, y le hace un gesto con la mano.

Jon intenta moderarse. Confirmado, es imposible de olvidar que estás hablando para la misma persona que tiene tu vida a tan solo un botón de distancia.

—… puede darnos la solución ahora?

—¿A qué te refieres?

—Cuando buscamos la solución al asesinato de Raquel Planas, no pudiste encontrarlo. Cuando estabas buscando al asesino de Soler, encontraste al asesino de Planas, el propio Soler.

—No te falta razón —dice Antonia, tras reflexionar un momento.

—A lo mejor tenías razón antes en lo que dijiste. A lo mejor simplemente no es posible ganar este juego.

—Jon, ya sabíamos que todo estaba amañado. Es un asesino psicópata, no el Tribunal Supremo.

—No, lo que quiero decir es que nunca tuvo intención de apretar este botón —dice Jon, señalándose el cuello—. No hasta ahora, quiero decir. No sé qué vendrá ahora, pero estoy convencido de que lo que quería de verdad era traernos hasta aquí.

—No lo sé. No lo sé —dice Antonia—. Ahora mismo estoy demasiado cansada, demasiado vacía, demasiado superada. Haré lo que me pida, mientras tengas eso ahí. No queda ningún otro remedio. Y tú harás lo que yo te diga.

El inspector Gutiérrez escucha a su compañera con recelo. No sabe cómo juzgar lo que acaba de escuchar.

Resulta que el señor White interpreta mejor que él.

Jon sonríe, sin poder evitarlo. De pronto, el omnipresente y poderoso White ha perdido algo de su fuerza, de su intimidación. Porque, de no haber sabido que su teléfono se había convertido en un micrófono involuntario, Jon se hubiera cagado encima al escuchar el mensaje

(dos pitidos, vibración)

en el móvil de Antonia, sonando justo al terminar ella la frase.

Con la perfección y la sincronía de un montador de películas de Hollywood.

Jon, que con el cine tiene más vicio que una puerta vieja, se había quedado un día prendado de un documental que vio sobre el trabajo de Skip Lievsay en *El silencio de los corderos*. De cómo había logrado mezclar el sonido de manera que las voces de los actores de una escena comenzaran a escucharse cuando aún no había terminado la escena anterior. Es la posición superior del narrador, conociendo lo que va a suceder antes que nosotros, lo que nos provoca la sensación de amenaza.

Pero en realidad Jon no temía que White les escuchara. Temía que fuera omnipotente.

Y no lo es. Es un señor con un micrófono.

Podemos con él. Puede que sea muy listo. Incluso puede que sea más listo que Antonia. Puede que lo tenga todo pensado.

Pero si al final tengo que elegir entre él o yo, si tengo que llevármelo por delante, lo haré. Y eso es una fuerza que él no podrá nunca igualar, piensa Jon.

Antonia, entretanto, levanta el teléfono y mira el mensaje.

Y el rostro le cambia.

Le enseña la pantalla del móvil a Jon.

Y a Jon le cambia también.

Esta vez no necesitan buscar en Heimdal qué crimen se ha cometido en esa dirección. Ni tiene que programar el GPS para que le ayude a encontrarla.

Porque el crimen que se cometió en ella lo sabe de sobra.

Porque la dirección que acaba de llegarle al móvil es la dirección de Madrid que mejor conoce.

MELANCOLÍA, 7

La dirección de Antonia Scott.

10
Un ático

Al llegar al último piso, se encuentran la puerta del ático.

Verde. Antigua de narices. Descascarillada.

Abierta. De par en par.

Jon saca el arma, con cuidado, y se coloca delante de Antonia. Hace meses que consiguió quitarle el mal hábito de dejar la puerta abierta.

No es que haya cambiado gran cosa dentro del piso. Sigue casi vacío, sin nada que merezca la pena robar. Salvo un precioso ficus de plástico, situado en el distribuidor.

Jon avanza por el pasillo, sujetando el arma con las dos manos. La cocina está vacía, a oscuras. El antiguo estudio de Marcos, también.

De la habitación principal lo único que asoma es el cañón de una pistola, apuntando directamente a su sien derecha. Jon iguala la cortesía, apuntando a la oscuridad.

Dos pasos hacia delante revelan el rostro de Sandra, sonriente. Una cara que inspira la misma confianza que la cena de una rata.

—Inspector —saluda ella.

—Loca del coño —saluda él.

—Sería bueno que se guardara el arma.

—Tú primero, tesoro.

Sandra aumenta la sonrisa aún más, hasta convertirla en una mueca imposible.

—Con mucho gusto —dice, ocultando la pistola bajo la gabardina. Saca las manos y las muestra, como un mago que acabase de meter la paloma en el sombrero. Le falta enseñar los antebrazos desnudos.

—Jon.

Antonia le advierte, desde la entrada. Jon, sin embargo, sigue con el arma levantada. El cañón está a menos de un palmo del rostro de Sandra.

Una ligera presión, sería todo lo que haría falta.

Un pequeño tirón del gatillo, y eliminamos una alimaña de este mundo, piensa Jon. *Una asesina de policías*.

La tentación —física, urgente, imperativa—, tensiona todos los músculos de su cuerpo. Su brazo está rígido como el larguero de un campo de fútbol. Podría colgarse de él toda la plantilla del Athletic. La punta de la pistola palpita, perceptiblemente, al ritmo de su corazón.

Sandra se fija, pero la sonrisa no le flaquea. Si acaso muda de naturaleza. Se vuelve pervertida, casi sensual. Da un paso hacia Jon, y se inclina un poco hacia la pistola. Por un momento Jon cree —es la mirada en sus ojos, una mirada que anuncia que le falta una patata para el kilo— que Sandra va a sacar la lengua y pasarla por el cañón. Pero lo que hace es apoyar la frente sobre él.

El inspector Gutiérrez nota una vibración en la muñeca, que llega hasta él desde la punta del arma. Por un instante es capaz de percibir la locura a través del metal.

—No te atreves —susurra Sandra, con voz tersa de reptil—. Aunque acabo de matar a tu jefe y a todos tus compañeros. No te atreves. ¿A que no, gordito?

Oh, eso sí que no, piensa Jon.

No llega a apretar el gatillo, porque una mano pequeña y blanquecina se posa sobre el acero negruzco y aceitoso. Muy suave y muy despacio, le obliga a bajar el arma.

Jon aparta la vista de la mirada venenosa y burlona de Sandra, y sigue la dirección de la mirada de Antonia, temblorosa y llena de ira. A través del pasillo, hasta el salón.

Afuera, el sol se pone.

Adentro, el señor White está sentado en el suelo, en mitad de la habitación, en la posición del loto. Cuarenta y pocos. Vestido con unos pantalones negros y una camiseta blanca. Tiene los pies descalzos. Frente a él hay una carpeta marrón, de cuero, cerrada por un cordón de fieltro rojo.

—Adelante, señora Scott —la invita, en inglés—. Pase y cierre la puerta.

—No —dice Jon, adelantándose.

—Inspector, su subconsciente está tan cerca de la superficie que puedo ver asomar el periscopio —dice White, en un torpe y arrastrado español.

Le muestra un pequeño dispositivo que tiene en la mano. Del tamaño y forma del mando de un garaje de los antiguos. Jon se hace una idea muy concreta de qué es lo que activará ese mando a distancia. Un fuerte picor en la herida del cuello acompaña la intuición.

—Haga el favor de quedarse fuera —añade White, ante la indecisión de Jon.

—No me pasará nada —dice Antonia, rodeando el cuerpo de su compañero.

Antes de cerrar la puerta tras ella, le hace una última recomendación, señalando con la cabeza hacia Sandra.

—Intenta no matarla, Jon.

—No prometo nada.

Antonia se da la vuelta y se enfrenta a White.

—Está en mi sitio —dice, en inglés, señalando el punto exacto del suelo donde ella se sienta siempre.

White no hace ademán de haberla escuchado, y señala a su vez un espacio de suelo frente a ella.

—Siéntese, por favor. Está usted en su casa.

Una oleada de furia invade el rostro de Antonia. La vez anterior que se encontraron White y ella, pasó por un proceso similar. Calmar a los monos, impedir que la rabia la desborde, decidir una estrategia.

La otra vez iba desarmada. Esta vez lleva su P290 en la diminuta pistolera, disimulada apenas por la chaqueta.

Mueve el brazo hacia ella. Solo un poco.

—Más rápido que una bala —pregunta él, alzando la mano que contiene el mando a distancia.

Bien lo sabe ella. Ni se molesta en hacer los cálculos, aunque aparecen los números frente a ella, casi visibles, con todos sus ceros. Pero no hay forma humana de que desenfunde la pistola y le meta un tiro en la cabeza antes de que él apriete el botón que mataría a Jon.

Atrapada a medio camino entre la ira y el sentido común, no le queda otra que volver a colocar ambos brazos frente a ella.

White disfruta con ese movimiento, abortado en el último instante. Como quien observa a un perro bien entrenado.

La mayoría de los animales, a fin de cuentas, tienen mejor aspecto enjaulados, piensa Antonia, pensando en los suyos propios.

Muy despacio, se sienta frente a White.

La habitación tiene un aspecto extraño desde esa perspectiva.

Que es exactamente lo que él pretende.

Y, hablando de monos, aquí llegan unos cuantos. A gritarle, a llamar su

atención sobre el hombre sentado frente a ella. Los detalles la inundan, imponen sus propias, abrumadoras condiciones.

—Respire hondo —dice White—. Usted y yo estamos frente a nuestro problema final. Y a nadie le gustan los finales apresurados.

Antonia es capaz de descifrar muy bien el tono de amenaza en la voz de su interlocutor. Lo que debería haber aumentado su nerviosismo, produce en ella el efecto contrario.

—¿Qué hace usted en mi casa?

—Creo que ya iba siendo hora de que tuviéramos nuestro primer encuentro —responde él, encogiéndose de hombros.

—¿Tiene alguna clase de trastorno en la memoria, además de en el lóbulo prefrontal?

White menea la cabeza con desaprobación.

—El viejo prejuicio. Un fallo en mi sistema límbico, en mi lóbulo prefrontal, es lo que me convirtió en psicópata. Malvado desde la cuna. Sin empatía. ¿Eso piensa?

—No me cabe la menor duda.

—No voy a molestarme en debatir con usted, señora Scott. Verá, en realidad, me alegra que mencione el tema. Hubo una persona, hace años, que también se dirigió a mí en esos términos. El único que se ha atrevido. No le fue muy bien.

—¿Qué es lo que quiere, White?

—De hecho, el médico, ¿era médico, sabe? El médico, le decía, tuvo un aleccionamiento relativamente corto. Me llevé a su hija y le dejé en el sótano el cuerpo de la niñera. No hizo falta más.

Antonia tiene —no por primera, ni última vez— visiones de su ansiedad y su miedo en el túnel, cuando Jorge estaba en manos de Sandra.

—Esta vez no podrá tocarlo.

—Bueno, eso es opinable —dice White, abriendo la carpeta que hay en el suelo, entre ambos. Saca una fotografía de ella, y la coloca frente a Antonia.

No.

No puede ser.

11
Una teoría

Antonia mira la foto durante unos segundos. Tomada en la calle, con un teleobjetivo. Las caras, a pesar de la distancia y de que la foto está borrosa, son inconfundibles. Una anciana en silla de ruedas, una mujer, un niño.

—Hotel Las Flores, San Salvador. Un remanso de paz en un país muy peligroso, donde la vida no vale demasiado. Tengo un contacto en la Mara Salvatrucha. Por matar al niño me cobrarían seis mil dólares. Por ellas dos, probablemente nada. Al fin y al cabo, lo más caro en todos los servicios es el desplazamiento. *Donde tiras una bala, tiras tres, maje* —concluye, en español.

El remedo de acento salvadoreño es entre pasable y malo.

Pero es suficiente para hacer que Antonia trague saliva con dificultad.

—Hemos hecho todo lo que nos ha pedido.

White junta las yemas de los dedos hasta formar un tejadillo con las manos.

—Ah, pero eso no es exactamente cierto, ¿verdad? No lograron resolver el primer crimen a tiempo. Ni tampoco el segundo. Y la deuda ha ido ascendiendo, poco a poco, señora Scott.

—Ha matado a doce personas —dice Antonia, intentando que el miedo no aflore a su voz. Fracasando.

—Me temo que eso ha sido cosa de mi asistente. Verá, ella tenía una cuenta pendiente con su jefe. Empleada descontenta, ya sabe.

Las emociones en el cuerpo de Antonia cambian como las luces de una pista de baile. El miedo, la ira, el odio, el sufrimiento. De nuevo vuelve a sentir la necesidad de llevarse la mano a la espalda. Está allí, indefenso, frente a ella. Puede que eso salvase la vida de Jorge, de Carla, de la abuela Scott.

Al precio de la vida de Jon. Una vida por tres.

Y, sin embargo, las matemáticas no le salen.

—Como le decía, su aleccionamiento ha sido algo más largo que el del médico. Pero es usted un ejemplar excepcional, señora Scott. Me ha hecho replantearme todo lo que sé, realmente.

—¿Qué es lo que quiere? —susurra Antonia.

—Espero no aburrirla. Si así ocurriera, le ruego que me lo haga saber. Verá, tengo una teoría. Una pequeña idea, que vino a mí hace muchos años, cuando estudiaba en la universidad. Un profesor nos explicó que las emociones son cambios que preparan al individuo para la acción. Y yo pensé… Si generamos en el sujeto las emociones adecuadas, podemos orientar sus actos de forma externa. Como…

Agita de nuevo en el aire el mando que tiene en la mano.

—Eso es una abominación —dice Antonia, asqueada.

Aunque, al mismo tiempo, y aunque jamás podría reconocerlo en voz alta, ligeramente fascinada.

White se da cuenta. Ha notado cómo la voz de Antonia ha subido un tono. Cómo sus pupilas se han dilatado un poco.

Él se anima a seguir hablando. Esa es la fragilidad del genio. Necesita una audiencia.

—Lo mismo pensó mi profesor. Once días después se suicidó delante de su mujer y sus hijos. Costó un poco, fue un primer intento algo torpe. También mi momento *eureka*. Lo recuerdo con cierto cariño.

—Arquímedes usó su conocimiento para salvar a Siracusa. Usted lo ha hecho para ganar dinero.

—Como le dije hace unos días, confunde usted los métodos con el fin. Yo no he usado mi investigación para ganar dinero. Gano dinero para mi investigación.

—Tanto da. Lo que importa es que ha definido un método para la maldad —dice Antonia, que no se atreve a preguntar, pero que necesita saber.

—Más de uno. Descubrí que hay patrones de personalidad. Un número concreto de ellos. Los seres humanos encajan en ellos como un guante.

—Las personas no son prendas de ropa.

—Su amigo de ahí fuera, por ejemplo. Un tipo tres, indiscutiblemente. Creo que si le ordenase entrar aquí conseguiría que se saltase la tapa de los sesos en unos… —consulta su reloj, con afectación— digamos, setenta y cuatro segundos.

—Oh, yo no apostaría contra Jon Gutiérrez, señor White —dice ella, entrecerrando los ojos.

—Es usted quien ha apostado contra su vida, señora Scott. Espero no parecerle presuntuoso, pero diría que ha disfrutado de nuestro pequeño intercambio.

Antonia parpadea varias veces, con incredulidad.

—¿De verdad cree conocerme?

—No, en realidad no. Señora Scott, todo esto debía haber concluido hace ocho meses, cuando nos llevamos a su hijo. La idea era muy sencilla, sin duda alguna.

—Todo ese teatro del asesino en serie, de Ezequiel. ¿Eso le pareció sencillo?

—La idea, no su ejecución —admite White—. Pero usted resultó no encajar en ninguno de los patrones. Quién hubiera imaginado que se hubiera usted jugado la vida de su hijo contra la de una desconocida.

Antonia no puede, no quiere, no debe contestar a eso. Porque es la pregunta que alimenta aún las pesadillas que la consumen por dentro. Y no solo por las noches. Sueños increíblemente lúcidos en los que no consigue llegar a tiempo para salvar a Jorge.

Sabe lo que está intentando. Manipular sus emociones para recordarle que es madre. Y es cierto. Pero es muchas más cosas.

—Eligió el deber. Le salió bien, debo reconocerlo. Y ganó aquella batalla, indiscutiblemente.

—Pienso ganar esta también —dice ella. La voz le flaquea lo justo.

White estudia a Antonia durante unos instantes. Al principio, genuinamente intrigado. Después, pensativo.

Finalmente, sacude la cabeza.

—No, en realidad no. Realmente usted ya sabe que ha perdido —desestima —. Es casi tan orgullosa como inteligente, pero aún gana lo segundo.

—¿Qué es lo que quiere, White?

—Ya lo sabe. Quiero que investigue el crimen que se cometió en esta dirección.

—Usted sabe muy bien quién es el autor de ese crimen —dice Antonia, apretando los dientes.

—Lo sé. Quien no lo sabe es usted, señora Scott.

Antonia se queda paralizada al escuchar aquello.

—Sé que me ha culpado de esto durante años. Pero ahora le pido que busque en esa extraordinaria memoria suya.

A ella no le cuesta nada invocar la pesadilla.

12
Una pesadilla

Marcos está en su pequeño estudio. El cincel arranca de la piedra arenisca sonidos secos. Antonia es dolorosamente consciente de lo que va a ocurrir, puesto que ha ocurrido mil veces. No está en el salón, delante de un montón de papeles con pistas, con informes, con fotografías. Está a su lado, mirando por encima del hombro la escultura en la que él trabaja. Es una mujer, sentada. Las manos reposan quietas sobre los muslos, la espalda está inclinada hacia delante, en una postura agresiva que contrasta con la quietud de su rostro. Algo hay delante de la mujer que la impulsa a querer levantarse, pero sus piernas están hundidas en la piedra, el cincel aún no ha logrado liberarlas. Nunca llegará a hacerlo.

Suena el timbre de la puerta. Antonia quiere detener a Marcos, decirle que siga trabajando, que continúen con sus vidas, pero su garganta está tan seca como los trozos informes que hay por todo el suelo del estudio. Se oye a sí misma —a esa otra mujer, a esa tonta e ignorante mujer que sube el volumen de la música en sus auriculares— gritar algo, y Marcos deja el martillo sobre la mesa junto a la escultura a medio terminar. El cincel se lo guarda en la bata blanca, y va a atender la llamada. Antonia, la Antonia real, la Antonia que mira, la Antonia que sabe lo que va a ocurrir, quiere seguirle, y lo hace, pero despacio, muy despacio, de forma que no ve cómo abre la puerta, que no ve cómo el extraño y Marcos forcejean. Cuando alcanza el pasillo, Marcos y el extraño ya están en el suelo. El cincel ya asoma de la clavícula del extraño, su sangre está sobre la bata de Marcos, el extraño se retira, pero aún puede disparar dos veces. Una atraviesa a Antonia, la Antonia real, la Antonia que espera en el pasillo, y alcanza a esa mujer ignorante que está en el salón, con los cascos puestos y la música ya a todo volumen, sin apartar la vista de los papeles frente a ella. El tiro roza la esquina de madera de la cuna donde duerme Jorge, lo cual desvía la bala lo suficiente para que en lugar de entrar en el cuerpo de Antonia entre por la espalda y salga por el hombro. Una trayectoria

amable para un balazo. Sin graves consecuencias. Solo unos meses de recuperación. Quizás volver a barnizar la cuna.

El otro disparo no es tan afortunado. El otro disparo alcanza a Marcos en el hueso frontal, del que los médicos tendrán que arrancar luego un buen trozo para que el cerebro se expanda, intentando sanarse. Dicen que tras un rebote en la pared. Dicen que porque Marcos se arrojó sobre el extraño.

La pesadilla nunca lo deja claro. La pesadilla termina siempre con el estampido del segundo disparo aún resonando en sus oídos.

13
Una palabra búlgara

Antonia abre los ojos.

White está observándola, detenidamente. Tan inmóvil como ella.

—¿Qué sabe del intruso que irrumpió en su casa, señora Scott? —pregunta, con voz suave.

—Llamó a la puerta. Llevaba una pistola. Marcos le atacó con el cincel.

—La sangre del intruso estaba sobre la bata de su marido, ¿verdad?

—Unas gotas. No había ADN viable. Dijeron que era por los productos químicos de la bata.

—¿Quién lo dijo? ¿Quién hizo ese análisis?

Antonia se detiene, considerando las implicaciones de lo que está insinuando White.

—Yo…

—Usted no sabe utilizar un secuenciador de ADN. Es lógico. Yo tampoco. Ese tipo de tareas manuales corresponden a mentes inferiores. A la suya le corresponde saber en quién confiar. Repito. ¿Quién hizo ese análisis?

—Alguien del equipo de Mentor.

—Fue él quien le dio el informe. Quien le dijo que estaba en un callejón sin salida. ¿Verdad?

Los sentimientos vuelven a apoderarse de ella. El *shock* emocional vuelve a darle un *tour* gratuito por los lugares más interesantes de su psique. En autobús de dos alturas, con techo descubierto. Transita por la rotonda del Desconcierto, el monumento a la Rabia, la plaza de la Traición. El autobús tiene los asientos repletos de personajes de su vida, todos mirando alrededor, y señalando, y haciéndose *selfis*.

Cuando consigue recobrarse, con el pulso más acelerado que nunca, la sangre rebotándole en las sienes, la respiración entrecortada, siente la mano de White sobre su antebrazo. Su mano está fría como un pez recién comprado.

Extrañamente, Antonia no rehúye el contacto, tan perdida está.

—Puedo pedirle al inspector Gutiérrez que entre. Creo que aún tiene algunas de esas píldoras azules que la ayudan en momentos como este —ofrece White, con una amabilidad pegajosa.

Antonia siente la necesidad —física, urgente, imperativa— de aceptar la oferta. Pero hay límites que no está dispuesta a cruzar de nuevo.

—Ya se encargó usted de que no me faltase de ese veneno. No pienso volver a caer.

—Ah, sí, la doctora Aguado. Un elemento de lo más útil. Debido a su profesión, en parte. Nunca he conocido a un forense que crea en Dios o en el alma. Suelen ser piezas muy sencillas de manejar. Fiables.

Al escuchar aquello, Antonia se recobra un poco. Aparta la mano de White de un tirón seco.

—Puede que manipulase a Aguado a su antojo. Puede que impidiese que analizaran el ADN del intruso, que ocultase las huellas digitales de Soler. Pero eso no prueba que usted no matase a mi marido.

White suelta el aire por la nariz y menea la cabeza, como un padre amoroso que no puede creer que su hijo aún no haya aprendido a usar el orinal.

—Corríjame si me equivoco, señora Scott, pero la carga de la prueba ¿no reside en la acusación? ¿Y aquello de «inocente hasta que se demuestre lo contrario»?

Antonia se inclina hacia delante y apunta con el índice a la cara de White.

—¿Pretende decirme que es una coincidencia que estuviese usted en Madrid acosando a Soler justo cuando ocurrió lo de Marcos?

—Es sorprendente que esté usted tan cerca y no haya sido capaz de llegar aún a la conclusión correcta. A lo mejor elegí a la reina roja incorrecta… —dice él, encogiéndose de hombros.

—Muchas veces he deseado que esa bala me matase, White. No lo crea. Que hubiese acabado usted conmigo, como ha hecho con los demás.

—Y, de nuevo, vuelve a dar un rodeo alrededor de la solución. Una vez más, obviando mis motivos y mi naturaleza. Debo reconocer que me siento muy decepcionado.

—Sus motivos… —susurra Antonia.

El mundo se detiene.

Antonia también.

Kuklenlěva.

En búlgaro, el que le lanza leones al titiritero.

Antonia cierra los ojos y desaparece por unos instantes dentro de su mundo interior. Frente a ella aparecen de pronto todas las piezas del puzle. Los monos aúllan, desesperados, mientras se las muestran. Antonia grita, interiormente, para callarlos a su vez.

Y, por primera vez, las ordena en un sentido lógico.

> – Jaume Soler, un consultor informático de alto nivel que busca su ayuda para librarse del acoso de White.
> – Raquel Planas, la amante de Soler, asesinada *antes* de que Soler fuera a buscar a Antonia, su amante inculpado falsamente.
> – Marcos y ella, tiroteados en su propio domicilio.
> – Jaume Soler comienza a recibir cuantiosos pagos de una misteriosa empresa *offshore* en un paraíso fiscal.
> – Alguien oculta pruebas en el asesinato de Marcos y hace creer a una Antonia hundida que Soler ha muerto.
> – Tres años después, aparece Ezequiel. Un primer intento de White de doblegarla, que fracasa.

Y aquí están, de nuevo. Con una segunda partida de ajedrez, ya que la anterior quedó en tablas. Con tres crímenes interconectados, que les devuelven exactamente al principio. A aquella misma habitación.

Kuklenlěva.

La única pieza del puzle en la que nunca pensó, la única que nunca había sido capaz ni siquiera de imaginar, aparece frente a ella, en el centro de la imagen. Un enorme agujero, hacia el que todas las demás apuntan sin remisión.

Kuklenlěva.

La imagen que las piezas forman frente a Antonia, en su complejo y extraño mundo interior, es una figura de ajedrez. Una figura incompleta, de color blanco. A la que le falta tan solo una pieza para estar terminada.

Pero eso es lo fascinante de los puzles. Cuando solo queda una pieza, las demás te indican su forma exacta.

La forma de esa pieza es redondeada, con una cruz en lo alto.

El rey blanco.

Kuklenlěva.

En búlgaro, el que le lanza leones al titiritero. Teniendo en cuenta que la palabra con la que los búlgaros designan a su moneda es *lěv*, león, no hace falta

explicar mucho más.

El proceso tan solo ha durado unos cuantos segundos. Un mundo, para Antonia Scott. Pero cuando regresa, algo ha cambiado. El aire ha mutado su naturaleza. La densidad oleosa de antes parece haberse aclarado. La noche se ha impuesto al día, y White no ha encendido la luz. Sin embargo, ambos pueden distinguirse perfectamente en la penumbra.

Quizás, por primera vez.

White está sonriendo. De una forma extraña. Casi respetuosa.

—Ha sido un privilegio poder contemplar esto.

Antonia respira hondo, apartando la mirada. Sigue odiándole, con cada fibra de su ser. Nada va a modificar eso. Y, sin embargo, algo ha cambiado también entre ellos.

—Todo este tiempo…

Él asiente, comprendiendo.

Cuando Marcos fue atacado, Antonia decidió que el asesino implacable y misterioso tenía que ser el responsable de la muerte de su marido, el que había destruido su vida.

White se desabrocha los tres primeros botones de la camisa, y se retira la tela un poco, hasta descubrir el lado izquierdo. Su piel está cuidada, los pectorales bien marcados, el cuello fibroso forma un triángulo perfecto con los hombros musculosos.

En el hombro izquierdo, sin embargo, hay una cicatriz. Una estrella irregular de cinco brazos, retorcidos allá donde la piel había decidido cómo curarse.

Una cicatriz en el lugar en el que Marcos le había clavado el cincel, justo antes de que White le disparase.

Una cicatriz más pequeña, pero no muy distinta de la que Antonia tiene en su propio hombro izquierdo, causada por el disparo de White.

—La reina es la figura más poderosa del tablero —dice él—. Pero por poderosa que sea una pieza de ajedrez no debe olvidar…

—… que siempre hay una mano que la mueve —completa Antonia.

—Exacto. Así que ya está usted un paso más cerca de resolver el crimen, ¿verdad?

La mirada de White vuelve a endurecerse. Antonia no se ha olvidado ni por un instante de con quién estaba hablando, pero la máscara se lo había dificultado por unos minutos.

La tregua ha terminado.

—Usted ha sostenido todos los triunfos desde el principio, White. No he hecho más que correr en la dirección que usted ha pretendido que corriese.

Agotarnos, minar nuestra confianza. Matar a todos nuestros compañeros. Cortar nuestros lazos con la policía. Destruir el proyecto Reina Roja.

—¿Por qué tomarse tantas molestias? —pregunta ella.

—Para completar su educación. Y ahora, termine el trabajo. Resuelva el crimen.

—Sería más sencillo si me dijese quién le contrató.

—Quizás. Pero menos interesante. En lugar de eso, he decidido responder a la pregunta que me formuló en el ascensor. La respuesta está frente a usted.

Antonia extiende el brazo y abre la carpeta de cuero, de la que White antes había sacado la foto de su familia, tomada en San Salvador.

Dentro hay otra fotografía, en blanco y negro. Tamaño 21 × 28.

A pesar de que es de noche, Antonia reconoce la calle, y la casa de los Soler. Si la foto estuviera encuadrada un poco más a la derecha, mostraría la ventana de la habitación principal. Quizás con Jon Gutiérrez a punto de asomarse a ella.

Lo que sí muestra es a un hombre junto a una moto de gran cilindrada, aparcada a unos treinta metros de la casa, detrás de un contenedor. Vestido con vaqueros y chaqueta de cuero negra. Tiene el casco en la mano, y el rostro hace un pequeño escorzo hacia la cámara.

—Nuestra Sandra es toda una *paparazza*. No era una imagen fácil de obtener, con tan poca luz, y el objetivo moviéndose. No le atraparon ustedes por muy poco —dice White, separando el índice y el pulgar un par de centímetros.

Antonia no ve el gesto de burla. Sus ojos no se han apartado de la fotografía, del hombre cuyo rostro está a oscuras, pero aun así claramente reconocible.

Intenta hablar, pero tiene la garganta seca.

—Usted habría llegado a este mismo sitio hace mucho tiempo. Si no le hubieran repartido cartas marcadas, por supuesto.

Antonia menea la cabeza, sin poder creer lo que está viendo.

—No.

—Le aseguro que mis tarifas no son baratas, señora Scott. No lo son, en absoluto. Hay muy pocos que puedan pagarlas.

—Está usted mintiendo.

—Supongo que únicamente hay una forma de comprobarlo, ¿verdad? Así que, ya sabe. Póngase en marcha.

Antonia se pone en pie, y le da la espalda, pero la voz de White la alcanza

antes de que llegue a la puerta.

—Vamos a subir las apuestas. Nada de policía. Nada de ayudas externas. Solamente ustedes dos. ¿Me ha comprendido?

Antonia asiente, sin volverse.

—Excelente. Ah, y por cierto, he visto que disfrutaban mis dos anteriores cuenta atrás, así que…

Dos pitidos, vibración.

Un mensaje llega al teléfono móvil de Antonia.

TIENE TRES HORAS

14
Un primer error

Es Jon quien conduce. Ella está demasiado nerviosa, demasiado alterada. Su cabeza es un caos, su cuerpo suspira por una cápsula roja. Tan solo el hecho de que White estuviese esperando a que ella cayera de nuevo en el hábito ha impedido que se tire encima de Jon y le arrebate la caja del bolsillo de la chaqueta. Cuyo bulto es claramente visible a través de la tela del traje.

Saber que están ahí debería hacerle la vida más difícil. Como un niño al que han puesto a dieta antes de que ruede cuesta abajo, y que pega la nariz al cristal de la pastelería. Sin embargo, es al contrario.

—¿Vas a contarme qué es lo que ha pasado?

Antonia no contesta. Saca su iPad y hace una breve búsqueda en Heimdal. Con el rabillo del ojo, Jon ve un mapa, con varios puntos marcados.

El inspector Gutiérrez sabe muy bien que, cuando su compañera está en esas condiciones, debe dejarle espacio.

—Por fin. Por fin ha cometido su primer error —dice ella, al cabo de un rato.

—El segundo error.

—¿Cuál fue el primero? —pregunta Antonia, extrañada.

—Su primer error —dice Jon, alzando una ceja— fue meterse con nosotros.

Antonia le mira, con los ojos entrecerrados.

—¿Cuánto rato has estado ensayando eso?

Jon piensa un momento.

—¿Cuánto rato has estado con tu amiguito White?

—Unos veinte minutos.

—Digamos diez minutos, entonces. Mentalmente. El resto del tiempo lo he dedicado a pensar en formas de matar a esa cabrona.

—La violencia no es la solución —dice Antonia, volviendo a centrarse en el iPad.

—Se nota que nunca has pegado lo suficientemente fuerte, cari. Se ha tirado todo el rato mirándome, sin hablar. El papel de secundaria *creepy*, lo borda, tu

amiguita.

—No es mi amiguita. Y alégrate. Ahora mismo podría ser ella quien estuviera sentada a tu lado.

Jon tiene que esperar hasta pararse en el siguiente semáforo, que está a unos veinte metros, antes de girarse hacia Antonia y ponerle su cara de *peroquémestáscontandomaricón*.

—Ya te explicaré. Lo importante es que tenemos una oportunidad, Jon.

El inspector Gutiérrez no se ha olvidado de que sigue llevando el teléfono en el bolsillo. Tiene que hacer un enorme esfuerzo para contestar con naturalidad.

—Me gustaría mucho saber adónde vamos y qué es lo que estamos haciendo.

El rostro de Antonia se ensombrece.

—Vamos al peor lugar sobre la faz de la tierra. Enseguida te contaré. Pero antes quiero hacer una parada en un sitio. Gira a la derecha cuando termine Atocha.

Se pone a rebuscar, mientras tanto, en la guantera, sin más explicaciones.

A sus órdenes, princesa.

15
Un municipal

Ruano está aparcado enfrente de El Brillante, cuando el universo le hace un regalo inesperado.

Hasta un minuto antes, nada hacía presagiar aquello. Su nuevo compañero es un tipo agradable, callado. Más novato que él. Ruano le está enseñando el truco para ponerse al día con las multas. Solo hay que esperar a que alguien aparque en doble fila para ir a por un bocadillo y *zas*, receta.

—Esto es demasiado fácil —dice el novato, cuando cae el tercero. Un idiota con un Mini verde, que, para colmo, no tenía ni seguro ni había pasado la ITV. La grúa se acaba de llevar el coche.

—Uy, si vieras cómo era antes de la señalización nueva. Eso sí que era…

Se da cuenta de cómo suena, exactamente un instante después de que las palabras salgan de su boca. Como un viejo acabado contando batallas.

Los médicos no querían que volviera al trabajo tan pronto, pero Ruano dijo que estaba bien. Que si se quedaba en casa, solo, se volvería loco o se pegaría un tiro. Y ahí está. Dando vueltas, con un nuevo compañero, a los pocos días de la muerte de Osorio.

Ocultarle a los demás los síntomas de trastorno de estrés postraumático es fácil. Siempre ha sido un tipo tranquilo, reservado. Ocultárselos a sí mismo no es tan sencillo. Cada vez que cierra los ojos, vuelve al tiroteo. A la puerta de la Vito abriéndose, a las balas golpeando la carrocería del coche. A la mujer de Osorio, negando con incredulidad la noticia, sacudiéndole airada, diciendo que no le mintiese, que cómo iba a estar muerto su marido, si ella está embarazada y eso no se hace.

No fue el mejor día en la vida de Ruano. Y eso que, en su antiguo trabajo, había visto cosas jodidas. Dos misiones en Afganistán y una en Somalia. Y luego había entrado directamente en la Municipal, a través de las plazas reservadas al ejército. Un trabajo sencillo, buena paga, buena jubilación. Nada de complicaciones.

Y, aun así, cada vez que cierra los ojos, siente los puñetazos del plomo sobre la carrocería, el olor del aceite y la grasa del motor, cosido a balazos, el aire entrando a través de la puerta abierta del copiloto, los fragmentos de cristal cayendo sobre su cabeza. Ve el cuerpo muerto de Osorio, doblado sobre la puerta abierta del coche.

Así que no cierra mucho los ojos.

Tampoco es que haya podido hacer nada al respecto de lo que les sucedió. Estamos en Madrid, no en una peli de Liam Neeson. Ni siquiera se llevó un solo rasguño durante el tiroteo, más allá de unos pocos arañazos del cristal que no dejaron marca. Ni siquiera puede optar al aumento de paga por haber sido herido en acto de servicio.

Lo único que le tocaba, unas semanas de descanso, es lo último que quiere.

Así que ahí está, poniendo multas.

Lo que el agente Ruano no se imagina, cuando ve un Audi A8 negro pararse junto a ellos, es el regalo inesperado que le va a hacer el universo.

—Aquí no se puede parar —dice, a través de la ventanilla abierta. Hace el gesto de continuar, que irrita a los conductores de todo el mundo.

La ventanilla del Audi baja, y en ella aparece el rostro de una mujer hermosa. No una belleza, tampoco nos volvamos locos. Pero tiene algo. A pesar de las dos ojeras que le cuelgan como hamacas de los ojos, de que lleva el pelo hecho un asco.

—Compañero —dice la mujer, enseñando una placa de la Policía Nacional. El conductor se asoma a su vez, enseñando la suya—. Inspectores Scott y Gutiérrez.

—Hola, compañeros. ¿Qué necesitáis?

—Tenemos que pedirte un favor. Necesitamos dos unidades de municipales estacionadas frente a una dirección.

—Esa petición tiene que ir por central, compañeros —dice Ruano, perplejo.

La mujer le mira, con unos ojos verdes extraños. *Afilados*, es la palabra que viene a la mente de Ruano, pero claro, no puede ser.

—Tiene que ver con Osorio, agente. Supongo que me comprende.

Ruano es millenial, pero tirando a los treinta, así que pertenece a esa generación que exprimió los últimos *flipar en colores* antes de que WTF se acabara imponiendo. Este es un momento en el que las dos expresiones se quedan cortas en su cabeza.

—¿Qué… qué es lo que necesitan?

—Tenemos a dos sospechosos localizados. Uno de ellos es un hombre de unos cuarenta años, pelo rubio ondulado, traje elegante. Le acompaña una mujer de pelo rubio y gabardina, de unos treinta años. Creemos que van a estar dentro de dos horas y media en esta dirección —dice, alargándole una hoja de papel, a través de la ventanilla.

Ruano coge la hoja de papel, la lee, y mira a la mujer a los ojos, que asiente despacio con la cabeza.

—Necesitaremos dos unidades en la puerta. Es un lugar estrecho, no tiene pérdida. Si los ven entrar, no intervengan, ¿de acuerdo? Ambos son extremadamente peligrosos. Háganlo solo a la salida.

—Compañera, yo esto tengo que avisarlo por radio. Tenemos que hablar con central, llamar a…

—No. Si hace eso, no se presentarán. La única posibilidad que tenemos de cogerles es si hace usted *exactamente* lo que le he pedido.

Ruano piensa en Osorio. Piensa en las pesadillas, que vienen incluso cuando está despierto. Piensa en el hijo de Osorio, aún por nacer.

—Haré lo que me ha pedido, compañera.

—Discretamente —remarca ella.

—Discretamente.

Ruano contempla las luces traseras del Audi, que se adentra en la rotonda para enfilar hacia el norte, y empieza a hacer una lista. No tiene tiempo que perder.

La vida es algo demasiado valioso como para dejarlo en manos del destino, piensa Antonia, mirando por el retrovisor cómo el agente Ruano se va haciendo cada vez más pequeño.

Aunque dejarlo en manos de una nota de setenta y ocho palabras escritas a lápiz, no es mucho mejor.

16
Una torre

Claro, tenía que acabar todo en una polla gigante, piensa Jon, alzando la mirada.

—Esto no va a ser como en Rascafría. Nada de fuegos artificiales —dice Antonia, mirando arriba a su vez.

—No hace falta que sean en plural. Basta con uno —dice Jon, acariciándose el cuello. Los puntos de la cicatriz están más tirantes que nunca. De repente, a Jon le apetecería tener la crema hidratante de *amatxo* a mano.

Frente a ellos se alza la Torre Espacio. Una de las cuatro torres de la Castellana. Doscientos veinticuatro metros de altura. Cincuenta y seis plantas. El cuarto rascacielos más alto de España. Una monstruosidad de acero, cristal y hormigón, que se alza al lado de los otros tres edificios más altos del país. Un monumento a una época anterior, un mausoleo, una aberración, depende de a quién le preguntes.

A Jon le parece, simplemente, una polla gigante.

No exenta de ciertas ventajas. Para empezar, un único punto de entrada. Con una seguridad extraordinaria. Sin accesos laterales, sin aparcamiento. Una auténtica ratonera.

—¿Estás segura de que White vendrá?

—Estoy segura. Este es su gran triunfo. Todo por lo que ha trabajado desde hace años. Doblegarme a mí también, demostrar que su teoría es infalible.

Jon vuelve a mirar la entrada del edificio, a la calle repleta de coches oficiales. Mercedes, BMW, Audis, todos negros o grises, algunos con banderas. Casi todos con matrícula con fondo rojo y caracteres en blanco.

—Deberíamos llenar este sitio de policías —dice, más para sí mismo que para ella.

—No puedo arriesgarme —responde Antonia, meneando la cabeza.

La siguiente pregunta de Jon podría haber sido sarcástica un par de días atrás. Podría haber estado llena de reproches, de drama, de mala leche. Ahora,

después de todo lo que han pasado en los últimos días, tiene un tono distinto. Tierno, incluso.

—¿A perder el juego?

—No, Jon. A perderte a ti.

Jon frunce los labios, con sorpresa. No se esperaba esa respuesta. Ni siquiera está seguro de que Antonia hubiese considerado la posibilidad de perder, antes de hoy. O de no sacrificar todo lo que hiciese falta, con tal de ganar, que es casi lo mismo.

En eso estamos completamente de acuerdo, cari.

Aun así, el cronómetro sigue contando hacia atrás, y el plan de Antonia no acaba de convencerle.

—Repíteme que es lo que vamos a hacer.

—Vamos a subir. Vamos a hablar con él. Y vamos a hacerle confesar.

—Y con eso será suficiente. Con eso White considerará que has cumplido con tu tarea.

Dicho así, parece sencillo. Una minucia.

Jon mira a Antonia, preguntándose qué estará pasando ahora mismo por su cabeza. Qué decisiones, qué dilemas. Qué enorme valentía la de afrontar una verdad que va a cambiar por completo todo aquello que creía saber de sí misma.

No quién es, por supuesto. Porque eso, Jon lo sabe bien, no lo cambia lo que hagan los demás.

Le gustaría decirle todo eso, poder consolarla de alguna forma, pero nunca ha tenido un don especial para las palabras. Poder elegir las correctas, poder curar a través de ellas, suministrar la fuerza necesaria con unas cuantas sílabas. No es ese el estilo de Jon Gutiérrez. Tampoco lo que ha aprendido, en los años que lleva de vida.

—Gracias por estar aquí, Jon —le dice Antonia, mirándole a los ojos.

Y Jon sonríe, porque eso es, al fin y al cabo, lo más importante en la vida. El noventa por ciento del trabajo es estar junto a quien tienes que estar. El otro diez por ciento, se improvisa sobre la marcha.

—Hoy no echaban nada en la tele. ¿Nos movemos?

Antonia se quita la bandolera, y la arroja al maletero abierto del Audi. También se quita el reloj y el teléfono.

Jon hace lo mismo. Se vacía los bolsillos. Solo lleva consigo la identificación y el arma. Pero cuando va a dejar el teléfono, Antonia hace un gesto y le pide que se lo quede.

Jon no lo comprende. Ese aparato sigue siendo los oídos de White. Dejar el teléfono en el coche sería la manera de dejarle sordo, en el último movimiento de la partida. Pero no va a discutir con Antonia. Entiende que debe tener un motivo.

Ya que no puede hacer otra cosa, al menos intenta protegerla. Saca el chaleco antibalas y se lo ofrece a su compañera.

—Ponte esto, cari.

—Si nos ponemos eso, no nos dejarán pasar.

Jon mira a Antonia, mira al chaleco, mira a la puerta de la torre. Se muerde el labio inferior. Repite el proceso un par de veces más. Concluye que tiene razón. Suelta el chaleco.

—No te preocupes, de esta no vamos a salir a tiros —añade ella—. Esta es otra clase de historia.

No sé yo si creerte, cari, piensa Jon, cerrando el maletero de un portazo.

17
Un sarao

Al otro lado del enorme vestíbulo, solado de mármol travertino, está la recepción. Un mostrador límpido, cristalino, de diez metros de ancho y formas futuristas. Tras él, media docena de —casualmente— jóvenes y atractivos recepcionistas de ambos sexos (hay un chico).

Justo hacia él es al que —casualmente— se dirige el inspector Gutiérrez.

—Necesitamos acceder a la planta diecisiete —dice, enseñando su identificación.

—¿Están en la lista?

—Es un asunto policial.

El joven atractivo aletea sus larguísimas pestañas.

—No va a ser posible sin autorización, señor. Como sabrá, hoy hay un evento importante —dice, apuntando con el bolígrafo hacia la entrada, donde un grupo de rezagados en trajes de cóctel van pasando sus tarjetas identificativas por el lector.

—Compruebe mi nombre —dice Antonia, mostrando su identificación.

El joven atractivo está situado en una silla alta que —casualmente— permite a los visitantes ver las piernas de los recepcionistas. También le concede al recepcionista una altura privilegiada. Suficiente para hacer un escaneo ocular de arriba abajo que ríete tú del portero del Urban.

Jon es dolorosamente consciente del lamentable aspecto de ambos. Él, con su traje verde terrorífico arrugado. Antonia, con la chaqueta casual en la que aún son apreciables unas manchas de vómito, por mucho que la haya frotado bajo el grifo en el baño de la gasolinera. No son la imagen del *glamour*.

—Como les digo, es un evento privado —dice el joven.

—Estoy en la lista permanente —insiste Antonia.

Las largas pestañas se entrecierran con incredulidad, pero aun así el recepcionista le sigue el juego, deseando poner en su sitio a esa pareja de zarrapastrosos.

Jon y Antonia no pueden ver el resultado que arroja la pantalla, ni falta que hace. Las largas pestañas se separan, con asombro autoexplicativo.

—Lo lamento mucho, señora Scott. Aquí tiene su tarjeta —dice el recepcionista, alargándole un rectángulo de plástico.

—Y una para mi compañero —pide Antonia.

Cuando se separan del mostrador y se dirigen a los tornos, Jon aún está saboreando el instante *ustednosabequiénsoyyo*.

—A veces la vida te da momentitos —le dice a su compañera, mientras se ponen a la cola de trajeados.

—No es que nos queden muchos —responde Antonia, mirando al reloj situado al otro lado del torno.

A pesar de que el ascensor va atestado, disponen de mucho espacio. El resto de ocupantes se han apelotonado delante de la puerta, intentando mantenerse lo más lejos de ambos, y concretamente de ella. Sobre todo, por el olor a vómito.

El viaje hasta la planta diecisiete es breve, veloz y les provoca una leve sensación de vacío en el estómago cuando el ascensor termina el recorrido y se detiene suavemente en su parada.

—Que disfruten la velada —dice Jon, disfrutando a su vez de las miradas reprobatorias de los ocupantes, que compiten por ver quién se aleja antes de ellos.

Ambos salen del ascensor y esperan a que el resto de ocupantes se alejen por el ascensor y pasen su identificación por el segundo torno de acceso. Una oleada de música intermitente surge del otro lado de las puertas interiores. Jon reconoce los versos:

> *(They will not force us*
> *They will stop degrading u.*
> *They will not control us)*

del *Uprising*, de Muse, que brotan junto a destellos de luces de colores y el rumor de un centenar de conversaciones en voz alta.

—De todas las noches, tenía que elegir esta —dice Jon, mirando las puertas automáticas, custodiadas por dos mujeres con sonrisas agarrotadas.

—No ha sido casualidad. Con White, nada lo es.

Jon se encoge de hombros, con estoicismo. No es como si pudiera pararse a quejarse.

—Ya sabes lo que dicen. Que el fin del mundo te pille bailando.

—¿Quién lo dice?

—Un vecino tuyo que canta mucho mejor que estos que suenan. Anda, tira.

Y, sin más ceremonia, se dirigen hacia los tornos, hacia las mujeres de sonrisas agarrotadas, y hacia la puerta que custodian. Una puerta coronada por una banda de tela en la que se lee, en dos idiomas:

64.ª CONMEMORACIÓN DEL DÍA DE LA COMMONWEALTH

Justo encima de las letras que, recortadas en acero, dan la bienvenida a la:

EMBAJADA BRITÁNICA

18
Un sarao

A Antonia Scott no le gustan las fiestas.

No es una cuestión de estética. Esta fiesta tiene lugar en la recepción de la embajada, un espacio abierto y moderno (reformado hace cinco años por el único interiorista inglés sin mal gusto). Para la ocasión lo han llenado de banderas de todos los países de la Commonwealth en general y de Inglaterra en particular. Pero no es cuestión de ponerse exquisitos.

Hay poca luz, y los led rojos y azules que han colocado por todas partes solo sirven para convertir a todos los invitados en fantasmas de formas indefinidas y de rostros uniformes. Lo cual conviene a la gran mayoría de ellos, que se encuentran en esa edad dorada entre la madurez y la licuefacción. Al fin y al cabo, estamos en una embajada, es una recepción anual y se trata de invitar a los invitados más selectos, que en inglés es sinónimo de ricos y esnobs.

Nada de todo esto molesta a Antonia Scott de las fiestas, porque está acostumbrada a lidiar con peces gordos (es la hija del embajador de Inglaterra), personas cercanas a la licuefacción (llama mucho a su abuela) y patrioterismo exacerbado (es funcionaria).

Lo que a Antonia Scott le jode de las fiestas es la cantidad de gente que hay.

El cerebro de Antonia está habituado a trazar líneas invisibles —y casi inconscientes para ella— en el espacio que dista entre su posición y el lugar al que se dirige. Estas líneas invisibles suelen esquivar los obstáculos que suponen mayor amenaza para sus preferencias personales. Objetos sucios, dañinos, peligrosos. Esa lista incluye farolas meadas por perros, contenedores de basura y al cien por cien de la raza humana.

En una fiesta abarrotada, moverse de un punto a otro —que ni siquiera has determinado, cuando estás buscando a alguien, como es el caso— sin rozar a otro ser humano es algo complejo. Antonia lo intenta durante unos escasos y desperdiciados segundos. Trazar una ruta que atraviese todos esos cuerpos en movimiento, círculos de conversaciones intrascendentes, presunciones, sonrisas

falsas y esmóquines alquilados. Esquivando de paso a las —casualmente— atractivas y jóvenes camareras, que hacen equilibrismos con bandejas repletas de exquisiteces —desgraciadamente— de la cocina inglesa.

Antonia lo intenta, Antonia fracasa, Antonia cambia de estrategia. Se dirige con paso decidido a la mesa de los cócteles, asediada por una bandada de invitados no lo suficientemente borrachos, y la rodea, seguida por un inspector Gutiérrez bastante confuso.

—Con permiso —dice Antonia, apartando a una de las camareras.

Pone un pie en una caja de cervezas, el otro en dos cajones de vinos, y alcanza lo alto de la mesa con un tercer paso que derriba una hilera de vasos de tubo con los hielos medio derretidos. El efecto dominó acaba generando una marea de mejunje asqueroso que se arrastra por la mesa recubierta de mantel de hilo y desemboca en el vestido blanco de una señora. No se le llega a pintar el disgusto en el rostro ya que el botox le arrebató hace tiempo la capacidad para dibujar emociones. Pero donde no llega el gesto, llega la garganta.

—Ese vestido era demasiado corto para una ocasión formal, de todas formas —acalla Jon a la gritona inexpresiva.

Ajena al drama que ha causado, Antonia se alza medio metro por encima de todas las cabezas. Desde arriba todas las fiestas son un poco deprimentes. El jolgorio a nivel de los ojos se convierte en un campo de cabezas calvas y peinados caros. Que se giran todos en la dirección de la loca que acaba de subirse a la mesa.

Antonia divisa al hombre que busca al final de la sala, cerca de un diminuto escenario en el que un DJ con traje de lentejuelas intenta animar el cotarro con resultados dispares.

—Vamos —dice, apoyándose en Jon para volver a bajar.

El inspector Gutiérrez ejerce de rompehielos humano y le abre paso a Antonia por entre la multitud, hasta que alcanzan el lateral del escenario. Los enormes altavoces y un par de mesas altas han formado un pequeño claro. En el centro del cual *sir* Peter Scott, embajador del Reino Unido en España, escucha —algo encorvado y muy poco interesado— la perorata de un señor regordete que gesticula mucho.

—¿Antonia? —dice *sir* Peter, al ver a su hija aparecer detrás del enorme torso del inspector Gutiérrez—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha vuelto ya Jorge?

Antonia avanza en su dirección…

—Padre —le saluda, con una inclinación de cabeza.

… le rebasa y se dirige al hombre que aguarda paciente, tan solo unos pasos por detrás, con las manos cruzadas delante de la cintura. Metro noventa, ochenta y siete kilos, y no demasiada simpatía por Antonia. Un muro de ladrillos con traje, entrenamiento de élite, oficial del SAS, guardaespaldas personal de *sir* Peter y jefe de seguridad de la embajada.

—Noah Chase —grita Antonia, mirando hacia arriba, intentando imponer su voz por encima del sonido de los altavoces—. Queda usted detenido por el asesinato de Jaume Soler y el intento de asesinato de Aura Reyes.

El enorme inglés mira a Antonia con extrañeza, mira a Jon, y después hacia la salida. Su mandíbula cuadrada se agita un poco, la inquebrantable seguridad de hace unos instantes se viene abajo como un castillo de naipes.

—Yo…

Va a levantar la mano derecha en dirección al bulto a la izquierda de su chaqueta, pero se encuentra inmediatamente con el brazo del inspector Gutiérrez sujetándole por la muñeca. El guardaespaldas intenta zafarse de la mano del policía, pero sería como intentar librarse de una trampa para osos.

—No montes una escena, corazón —dice Jon, al tiempo que le introduce la otra mano por la abertura de la chaqueta. La pistola abandona la cartuchera y desaparece discretamente en la parte trasera de la chaqueta del inspector.

—¿Qué demonios está pasando aquí, Antonia? —dice el embajador, que ya se ha deshecho de su molesto interlocutor.

—No tengo tiempo para explicártelo, padre. Tenemos que fichar a este hombre.

El embajador mira a su hija como si le estuviese hablando en una jerga incomprensible. Solo parece reaccionar cuando Jon agarra a su guardaespaldas por debajo de la axila y le empuja hacia la puerta.

—Antonia, te recuerdo que estáis en territorio soberano del Reino Unido. No tenéis jurisdicción aquí —alega el embajador.

—Puede ser que la detención no sea válida —dice Antonia, encogiéndose de hombros—. Incluso que tu gobierno no renuncie a la inmunidad diplomática para el señor Chase, según el convenio entre nuestros países. Pero para entonces ya nos habrá contado todo lo que queremos saber. Y saldrá en todos los periódicos.

Sir Peter mira a Chase, que con todos sus músculos de soldado de élite parece un peluche en manos de Jon Gutiérrez.

—No puedes hacer esto.

—Yo tengo quién me proteja —dice Antonia, señalando a su compañero—. Tú, no.

El embajador frunce los labios ante la pulla de su hija.

—Quizás deberíamos hablar en un sitio más tranquilo.

19
Un despacho

Hace casi quince años, el gobierno británico decidió vender por cincuenta millones de euros el enorme edificio que le servía de sede en el barrio de Almagro, en el que llevaba cuatro décadas, y trasladarse a unas oficinas ultramodernas que ocupaban las plantas diecisiete a veintiuna de Torre Espacio. La compra de la nueva sede y su aprovisionamiento había sido dirigida por el propio *sir* Peter, con la promesa —en plena recesión económica— de que la operación no le costaría ni una libra al gobierno de Su Majestad.

En tiempos como aquellos —no tan distintos de los que vendrían después, tras un breve espejismo—, un movimiento como aquel levantó muchas suspicacias. El embajador, un hombre tan recto y tan pulcro que acababa los bolis Bic, no estaba dispuesto a permitir la más mínima sombra de duda sobre su gestión. Invitó a tres medios de comunicación distintos —BBC, *The Sun* y *The Guardian*— para que revisaran en tiempo real las cuentas de la transacción. Resultó que, al concluir, las cuentas arrojaron un déficit de ochenta y cinco mil doscientas setenta y cuatro libras, debido a un error en el presupuesto para mobiliario.

El diplomático reunió a los medios que habían auditado el proceso, y delante de ellos firmó con gesto altanero un cheque personal por la cantidad exacta que se había excedido del presupuesto inicial.

Ese es el padre de Antonia.

El despacho de *sir* Peter está en el piso dieciocho, en la zona noble de la embajada. La planta inferior está destinada a recepción, las superiores a oficinas y tareas administrativas. En el dieciocho, todo son gruesas moquetas y maderas coloniales que recuerdan al visitante que Inglaterra fue una vez un enorme imperio.

Antonia sigue a su padre hasta el enorme despacho, situado en la esquina del edificio. El inspector Gutiérrez va detrás, agarrando a Noah Chase. El guardaespaldas, lejos de la multitud, ha recobrado parte de su entereza, y ya no le pone a Jon tan fácil lo de conducirle por el pasillo desierto.

Cuando entra en el despacho, Antonia siente un latigazo en el corazón. Tan solo ha estado aquí un par de veces antes, nunca sin un motivo importante. La última vez fue después de lo de Marcos, cuando intentó explicarle a su padre su teoría acerca de un asesino invisible. La respuesta de su padre había sido quitarle la custodia de Jorge.

Pero el latigazo en el corazón no es —o no tan solo— por las circunstancias de su última visita.

Es por la decoración.

No por las butacas y el escritorio Chippendale original. Ni por las paredes forradas de teca, o el enorme ventanal de suelo a techo. Ni por el velador de mármol con una pata ligeramente desequilibrada, debido a que Antonia lo arrojó al suelo jugando al escondite de niña.

No, no es por esos detalles, aunque a Antonia no se le escapa que el único mueble que el embajador conserva de su etapa de cónsul en Barcelona, es precisamente el que ella estropeó en un descuido. Su padre siempre ha sabido mandar los mensajes adecuados, desde luego.

Es por el cuadro.

Antonia no recuerda el nombre del pintor, ni cree haberlo sabido nunca. Pero recuerda perfectamente las largas horas que pasó de pie, posando para él. Un hombre enjuto y altivo, que no sonrió ni una sola vez.

El cuadro muestra a *sir* Peter, sentado en un butacón de dos plazas. A su lado, con las piernas juntas, apuntando hacia el espectador, una mujer hermosa sonríe, cariñosa y enigmática. Paula Garrido tiene el rostro vuelto hacia su hija. La pequeña Antonia tiene seis años, el pelo por los hombros, y los ojos mucho más verdes y llenos de luz que ahora. No sonríe, sin embargo. En su rostro hay una tristeza, un presagio de lo que ha de venir en el siguiente año, con la enfermedad que ya consumía a Paula sin que ninguno de ellos lo supiera. Tres seres humanos congelados en el que quizás fuera el último instante feliz de sus vidas, captados al óleo, con un trazo no demasiado elegante y una paleta de colores mediocre. Pero que sacude un fuerte latigazo en el corazón de Antonia cuando entra en el despacho, aunque sabía que lo iba a ver, aunque se había preparado para ello.

—¿Esa eres tú? —pregunta Jon, arrojando a Chase sobre una de las sillas. El mármol del velador tiembla sobre las patas de bronce, la silla cruje bajo el peso del guardaespaldas.

—Tenga usted cuidado, con los muebles, inspector. Créame que no se puede permitir pagar la reparación.

Jon va a replicarle, pero el gesto de Antonia corroborando lo que acaba de decir su padre le quita las ganas.

—Antes de que comencemos —dice *sir* Peter— les informo de que mi despacho está protegido contra cualquier vigilancia electrónica. Se tratan asuntos importantes de seguridad aquí.

—No estamos grabando la conversación, padre —dice Antonia—. Tan solo queremos que sepas qué es lo que ha estado haciendo este hombre a tus espaldas.

—¿Noah? Eso es ridículo. No tenéis ninguna prueba de que…

Antonia saca del bolsillo de la chaqueta la fotografía de Chase y la arroja sobre el escritorio del siglo XVIII. Incluso de noche se pueden apreciar las salpicaduras de sangre en el rostro. Tal y como aprecia *sir* Peter en cuanto la desdobla.

—Tomada un par de minutos después de que matase a Jaume Soler, un consultor informático, y apuñalase a su esposa. La mujer está grave pero estable. Ya le ha identificado como su agresor.

Esto último es mentira, pero ocurrirá de todas formas, tal y como Antonia comprueba al ver cómo el color desaparece de nuevo del rostro de Chase.

—¿Noah? ¿Es eso cierto? —pregunta el embajador, alarmado.

El guardaespaldas se agita en la silla, y finalmente se cruza de brazos, evitando mirar a su jefe.

—No quedó otro remedio —confiesa. Volviéndose, finalmente, hacia él, con la culpa pintada en el rostro—. No podía permitir que llegase hasta nosotros, señor.

20
Un crimen

El embajador mira a su guardaespaldas durante largos segundos, y acaba apartando la mirada a su vez. Pero la huida es breve. Al otro lado está esperándole su hija. Los pensamientos fluyen bajo sus ojos, como peces bajo el hielo verde: inalcanzables.

—No sé qué es lo que crees saber, Antonia, pero te aseguro…

—No —dice ella.

Es una negativa tajante, pero a la vez dulce, casi tierna. Menea la cabeza y sonríe cuando la pronuncia. Es una negativa llena de hartazgo, llena de nostalgia. Que no la hay peor que añorar lo que nunca jamás sucedió.

—No es lo que creo saber. Es lo que sé.

—Antonia…

Ella le ignora, y continúa hablando. Las luces de la habitación parecen oscurecerse a su alrededor, a medida que comienza a desgranar su historia, y solo su rostro parece resaltar en mitad de las tinieblas.

—Hace cuatro años, un consultor informático llamado Jaume Soler fue abordado por un contratista independiente, llamado señor White. White chantajeó a Soler con destruir su vida y revelar a su mujer que tenía una amante. Como Soler se resistía a darle a White lo que quería, White asesinó a su amante y le incriminó a él.

Respira hondo. La voz se le quiebra un poco.

De dolor.

De rabia.

—Para nuestra desgracia, Soler acudió a mí para intentar librarse de White. Con ello solo consiguió que White entrase en nuestra casa y disparase a Marcos y a mí, tratando de borrar sus huellas. Soler se rindió entonces. Entregó a White lo que quería. Pero algo no salió como él deseaba. No sé qué es lo que sucedió, pero White estaba herido, y probablemente bajo vigilancia. Uno de sus

empleadores intervino y se quedó con el premio. Mi intuición es que fue el propio Chase. Al fin y al cabo, lleva mucho tiempo contigo, ¿verdad, padre?

—Antonia…

Ella ignora la voz que surge desde la oscuridad.

Ahora solo existe ella.

Solo existe el relato.

La incontrovertible verdad, de todas las pruebas, los indicios, los hilos que se han ido desenmarañando en los últimos días.

—¿Qué es lo que tenía Soler que fuera tan valioso? ¿Y cómo sabía de la existencia de Reina Roja? La respuesta a ambas cosas es muy sencilla. Él fue uno de los programadores de Heimdal.

Sacude la cabeza, despacio. Incluso ahora, Antonia sigue construyendo la historia.

—No el principal, le faltaba talento para ello. Pero estaba lo bastante introducido como para poder conseguir una copia del código fuente. Porque esa es la genialidad del programa. Sin el código fuente, aunque cualquier agente enemigo se haga con un terminal que tenga instalado el programa, no le servirá de nada. Sin la conexión al ordenador central, es como tener un ladrillo.

El embajador retira la silla de su escritorio y se sienta, despacio, con las piernas temblorosas. Antonia no se inmuta, sigue adelante con la narración.

—Es muy fácil ver la mano del *MI6* en todo esto. ¿Quién más tendría el dinero para pagar la exorbitante tarifa de White? ¿Quién más necesitaría de un contratista externo para que ninguno de sus agentes se viera involucrado en una operación en suelo extranjero, y contra sus propios aliados?

—No queda tiempo, Antonia —le insta Jon.

Ella mira el enorme reloj de pared —un Bennet que aún conserva sus manecillas originales—, y se resigna a avanzar.

—El Servicio Secreto de Su Majestad pagó la operación. Pero nunca consiguieron lo que querían. Alguien se aseguró de ello.

—Lo creas o no, todos queremos lo mejor —dice *sir* Peter, con la voz llena de amargura—. La raíz de los males del mundo es que nadie se pone de acuerdo en qué es eso.

—Por supuesto que no. Tú te encargaste de que lo que quería tu gobierno desapareciera. Pero ellos seguían queriéndolo. Continuaron pagando a Soler durante todo este tiempo, para obtener una copia limpia y viable de Heimdal.

—Ese programa puede abrir cualquier ordenador. Romper casi cualquier

clave. Con él no existe ya la intimidad. Es demasiado poder para que esté únicamente en manos de unos pocos, Antonia —dice el embajador, que lucha por mantenerse erguido en la silla sin perder la dignidad.

—Lo que quiere decir es que es demasiado poder para que no esté únicamente en sus manos —apunta Jon.

—Querían su propia copia de Heimdal. Por lo que pudiera pasar. Y para sus propios fines. Sin que sus socios europeos, cada vez menos socios, se enterasen de lo que hacían con ello —dice Antonia, acercándose al escritorio.

Sir Peter se echa hacia atrás en la silla, cuando Antonia se inclina hacia él y apoya ambas manos en el escritorio.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Lo que quiere White? Desde que estuvimos en casa de Soler.

Al otro lado del despacho se escucha un gruñido de disgusto y un taco en euskera que Antonia no comprende del todo.

—Lo que no he sabido hasta hoy era que tú estabas metido en todo esto.

—Tenía que cumplir las órdenes —dice *sir* Peter, bajando los ojos.

Antonia ha escuchado eso antes. Es muy cómodo tener un ático donde apilar todas las culpas.

—Existe la libertad individual. Tu guardaespaldas, por ejemplo. Cuando vio que nos acercábamos a Soler, intentó matarnos. No estaba cumpliendo tus órdenes, por supuesto. Era otra cosa. El deber, supongo. O las ganas de protegerse.

Nada dice el embajador ante esto. No mira a su subordinado, no explota de indignación al saber lo que hizo. Porque no es lo que hizo Chase de lo que está hablando Antonia, en realidad.

—Como no le sirvió de nada, decidió matar a Soler.

Su padre guarda silencio.

Antonia vuelve a mirar el reloj.

El tiempo casi se ha agotado.

—Hace cuatro años, Soler le dio el código fuente a White —continúa—. Chase lo interceptó, y te lo entregó a ti. Pero tú nunca lo entregaste al *MI6*. Esa orden no la cumpliste.

El embajador se incorpora un poco. Tiene los ojos húmedos y la voz temblorosa.

—Después de lo que sucedió con tu marido… no pude hacerlo.

—Lo que sucedió —repite Antonia, con voz inexpresiva.

—No sabía que iría a por ti, Antonia. Tienes que creerme.

Antonia vuelve a sonreír. No hay felicidad, ni alegría en su sonrisa. Es una sonrisa tan triste como la lágrima solitaria que está rodando por su mejilla izquierda.

—Metisteis a un asesino en nuestras vidas. Un hombre cruel y sin escrúpulos. Mató a mi marido. Cuando te hablé de él, en lugar de apoyarme, me hiciste creer que estaba loca. Me arrebataste la custodia de mi hijo.

—¡Tú no eras el objetivo! —se defiende el embajador, apretando los puños.

—Alguien lo era. Que fuera tu hija, en lugar de otra persona la que acabara sufriendo, no cambia lo que hiciste —dice Antonia, negando con la cabeza—. Solo lo hace más doloroso. Pero lo más sangrante es que lo supieras todo. Que, para no admitir tus culpas, me hicieras pasar por loca. Que me arrebataras la custodia de mi hijo.

—Yo no podía saber…

—Dámelo.

Sir Peter alza los ojos al escuchar aquello.

—¿Qué?

—Ya lo sabes. No queda tiempo, padre. Dámelo. Él está a punto de llegar. Puedo sacarnos a todos de este lío, pero necesito que me lo des. Ya.

El embajador abre la boca para contestar, pero no llega a hacerlo. Porque en ese momento se abre la puerta del despacho.

Un hombre vestido de chaqueta y corbata aparece en la puerta.

Es un miembro del servicio de seguridad de la embajada. Antonia lo recuerda. Cabeza rapada, pinganillo en la oreja. Expresión indescifrable.

Ahora la expresión es otra.

—Muchas gracias por el *tour* —dice una voz de mujer, tras él.

El hombre da un paso adelante, medio trastabillado, medio empujado.

Antes de que pose el segundo pie en el suelo, suena un disparo.

El hombre se desploma en el suelo. En el lugar en el que antes había una vida, aparece Sandra. Con una sonrisa más ida que nunca, entra en el despacho.

Detrás, con paso elegante y tranquilo, aparece White.

—Ya ha escuchado a su hija, embajador —dice, apuntando con una pistola directamente a la cabeza de Antonia—. Le ruego encarecidamente que le haga caso y le entregue lo que le ha pedido.

21
Una palabra yagán

Durante un instante, todos se quedan mirando, congelados.

Mamihlapinatapai, piensa Antonia.

En yagán, idioma que habla una tribu nómada de Tierra del Fuego, el ojo encallado.

Una mirada entre personas que aguardan que las demás inicien una acción que todas desean, pero que ninguna se atreve a iniciar.

Entonces el hechizo se rompe.

22
Dos cuadros

—Aquí hay demasiada gente —dice Sandra.

Apunta el arma hacia Chase, y aprieta el gatillo de nuevo. La detonación resuena en las paredes de teca, y una flor roja se abre en el centro del pecho del guardaespaldas, que cae hacia atrás en la silla. Jon hace un intento de sacar su propia arma, pero se encuentra con el cañón de Sandra a dos palmos de los ojos.

—Inspector, por favor. Muy despacito y usando solo la punta de los dedos.

Jon traga saliva, y obedece, con los dientes apretados. Se desabrocha la chaqueta y le entrega el arma a Sandra, que la hace desaparecer en el interior de su gabardina.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta White, dando otro paso hacia Antonia—. Ah, sí. Embajador, cuando le sea más conveniente.

—No puedo —dice *sir* Peter.

Su tono de voz no es lo bastante convincente para White, que da otro paso hacia Antonia y le apoya el cañón del arma en la sien.

—Está usted en su derecho a negarse, por supuesto. Me temo que las consecuencias serán bastante obvias.

—No lo hagas, padre —dice Antonia.

El metal de la Glock no parece moverse, solo hay un ligero siseo, y un choque sordo. La cabeza de Antonia se agita, y un rectángulo rojo aparece en su frente, ahí donde el arma de White le ha golpeado. Un hilo de sangre le desciende por la cara, acelera en la cuenca del ojo y acaba recorriendo el mismo surco empapado que había abierto la lágrima que había derramado Antonia antes.

—Yo le sugiero lo contrario —dice White, con la mirada gélida.

Sir Peter se pone en pie con dificultad.

—¿Qué es lo que va a hacer con ello?

—Nada de su incumbencia, embajador. Pero, en honor a nuestra antigua relación comercial, le comentaré que hay varios compradores interesados. Gente

poco recomendable. Resumiendo, voy a ser extraordinariamente rico. Se acabó la consultoría para mí.

—Al final no es usted más que un vulgar ladrón —dice Antonia, volviéndose a mirarle.

White rodea a Antonia y se coloca al otro lado del escritorio, cerca del enorme ventanal, de forma que pueda apuntar al mismo tiempo.

—Me duele, señora Scott. Me duele, lo reconozco. Me duele mucho que no imagine que tendré mi propia copia de ese juguetito. A una escala modesta, nada como lo que harán con él Pekín o Moscú. Pero suficiente para seguir trabajando en mi verdadera pasión.

White abre mucho sus ojos fríos y muertos, disfrutando por anticipado de su victoria.

—Y ahora, *sir* Peter, si es tan amable…

El embajador se gira hacia el cuadro situado detrás de su escritorio. De un metro de alto por setenta centímetros de ancho, muestra dos árboles muertos y resecos en primer plano, y una catarata brumosa al fondo. Una reproducción, por supuesto. La acuarela original está en la Tate Gallery, a menos de seis millas del lugar donde Turner la pintó en 1802.

Lo cual es una suerte, porque esta reproducción no es más que una puerta montada sobre dos bisagras ingeniosamente ocultas. Que, al girarse, muestran una caja fuerte.

—Un clásico imperecedero. Mucho cuidado al abrirla, embajador.

Sir Peter introduce la combinación y después su huella dactilar en un sensor rojizo en el lateral de la puerta. Esta se abre con un chasquido metálico.

—Perdóname, hija —dice, introduciendo el brazo en el hueco.

En el siguiente segundo y medio suceden siete cosas.

Sir Peter comienza a darse la vuelta, sosteniendo en la mano la pistola que había en la caja fuerte. En su rostro tenso hay una suerte de calmada determinación.

Sandra, que tenía un mejor ángulo de visión de la caja, aparta el arma de Jon y la vuelve hacia el embajador. En su garganta comienza a brotar un grito fiero, gutural, de animal salvaje.

Jon Gutiérrez aprovecha el instante para echarse la mano a la espalda, donde aún conserva el arma que le ha arrebatado al guardaespaldas. En su mandíbula los dientes rechinan con furia.

Sandra intenta cambiar la trayectoria del arma y la vuelve hacia la cabeza de

Jon, apretando el gatillo. En su brazo hay demasiada inercia, en su rostro incredulidad ante el error de no asegurarse de que el inspector estuviera desarmado.

El señor White dispara, alcanzando a *sir* Peter en el lateral del cráneo. En su mirada no hay ni un leve atisbo de emoción al hacerlo.

Jon Gutiérrez no llega a levantar el arma —no tiene tiempo—, pero aprieta el gatillo tres veces, a puro bulto. En su oído interno se produce un terremoto provocado por el disparo de Sandra, que le hace perder el equilibrio.

Antonia Scott grita y se lanza hacia delante intentando detener la caída de Jon, cuya cabeza golpea al caer con el velador. En su cerebro privilegiado, Antonia se alegra de haberlo dejado cojo hace ya una eternidad, porque gracias a ello el mármol se desploma acompañando el movimiento de Jon, en lugar de desnucarle.

23
Un problema final

Antonia mira alrededor y analiza el resultado del último segundo y medio. Tiene que gestionar tres emociones distintas al mismo tiempo:

> – Una tristeza desgarradora, al ver a su padre con la cabeza destrozada, derrumbado entre el escritorio y la pared.
> – Un júbilo insano, al ver a Sandra, con la gabardina empapada de sangre, agonizar con una mirada de incredulidad.
> – Una preocupación inmensa, al ver a Jon tumbado en el suelo, con los pitidos amenazadores brotando de su cuello, los ojos cerrados.

—Nos hemos quedado solos, señora Scott —dice White.

Antonia le ignora, y se dedica a comprobar el pulso de su compañero. El inspector Gutiérrez está bastante inconsciente, pero su ritmo cardiaco es firme y regular.

—Le ruego que resista la tentación de hacerse con el arma del inspector, o con la que hay al otro lado del escritorio junto al cadáver de su padre —le avisa White—. Le recuerdo que no solo estoy apuntándole con la pistola.

Antonia se vuelve hacia él.

White agita un pequeño dispositivo que tiene en la mano izquierda. Del tamaño y forma del mando de un garaje de los antiguos.

—Eso no le servirá de nada aquí. El despacho de mi padre está protegido con inhibidores de señal —dice Antonia.

—Qué suerte entonces que pensara en añadir una conexión Bluetooth. Que funciona en una banda diferente.

Aprieta uno de los botones del mando a distancia. Del cuello de Jon comienza a brotar un pitido constante.

Antonia se pone en pie, con la derrota pintada en el rostro. White la observa con una sonrisa triunfal. Saltaba a la vista que no es una mujer a quien le guste

perder. Pero ¿qué diversión tendría derrotar a alguien a quien le gustara?

—Si fuera tan amable de sacar el disco duro de la caja fuerte, se lo agradecería —pide White, señalando con el arma.

Antonia rodea el escritorio y mete la mano en la caja fuerte. Detrás de unos cuantos papeles y carpetas encuentra una forma rectangular, forrada de goma roja.

Se lo enseña a White con la mano izquierda.

Con la derecha saca su propia pistola de detrás de la espalda.

—Vaya, Antonia Scott con un arma. Esto es una novedad —dice White, sonriendo.

—No voy a permitirle que se lleve esto —dice Antonia—. Aunque nos mate. Millones de personas sufrirán.

White mira, divertido, al brazo de su rival.

—No tiene usted la mejor puntería del planeta, señora Scott. Si aprieta el gatillo ahora mismo…

Antonia lo hace. Una y otra vez, hasta vaciar el cargador. Las seis balas de 9 mm impactan en el ventanal, abriendo seis agujeros en el cristal a más de metro y medio de White, que no se ha movido mientras Antonia hablaba.

—… fallará, sin duda.

La corredera de la *P290* se ha quedado atascada atrás, avisando de que ahora solo es un trasto inútil. Antonia lo deja caer, y rodea el escritorio.

—No saldrá de aquí, White —dice ella—. ¿Por qué no se rinde?

—¿Rendirme? ¿Con todos los ases en la mano?

White extiende el brazo, reclamando el disco duro. Antonia mira a Jon, inconsciente en el suelo, de cuyo cuello siguen brotando los mortíferos pitidos. No contaba con que, en la última de todas las jugadas, él no pudiera moverse. Así que no le queda otro remedio que confiar en el agente Ruano.

—No todos —dice.

White suelta una carcajada, metálica y desagradable.

—¿Aún no ha aprendido que siempre voy cuatro pasos delante de usted, señora Scott? Ya sé que ha pedido la ayuda de unos cuantos agentes de la Policía Municipal. De hecho sé todo lo que ha estado hablando con el inspector, desde el comienzo de nuestro juego —dice, inclinando la cabeza hacia ella, señalándose un auricular en la oreja.

Ella no responde. No se mueve. Solo le mira, con el disco duro en la mano extendida. Aún a tres metros de él.

—Qué oportuno para su plan que este rascacielos solo tenga una sola entrada —continúa White—. Pero no ha contado con que la azotea es enorme. Suficiente como para que aterrice un helicóptero.

Antonia asiente con la cabeza, y suelta una carcajada.

Ja.

Es una carcajada sarcástica. Pequeña, pero lo bastante grande y poderosa como para abrirse paso a través de la pena, la rabia y el miedo que le atenazan la garganta.

—¿Qué le parece tan gracioso?

Antonia se encoge de hombros.

—Que ha perdido, solo que aún no lo sabe.

White entrecierra los ojos.

—¿Y por qué he perdido, si puede saberse?

—Porque dedico tres minutos al día a pensar en el suicidio —dice Antonia.

No ha terminado la frase cuando le arroja el disco duro a la cara. White da un paso hacia atrás de forma instintiva, y su espalda golpea contra el cristal de la ventana.

Un cristal extragrueso, diseñado para ser irrompible.

Pero no para resistir el impacto de seis balas de 9 mm, más el impacto de un cuerpo de ochenta kilos. Enormes resquebrajaduras se forman en el centro del cristal.

No las suficientes para romperlo.

Al menos hasta que Antonia se arroja con todo su peso sobre White, impactando en su cintura, agarrándose a él mientras se lanza hacia delante.

El cristal se despedaza con un crujido.

White suelta la pistola, intentando mantener el equilibrio y deshacerse del peso de Antonia, pero es demasiado tarde. La ventana cede, mientras los cuerpos de ambos, enganchados, caen al vacío.

24
Una negativa

Se tarda cuatro segundos en impactar contra el suelo cuando caes desde el piso dieciocho de un edificio.

Cuatro segundos puede parecer un período minúsculo.

No para Antonia Scott.

En cuatro segundos —con los ojos cerrados, firmemente enganchada al cinturón de White mientras cae al vacío— Antonia es capaz de:

> – calcular la velocidad a la que se desplazan (cuadrática, depende del cuadrado del tiempo de caída). Cada segundo que pasa, caen el doble de pisos que el segundo anterior debido al movimiento acelerado que provoca la única religión verdadera: la Ley de la Gravedad;
> – comprobar que mientras cae, White aprieta el botón que activa la bomba en el cuello de Jon, sin darse cuenta de que el Bluetooth tiene un rango muy reducido de alcance, de menos de quince metros, y que la caída le ha separado demasiado de su objetivo;
> – sentir una extraña sensación de paz al saber que, ocurra lo que ocurra, habrá salvado a su amigo.

No hace más, porque incluso Antonia Scott tiene límites.

Lo único que no los ha encontrado aún es su voluntad inquebrantable.

Ella sigue, incluso cuando se acaba la carretera. Cuando ha caído por el risco, y está cayendo. E incluso cayendo, Antonia simplemente se niega a golpear contra el suelo.

En el último instante, abre los ojos.

No puede ver nada.

Todo es un borrón acelerado. Hecho de viento, de oscuridad, de la nada hacia la que se dirige.

Pero, incluso cayendo, Antonia Scott simplemente se niega a golpear contra el suelo.

Contra lo que golpean el cuerpo de White y el suyo es contra el gigantesco colchón inflable del Parque de Bomberos #11 de Hortaleza. El mismo que tan específicamente había indicado a Ruano en la nota que le pasó en el coche, hace tan solo tres horas.

> Ignore todo lo que le he dicho antes. Acuda al Parque de Bomberos #11 de Hortaleza y consiga el inflable antisuicidios y personal que le ayude. Despliéguenlo en el suelo, en la esquina del edificio más cercana al quiosco de prensa de Torre Espacio. A una distancia exacta de dos metros de la pared del edificio. Porcentaje de dureza: 92 %. Exactamente dentro de dos horas y cincuenta minutos, no antes. Entonces detendrá al hombre que mató a su compañero.

Ruano había seguido las instrucciones de Antonia al pie de la letra. Setenta y ocho palabras exactas, pero nada fáciles de cumplir. El jefe de Bomberos del #11 de Hortaleza discutió con él durante más de una hora hasta que se dejó convencer de que sacara su carísimo equipo en dirección a lo que parecía una broma. Y no solo necesitaba su ayuda para que le entregara el colchón, sino también la de otros ocho bomberos para transportar y desplegar los 371 kilos de goma y tela que pesaba, y manejar el tiempo de inflado, que era de varios minutos y requería a un especialista para calibrar el porcentaje de dureza. Al final, lograron tener listo el dispositivo tan solo un par de minutos antes de que dos cuerpos saltaran al vacío desde el piso dieciocho del rascacielos, ante la mirada atónita del jefe de bomberos y de sus seis hombres.

Antonia tampoco lo tiene nada fácil.

Incluso con el colchón antisuicidios.

Incluso firmemente agarrada a White para concentrar la masa.

Incluso con todas las veces que ha anticipado un momento como este durante sus sesiones de tres minutos.

Nada la ha preparado para algo así.

El choque es brutal, aterrador.

El estómago de White le golpea en la cara con el primer rebote, partiéndole la nariz y llenándole la boca de sangre, mandando minúsculas gotas escarlata en todas direcciones.

La fuerza del impacto envía los cuerpos de ambos a una altura de casi seis metros.

Separándoles.

Haciéndoles cruzarse en el aire.

El antebrazo derecho de Antonia impacta con el rostro de White, rompiéndose, y fracturando el pómulo del asesino, que pierde el conocimiento en ese mismo instante.

Cuando caen de nuevo sobre el colchón, el segundo rebote les mandó el uno contra el otro, rodando en un abrazo deslavazado que termina con los dos en el centro de la goma.

Maltrechos, pero vivos.

Antonia, antes de perder a su vez el conocimiento, puede ver las esposas del agente Ruano cerrándose sobre las muñecas de White.

Quiere añadir toda clase de precauciones, de avisos, de prevenciones.

Le es imposible.

La oscuridad se adueña de ella.

EPÍLOGO

Una convalecencia

A partir de ahí, las cosas fueron bastante aburridas.

Antonia acabó en el hospital. Hubo que operarla de urgencia aquella misma noche para volver a colocar el hueso del brazo en su sitio. Resultó que tenía rotas también tres costillas, que le provocaban un daño insoportable. Pese a todos los ofrecimientos de los médicos, no aceptó ninguna medicación para el dolor.

En lugar de eso, se dedicó a hacer llamadas, tan pronto como despertó. El primer asunto —encontrar a Aguado— fue infructuoso. A la forense se la había tragado la tierra. Decidió posponerlo.

El segundo asunto era más importante.

Habría ido en persona a encargarse de los detalles, pero había un policía en la puerta puesto ahí para evitar ese punto concreto. La ausencia de Mentor complicó mucho el proceso, pero Antonia no es de las que se dan por vencidas fácilmente.

El propósito de sus llamadas —largas y extenuantes para todos sus interlocutores— fue desarrollar un protocolo específico para evitar que el señor White escapase.

—Le aseguro que… —comenzaban todas las conversaciones.

—Le aseguro yo a usted que, si no obedece al pie de la letra mis instrucciones, la seguridad de usted y de toda su familia está en riesgo.

En los casos más desesperados, Antonia obligaba a un contacto suyo de la Agencia Tributaria a llamar al reticente. Nadie, ni siquiera los más honrados de ellos, se resistió a esa amenaza.

—Es usted una mujer cruel. Pero se hará lo que dice.

—Me alegro, porque tengo una nueva sugerencia. Un único envío de comida al día. Se depositará en la primera habitación. La primera puerta se cierra, se abre la segunda. En ningún momento se permitirá a ninguno de los celadores tener contacto directo con el preso, ¿de acuerdo?

—Está bien, señora. Jesús, qué carácter.

—Con esto a lo mejor son capaces de retenerlo cinco semanas —dijo Antonia, tras unos cálculos rápidos—, mientras buscamos algo definitivo.

—¿Cómo que definit…?

Antonia colgó, sin despedirse. Tenía otra llamada, una que estaba esperando con el corazón encogido.

—Buenos días.

—Me han dejado un mensaje en recepción diciendo que llame a este número —respondió Carla Ortiz.

—¿Cómo sabías que no era una trampa?

Antonia no se había atrevido a pactar ningún modo de comunicarse con Carla tras su huida para poner a salvo a su familia, ni tampoco un código. Ninguno le parecía lo suficientemente seguro. Le había dicho «Yo te encontraré», creyendo genuinamente que eso pasaría. Pero sin tener ni la más remota idea de cómo hacerlo.

Después de que White le dijera que estaban en San Salvador, esa tarea se había vuelto más fácil. Había dejado un mensaje en recepción, porque era muy tarde cuando llamó. Pero había añadido un toque que le recordaría a Carla la aciaga noche en el túnel.

—Al parecer, la persona que dejó el mensaje pidió que dibujase debajo un pato.

—¿Lo ha hecho bien? La mayoría de la gente no sabe dibujar.

—El animal era reconocible, si exceptuamos que lo ha dibujado fumando —rio Carla—. Creo que hay dos personas que quieren hablar contigo. Pero antes dame buenas noticias.

—Volvéis a casa.

—¿Se ha acabado?

—Se ha acabado.

Carla soltó un suspiro de alivio y le pasó el teléfono a Jorge.

—¡Mamá, he ido en avión! Nos pusieron una película. Es mi película favorita ahora. ¿Sabes cuál es?

Antonia no lo sabía, le dijo. Pero estaría encantado de saberlo.

¿Y Jon?

El inspector Jon Gutiérrez se despertó en el hospital, con más incertidumbre y hambre que dolor de cabeza. Lo primero que hizo fue preguntar por Antonia y por Sandra. En cuanto le confirmaron que una estaba viva y la otra muerta, entró en juego el apetito. Hubo que recurrir a varios enfermeros para impedirle bajar a

la cafetería a por un sándwich al grito de «estoy perfectamente, solo ha sido un golpe de nada». Se negó a probar bocado de los platos insípidos y descoloridos que le ponían delante, alimentándose a base de manzanas y yogures, lo único que le inspiraba cierta confianza.

Al final, fue la propia Antonia —con un brazo en cabestrillo y la bata de hospital dejando asomar las bragas— la que acabó yendo a un restaurante cercano a buscarle algo decente que comer.

—Cinco huevos fritos y tres chorizos —dijo Jon, con voz neutra, cuando abrió el recipiente plástico del restaurante.

—Me ha parecido apropiado. Si quieres puedo bajar a por otra c…

Antonia detuvo su ofrecimiento cuando vio a Jon atacar los huevos, con lágrimas en los ojos.

La operación para quitarle los dos artefactos explosivos de la columna era más sencilla ahora que habían desactivado algunas de las defensas de White, pero aun así Antonia hizo venir a un neurocirujano desde Estados Unidos para asistir en la intervención. En el quirófano había siete personas, y otros nueve expertos ayudaron conectados en línea desde diversos puntos del planeta. Cuando el último de los tornillos cayó en la cubeta de acero con un satisfactorio chasquido metálico, hubo un suspiro de alivio generalizado del que Jon no fue nunca consciente.

Tampoco se enteró de gran cosa en la conversación posterior con el cirujano. Entre los restos de la anestesia y que el hombre hablaba en extranjero, Jon apenas captó unas pocas frases. Algo como que había estado en la cárcel, y que ahora estaba terminando de escribir un libro que se publicaría pronto. Jon supuso que el tipo le estaba tomando el pelo, pero le dio las gracias con mucha amabilidad, en su mejor inglés de Santutxu. Aparte del *zenkiu*, *zenkiu very much*, dudó que el médico captase gran cosa tampoco.

Aún permaneció unos días más en el hospital. Esta vez con visita inesperada. La mismísima *amatxo*, que había roto su promesa de no cruzar nunca la frontera invisible del Duero. Y allí se presentó, mirando de reojo a Antonia al entrar, como con desconfianza. Mandándola a su casita, que estarás cansada, hija, ya me ocupo yo, cúrate ese brazo. Sacando de la bolsa una tartera de *kokotxas*, y una bolla de pan de la panadería del Gorka, ya sabes, el primo segundo de Maider. Un chaval majísimo, creo que está soltero, ya sabes, por si te da por dejar tu

importantísimo trabajo en la capital y volverte a tu tierra, con tu familia, que parece mentira. Y él, que si tienes una foto del Gorka, *amatxo*. Y ella, pues mira, casualmente. Y Jon miró —estalqueó— la página de Facebook de la panadería Gorria, al lado del metro de Basarrate. Y al panadero, sonriente a la cámara, con una *baguette* enorme en cada mano.

Y a Jon le entró una terrible morriña, que no había forma de calmar. Y agarró la mano de *amatxo*, tiró de ella hacia él, le dio un beso en la frente y le dijo algo.

Y *amatxo* se alegró mucho al escucharlo.

Y los dos se echaron a llorar.

Un principio

Antonia Scott solo se permite pensar en el suicidio tres minutos al día.

Para otras personas, tres minutos pueden ser un período minúsculo.

No para Antonia.

Los tres minutos en los que Antonia piensa en maneras de morir son sus tres minutos.

Son sagrados.

Antes eran lo que la mantenía cuerda, ahora son su tecla de escape. Le ordenan la mente. Le recuerdan que, por mal que se ponga el juego, siempre podrá ponerle fin. Que siempre habrá una salida. Que puede intentarlo todo.

Ahora los vive casi con optimismo. Le han salvado la vida.

Especula con ellos como el poseedor de un décimo que se gasta mentalmente el premio gordo la noche antes del sorteo. Como un adolescente sediento con el momento misterioso del primer beso.

Son sagrados. Le recuerdan que, por doloroso que sea caer desde muy alto, primero hay que haber subido.

Por eso no le gusta nada, nada, cuando unos pasos que conoce muy bien, un piso más abajo, interrumpen el ritual.

Antonia está segura de que viene a despedirse.

Y eso le gusta aún menos.

A Jon Gutiérrez no le gustan las escaleras.

Por eso decide subir a casa de Antonia en ascensor.

Pero se baja un piso antes. Por mantener la tradición. Por hacer ejercicio. Por ir avisándola.

Los últimos cuatro escalones los sube al trantrán, debido al ajetreo de los últimos días, el agotamiento y la falta de costumbre. No es que esté gordo.

Cruza la puerta del piso —verde, descascarillada, antigua de narices—, abierta de par en par, y recorre el pasillo hasta el final.

Antonia Scott está sentada en el suelo, en mitad de la habitación, en la posición del loto. Mirándole con extrañeza.

—¿Has venido a despedirte?

—He venido a decirte que hace dos días recibí una llamada. Por un puesto de trabajo.

—Ah —dice Antonia.

Jon alarga el momento. Es agradable, por una vez, encontrarse al otro lado de la incomodidad de Antonia Scott.

—Me costó un poco entenderme con ellos. Hablaban en un español muy malo. Y yo, de francés, ni papa.

Ella le mira, aguardando. Sin acabar de atar cabos. Otra novedad, en un día lleno de maravillas.

—¿Te vas a Francia?

—Cari, por Dios. No es el único país donde se habla francés.

Nada. Ni un solo signo de reconocimiento. Solo esa cara neutra, expectante. Que, con tiempo, esfuerzo y generosidad, uno podría aceptar como humana.

—Llamaban de Bruselas.

—Ajá —dice Antonia, aún sin comprender.

—Los jefes de equipo restantes están poniendo el proyecto de nuevo en marcha. Habrá menos recursos. Menos dinero. Menos países involucrados. Pero siguen considerando Reina Roja como un proyecto estratégico.

—Me alegro por ti. Bruselas es una ciudad preciosa.

Jon sonríe para sus adentros. Tanta inteligencia y aún no se ha dado cuenta de lo que está pasando.

Probablemente tardará.

—He aceptado el trabajo, por supuesto. A cambio, solo he pedido que me permitan sugerir, al menos, un candidato para otro puesto que se ha quedado vacante.

—Jon, como no me expliques qué…

—No fue fácil —le interrumpe él—. Hacía falta una persona con experiencia en el proyecto, que hubiera pasado los vetos de seguridad, con capacidades de gestión. Y de pronto pensé, pero si yo conozco a alguien de confianza.

Jon se hace a un lado.

Detrás de él, en el pasillo, está Raúl Covas. Cincuentón, metro ochenta, pelo color caoba, ojos grises y hombros de rechupete. Con el traje se le marcan menos que con el uniforme, pero aun así.

—Scott —dice, inclinando la cabeza.

—Inspector Covas —pronuncia ella, como quien invoca al demonio.

—Ya no. Puedes llamarme Mentor.

En la cabeza de Antonia aparece, nítido, el punto clave, el más importante de todos los que había en el cuestionario de la revista *Telva*.

Punto 6: Nunca vuelvas con tu ex.

No importa lo que creas, hay un millón de cosas que saldrán mal.

Antonia se pone en pie, da un par de vueltas por la habitación, y acaba parándose al otro extremo del salón, debajo del ventanuco.

—¿Puedes venir un momento, Jon?

Jon se acerca, con andares inocentes.

—¿Sí, cielo?

—¿Te das cuenta de que es un imbécil?

—Dijiste que era muy listo.

—No es esa clase de imbécil.

—Bruselas lo aprueba.

—Ya, pero yo no.

—Esa es otra, cari. En Bruselas aprueban tus resultados. Pero están un poco —mueve la mano derecha, en paralelo al suelo, con los dedos bien separados— así así con respecto a tu iniciativa, a tu exceso de ella, concretamente. Y a algo llamado *bullé purle veicúl espesió*.

—No es justo —se queja Antonia—. Vamos dos a uno. Y esta vez no hemos siniestrado ninguno.

Mentor saca un papel del bolsillo de la chaqueta y comienza a recitar.

—Dieciséis mil euros en daños en pintura, retrovisores, una valla de un centro comercial…

Antonia mira a Jon, y menea la cabeza, con resignación.

—Debo reconocerte una cosa. Necesitaban un lameculos y bienqueda profesional. Has escogido al mejor.

—Tengo un ojo tremendo, cari.

—¿Y qué pasa contigo?

—¿Conmigo?

—¿No has tenido suficiente sangre, suficientes escenas del crimen, suficiente violencia?

—Para toda una vida —afirma Jon.

—¿Quieres más?

—Por Dios, sí.

Antonia sonríe.

Su sonrisa de diez mil vatios, marca registrada.

Mentor les alarga una carpeta, con unos cuantos papeles. Un misterio, por supuesto.

—Pues ¿a qué estamos esperando?

Jon sonríe a su vez y extiende la mano. Antonia le ofrece la carpeta, pero Jon niega con la cabeza. *Amatxo* no crio ningún idiota, no señor.

—¿A qué va ser? A que me des las llaves del coche, cari.

Agradecimientos

Ha costado doce años llegar hasta aquí, y no lo he hecho solo. Por eso quiero dar las gracias.

El primer agradecimiento es para ti, que me lees. Por haber convertido mis obras en un éxito en cuarenta países, gracias de corazón. Es un orgullo y un honor compartir mis historias contigo. Te pido un último favor.

Seguro que ya te has dado cuenta que esta historia comenzó mucho antes de la publicación de Reina Roja. Si aún no lo has hecho, te invito a releer la pentalogía completa en orden cronológico *El Paciente, Cicatriz, Reina Roja, Loba Negra y Rey Blanco*. Verás cómo la historia cambia delante de tus ojos.

A Antonia Kerrigan y todo su equipo: Hilde Gersen, Claudia Calva, Tonya Gates y las demás; sois las mejores.

A Carmen Romero, Berta Noy y Juan Díaz, que creyeron en Antonia Scott y Jon Gutiérrez. A todo el equipo de comerciales de Penguin Random House, que se deja la piel y el aliento en la carretera. A Eva Armengol, Irene Pérez y Nuria Alonso, que me ayudan cada día a dar a conocer a Antonia y Jon. A Raffaella Coia y Bettina Meyer, que corrigieron y maquetaron el libro. A Clara Rasero, que tiene un cronómetro en la cabeza.

Al departamento de diseño de Penguin Random House, que hizo más de cincuenta versiones distintas de la portada de *Reina Roja,* hasta que dimos con la idónea. Sin quejarse ni un poquito.

A Juanjo Ginés, poeta que vive en la Cueva de los Locos y se recrea en el Jardín del Turco, que siempre está ahí, por muchos años que pasen.

A Manuel Soutiño, que siempre está ahí, leyendo manuscrito tras manuscrito, desde el principio.

A Alberto Chicote e Inmaculada Núñez, porque os queremos mucho y por las mejores albóndigas que jamás se han cocinado en la historia de la humanidad.

A Dani Rovira, Mónica Carrillo, Alex O'Dogherty, Agustín Jiménez, Berta Collado, Ángel Martín, María Gómez, Manel Loureiro, Clara Lago, Raquel Martos, Roberto Leal, Carme Chaparro, Luis Piedrahita, Miguel Lago, Goyo Jiménez y Berto Romero. Tenéis todos más talento, más gentileza y más compañerismo del que me merezco. Me enorgullezco de vuestra amistad.

A Gorka Rojo, que calcula mejor que nadie cuánto tarda la gente en caerse.

A Arturo González-Campos, mi amigo, mi socio. Es una pena que seas tan viejo y me quede tan poco tiempo de disfrutarte.

A Rodrigo Cortés, quien es tan insoportablemente listo como Antonia, en algunas ocasiones. Tan buen amigo como Jon, en el resto.

A Javier Cansado, que nunca cumpla su amenaza de jubilarse.

A Emil Cioran, Fernando Savater y Alberto Domínguez Torres, de quienes aprendí sobre el sueño y el insomnio.

A Joaquín Sabina y Pancho Varona, mi banda sonora.

A Bárbara Montes. Mi esposa, mi amante, mi amiga. Cada mañana es un privilegio despertar a tu lado y ver que no has salido corriendo, como sería sensato. Gracias infinitas por tus consejos, por tu sonrisa de diez mil vatios. Tú eres mi Antonia Scott. Te quiero.

Una aclaración final. Quizás quieras preguntarme qué va a suceder ahora que ha concluido la primera aventura de Jon Gutiérrez y Antonia Scott. ¿Les darás algún nuevo desafío? ¿Qué ocurre con esas aventuras nuevas que seguro tienes en la cabeza?

La respuesta corta es: no lo sé.

La respuesta larga es: depende de ti.

Me dijo una vez Michael Connelly —uno de los genios de este oficio— que una lectora motivada es capaz de generar al menos diez lectores nuevos. De convencerles de que vivan la misma historia que ha vivido ella, o él. Así que puedo decir, con inmensa alegría y agradecimiento, que Antonia y Jon ya no son míos, te pertenecen a ti.

Así que, respóndeme tú.

¿Antonia y Jon regresarán?

Un abrazo enorme.

JUAN GÓMEZ-JURADO



JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, 1977), es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas *Qué Leer, JotDown Magazine* y *New York Times Book Review* y participa en programas de radio y televisión.

Su primera novela, *Espía de Dios*, un *thriller* sobre un asesino en serie en el Vaticano, ha sido publicada en 45 países además de en España, convirtiéndose en uno de los mayores éxitos internacionales de la literatura española junto a autores como Javier Sierra y Carlos Ruiz Zafón. Su segunda novela, un *thriller* de aventuras ambientado en la actualidad, se publicó en varios países del mundo con el título de *Contract to Paradise* (*Contrato al Paraíso*), y en muchos otros con el título original en España, *Contrato con Dios* alcanzando la lista de los más vendidos en naciones como Alemania, Italia, Reino Unido, Holanda, Finlandia y Serbia. Su tercera novela, *El emblema del traidor* recibió el VII Premio Internacional de Novela Ciudad de Torrevieja en septiembre de 2008 (premiado con 360.000 euros) y está en vías de traducción a 40 idiomas, también alcanzando la lista de los más vendidos en muchos países. Varias de sus novelas están siendo adaptadas al cine.

Su último *thriller*, *Reina Roja* (2018), se ha convertido en un gran fenómeno de ventas, con más de doscientos cincuenta mil ejemplares vendidos, y ha consagrado a su autor como uno de los máximos exponentes del género a nivel internacional. Actualmente es colaborador en varios medios y cocreador de los podcast *Todopoderosos* y *Aquí hay dragones*.